

II

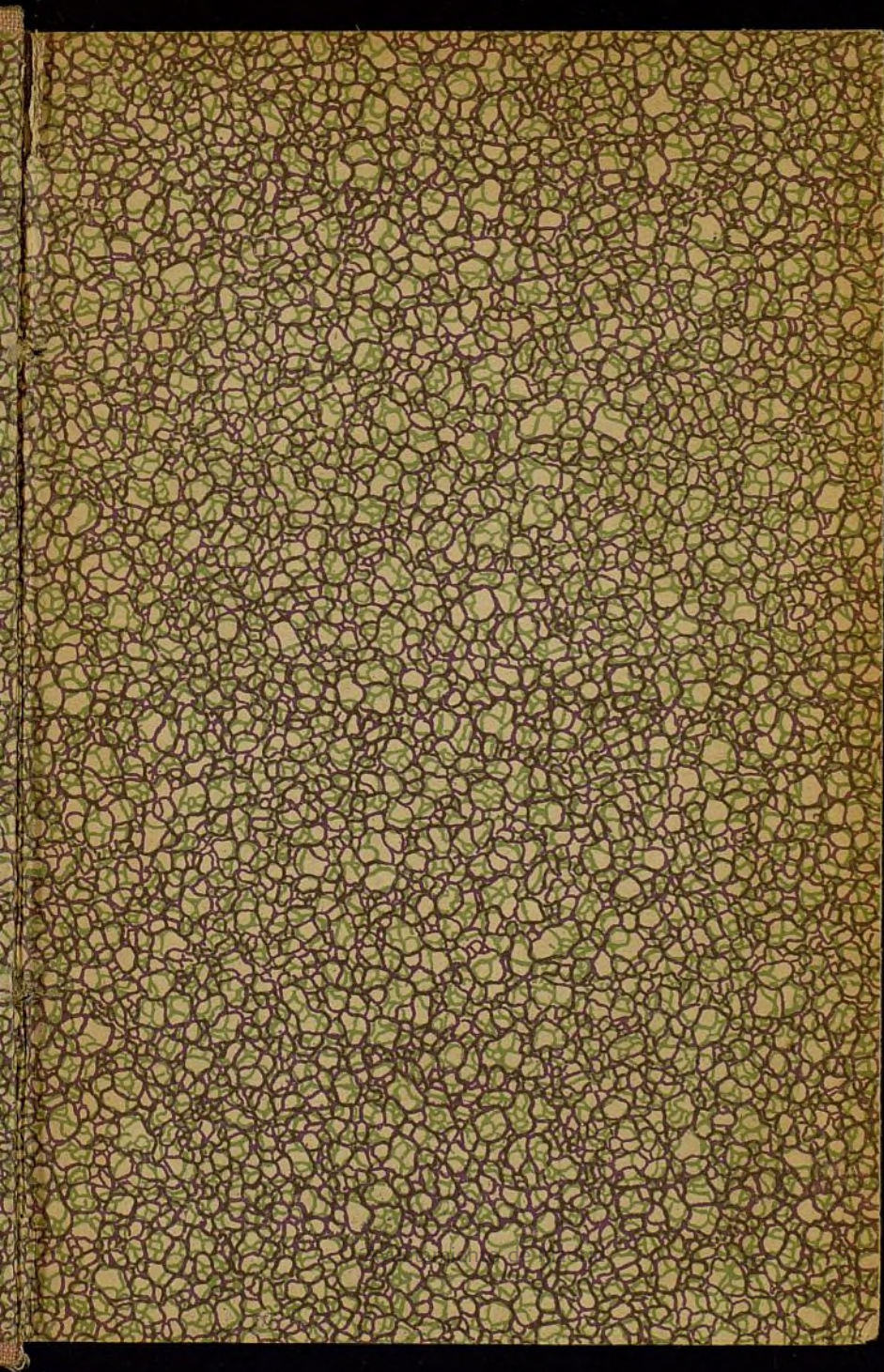
III

III

67

Ayuntamiento de Madrid

MA
2667



LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

PLAN COMPLETO DE LA OBRA

PUBLICADO

- 1.—El testamento de Carlos II.**
- 2.—La Saboyana.**
- 3.—Austrias y Borbones.**
- 4.—El primer Carlos III.**

EN PREPARACION

- 5.—Almansa.**
- 6.—La Princesa de los Ursinos.**
- 7.—El Archiduque en Madrid.**
- 8.—El Congreso de Utrecht.**
- 9.—El triunfo de las lises.**
- 10.—Aun hay Pirineos.**

MA/2667

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

EL PRIMER CARLOS III

POR

ALFONSO DANVILA

MADRID
ESPASA-CALPE, S. A.

5
Ayuntamiento de Madrid

ES PROPIEDAD
Copyright by ESPASA-CALPE
Madrid, 1927.
Published in Spain.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24. — MADRID

Ayuntamiento de Madrid

EL PRIMER CARLOS III

Car'a del Capitán Sir Archibald Darley a la
Honorable Miss Winifred Warren, en
Ramsbockle House, Suffolk.

GRAN BRETAÑA

Gibraltar, junio de 1706.

Mi Winifred amada:

Esta es mi confesión: la confesión de un hombre recto y sincero que somete su destino a vuestro juicio y a vuestra inclinación, a fin de rehabilitarse ante los azules ojos cuya sentencia tanto teme, o sumirse en la más honda de las aflicciones.

Seguramente vuestro hermano Walter, o alguna gente de la que regresa a nuestra patria con la armada, llevará a conocimiento vuestro lo ocurrido durante los meses que acaban de transcurrir y mi participación en la singular historia que se ve narrada en las páginas que siguen.

No trato de disculparme ni de disminuir la responsabilidad de mis actos. Sólo pretendo, al enviaros el adjunto manuscrito, que conozcáis todas las particularidades de los sucesos para que vuestro fallo resulte imparcial y, ¡Dios lo quiera!, generoso.

Si algún día la Providencia permite que volvamos a reunirnos, ninguna nube debe empañar el cielo

de nuestra felicidad futura. Por ello os suplico que leáis con benevolencia y con serenidad la adjunta relación hasta el fin.

Sabemos lo que somos en algún momento de nuestra existencia, pero siempre ignoraremos lo que seremos mañana: todo depende de las circunstancias. Ahora que contemplo el pasado a sangre fría, desde este peñón, rodeado de amigos y volviendo a recuperar usos y peculiaridades que había perdido, paréceme invención o sueño cuanto ha sucedido.

Recordad, Winifred, que al abandonar Inglaterra y aceptar los ofrecimientos del Conde de Peterborough, para venir a España y servir en ella a nuestra Graciosa Soberana, obedecí únicamente al deseo de experimentar mi valor y hacerme digno de vuestra mano. Vos misma me animasteis a emprender la jornada, y vuestro recuerdo me acompañó siempre, sin renegarle jamás. Hoy, arrepentido y avergonzado, lo invoco de nuevo y espero mi salvación en él.

¿Seréis, a pesar de todo, tan severa que me prohibáis de vuestra vida, como yo he decidido prohibirme para siempre de cuanto hasta ahora me ha rodeado?

De vuestra resolución depende toda nuestra dicha venidera.

Vuestro, sincera y respetuosamente,

ARCHIBALD.

Memorial comenzado a escribir por Sir Archibald Darley de Kinsale, Teniente del Regimiento irlandés de Gorges's. Brigadier General Richard Gorges.

I

En aguas de Gibraltar, a bordo del *Panther* H. M. S.
Cap Bartie.

Armada de los Aliados, 4 agosto de 1705.

Desde ayer nos encontramos fondeados frente a esta hermosa plaza, que acaba de ser teatro de escenas definitivamente gloriosas para nuestras armas, ya que inglesas eran, en su mayoría, las fuerzas que la defendían contra el Mariscal de Tessé y el Marqués de Villadarias.

Apenas ancló el *Panther*, me apresuré a bajar a tierra, deseoso de ejercitar las piernas después de once días de travesía y de calores intensísimos.

Como mi propósito consistía, además, en averiguar el paradero de Walter Ramsbockle, y pernoctar en la ciudad, si me era posible, para combatir el *spleen* que comienza a invadirme, tuve la precaución de hacerme acompañar por el criado catalán que tomé a mi servicio en Lisboa, cuando el fiel Hopkins vióse en la imposibilidad de seguirme, a consecuencia de cierto accidente que no es del caso referir aquí.

Lleonart, que así se llama mi nuevo servidor, es el prototipo de lo que los españoles llaman «un pícaro»; pero a pesar de todos sus defectos, que son innumerables, poco a poco voy acostumbrándome a él, y hasta me entretengo en escucharle, pues no sólo sabe expresarse en catalán, sino que habla el castellano y hasta consigue hacerse entender en francés; talento raro en este país.

Ignoro su procedencia y sus antecedentes, pues tengo la convicción de que cuanto me ha dicho es mentira. Sólo sé que parece un muchachón fuerte, inteligente y limpio. Lo demás nada me importa, no estando en Inglaterra. Cuando le encontré en la Capital portuguesa debía de haber pasado mucho, y buscaba sustento entre la gentuza que explotaba la vanidad del difunto Almirante de Castilla, tan célebre por su historia y desdichada muerte.

Me he detenido en consignar estos particulares, concediéndoles mayor importancia de la que merecen, por la sorpresa que produjo en mi ánimo la visible contrariedad de Lleonart al recibir la orden de seguirme a Gibraltar, como si tan agradable paseo equivaliera a un castigo. Su desconcierto fué tal, que me vi obligado a repetirle la intimación. ¿Qué pretendería hacer este hombre en mi ausencia? La nueva e insospechada expresión que sorprendí en su rostro me hace temer si habré cometido un error al traerlo, y, para salir de dudas, trataré de vigilar en adelante sus actos y poner a prueba su honestidad.

Por de pronto, su compañía me fué muy útil, pues como posee la facilidad de entablar conversación con todo el mundo, no tardé en dar con Walter, ni en conseguir, mediante algún dinero, relativo acomodo en casa de uno de los pocos españoles residentes en Gibraltar.

Lord Ramsbockle continúa siendo uno de los más hermosos ejemplares de la raza británica, y nadie diría al verle que ha permanecido durante buena parte del sitio atento a su deber y sin descansar un instante: tal es el estado floreciente de su salud. Sus compañeros de los Guardias me han referido que, además de sus funciones militares, no ha cesado tampoco de dedicarse a los *sports*, con el mismo entusiasmo y destreza que hicieran célebre su nombre en los fastos de Oxford. En su afán de cacerías y excursiones, no hay cresta, senda ni caverna, del Peñón que no haya recorrido, y, gracias a sus conocimientos de la montaña y a su certera puntería, se han podido evitar algunas sorpresas, así como comprobar la existencia de monos, zorras y puercoespines en los más ásperos riscos gibraltarinos. ¡Lástima que tan excepcionales facultades de energía y de valor se vean a veces deslustradas por arrebatos y excesos que sus amigos tratamos de disimular, aunque no siempre lo conseguimos del todo!

Por Walter tuve noticias de su hermana Winifred, tan distinta de él moralmente, aunque no menos bella, así como de Lady Ramsbockle, madre de ambos. Afortunadamente, todos se encontraban bien a la salida de las últimas cartas, y Lady Ramsbockle y mi prometida se preparaban a pagar una visita de varios días a la Condesa de Peterborough en su espléndida residencia de Parson's Green.

Confortado con estas nuevas, dediqué las horas que me restaban de luz a recorrer la ciudad, que contiene construcciones muy curiosas, aunque bastante deterioradas por efecto del asedio. La más importante de todas, fuera naturalmente de las murallas, es la Iglesia Mayor, antigua Mezquita morisca, reformada y engrandecida por los Reyes Católicos, padres de la primera esposa de nuestro Enrique VIII.

Durante mi visita al templo, Lleonart comenzó a hablar con el sacristán como si le conociera de toda la vida, y a poco apareció el cura párroco, D. Juan Romero de Figueroa, excelente sujeto, que me refirió detalles sumamente interesantes de la conquista de la plaza el año 1704 y del subsiguiente sitio por las fuerzas borbónicas.

Parece mentira que tratándose de una ciudad de esta importancia estratégica, y siendo notorio el interés de los aliados por establecerse en alguna posición del litoral para vigilar el Estrecho y mantener la comunicación de sus escuadras, D. Diego de Salinas, Gobernador por el Duque de Anjou, sólo contara, al presentarse nuestra armada, con cuatrocientos setenta hombres, reclutados entre los vecinos, para defender Gibraltar, y *setenta y dos* soldados como única guarnición de su fortaleza y castillo. Esta imprevisión fabulosa habla muy poco en favor del Gobierno de Madrid, y pesará como un padrón de ignominia sobre los Consejeros y Generales del nieto de Luis XIV.

Por suerte para nosotros, los batallones ingleses que desde entonces guarnecen el Peñón, ayudados de algunas tropas españolas afectas a la Casa de Austria, han entendido las cosas de bien distinto modo, y hoy produce asombro el contemplar las mejoras que se han introducido en la defensa de la plaza.

Entretenido con las explicaciones del Ministro, cuyo buen juicio y sólida piedad me parecieron notables, a pesar de la diferencia de religión que nos separaba, no me di cuenta de la desaparición de Lleonart hasta que me encontré solo en la calle, sin saber hacia dónde dirigirme, pues había olvidado las señas de la casa donde el bribón me consiguiera posada. Gracias que acertó a pasar junto a mí el respetable Doctor John Freind, médico de las fuer-

zas británicas, tan consumado dialéctico como eminente cultivador de las ciencias, a quien referí mi situación y que me ayudó a descubrir, casi ya de noche, el paradero de mi fantástico *groom*.

Éste se encontraba tendido sobre el parapeto de la muralla que forma el baluarte nuevo, desde donde podía contemplarse, mejor que de ningún otro sitio, la situación de la escuadra, y hasta distinguir las particularidades de algunos de sus barcos, especialmente del buque almirante *Ranelagh*, que ostenta la insignia real y que sirve de morada al Archiduque y a su Corte, magníficamente atendidos y agasajados por el Conde de Peterborough, General en Jefe de la presente expedición.

A mis recriminaciones por su incalificable conducta contentóse el bergante con responder que ignoraba la hora que era, por haberse distraído mirando las embarcaciones y botes que iban o venían sin cesar, cargados de militares y marinos. Efectivamente, el espectáculo resultaba en extremo atractivo, y aunque las explicaciones del catalán no acabaran de disipar mis crecientes sospechas sobre su persona, decidí disimular y dirigirme a mi alojamiento, donde pensaba aprovechar las primeras horas de la noche para despachar la correspondencia de Inglaterra y dormir después tranquilamente.

Poco descanso logré, sin embargo, porque las cartas resultaron muy largas, sobre todo la de Suffolk; y apenas salido el Sol, me despertaron las voces de Walter Ramsbockle y tres o cuatro amigos más que venían a tomar el desayuno conmigo y a participarme la buena nueva de que se había resuelto el cambio de guarnición de Gibraltar, quedando como Gobernador Shrimpton, en lugar del Príncipe Jorge de Darmstadt, y embarcándose aquella misma tarde los Guardias, Barrymore's, Donegal's,

Mountjoy's y varios batallones de Marinos, hasta un total de 3.200 hombres.

Por feliz coincidencia, al hacerse la distribución de estas fuerzas, el Coronel Hans Hamilton, Comisario General de la Armada, acababa de designar el *Panther*, donde yo venía, para alojamiento de algunos oficiales de los Guardias; y con tal motivo, Walter y sus camaradas, que no debían de haber pasado una noche muy tranquila, insistían en demostrarme su alegría, con manifestaciones tan bulliciosas que terminaron por aburrirme.

A fin de desviar el curso de su humor, fijé entonces la atención en un joven de agradable presencia y vestido de paisano, que permanecía a la puerta del cuarto, sin saber qué actitud adoptar ante aquella batahola, y pregunté a Ramsbockle quién era y qué deseaba allí.

Calándose entonces con solemnidad su magnífico gorro de pelo, tomó Walter de la mano al desconocido visitante, y con la misma ceremonia que hubiera empleado en la Corte de Windsor, repuso enfáticamente:

—Tengo el honor de presentaros, querido Sir Archibald Darley de Kinsale, al Señor Anselmo del Castillo, hidalgo andaluz, ingenio sevillano, militar ilustre, víctima de la infame Inquisición, prisionero hasta hace poco, y actualmente mi Secretario privado, Preceptor de castellano y Maestro en la ciencia de conocer y apreciar las bellezas de España.

—¿Cómo es esto?—interrumpí, riendo—. ¿Ya no contáis en vuestro servicio al veterano Bliss?

—¡Por favor, amigo mío!—contestó secamente el hermano de Winifred—. Os suplico que no confundáis categorías ni humilléis el amor propio del Señor Anselmo confundiéndole con un hombre de librea, aunque tal librea sea capaz de encerrar los

méritos de un Bliss. Vuelvo a repetiros que mi nuevo empleado, que aun no posee suficientemente el inglés para explicarse por sí mismo, es persona distinguidísima, en quien concurren los mayores méritos y sin cuya compañía me sería imposible afrontar las eventualidades que me acechan en este país. ¿Verdad, Mister del Castillo? Venid, acercaos y restaurad las fuerzas participando de nuestra modesta colación. Sir Archibald no es tan inabordable cual parece a primera vista, y como sabe casi tanto como vos, e incomparablemente más que yo, debéis captaros sus simpatías, pues a su lado os aguardan muy buenos ratos durante el viaje.

Mientras Walter se expresaba así y su protegido mostrábase un tanto cohibido por el elogio, observé que Leonart, presente siempre cuando menos falta hace, le consideraba muy atento y acababa por sonreír solapadamente, con la complacencia de quien comprueba la existencia de un camarada y presiente la intimidad de un futuro compañero.

Aquella sonrisa me tranquilizó y terminó de fijar mi opinión sobre el silencioso Anselmo del Castillo, clasificándole desde entonces en el puesto que le corresponde dentro de la sociedad.

Los Señores podemos equivocarnos, y muy a menudo lo hacemos, al reconocer a uno de nuestros semejantes. Los criados jamás incurren en tal error, e identifican a primera vista a otro sirviente, aunque se oculte bajo la casaca de un Grande de España.

II

Instructivo y ejemplar por extremo ha resultado el espectáculo de la visita de Carlos III a la primera ciudad española que reconoce su dominio, siquiera

sea éste un tanto imaginario, como impuesto por derecho de conquista y mantenido gracias a los esfuerzos y a los tesoros ingleses.

Al desprenderse la falúa real del *Ranelagh* y acercarse al muelle, en medio de las salvas de la plaza y los saludos de los buques holandeses y británicos que rendían los honores debidos al Soberano amigo, la escena resultó imponente y digna de un gran Monarca.

Pero al penetrar en la ciudad, donde tanta sangre acaba de derramarse y donde esperaban alineados nuestros Regimientos, con sus músicas y banderas propias, debió la flamante Majestad sentirse un tanto deprimida comparando la apostura de los soldados ingleses, verdaderos dueños del país, con el aspecto deficiente y pobre del puñado de españoles que los esfuerzos del Príncipe de Darmstadt han conseguido reunir entre desertores borbónicos e individuos de toda procedencia.

La misma «Guardia del Rey», formada en Lisboa con 500 catalanes, escapados en su mayoría del ejército de Felipe V, no puede compararse, ni de lejos, con los soberbios muchachos de Gales que le recibieron a la entrada, y que sólo es capaz de oscurecer una figura como la de Walter Ramsbockle o la de alguno de sus compañeros, verdaderos representantes de la perfección física de un pueblo.

El convencimiento de su personal grandeza y la costumbre de recibir homenajes desde la cuna, mantenían, sin embargo, en el hermano del Emperador aquella sonrisa y empaque tan característicos de cuantos han nacido en las gradas de un trono y que parecen impedirles ver la gran parte de ficción que existe en la mayoría de las manifestaciones que les son tributadas oficialmente.

Ya en Lisboa había tenido yo ocasión de contemplar varias veces la figura de Carlos III, y hasta de ser presentado a Su Majestad Católica por mi Brigadier, General Richard Gorges. Pero aun no le había visto en el ejercicio de sus funciones; siendo forzoso confesar que se desempeña muy bien en ellas, aunque la severidad de la etiqueta austriaca paralice a veces los entusiasmos del público.

*"An Austrian Prince alone
Is fit to note upon the Spanish throne."*

Esto decía el Doctor Garth, un poeta satírico de Inglaterra, la primera vez que el Archiduque desembarcó en nuestro país; y forzoso es añadir que en esta visita Su Majestad no produjo una impresión muy favorable a los ingleses, que le echaban en cara su *«royal frigidity»* respecto de las damas, y le calificaban, sin ningún respeto, de *dull* y *stupid*.

A pesar de las facciones pronunciadas e irregulares, su rostro no resulta, sin embargo, desagradable, marcándose en él la boca característica de los Hapsburgos. Vestido a la española, con golilla, para impresionar mejor a sus nuevos súbditos, parecía más menudo e infantil en Gibraltar que en la Corte portuguesa, no obstante la gran peluca que le caía hasta los hombros; y la nobleza de sus maneras, así como las muestras de devoción y de respeto por las prácticas antiguas que prodiga de continuo, permiten augurar la mejor acogida por parte de los españoles, que volverán a encontrar en su Augusta persona el modelo de los Reyes que por tantos años veneraron y soportaron con ejemplar paciencia.

Respecto de sus condiciones de carácter y entendimiento, nada puede afirmarse todavía, pues recién ha cumplido veinte años. Sólo se murmura que

es voluntarioso, devoto y muy amante de su dignidad real, sobre la que no admite discusiones, como sucede a todos los Pretendientes.

De inclinaciones tampoco se habla, y en lo que toca a generosidad, parece que será desprendido el día que disponga de rentas. Hoy por hoy, dadas las estrecheces de la Corte de Viena, sólo cuenta con las sumas que la amistad de los Aliados puede proporcionarle, y que nunca resultan suficientes para sus necesidades, al decir de las personas que le rodean.

Entre éstas ocupa el primer lugar su ayo, Consejero y Primer Ministro, Antonio de Liechstentein, Alteza Serenísima que puede asegurarse es quien gobierna y a quien prefiere D. Carlos, con gran disgusto de los nobles españoles que, a imitación del Almirante de Castilla, abandonaron casas y familia para seguir a Su Majestad.

El Príncipe de Liechstentein, bastante desgraciado y mezquino de cuerpo, e insoportable a fuerza de orgullo, suficiencia y terquedad, constituye, según el Doctor Freind, que lo ha frecuentado bastante, un modelo acabado del Ministro alemán, con quien es imposible discutir ni emplear la palabra patria, porque los únicos negocios y las únicas conveniencias que existen para él en este mundo son los negocios y las conveniencias personales del Emperador y del Archiduque, a quienes sirve ciegamente desde la infancia.

Puede imaginarse, por estas solas palabras, la fundamental diferencia que separa su opinión y su persona de las del General en Jefe, Conde de Peterborough, mi ilustre protector, con quien desde el primer día estuvo en desacuerdo respecto de todo, y con el que desde entonces viene sosteniendo una verdadera lucha, que nadie sabe cómo acabará,

pues ninguno de los dos es hombre de ceder, ni siquiera de transigir, en un solo punto.

Liechstentein es fanáticamente papista; Peterborough, declaradamente ateo. El primero guarda las apariencias más severas y se estremecería ante la sola idea de un escándalo en su vida; el segundo parece gozar aparentando ser más vicioso de lo que en realidad es. Uno cultiva el reposo, y sería incapaz de desviarse dos pulgadas de la línea que se ha trazado, cuando llega a la conclusión de que esa línea es la que conviene a su Príncipe; otro vive en continua movilidad, y su mayor entretenimiento consiste en fabricar constantemente planes distintos, dejando a la suerte o a la casualidad el desenlace de los mismos. Finalmente, el Príncipe venera a sus Soberanos casi al igual de Dios, y mandaría encarcelar al primero que se atreviera a criticarlos pública o privadamente; el Conde, por el contrario, habla de todos los Reyes presentes y pasados con la misma libertad que si fueran sus iguales, y para formar idea del estilo que suele emplear en su conversación al tocar el punto, bastará con la anécdota siguiente, cuya autenticidad puedo garantizar.

Encontrándose Peterborough en Versalles, cierto gran Señor que pretendía informarse de las costumbres de Inglaterra, le preguntó en una rueda de cortesanos: «*Sacre-t-on les Rois, chez vous?*»; a lo que el Conde contestó impertérrito: «*Oui, Monsieur, on les sacre et on les massacre aussi.*»

Puede imaginarse la cara que pondría el cortesano al escuchar esta respuesta; pero jamás llegaría a igualar la consternación del Príncipe de Liechstentein si se hubiera encontrado en su lugar.

Fuera del primer Ministro citado, y del Duque Molés, Embajador de Su Majestad Cesárea, no creo que influyan por ahora otras personas en el ánimo

de Carlos III, salvo quizás en el terreno espiritual los dos confesores alemanes que le vienen acompañando desde Viena y que con nadie hablan sino en su propio idioma o en latín.

Ni el Marqués del Vasto, ni el Conde de Zinzerling, ni los otros Señores cuentan para nada en las resoluciones de Su Majestad.

Acaso, sin embargo, la presencia de un personaje de tantos prestigios como el Landgrave Jorge de Hesse Darmstadt, su próximo pariente, consiga cambiar el rumbo de las cosas y reemplace a Liechstentein en el aprecio del Monarca.

Lo malo del caso consiste en el nombramiento de General en Jefe y Co-Almirante que posee el Conde de Peterborough, otorgado por la Reina Ana, y que le concede la suprema autoridad sobre todas las fuerzas inglesas de mar y tierra, que no pueden movilizarse sin su permiso. Este título constituye toda la superioridad del Lord y le permite afrontar, sin cuidado alguno, cuanta oposición encuentra a sus planes, que hoy por hoy consisten en dirigirse a Italia para auxiliar al Duque de Saboya y establecer sólidamente en Milán y Nápoles a D. Carlos.

El Príncipe de Darmstadt, que desde hace tiempo se encuentra en comunicación con todos los partidarios españoles de la Casa de Austria, y mantiene complicadas intrigas en las principales ciudades de la Península, pretende, por el contrario, amenazar segunda vez a Barcelona y proclamar allí como Rey al Archiduque. Veremos cuál de las dos tendencias prevalece. Para triunfar en sus designios le falta al Landgrave un requisito indispensable, que consiste en la Patente de General inglés, imposible de concedérsele actualmente, por tratarse de un católico y oponerse a ello las leyes de nuestro Reino, donde tanto se admira, no obstante, al galante Darmstadt.

Por cierto que entre los partidarios de Su Alteza figuran casi todos los Oficiales que acaban de servir en Gibraltar a sus órdenes, y singularmente el impetuoso Walter Ramsbockle, que no cesa de ponderarle, exagerando sus elogios para rebajar los méritos del Conde de Peterborough, a quien profesa resuelta antipatía, basada, según yo le digo a veces, en la analogía de cualidades y defectos que uno y otro pueden ostentar a la faz del mundo.

Nada más divertido y pintoresco que escuchar los juicios del hermano de Winifred respecto de las personas que viajan en la Armada, o de los espafíoles que intrigan en la Península, cuyos nombres y reputación supongo que conoce gracias a las sabias lecciones de su Secretario privado y Gentilhombre de Cámara, Señor Anselmo del Castillo.

Cuando después de oír tales disparates, y a pesar de ellos, se reconoce la justicia de la fama al alabar la arrogancia del famoso Landgrave, es porque la naturaleza hase mostrado verdaderamente generosa con éste, otorgándole, por encima de todos los dones, el de la simpatía, tan difícil de conseguir y sostener conforme van avanzando los años.

Treinta y seis debe contar ahora Jorge de Hesse, cuya gloriosa historia militar comenzó a los diez y seis, sin que se recuerde desde entonces campaña o lucha en que no tomara parte.

Junto al Príncipe oscurecen las demás figuras del séquito de Carlos III, incluso la del mismo Rey; y como se me escapara esta reflexión por la tarde, en un corro de amigos, sentíme al punto apretujado y casi deshecho entre los brazos de Ramsbockle, quien, transportado de gozo, no sabía cómo expresarse, valiéndose de los puños para manifestar sus sentimientos.

Cambiando a poco sus ideas de dirección, comen-

zó a criticar sin piedad a las demás personas que formaban parte de la Corte de Su Majestad Católica, y ni Paul Methuen, Enviado de nuestra Graciosa Soberana cerca de Carlos III, ni el Conde de Azumar, representante de Portugal, ni el Mariscal de Campo Scratenbach, ni el Conde de Uhlfeldt, ni ninguno otro de los que había oído nombrar o imaginado conocer en sus conversaciones de cuartel, encontraron misericordia ante su lengua, que sólo tuvo una excepción a favor de cierto magnate italiano llamado D. Octavio Branciforte, Príncipe de Ornano, que, según parece, acompaña al Rey en el *Ranelagh*, pero al que aun no he visto por ninguna parte, ni creo que Walter tampoco, siendo tal vez ésta la razón de que hable bien de él.

El Príncipe de Ornano es un Señor prodigiosamente rico—y casado con una dama española—, que desde la muerte de Carlos II se negó a reconocer el testamento de éste e intentó proclamar en Nápoles al Archiduque, figurando como su partidario más entusiasta en Italia. Fracasada la intentona, embarcóse para España, donde permaneció escondido muchos meses, concertando toda clase de intrigas contra el Duque de Anjou y siendo el alma de las conspiraciones urdidas para destronarle. Vuelto a Italia, acompañó desde Viena al hijo del Emperador en su viaje a Portugal, y, de acuerdo con su íntimo amigo y pariente el Almirante de Castilla, levantó un Regimiento y peleó valerosamente en la última campaña, hasta la muerte del Duque de Medina de Rioseco, ocurrida en Extremoz a consecuencia de un ataque de apoplejía. Desengañado entonces de las empresas militares por aquella frontera, aceptó los ofrecimientos de Carlos III, y viene en la nave regia desempeñando uno de los puestos más honoríficos cerca del Monarca. Según las re-

ferencias de Walter, trátase, además, de un hombre de imponente aspecto, un tanto melancólico, y muy galante y desprendido, pero que, al contrario de lo que sucede con Jorge de Hesse, carece en general de amigos y a nadie arrastra tras sí, viviendo solo y aislado en la Corte.

Entretenidos con la conversación y expresándonos en inglés, creíamos ser los únicos en tratar de estos particulares, cuando, con gran sorpresa, descubrí de pronto tras mí al desconcertante Lleonart, que no perdía sílaba de cuanto decíamos, demostrando, por la expresión de su rostro, comprender la mayoría de nuestras palabras.

Furioso ante semejante indiscreción, agarré de un brazo al pícaro y, sacándolo a la calle, comencé a reprenderle en tales términos que, temiendo el hombre por su empleo y asustado ante la idea de quedar abandonado en Gibraltar, acabó por pedirme perdón, reconociendo que había obrado mal al escuchar nuestras confidencias, y declarando que si lo hizo fué atraído por el nombre de Ornano, que nos oyera pronunciar varias veces, trayéndole a la memoria recuerdos imborrables.

—¿Y de qué conoces tú a ese Señor, que casi nadie ha visto aquí?—pregunté, en el colmo del asombro.

—A él le conozco poco—terminó por contestar Lleonart, después de un rato de vacilación—. Pero a quien conozco bastante, por desgracia, es a su esposa, la Princesa Doña Leonisa, famosa en toda España por su hermosura, sus intrigas y, sobre todo, por su voluntad y orgullo indomables. ¡Libreos Dios, Milord, de tropezar con ella! ¡Trae desgracia a cuantos se cruzan en su camino!

—¿Tan hermosa es?—interrumpió Walter, que nos había seguido y comenzaba a interesarse en la conversación.

—No existe otra más bella en la Corte—contestó el catalán.

—¿Y qué reputación goza su nombre?—inquirió Lord Ramsbockle.

—Detestable, aunque nadie puede vanagloriarse de haber merecido sus favores. Es una mujer que gusta de que la quieran todos, pero que no sabe amar, y cuando ama, prefiere matar a rendirse.

—¿Según eso, no se llevará muy bien con el marido?

—Doña Leonisa desprecia profundamente al Príncipe, de quien sólo es esposa en el nombre. Pero el Príncipe adora a su mujer, y cometería el crimen más execrable si supiera que con él podía conquistar una sonrisa de sus labios.

—¡Magnífica y teatral situación!—exclamó el hermano de Winifred, realmente entusiasmado por aquellas noticias tan absurdas—. ¡Lástima que esta fenomenal Señora no se encuentre cerca, para intentar su conquista y vengar de paso al sexo por todos sus crímenes anteriores! ¿Dónde crees tú, muchacho, que ejercerá sus seducciones en este momento?

—¡Quién sabe, Milord! La Princesa de Ornano es una persona que aparece cuando menos se piensa y donde menos se espera. La última vez que la vi fué en Lisboa. Pero nada se puede prever con ella. Seguramente se hallará donde su ambición o su venganza la llamen...

La curiosa conversación de mi sirviente y la exaltación que sus palabras producían en el impresionable Walter nos habían hecho detener en la calle, donde ya no se veía a nadie.

Recordando nuestro deber de encontrarnos a bordo antes de la noche, emprendimos el camino que nos separaba de la puerta de la Mar, y durante el

trayecto Ramsbuckle continuó interrogando a Leonart sobre la vida y costumbres de la dama que tan fuertemente obsesionaba ya su imaginación.

Cuando llegamos al sitio donde debía aguardar nuestro bote, la oscuridad crecía por momentos, y vímonos obligados a permanecer algunos minutos en el muelle, para dar lugar a que salieran tres o cuatro barcasas cargadas de prisioneros borbónicos, que no podían continuar en Gibraltar por falta de alojamiento y se destinaban como rehenes a la Armada, para canjearlos, llegado el caso, por algunos de los nuestros.

El exterior de aquellos infelices, su miserable aspecto y la dolorosa resignación con que se dejaban manejar, nos impresionaron tristemente, interrumpiendo nuestra conversación.

Walter, que nunca peca de humanitario, y que exagera además su insensibilidad para hacer más efecto, prorrumpió entonces en denuestos contra tantas bocas inútiles, lamentando que nuestras costumbres impidieran utilizarlos como galeotes en la flota y que se aumentara la impedimenta de ésta con individuos que podían traer el germen de todas las enfermedades infecciosas.

Para tranquilizarle, y a fin de que no descubriese la indignación que sus palabras producían en el español que nos acompañaba, manifesté la extrañeza de que en una expedición como la nuestra, que aun no se sabía a punto fijo dónde se dirigía, se admitieran prisioneros que debían ser los primeros en embarcar, pues ni en Lisboa ni en otras partes tenía yo noticia de que se hubiera consentido cosa análoga.

—Eso no, Milord—interrumpió al punto Leonart—. En Lisboa también embarcaron algunos, aunque muy pocos, y esos pocos no eran sol-

dados como éstos, sino personas de grado y distinción.

—¿Y dónde se ocultan esos cautivos, de los que nunca he oído hablar hasta ahora?—interrogué curioso.

—¡Quién sabe!—repuso mi interlocutor—. En algún transporte; acaso en un lanzabombas, o en el buque hospital. Aun no lo he podido averiguar... pero estoy seguro de que se encuentran aquí, y al fin lo sabré de fijo...

—¿Tanto interés tienes por descubrirlos? ¿Se encuentra entre ellos algún pariente o conocido tuyo?

—¡Quizá!... ¡Quizá!...—exclamó evasivamente el mozo.

Y por más que hicimos, no pudimos conseguir que volviera a hablar del asunto que tanto parecía intrigarle.

III

En alta mar, 6 de agosto.

Al despertarme en la mañana del 5, el calor resultaba tan insoportable, que subí a cubierta para respirar un poco y averiguar de paso el motivo de los frenéticos *hurrahs*, alternados con silbidos y voces, que llegaban hasta mí cual si todos los tripulantes del barco se hubieran puesto de acuerdo para armar el mayor estrépito posible.

El espectáculo que descubrí al ganar la escotilla me hizo comprender al punto la causa del alboroto. Presididos por Walter Ramsbockle, enteramente desnudo, alineábanse cerca del palo de mesana como veinte o treinta tagarotes de los Guardias, con el Señor Anselmo del Castillo y mi

catalán Leonart como refuerzo, que sucesivamente y por riguroso turno iban avanzando hacia un estrecho trampolín colocado sobre el mar, y lanzándose desde él al agua en las más diversas actitudes.

Poco acostumbrados algunos de los militares a semejante gimnasia, sumergíanse atontados en el líquido elemento, braceando después por salir a la superficie y agarrarse a la escala de cuerda que pendía de uno de los costados del barco.

Walter, que a pesar de su salvaje agitación seguía atentamente la marcha del ejercicio, apenas veía que uno de sus muchachos bebía demasiada agua, o daba muestras de inquietud, arrojábase al mar con la presteza del rayo, y, llegando en unas cuantas brazadas hasta el inexperto, sacaba a éste del apuro, reintegrándole a la nave entre grandes aplausos.

Otras veces, deslizándose por la angosta tablilla con la serenidad de un joven Dios, entusiasmaba a la concurrencia con algún salto prodigioso o alguna zambullida inverosímil que le mantenía sin salir a la superficie largo tiempo, hasta aparecer donde menos se esperaba.

El Secretario privado del Lord, D. Anselmo, debía desconocer en cambio las más elementales reglas de la natación, pues, para evitar percances, habíase atado a la cintura un cabo de cuerda que sujetaban desde arriba y que le permitía intentar de vez en cuando la peligrosa imitación de las proezas de su Señor, hasta que una vez tuvo a bien este bárbaro hacer soltar la amarra, y por poco se ahoga el hidalgo a la vista de todos, que reían de sus apuros como si se tratara de una chanza.

Gracias que Leonart, entre cuyas habilidades se cuenta por lo visto la de nadar como un delfín, adelantóse al gesto que preparaba Walter, y escu-

rriéndose, no sé por dónde, cubrió en pocos segundos la distancia que le separaba del infortunado Castillo, librándose con soberana habilidad del abrazo mortal de éste y salvándole de la muerte como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

La espontaneidad de la acción y la maestría con que fué llevada a cabo, lograron los sufragios del público, que tributó una ovación delirante al catalán, entibiando con ella el triunfo de Ramsbockle, quien, celoso, en el fondo, de encontrarse con un rival, y resentido como los niños cuando se cansan de jugar, declaró a poco terminada la función por aproximarse la hora designada para la salida de la escuadra, y se retiró a su camarote, con la dignidad que pudiera emplear el propio Neptuno en un caso semejante.

Efectivamente, algún tiempo después, y aprovechando una ligera brisa del Noroeste, comenzaron las maniobras para desamarrar y hacernos a la vela; viéndose trepar a los marineros por las escalas y ocupar cada uno su correspondiente puesto en el barco a fin de llevar a cabo la delicada operación, que los militares contemplábamos maravillados de la regularidad y precisión con que cada navío se conservaba en su terreno, sin molestar ni entorpecer la acción de los demás.

Primero se pusieron en marcha los navíos holandeses, tan parecidos a los nuestros por sus elegantes líneas, que sumaban hasta el número de veinte, sin contar embarcaciones chicas ni transportes, al mando del Almirante Van Allemond y de sus Tenientes Wasernaer, Vanderdussen y De Jonge, que conducían a bordo el cuerpo expedicionario de los Países Bajos, a las órdenes del Mayor General Scratenbach y del Brigadier St. Amand.

Poco después inicióse el movimiento de nuestra

flota, encabezándola Sir Thomas Dilkes, que enarbolaba su pabellón de Almirante de la bandera blanca desde el *Kent*, al que seguían el *Monk*, el *Leopard* y el *Burford*.

En aquel momento apareció nuevamente sobre el puente y de correcto uniforme el incansable Ramsbockle, quien, dirigiéndose a mí con muestras de gran agitación y cólera, exclamó a gritos:

—Vuestro criado, Archibald, es un condenado be-litre que acaba de pretender darme una lección, y no puedo admitir semejante procedimiento de parte de un inferior, y menos de un español. Figuraos que habiéndole encontrado hace poco, y queriendo recompensar su excesivo celo de esta mañana, le puse unas libras en la mano, y ha tenido la insolencia de devolvérmelas, añadiendo que no acostumbra a cobrar estipendio cuando se trata de salvar la vida de sus compatriotas. ¿Habéis oído jamás un razonamiento igual? Por supuesto, que espero le tiréis bien de las orejas, ya que vuestra flema os impedirá darle de palos, que es lo que yo haría si se tratase de un sirviente mío. ¿Qué respondéis? —añadió en el colmo del asombro al observar la frialdad con que yo acogía su reclamación.

—Pues respondo, Wat—declaré, después de un rato—, que no sólo dejaré a ese hombre sin castigo, sino que celebro me habléis a solas para declararos que su conducta me parece dignísima, y que las faltas de todo lo sucedido os corresponden exclusivamente, por vuestra afición a las bromas brutales, que un día pueden acarrearos un serio disgusto y una responsabilidad ineludible.

El rostro de mi interlocutor se puso casi tan rojo como el paño de su casaca, y, tartamudeando de ira, repuso en el acto:

—Rechazo vuestra acusación, Archibald, pues me

conocéis lo bastante para creer que no hubiera dejado ahogar por gusto a un hombre, sobre todo tratándose de una persona que aprecio. Y a no ser por la precipitación de vuestro entrometido sirviente, habría sido yo mismo el que le trajera a bordo en mis brazos como he hecho con tantos otros. En cuanto a vuestros juicios sobre mi carácter, os declararé que me son perfectamente indiferentes desde el momento que me consideráis en menos que un tunante como ese catalán, de quien todo el mundo habla mal en el barco y a quien un buen día tirarán al agua por espía, por ladrón y por bellaco.

—Descuidad—exclamé, resuelto a terminar la conversación—, pues no será necesaria la intervención de nadie, porque me basto y me sobro yo para castigarle en cuanto me convenza de la realidad de cualquiera de los crímenes que tan apasionadamente acabáis de atribuirle.

Y sin aguardar la contestación de Ramsbockle, me volví de espaldas a fin de seguir observando las maniobras de los barcos de la bandera roja, que continuaban desfilando lentamente y desaparecían por detrás del Peñón.

El *Monmouth*, el *Eagle* y el *Srewsbury* fueron alejándose poco a poco.

Al fin le tocó el turno al *Britannia*, donde izaba su insignia de Contraalmirante Sir Cloudesley Shovel, Director Naval de la expedición, tan querido en toda la flota, y que precedía al *Ranelagh*, como si le diera escolta de honor.

Al comenzar a moverse la nave real, que ostentaba el gran estandarte de los Monarcas de España, la fortaleza de Gibraltar principió a rendir los honores debidos a su legítimo Soberano, haciendo retemblar la montaña con sus lenguas de bronce.

El eco de los cañonazos, el movimiento de la mul-

titud en la costa y los gritos de ordenanza que lanzaban las tripulaciones al cruzar Su Majestad Católica por delante de ellas, trajeron a mi memoria entonces una especie calumniosa que, según parece, es moneda corriente en Francia y en España.

Trátase de la fábula de que al entrar las fuerzas aliadas en Gibraltar el año 1704, después de firmadas las capitulaciones de la rendición, el Príncipe de Darmstadt proclamó por Señor de la Ciudad al Archiduque Carlos, izando en la fortaleza el pabellón imperial, según unos, o el español, según otros, y que los ingleses sintieron esto con tanto tesón, que el Almirante Rooke enarboló nuestro estandarte y aclamó acto continuo a la Reina Ana, en cuyo nombre y desde el primer momento se tomó posesión de la plaza.

Ahora bien; la historia no puede ser más falsa ni más absurda. Gibraltar fué ocupada por las fuerzas aliadas en nombre del Archiduque. El Príncipe de Hesse, General Austriaco, quedó como Gobernador con una guarnición de 1.900 marinos y 72 marineros ingleses, 400 marinos holandeses y 70 catalanes. Para auxiliarle, nombró Su Alteza Mayor General Español al Coronel Henry Nugent, Conde de Val de Soto. Los marinos estaban a las órdenes del Brigadier General Fox, y los catalanes y habitantes de la ciudad que admitieron armas obedecían al Coronel valenciano D. Juan Bautista Basset y Ramos y al Príncipe Enrique, hermano menor del Gobernador. Por dos veces consecutivas vióse amenazado éste, durante el sitio, con conspiraciones dentro de la plaza, y la segunda de ellas, aunque sea triste decirlo, estaba encabezada por Oficiales ingleses y holandeses, que se proponían nada menos que rendir Gibraltar al enemigo. Al recibir Shrimpton el nombramiento de Gobernador

de la fortaleza, por muerte de Fox, aceptó, lo mismo que Donegal, la patente de Mariscal de Campo al servicio de Carlos III. En diversas ocasiones, esta Majestad envió cartas de congratulación a Darmstadt, alentándole en la defensa de sus dominios, cartas que fueron leídas públicamente delante de la guarnición formada al efecto. Y si ésta fué siempre en su mayoría inglesa, y en la actualidad lo es totalmente, no obedeció ni obedece tal circunstancia a imposición de mi Gobierno, sino a la imposibilidad de suministrarla los demás países aliados, así como a la reiterada solicitud de éstos de que fuera la Gran Bretaña quien se encargara del sostenimiento y custodia de Gibraltar, como por fin lo han conseguido a mediados de octubre último.

El recibimiento, finalmente, que acaba de dispensarse al Rey disipará las dudas que puedan existir en algunos maliciosos sobre la conducta de la pérfida Albión, quien, hasta ahora, lejos de lucrarse en nada, puede decirse que es el país que lleva casi exclusivamente el peso de la guerra en toda la Península.

Distraído con estos pensamientos, no había vuelto a acordarme del enojado Walter, ni de nuestras anteriores palabras, cuando sentí en mis oídos la voz del Lord, que decía:

—¡Por Jovel Hagamos una tregua en nuestros resentimientos, Baldy. —(Este nombre de Baldy es el que suelen darme Winifred y sus hermanos menores en Ramsbockle House.)— ¡O mis ojos no saben lo que miran, y esto sería raro en un cazador como yo, o aquellas dos figuras que aparecen en el puente del *Ranelagh*, a proa, separadas de las demás, son dos figuras de mujer, pura y simplemente!

—¡Mujeres a bordo!—exclamé aturdido.—Imposible, Wat. Debéis de estar confundido. Serán

Obispos o Eclesiásticos de la Casa del Rey. ¿Cómo van a atreverse a embarcar mujeres en un buque de guerra británico?

—El *Ranelagh* es una nave real, y puede albergar a quien Su Majestad Católica disponga—observó sesudamente Walter—. Además podéis convencerlos por vos mismo.

Y volviéndose hacia mí, tendióme el catalejo que sostenía en las manos y que había debido de extraer del prodigioso equipaje que tenía a bordo.

En aquel momento el poderoso navío, uno de los mejores de la flota, preparábase a virar para emprender definitivamente su derrota; así que, por pronto que quise graduar el anteojo, había variado ya el campo visual y nada pude distinguir de lo que tanto sorprendiera a Walter.

Deseoso, no obstante, de divertirme un poco a costa de éste, para desquitarme de la impaciencia que antes me produjera, devolvíle a poco el catalejo, contentándome con murmurar desdeñosamente:

—Para vos no existen en este mundo sino faldas, amigo mío, y soñáis con ellas en todas partes, incluso donde menos lugar les corresponde. Consultad con el Doctor del *Panther*, porque vuestra vista decae y eso es mal síntoma a vuestra edad.

—Por favor, Baldy, no me miréis con esa cara de hombre sabio, que me recuerda la de Salomón en las viejas tapicerías, cuando se prepara a dividir el niño por la mitad. Palabra de honor que no me he equivocado y que en ese barco van dos mujeres. A mí nunca se me han aparecido fantasmas, y desde los quince años aprendí a distinguir los sexos, sin equivocarme nunca.

—Pues yo apuesto lo que queráis a que en esta ocasión padecéis un error.

—Aceptado. Van cincuenta libras para el que gane. Y lo que más siento es que tenga que transcurrir tanto tiempo antes de que pueda cobráros-
las. Pero os prometo que a la primera ocasión hemos de visitar juntos el *Ranelagh* para salir de dudas.

Las voces de mando en nuestro barco interrumpieron la conversación, pues había llegado la hora de zarpar, y no tardamos en principiar a movernos con agradable lentitud, acercándonos más a la costa.

Walter, a quien la presencia real o imaginaria de mujeres en la armada había ayudado a recobrar sus espíritus, creyóse en el caso de ilustrarme, y adoptando un tonillo dogmático inefable, principió a expresarse así:

—¿Veis aquella estacada, junto a la laguna, en el llano? Pues allí se encontraban las avanzadas y los escuchas españoles y franceses, así como los cordones de voluntarios de Aragón, durante el sitio. En las cañas de más allá existía un apostadero de tropas, y la línea enemiga comenzaba en pleno arenal, donde aun quedan señales del foso que circundaba las obras.

—¿Pero eran tantos los atacantes como se asegura?—pregunté, para demostrar que escuchaba.

—El escogido ejército de Villadarias—prosiguió entusiasmado Ramsbockle—, cuantos barcos franceses y españoles llegaron a la bahía, el mismo Mariscal de Tessé con todos sus millares de hombres, se estrellaron ante la tenacidad del Príncipe de Darmstadt, consumiendo inútilmente los recursos y las ilusiones de Francia y España.

—¿Y no estuvo nunca la plaza en peligro de caer en poder de los sitiadores?—interrumpí deferentemente.

—Una sola vez, al principio de las operaciones en 1704, y eso no por la pericia de los Generales,

que han demostrado palpablemente su orgullosa incapacidad, sino gracias al empleo de un recurso que parece novelesco y sin embargo llegó a ponerse en práctica. ¿Alcanzáis a distinguir en las alturas de Europa una pequeña quebrada que se pierde en seguida de vista? Pues llegando hasta allí por caminos inaccesibles y conocidos sólo de las cabras, se ofreció un pastor llamado Simón Susarte a conducir secretamente a los soldados de Villadarias para sorprendernos por donde más débil era nuestra defensa y penetrar en la plaza a despecho de todas las fortificaciones. Pero la expedición fracasó y los asaltantes se vieron abandonados, sin socorro, en lo alto del Peñón. Por cierto que entre los pocos prisioneros que se hicieron figuraba D. Anselmo del Castillo, quien, indignado por el incumplimiento de la palabra de sus Jefes, y arrepentido de sus entusiasmos borbónicos, no tardó en renegar de las banderas del Duque de Anjou, solicitando el honor de ingresar en las de Carlos III, donde se ha distinguido siempre, según he oído decir, porque yo no llegué a Gibraltar sino mucho después de la intentona del cabrero. ¡Y bien puede Míster del Castillo dar gracias a Dios por esta tardanza! Pues de estar allí, juró que me hubiera entretenido de lo lindo fusilando uno por uno a sus insensatos compañeros, sin excluirle a él, después de haberles cortado a todos las narices y las manos para escarmiento de sus compatriotas.

Las últimas frases de Walter, impregnadas de maldad, tornaron a suscitar en mí la indignación que suelen causarme sus desplantes, por lo cual, sin poderme contener esta vez, exclamé repugnado:

—No habléis así, por favor, ni os expreséis en términos tan indignos del nombre que ostentáis. El valor nada tiene que ver con la crueldad, y el encar-

necimiento con el vencido sólo sirve para demostrar vileza del corazón y tendencias perversas en el individuo que lo ejecuta. Además os considero incapaz de llevar a cabo lo que acabáis de decir, como asimismo de la mayoría de las cosas de que os soléis alabar en público.

El efecto que las anteriores palabras produjeron en Ramsbockle es imposible de describir, pues perdiendo toda clase de consideraciones, rugiendo como un energúmeno y revelándose en él otro ser que yo nunca había sospechado, se dirigió a mí, con los puños en alto, y me insultó, diciendo:

—Si no fuera por el afecto que profeso a mi hermana y por el lugar donde estamos, aquí terminaría para siempre nuestra amistad y os desafiaría a muerte por tacharme de simulador y de embustero. No es la primera vez que me tratáis despreciativamente, y parecéis gozar de la superioridad que os concede vuestra inteligencia para molestarme y ponerme en ridículo siempre que podéis. Pero tened entendido que no lo consentiré en adelante y que, además, carecéis, en absoluto, de derecho para obrar así. Mis defectos son muy grandes, es cierto, pero los vuestros los superan. Mis excesos pueden redundar en beneficio de mi país; vuestras críticas de nada sirven sino para deprimir el espíritu de cuantos os rodean. Mis aportes son positivos; vuestra frialdad, negativa. Yo he nacido para despertar y remover pasiones en torno mío; vos, en cambio, os recreáis analizando y disminuyendo las cosas. Sois el hombre razonador y odioso por excelencia, que sólo puede aparecer y distinguirse cuando un país ha llegado a la prosperidad del nuestro y consiente que unos aprovechen lo que los otros supieron sembrar. Recordad, sin embargo, que si Inglaterra no hubiera contado con hombres como yo,

sería imposible la existencia actual de criaturas como vos, y que, como dice muy bien uno de vuestros queridos filósofos, cuyo nombre importa poco recordar, la ocupación de nuestra especie estriba más en obrar que en conocer.

«The business of mankind in this life is rather to act than to know.»

Por ello os aseguro que, a pesar de vuestras opiniones y vuestros escrúpulos, este peñón de que ahora nos alejamos no irá a parar ciertamente a manos de Príncipes débiles ni de dueños descuidados, sino que de un modo u otro permanecerá adherido para siempre a la Corona de nuestros Reyes, gracias a la resolución de mis semejantes, y constituirá la única ventaja positiva que obtendremos de esta estúpida guerra, donde nadie nos interesa y sin embargo está empeñado el honor nacional y peleamos con todas las energías de que los bárbaros, como yo, podemos disponer.

IV

En aguas de Málaga, 7 de agosto.

El enojo de Walter y la tirantez de nuestras relaciones ha venido manteniéndose, sin que ni uno ni otro hagamos nada por acercarnos y olvidar lo sucedido.

Bien mirado, y aunque tenga razón en algunas cosas, su modo de ser, su lenguaje, y hasta su profundo desprecio por los que no compartimos sus sentimientos, resultan tan desagradables y tan penosos de oír, que prefiero permanecer alejado de su sociedad, para evitar una nueva discusión que nos

separe para siempre y levantar una barrera odiosa entre nosotros.

El análisis de nuestra personalidad, hecho rudamente por labios ajenos, y expuesto con acritud irreparable en un instante de olvido, perdura además, a pesar de nuestros esfuerzos por olvidarle, sobre todo si se apoya en una base cierta, haciéndonos mirar en adelante con prevención a quien, creyéndole amigo, comprobamos que mantiene en el fondo una opinión inferior o despectiva de nosotros.

Mi voluntario aislamiento y la serenidad admirable del tiempo me han permitido por otra parte disfrutar de deliciosos momentos, contemplando desde el puente la ruta que seguimos, bastante cerca de las costas españolas, cuyas azuladas y desconocidas masas casi nunca perdemos de vista.

¿Qué suerte nos estará reservada detrás de esas colinas misteriosas, o en el interior de esas ciudades de sombra, desde donde los habitantes nos contemplarán a su vez pasar como una amenaza que se aleja o como una esperanza que se aproxima?

El *Panther* camina con velocidad superior a la mayoría de los demás buques, y gracias a esta rapidez nos es dable cambiar saludos y mensajes con unos y otros, sin persuadirnos nunca de nuestra soledad y manteniendo contacto con la patria ausente.

Hasta ahora no hemos tropezado con ninguna nave francesa ni española, como si todas se hubieran retirado al anuncio de nuestro paso. Carecemos, por consiguiente, de noticias sobre lo que sucede en tierra. Pero ¿qué importa? Estamos en nuestro elemento, y mientras los barcos avanzan al compás de las olas, parece que nos separa mucha menos distancia de Inglaterra que si nos encontráramos junto a los habitantes de cualquier país vecino.

De noche, sobre todo, durante estas noches fosforescentes del Mediterráneo, en que los navíos se columpian sobre el agua como pájaros gigantescos cansados de volar; cuando la calma detiene nuestro paso y distinguimos a lo lejos las farolas y las luces de nuestros vecinos, que parecen velar por nosotros, experimentase una impresión de bienestar indecible y semejante a la que se siente cuando se considera alguna cosa como propia.

Parece mentira, para los que hemos recorrido atentamente las historias, o hemos escuchado con respeto los cuentos de nuestros abuelos, que transcurrido poco más de un siglo, el famoso poderío naval español, que tantas veces hiciera temblar a los Ministros de Isabel y de Jacobo, haya desaparecido en absoluto de la realidad para convertirse en una leyenda que únicamente se repite al amor de la lumbre, en las largas noches de invierno, allá en Castillos y Mansiones de Inglaterra, para entretener a los niños y poblar de imágenes sus sueños.

Y sin embargo, precisamente cuando se recorre con atención este litoral es cuando se comprende la sabiduría de cántabros y catalanes al presentir que los destinos y el porvenir de sus hijos estaban en el mar y no en la tierra, que la misión de sus gobernantes consistía no en extender disparatadamente el territorio nacional, sino en lo mismo que los ingleses estamos llevando a cabo con resultados tan prodigiosos: es decir, en aprovechar el aislamiento geográfico para traer a casa las riquezas de todo el mundo, en lugar de repartir por todo el mundo las riquezas de nuestra propia casa.

Estas reflexiones vinieron a mi mente esta tarde al encontrarnos cerca de Málaga, en el mismo paraje que el 13 de agosto del año pasado se dió la famosa batalla naval, y recordar que en aquel alar-

de de fuerzas, donde se ventilaba el porvenir de esta guerra, y en que combatían 181 barcos, los descendientes de Felipe II concurrieron a la lucha con sólo 11 miserables galeras, al mando del Conde de Fuencalada.

Precisamente el buque en que navegamos, el *Panther*, se encontró en el combate, y su Capitán, Mister Bartie, así como varios Oficiales, continúan siendo los mismos; de modo que no ha sido posible evitar la discusión sobre el manoseado tópico, que constituyó el tema durante la comida y supongo que aun sigue entreteniéndolo a los comensales.

Relaciones, gacetas y mapas llenaron pronto la Cámara, facilitados en su mayoría por las inagotables maletas de Lord Ramsbockle, quien, como es de presumir, llevaba la voz cantante, defendiendo con toda clase de razones el triunfo de los ingleses sobre los franceses y la habilidad del Almirante Rooke al provocar el encuentro.

Indudablemente sus argumentos eran lógicos y en realidad la victoria correspondió a los nuestros, por más que las pérdidas fueran equivalentes de uno y otro lado.

Muchas cuestiones se levantaron sobre este indeciso triunfo, y ni aun habiendo leído lo que se escribió sobre la materia, o escuchado cuanto se dijo a bordo del *Panther*, me atrevería a definirlo yo de una manera terminante. En Hamburgo se decidió la cuestión a favor de los franceses, porque no habían tomado puerto cuando dejaron sus enemigos el Mediterráneo: y los Aliados sostienen que ellos no abandonaron el campo de batalla, y que quien faltó antes de él fué el Conde de Toulouse. Pero ni aun el dictamen de los de Hamburgo ha quitado al mundo de la duda. Lo cierto es que ambas escuadras pelearon bravamente, y que el resultado efec-

tivo de la lucha fué favorable a nosotros, ya que por de pronto evitamos que la flota francesa ayudara a Felipe V en la reconquista de Gibraltar, y después hemos dejado sin ganas al Cristianísimo de nuevos encuentros.

Francia, por otra parte, no debió arriesgar nunca su futuro marítimo en un combate general, sino esquivar hábilmente el encuentro y sortearnos siempre que pudiera, para tener en jaque a las flotas aliadas mientras durara la guerra, previniendo sorpresas y socorriendo necesidades, a fin de que el comercio de las Indias y de Europa pudiera efectuarse regularmente. La ambición, sin embargo, del Conde de Toulouse, por humillar el poderío británico, pudo más que la prudencia, y causará en adelante perjuicios irremediables a los Borbones, haciéndoles arrepentir de su precipitación y de su gusto por las victorias que nada deciden y que sólo sirven para ilustrar un nombre.

V

El sofocante calor que reinaba en la cámara, y la profusión de licores que comenzaban a embrollar los razonamientos de mis camaradas, me decidieron a abandonar la asamblea y subir al puente, antes de ponerme a escribir mis impresiones del día.

El cielo estaba muy cerrado, como si amenazara tormenta, y la oscuridad era tan completa, que resultaba casi imposible caminar sin exponerse a tropezar en algún palo o cuerda.

En mi deseo de evitar cualquier accidente, decidí entonces permanecer inmóvil en el círculo de impenetrable sombra que me rodeaba, y ya iba a retirarme al cabo de diez o doce minutos, cuando llegó

hasta mí el eco de dos voces que en seguida reconocí como pertenecientes a mi sirviente catalán y a D. Anselmo del Castillo, protegido y bufón de Walter Ramsbockle.

Mi primer impulso fué marcharme, pero en el mismo momento viniéronme a la mente mis recientes sospechas sobre la lealtad del Leonart, así como la acusación de espía enunciada por el Lord, y resolví quedarme unos segundos para averiguar sobre qué versaba la conversación entre ambos pillastres.

Como era natural, éstos hablaban en castellano, aunque con acento bien distinto; y por más que perdiera yo muchas frases, a causa de mis defectuosos conocimientos de la lengua, no tardé en darme cuenta del sentido de su charla, que me interesó desde luego, y que me voy a atrever a extractar aquí, lamentando prescindir de los peculiares giros que empleaban los interlocutores al formular sus ideas.

Tampoco me es dable reproducir, y esto lo siento aún más, el principio de la plática, que debía de haber comenzado mucho antes de mi llegada, versando sobre las aventuras de Leonart anteriores a su embarque en el *Panther*.

El efecto que aquel relato acababa de producir en el Sr. Anselmo era, sin embargo, intenso, a juzgar por las frases de consuelo que el andaluz prodigaba al catalán, y la resolución que anunció acto continuo de confiarle el secreto de sus propias desdichas, para demostrarle que ninguno de los dos podía considerarse como víctima exclusiva de la mala suerte.

Nada más curioso, en efecto, que la biografía que a continuación escuché, y que, de ser conocida por Ramsbockle, habría acabado para siempre con su admiración por Mister del Castillo, moviéndole

a tirarle de nuevo al agua, pero esta vez para dejarle ahogarse definitivamente en castigo de sus embustes y trapacerías.

Ante todo, el nombre de Anselmo del Castillo, así como el Don que usaba, eran falsos, llamándose sencillamente Fernando Gómez, y siendo hijo de padres muy modestos, que vivían en Sevilla, practicando el oficio de esparteros. Acostumbrado desde niño a vivir en la calle y rozarse con toda clase de personas, la casualidad le deparó el encuentro de cierto clérigo que le tomó bajo su protección, llevándole a su casa, mitad en calidad de sirviente, mitad en la de discípulo, enseñándole a leer y escribir, y atiborrándole más tarde de latín y humanidades, hasta convertir su cerebro en un laberinto donde ninguna idea tenía orden ni fundamento. La severidad del cura y su creciente inclinación a la vida vagabunda le separaron del maestro, después de mil graciosos incidentes, que acabaron por procurarle la maldición de su familia y la expulsión definitiva de la casa paterna. Viéndose entonces sin amparo, y resuelto a ganarse el sustento sin trabajar demasiado, comenzó a valerse de las mañas aprendidas en el Arenal, dedicándose a los más extraños oficios, hasta que la suerte le puso en comunicación con una famosa beata llamada Clara, que habitaba en Triana y gozaba reputación de santa y milagrosa. Esta simuladora, joven aún, vivía cómodamente y edificaba con su fingida piedad a cuantos la conocían, aparentando no comer, y ostentando en manos y pies las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, que se fabricaba ella misma. Protegida por dos sacerdotes ignorantes y una parienta vieja que la ayudaba en sus embustes, relataba visiones y recogía limosnas en abundancia. Enfermedades, duelos, amoríos, todo encontraba remedio con la

intercesión de la Buenaventurada, que leía el porvenir, manteniendo constante trato con las Santas Justa y Rufina, que la visitaban en sus éxtasis.

Con la aparición del joven Anselmo y su inteligente cooperación, el negocio adquirió proporciones considerables, transponiendo la fama de la Beata el río, y llegando hasta Sevilla, de donde comenzaron a acudir visitantes en demanda de oraciones, cuentas de rosario y suplicaciones diversas, que redactaba Castillo en muy buen estilo y servían para cuanto puede imaginar el anhelo humano.

Aquella existencia paradisiaca se prolongó cerca de dos años; pero la misma notoriedad y crédito de la milagrosa Clara terminaron por descubrir sus enredos, siendo denunciada a la Inquisición, que se presentó un buen día en la casita de Triana, incautándose de cuanto libro y papel encontró en ella, y llevando a la cárcel del Santo Oficio, no sólo a la embaucadora, sino a su vieja parienta y aun a los dos ingenuos sacerdotes que autorizaban sus enredos.

Por fortuna para Anselmo, encontrábase en la ciudad el día de la catástrofe, y enterado a tiempo, disfrazóse convenientemente, y aquella misma tarde salió de Sevilla, cambiando de nombre en el camino y resolviendo adoptar en adelante el sonoro apellido con que ahora le conocemos.

Utrera, Lebrija y Jerez fueron sucesivamente teatro de sus hazañas truhanescas; mas al llegar a Arcos de la Frontera, eclipsóse repentinamente su estrella, cayendo en una leva de las que Felipe V autorizaba para fortalecer el ejército del Marqués de Villadarias, que se disponía a emprender el sitio de Gibraltar.

Confiando, no obstante, en la fecundidad de su ingenio, aceptó D. Anselmo el fusil y el uniforme e inicióse en la vida soldadesca, que al principio le

deparó toda clase de venturas, hasta llegar la hora de poner a prueba su valor y exponer su pecho a las balas inglesas.

Las ilusiones que su fantasía le hiciera formar, acerca de su coraje y talento para la estrategia, desvaneciéronse al escuchar el eco del primer cañonazo, y desde aquel punto empezaron para el sevillano los más amargos días de su accidentada vida.

Excusado es, por tanto, añadir que su participación en la novelesca expedición del cabrero Susarte fué otra mentira ideada para impresionar al crédulo Walter Ramsbockle y captarse sus simpatías. Lo único cierto fué que Anselmo cayó prisionero en una de las salidas ordenadas por el Príncipe Jorge, siendo conducido al Hospital, por no sé qué enfermedad adquirida muy lejos del campo de batalla. Allí conoció al hermano de Winifred y comenzó a cultivarle, presintiendo en él un futuro valedor y una víctima propicia para ser explotada.

—No creas, a pesar de todo—añadía el desengañado Castillo al terminar su relación—, que esta etapa será la última de mi vida; pues conforme voy conociendo más de cerca a mi patrón, menos confianza le tengo, y si llegamos a desembarcar en Valencia o Barcelona, ya me las arreglaré para darle esquinazo y volverme a ganar el pan con las letras, que, aunque dan disgustos, no proporcionan otra muerte que la producida por el hambre. Sí, riéte, riéte—añadió al escuchar las carcajadas de Leonart—; a ti no te preocupa esto porque tu amo es bueno y dejándole escribir sus papelotes no se mete con nadie. Pero con el mío hay que andar siempre con ojo. Tú no le has visto sino cuando está tranquilo, e ignoras de lo que es capaz en ciertos momentos... Lo que es el susto de Gibraltar no lo olvidaré mientras viva, porque si no es por ti... y lo

peor del caso es que yo nado muy bien; pero no sé qué me dió aquella mañana, al encontrarme de pronto abandonado en medio del agua y oír las risotadas de los ingleses, que se me olvidó todo de pronto, y si no llegas a tirarte tú en seguida, a estas horas estaba engordando peces en la maldecida hahía.

—Sí—observó Lleonart con dureza—. Los amos, cuando no los elegimos por nuestro gusto, son siempre egoístas y crueles. Cuidado que del mío sería injusto quejarse; mas, a pesar de todo, hay en él un no sé qué que te quita la confianza de decirle nada. Parece que siempre está sospechando mal de ti.

—Por eso—repuso Anselmo—yo estoy decidido a no volver a servir a nadie: sobre todo si es extranjero. ¡Malhayan los herejes y los gabachos que se nos han entrado por las puertas, y que no llevan trazas de marcharse de esta bendita tierra de Maria Santísima, donde nos encontrábamos tan a gusto sin ellos!

—Pues lo que es por ahora, querido Anselmo, me parece que tenemos visitas para rato.

—¡Sí que está todito muy negro a cualquiera parte que te asomes! Oye. ¿Y tú crees que esto del Archiduque cuajará en tu tierra, y se armará por allí la gresca, como en Portugal?

—No sé qué decirte, Anselmo. Las cosas están muy mal, y los asuntos de Felipe V parece que vayan dirigidos por sus propios enemigos. El año pasado, en Extremadura, no se adelantó nada, y sólo gracias al Duque de Berwick se pudo conservár algo.

—Sí, pues lo que toca a Gibraltar nos lucimos como hay Dios. Para mí que ese Mariscal de Tessé entiende más de andar por los salones que de conquistar ciudades.

—Pues ya ves, los propios Reyes le pidieron; y

¿sabes tú por qué? Pues porque ese francés es muy cortesano y se ha propuesto arreglar lo de la Princesa de los Ursinos para que vuelva a Madrid, y la Saboyana se salga con la suya de tenerla siempre al lado. Y el otro inglés, el Duque de Berwick, es un tío muy serio que no quiere meterse en intrigas y por eso le cayó antipático a la Reina.

—¡Que siempre hayamos de estar en cosas de faldas y lo echemos todo a rodar para que prive Fulano y no prive Perengano!— exclamó indignado Castillo—. ¿Sabes lo que te digo, hermano? Pues que están muy mal arregladas las cosas del mundo; y eso de que unos pocos manden, porque sí, a todos los demás, y nos obliguen a chincharnos cuando a ellos les conviene, es una cosa que tiene que acabar algún día, volviendo lo de abajo arriba y proclamando que todos somos iguales y tenemos derecho a las mismas cosas. ¿Hacen diferencias en el cielo cuando uno se muere y va a llamar a la puerta? ¿Pues por qué se han de hacer diferencias en la tierra, que está mucho más baja?

—¿Y qué conseguiríamos con volver las cosas del revés?— declaró escéptico Lleonart—. Al cabo de algún tiempo el resultado sería el mismo, y siempre habría quien mandara y quien obedeciera, como ahora sucede.

—¿Que no conseguiríamos nada? ¿Te parece poco, ¡jijinojo!, el poder arreglar las cosas a tu gusto, y suprimir los señoríos de los nobles y la dichosa Inquisición, y meter al clero en vereda, y repartirnos sus bienes, y hacer que la justicia sea igual para los pobres que para los ricos? Pues verías, si sucediera esto, cómo todos sentábamos la cabeza y no teníamos necesidad de echarnos al monte para cazar una moneda de plata, que es lo que está pasando ahora.

—Desengáñate, Anselmo, aunque tu sueño se realizara y se suprimieran los Reyes y todo lo que existe hoy, la gente como tú y como yo existiría siempre, porque siempre quedaría lo tuyo y lo mío. Y eso es lo que estorbará la igualdad entre los hombres, ¡la propiedad y el dinero!

—Pues a eso sí que no le veo yo arreglo, chiquillo, porque ¿sin dinero cómo se puede vivir? Y el que tenga dinero, por poco que sea, ha de tener propiedad.

—Existiría un medio, el único—manifestó Leonart, convencido—. Que un Consejo, como el de Ciento que existe en mi país, y que se renueva constantemente, fuera el dueño de todo y lo distribuyera según las necesidades de cada uno.

—¡Ay Leonart! ¿Y crees tú que tampoco se cometerían irregularidades y que andaría la cosa en paz de ese modo? ¡Qué inocente eres! ¡Pues menudos trampantojos se armarían en el Consejo para decidir el reparto, y menudos negocios harían los Señores Consejeros, por mucho que se renovasen!

—¡Es que al que no cumpliera con su deber se le castigaría!

—¿Y cómo?

—¡Qué se yo! Se inventarían cosas. Se encontraría la manera de hacer bombas, pero bombas pequeñas que tuvieran una fuerza enorme; bombas capaces de matar a mucha gente de una vez, de volar una casa, de destruir un cuartel; bombas que se manejaran con la mano y sembraran el terror en todas partes.

—Compañero. ¿Y qué ibas a sacar con tanto estrago?

—Atemorizar a la gente, suprimir los abusos, defender la justicia y, en último caso, si nada de eso podía conseguirse, sepultarnos a todos bajo las

ruinas, para que de nuestras cenizas salieran otros hombres y otras cosas.

—¡Destruir! ¡Matar!—murmuró el andaluz—. Para eso se necesita mucho valor, porque también te podrían pescar a ti, y entonces... No me convences, prefiero mi sistema. Me parece más fácil cambiar las leyes que las personas. Éstas, aunque pasen miles de años y se reemplacen por otras, seguirán siendo las mismas. Mientras que las otras, las leyes... ¡quién sabe!... ¡Tal vez con el tiempo!... Lo malo es que si llega a ocurrir el milagro, ni tú ni yo lo veremos, por desgracia. Oye... oye...

Las voces de los Oficiales y de los marineros ingleses se escuchaban a lo lejos, elevándose tumultuosas desde el interior del barco.

—Dime tú—concluyó sentenciosamente Anselmo del Castillo—si a esos que están ahí abajo, o a los que velan arriba, los podrás destruir tú de cuajo, sin que dejen cría. ¡Oye! Ahora cantan, y la voz más fuerte es, como siempre, la de mi patrón. ¡Vele tú a ése con igualdades ni reclamaciones! Borrachos estarán como cubas, y, ¡escúchalos!, antes de caer rendidos tienen paciencia de gritar. ¡Sabe Dios lo que estarán diciendo!

En efecto, ahogando las odiosas voces de los revolucionarios, que tantas veces había sentido yo impulsos de refrenar, llegaban hasta nosotros, como una protesta y una afirmación, los vivas entusiasmados con que mis compatriotas saludaban, antes de retirarse, a su patria y a su Reina.

VI

En la bahía de Altea, 12 de agosto.

Felizmente para ahuyentar las desagradables ideas que despertaron en mí los enunciados conceptos, fondeamos ayer en esta bahía, donde permaneceremos algún tiempo con objeto de hacer aguada e intentar la comunicación con los pueblos de la costa valenciana, donde todo el mundo asegura que existen las mejores disposiciones a favor de Carlos III.

Walter, que ya durante los últimos días me había dirigido varias veces la palabra en su tono habitual, tuvo a bien enviarme recado por Bliss para invitarme a visitar en su compañía el *Ranelagh*, y, considerando que una negativa de mi parte podría herir su susceptibilidad, acepté el ofrecimiento, que me permitiría saludar a Milord Peterborough, con quien no me había vuelto a encontrar desde Lisboa, y que se precia mucho de estas cortesías.

Efectivamente, llegada la hora, nos pusimos en marcha hacia la hermosa nave, y durante todo el trayecto, Ramsbockle, cuya indumentaria era aún más esmerada que de costumbre, estuvo encantador, charlando de continuo y mostrándose bajo su faz más atractiva.

Esta buena disposición alteróse, no obstante, un poco al acercarnos al navío donde se hospeda Su Majestad Católica y encontrar obstruido el acceso por un sinnúmero de embarcaciones que pugnaban por atracar antes y que contenían la mayor diversidad de gentes, compuestas en su mayoría por habitantes de la costa y de los lugares comarcanos.

Apelando, sin embargo, a sus medios usuales, y

haciendo apartar a todos, sin atender protestas ni gritos, como si se tratara del verdadero Jefe de la Armada, atracó Walter por entre lanchas y botes hasta quedar al pie del buque; y con la característica dignidad que le distingue, comenzó a subir hacia cubierta, en medio de la admiración general.

Ya en el barco, nos separamos para cumplir cada cual su respectivo cometido, y, llegado a la Cámara del Conde, me enteré por mi amigo el Teniente Ronan, Ayudante del General, de que éste no podría recibirme, pues se encontraba en Consejo de Guerra con los demás Jefes.

—Según parece—declaró confidencialmente Ronan—, Milord grita como una docena, pues tiene que luchar contra todos. El Rey, el Príncipe Jorge y los Ministros son partidarios de marchar a Barcelona; pero el Conde, apoyándose en sus instrucciones, sostiene que debemos dirigirnos a Italia para auxiliar al Duque de Saboya. Lo malo es que acaba de llegar una fragata de Génova con carta de nuestro Agente Confidencial Mister Mitford Crowe y del Embajador de Su Majestad en Turín, Mister Hill, asegurando que Víctor Amadeo no necesita de ayuda por el momento y que los catalanes en cambio esperan con impaciencia la llegada de la escuadra.

—Ese Mister Crowe—pregunté—, ¿no es el mismo que estuvo varias veces en Barcelona, y que tan buenos servicios ha prestado manteniendo relaciones con los descontentos?

—El mismo; pero a todas sus seguridades contesta Milord diciendo que también se le repitió mil veces que Cádiz y Alicante proclamarían a Carlos III en cuanto divisaran barcos ingleses, y de nada han servido tales seguridades. En fin, veremos lo que resulta. Yo creo que nuestro General nos

EL PRIMER CARLOS III.

4

oculta algún plan; ya conocéis su máxima: «*When I desire a thing extremely I rather conceal than own my inclination.*»

En este momento vinieron a avisar a Ronan que un Oficial español, recién llegado de tierra y que decía llamarse D. Gil de Albornoz, deseaba hablar con algún Ayudante de Su Excelencia para un asunto reservado, en vista de lo cual traté de eclipsarme discretamente.

—No. Sir Archibald—me dijo en seguida Ronan—. Por favor, no os marchéis, pues seguramente este hombre no debe saber inglés, y yo apenas si comprendo castellano, de modo que podréis ayudarme a entenderle.

—¿Pero no tenéis aquí Secretarios o españoles que os ayuden en estos casos?

—Muchos. Mas casi siempre preferimos que no se enteren de ciertos asuntos, para evitarles publicidad. Además yo conozco el nombre del Oficial y me figuro lo que quiere. Se trata de un Alférez o Teniente español que se ofrece a dirigir el levantamiento de estos pueblos, solicitando armas y dinero para hacerlo. Creo que la fama de que goza es bastante turbia; pero si consigue lo que promete, no estará mal empleada la suma que pide. En todo caso nos servirá para saber noticias frescas de Madrid y repartir estas proclamas que traemos preparadas.

Y al decir esto, me indicaba un montón de papeles esparcidos sobre su mesa de trabajo.

Efectivamente, no tardó en aparecer el anunciado D. Gil, y nuestra sorpresa fué grande cuando, en lugar del individuo, mitad Judas, mitad Shylock, que esperábamos contemplar, nos encontramos con un joven elegantemente vestido, de aspecto cortesano y maneras fáciles y desembarazadas que acu-

saban a la legua al hombre acostumbrado a frecuentar toda clase de lugares.

Su bella fisonomía, que aun conservaba cierta gracia infantil, nada tenía además de española, dándonos la impresión de haberla contemplado mucho antes, aunque sin acertar dónde ni cuándo.

Para colmo de asombros, avanzando el personaje algunos pasos hacia nosotros, y reparando en la expresión de nuestros rostros, sonrió complacido y, tras una cortesía algo afectada, nos dirigió la palabra en un francés chapurreado de italiano, diciendo:

— Ya veo, Señores míos, que acabo de producir la misma impresión que suelo causar en cuantos me ven por primera vez y se figuran contemplar a Luis XIV viviente y en la edad de sus amores con Madame de le Vallière. Tranquilizaos, sin embargo, porque no soy ningún fantasma, sino un hombre de carne y hueso, nacido en Italia y criado al servicio del Rey de España. Ciertamente me parezco muchísimo a Su Majestad Cristianísima; pero, desgraciadamente, mi padre era castellano y el Monarca francés nunca visitó Milán, ni mi madre tuvo la honra de conocer Versalles, así que no puede caber duda respecto de mi modesto origen.

El cinismo de la observación y la impertinencia de las frases de aquel mequetrefe desvanecieron en un instante el agrado que nos produjera su aparición, y nos chocaron profundamente, moviendo a Ronan a tratar acto seguido del negocio que motivaba la visita.

Dicho negocio parecía claro y sencillo. Don Gil venía con recomendaciones del Conde de Cifuentes, y aseguraba que en toda aquella costa se podían obtener muy buenos resultados para el Archiduque si se armaban algunas partidas de paisanos, o

«gente de alpargata», según repetía despreciativamente el falso Luis XIV, que recorrieran la comarca e intimaran la rendición de las plazas vecinas. La única dificultad consistía en la falta de armamentos y municiones para pertrechar las nuevas fuerzas. También se necesitaba dinero en abundancia a fin de sobornar algunos Gobernadores de fortalezas dispuestos a rendirse. Como complemento, sería conveniente disponer de proclamas en castellano y valenciano, para ser repartidas por los pueblos, y de cartas y credenciales del Archiduque para el Arzobispo, el Conde de Cardona y algunos personajes partidarios de sus derechos al Trono.

A estas pretensiones, expuestas con un aplomo cada vez menos simpático, contestó Ronan con responder que pondría todo en conocimiento del Conde de Peterborough, que en aquel momento estaba ocupado, por lo que tendría que esperar un buen rato la contestación; que respecto de armas y dineros probablemente se le facilitaría lo que fuera razonable, y que desde luego podía ir examinando los manifiestos que tenían allí preparados, para ver si sus términos eran adecuados a los sentimientos de la gente del país.

Sin desconcertarse por la frialdad del Ayudante, tomó entonces D. Gil el papel que le tendía Ronan y comenzó a leer en voz alta su contenido, subrayando las palabras y dirigiéndonos de vez en cuando miradas irónicas, como si compartiera el secreto de que cuanto se decía en el impreso era mentira encaminada a seducir los ánimos ignorantes y fáciles del populacho.

La sustancia del manifiesto, firmado por Peterborough, consistía, sin embargo, en declarar la verdad, o sea que la flota de los Aliados no viene a tomar posesión de ninguna plaza, de una manera hos-

til, para Su Majestad Británica o las Provincias Unidas de Holanda, como tampoco a desencadenar las acostumbradas calamidades de la guerra, sino a defender y proteger a todos aquellos que se sometan a la obediencia de su legítimo Soberano; y terminaba advirtiéndole que, si por oponerse a tan justas intenciones, los habitantes de la Península provocan las hostilidades contra sí mismos, ellos solos serán responsables de los males que puedan ocurrir.

—Sí, todo está muy bien—declaró D. Gil cuando terminó la lectura—. El que redactó esto sabe por dónde anda y cómo debe hablar al público que se dirige. Hoy mismo comenzará su curso por el país, y yo os aseguro que no tardará en llegar a la propia Valencia, donde hay un gran partido favorable a Carlos III. El momento para intentar la empresa por este Reino no puede ser más favorable; y si yo fuera vuestro General, en lugar de dirigirme a Barcelona, me quedaría aquí, para entrar en la Capital y marchar derechito a Madrid, que está desguarnecido. Un Rey traído desde Barcelona será difícil que lo acepten de buen grado los castellanos, mientras que un Monarca proclamado en la sede de la Monarquía sería reconocido inmediatamente por toda la nación.

La sagacidad de este último juicio, que ya conocía yo como una de las máximas que el difunto Almirante de Castilla solía repetir en todos los Consejos, así como la novedad del plan de dirigirse a Madrid para sorprender a la Corte y obligarla a huir a Francia, me hicieron considerar con mayor atención la figura del tráfugo, quien, halagadísimo por el efecto que producían sus palabras, continuó expresándose así:

—En la Corte de Madrid está todo el mundo dis-

traído y como subyugado por el regreso de la Princesa de los Ursinos, que acaba de llegar el 5 del corriente, después de catorce meses de destierro, siendo acogida por Felipe V y su esposa con distinciones inusitadas de Soberanos a vasallos. Hasta Canillejas salieron Sus Majestades a esperarla, donde la encontraron, y, después de abrazarla con efusión, la invitaron a tomar asiento en la regia carroza, honra que nunca se ha visto en España y que la Camarera tuvo bastante discreción para no aceptar. Madrid le ha hecho un recibimiento de Reina, y pueblo y nobleza muestran aparentemente el mayor júbilo de volverla a ver. La Saboyana, por su parte, parece loca de gozo porque al fin se ha salido con la suya y conseguido lo que nadie logró hasta ahora: vencer la voluntad y cambiar la política de mi augusto original, Don Luis XIV, que esta vez se ha visto arrollado por la terquedad y las artes de una jovencita de diez y siete años.

—¿Tan indispensables se juzgan los servicios de esa Madama en España?—pregunté, a pesar mío.

—Yo no sé si serán indispensables—repuso con malicia D. Gil—. Pero lo que no tiene duda es que la Reina María Luisa no puede vivir sin ella, y que Felipe V no puede vivir sin la Reina. Ésta es la que anima, sostiene e inspira todo. Cuando ella se aparta de los negocios, deja de aconsejar al Rey o pretexto su corta edad para no mezclarse en nada, las cosas se desquician, los Grandes vuelven a levantar la cabeza y la intriga y el desorden vuelven a reinar en Palacio y a enseñorearse del Gobierno. Por eso Luis XIV, que sabe más que todos los que le rodean, y que por el momento no puede prescindir de España, ha tenido que bajar la cabeza y consentir en que la de los Ursinos regrese junto a sus nietos, no ya sólo como Camarera Mayor, sino como árbitra

del Gobierno, con un Embajador elegido a su gusto, varios Ministros incondicionalmente adictos y una Junta de la que han sido descartados todos sus enemigos.

—¿Pero Felipe V no cuenta en España ni tiene condiciones para gobernar por sí mismo?—interrogó Ronan, escandalizado.

—Don Felipe—afirmó D. Gil—posee todas las cualidades de un Rey; es inteligente, amante de su gloria, valiente y capaz de todo, menos de tener voluntad, porque le educaron para ser mandado. Además, su inclinación natural le impide vivir separado de la Reina, y ésta es demasiado lista y está demasiado bien aconsejada para no aprovecharse de la situación e inclinarle siempre del lado que a ella le conviene.

—¿Y triunfará la Princesa de los Ursinos en esta segunda etapa de su privanza?

Ante esta nueva pregunta de Ronan vaciló el español un momento, y después dijo, encogiéndose de hombros:

—¡Quién sabe! ¡Esperemos que no! ¡Se ha perdido tanto tiempo y se han cometido tantas torpezas desde que comenzó la guerra en esta tierra! Mi país es muy aficionado al espectáculo, y hay que gobernarlo a fuerza de golpes de teatro. Cuando no gusta un drama, el público se retira del teatro; cuando un General o un Rey no ganan victorias, se ven pronto abandonados de la plebe. Eso le ha pasado a Luis XIV y a sus famosos Mariscales, y por ello hay tanta gente en España que tiene puestos los ojos en el Archiduque, para inclinarse a su favor en cuanto le sonría la fortuna. Además, en la Corte de Madrid, de donde ahora vengo yo, y entre el partido antifrancés, que cada vez va siendo más numeroso, corre como válido el rumor de que en Ver-

salles existe cierta cábala, presidida por los Duques de Borgoña, hermanos de Felipe V, que desea la paz y trabaja cerca del Cristianísimo y de sus Ministros para conseguirla a costa de España, a fin de salvar lo propio aunque se pierda lo ajeno. Figuraos, Señores, el efecto que estos cuentos producirán en todas partes, incluso entre los partidarios más adictos de la nueva Monarquía.

—De cualquier modo—interrumpió Ronan—, la actividad de que está dando muestras el nuevo Embajador, Mister Amelot, parece que causa muy buen efecto y que va a transformar radicalmente la organización de todas las instituciones españolas, moldeándolas a la francesa, sin las contemplaciones que hasta ahora se han venido guardando.

—Pues precisamente—continuó D. Gil—gracias al anuncio de esas benditas reformas, en que van comprendidas la supresión de todos los fueros de la Corona de Aragón, se os abrirán las puertas de Barcelona y van engrosándose cada día las filas de los partidarios de Carlos III con los nombres más ilustres de España. ¡Si ustedes supieran lo que está pasando en Madrid! Un día es un complot formado contra el Rey, y la prisión del Marqués de Leganés, que es deportado a Francia; otro, la renuncia del Conde de Lemos y del Duque de Sessa de sus Capitánías de las Guardias; tan pronto un personaje cual el Conde de Cifuentes se echa al campo, predicando en todas partes la causa del Archiduque, como otro de la talla del Duque de Medinaceli o del Conde de Haro se rebela, aprovechando una cuestión de etiqueta, y expone en alta voz las quejas de la Grandeza contra la dinastía. El Cardenal Portocarrero, que trajo a ésta al trono, no se oculta de mostrar en Toledo su arrepentimiento por lo hecho, y hasta partidarios tan incondicionales como

el Duque de Medina Sidonia son acusados de deslealtad y considerados sospechosos en el Alcázar de los Austrias.

—¡Qué horror! ¡La existencia en tales condiciones debe resultar un infierno!—murmuré hastiado de escuchar tan miserable serie de intrigas, que me recordaban las historias de mi padre relativas a los últimos años del reinado de Jacobo II.

—¿Un infierno?—exclamó riendo el conspirador—. Eso será para las personas tranquilas y enemigas de las emociones, pues, por lo que a mí toca, no conozco nada comparable con la excitación que produce el engañar a unos y otros, traer y llevar mensajes, recibir confidencias, averiguar debilidades y sorprender secretos. Además ya lo dice el refrán español: «A río revuelto, ganancia de pescadores.»

—¿Y cómo os manejaís para libraros de las sospechas de vuestros Jefes y conseguir introducción en casa de todos esos Señores tan desconfiados?—inquirió Ronan, deseoso de conocer a fondo el individuo que nos ofrecía su concurso.

—Pues valiéndome sobre todo de mi aspecto juvenil e ingenuo, que me franquea las puertas mejor guardadas—confesó cínicamente el miserable—. Además, en casa de la Reina viuda Doña Mariana, a quien serví en Toledo bastante tiempo, aprendí una porción de cosas muy útiles en la vida e inapreciables para mis amigos, como escribir con tinta invisible, abrir y cerrar pliegos sin que se conozca, imitar cualquier firma y, sobre todo, descifrar en poco tiempo las claves más enrevesadas. Con estos talentos y las cartas que Su Majestad me proporciona, no es difícil manejarse por Madrid y llegar hasta el Buen Retiro, si es preciso.

—¿Y si en una de éstas os hubieran descubierto, no temáis que os encerraran en alguna prisión o

que os dieran muerte, sin que os valiera nada ni nadie?—insistió el Ayudante del General, cada vez más receloso del hombre.

—Cuando me encuentro aquí, ofreciendo mis servicios a Su Majestad Don Carlos III, es porque sólo me preocupa su causa y la defensa de ésta—limitóse a contestar con dignidad nuestro interlocutor, que añadió después—: El Conde de Peterborough decidirá en definitiva si acepta o no mis proposiciones; pero de todos modos podéis prevenirle que en Toledo me fueron dadas seguridades respecto de que sería reconocido como Capitán por el Landgrave de Hesse tan pronto como me presentara a Su Alteza, y que además se me facilitarían recursos por Su Excelencia el Príncipe de Ornano, a quien vengo recomendado y con el que debo tratar ciertos asuntos privados de Doña Mariana de Noeburgo.

Y ante la cara de susto con que Ronan le escuchaba, añadió el envanecido D. Gil, atusándose el bigotillo con fatuidad insoportable:

—Por lo que toca a los peligros de que antes hablabais, no me han preocupado mucho hasta ahora, pues en todas partes he contado y cuento con el auxilio de ciertas influencias que nunca me han fallado y que espero me seguirán protegiendo en las adversidades futuras. El siglo XVI, Milord, perteneció a los hombres; el XVII, a los curas, y el XVIII, en que ahora entramos, corresponderá a las mujeres o a las personas que acierten a explotar sus debilidades. ¡Y si no, al tiempo!

La repulsión que esta última fanfarronada me produjo fué tan grande, que, sin poderme contener, abandoné la Cámara, advirtiendo a Ronan que esperaría en compañía del Doctor Freind a que el Conde de Peterborough saliera del Consejo para presentarle mis respetos.

VII

Creo haber citado alguna vez al eminente facultativo en el transcurso de estas páginas; pero me parece que he olvidado decir que John Freind no sólo está adscrito durante la presente expedición al servicio particular del General en Jefe, sino que es la persona en quien Su Excelencia deposita mayor confianza, haciéndole participe de la mayoría de sus pensamientos.

Por ello no me sorprendió al entrar en su alojamiento encontrarle clasificando papeles. Acto continuo me explicó que, como entre los defectos del Conde de Peterborough figura el de ser sumamente distraído, y al mismo tiempo sumamente discutiador, tanto de sus propios actos como de los ajenos, habíase decidido entre ambos que, desde la partida de Inglaterra, sería el Doctor Freind quien se encargara de conservar toda la documentación de la jornada, que ya es copiosa, ordenándola convenientemente para responder con pruebas a las acusaciones de que pudiera ser objeto el Lord por su conducta en España.

Efectivamente, para demostrarme la importancia de la tarea, extrajo del paquete que tenía más próximo algunos pliegos, y me hizo leer varias cartas del Ministro del Tesoro, Lord Godolphin, donde se le reitera al Conde el interés del Gobierno Whig en que la escuadra se dirija a Italia para socorrer al Duque de Saboya, o, caso de no ser preciso ya este auxilio, se alargue a Nápoles y Sicilia para tomar la posesión de aquellos Reinos en nombre del Archiduque.

El informado Doctor me manifestó además que

Peterborough abundaba en las mismas ideas, manteniendo inteligencias al efecto con Víctor Amadeo; pero que sus instrucciones le autorizaban a modificar el plan, de acuerdo con las circunstancias, y a dirigir el curso de las operaciones, tanto por mar como por tierra, con exclusiva autoridad sobre todos los Almirantes y Generales ingleses.

Esta latitud, que conocen el Archiduque, el Príncipe Jorge y las personas que rodean al nuevo Rey, constituye la razón de todas las discusiones que desde hace un mes se vienen sosteniendo para convencer al Conde de la conveniencia de modificar los planes de Londres y dirigirse a Barcelona, donde puede intentarse el desembarco.

Peterborough resiste hasta ahora todos los argumentos que españoles y alemanes le presentan; pero el Doctor, que conoce bien a Su Excelencia, teme que a la postre le hagan cambiar de ideas, sobre todo si entran en la campaña de seducción ciertos argumentos a los que el Conde nunca ha sido insensible.

Sin comprender, por el momento, a qué clase de argumentos se refería el viejo Freind, e impresionado aún por la desagradable conversación escuchada poco antes, pregunté a mi amigo si no sería posible un ataque directo por Valencia, seguido de una rápida marcha hacia Madrid; y entonces me enteré de que tal era la idea que se discutía en aquellos momentos delante de Su Majestad, apoyada por el propio Conde, a quien se le había ocurrido poco antes.

Maravillado por la intuición del odioso D. Gil, y deseoso de obtener algunos datos sobre su persona, referí a Freind la escena que acababa de presenciar, e inquirí su opinión respecto de la veracidad de los demás datos aportados por el desertor.

—Casi todos deben de ser ciertos—me respondió el Doctor—. Pero no creáis por ello, Sir Archibald, que os habéis encontrado en presencia de un fino político ni de un joven Machiavello, pues la especie de individuos a que pertenece ese Oficial suele expresarse con la misma desenvoltura en todas partes, repitiendo como propios conceptos que han escuchado en otros labios. El espía o confidente es un triste oficio que precisamos utilizar siempre, sobre todo en jornadas como ésta, donde caminamos a ciegas y dependemos de las eventualidades. En el caso de vuestro Don Gil no cabe duda sobre la verdad de cuanto dice. Conocemos el tipo y sabemos que se trata de un militar de baja extracción y malos antecedentes, muy favorecido por la viuda de Carlos II, y que hace tiempo abandonó las banderas de Felipe V para no verse obligado a combatir en la guerra de Portugal.

—¿Entonces será también verdad lo que refiere sobre una cábala existente en Versalles contra la causa de Felipe V?

—Ignoro los detalles que os habrá referido—contestó el Doctor—; pero lo que sí puedo aseguraros es que entre la Corte de Francia y nuestros queridos aliados los holandeses, median hace tiempo algunas gestiones secretas llevadas a espaldas del Duque de Marlborough, para resucitar el último «tratado de repartición», que tantas discusiones motivó en su tiempo. Aquí tengo precisamente una carta de Su Gracia para nuestro General, en que le informa de ellas. Enteraos de su contenido, si lo deseáis, ya que me consta la alta estima en que Milord os tiene y sé que nada arriesgo en revelaros esta nueva picardía del Gran Pensionario Heinsius.

En aquel momento sonaron unos golpecitos a la puerta, y acudiendo Freind, para ver de qué se tra-

taba, comenzó a hablar en voz baja con otra persona a quien no pude distinguir.

Al cabo de breves instantes volvió hacia mí, diciendo:

—Perdonadme, Sir Archibald, si os dejo solo unos minutos. Se trata de un enfermo que reclama mis servicios. ¡Asunto reservado!—añadió guiñando un ojo—. Esperadme, porque regresaré pronto, y mientras quedáis aquí, podéis entreteneros repasando ese papelito que tantas enseñanzas contiene sobre la buena fe de los Gobiernos.

Aguijoneado por la curiosidad, comencé acto seguido la lectura de la carta del Duque de Marlborough, y mi experiencia de la falsía humana y diplomática aumentóse considerablemente al enterarme de las negociaciones emprendidas por el Marqués de Torcy, desde Versalles, con el Gobierno de Holanda, a partir de abril último. Nuestra fidelísima aliada consentía primero en reconocer a Felipe V, mediante la cesión de cierto número de plazas fuertes en los Países Bajos, y sobre todo de grandes privilegios comerciales en América. Pero un mes después, hacia mayo, y llegado un Agente diplomático de Torcy, pedía además otras compensaciones para el Archiduque Carlos. Aunque llevados estos tratos con el mayor secreto, acabaron por traslucirse, y Marlborough se había irritado mucho por ellos; pero como la opinión de Holanda se mostraba contraria a la continuación de la guerra, Heinsius se disponía a prescindir de la opinión del Duque, y preparaba tres proposiciones de paz, para que Luis XIV eligiese la que le pareciera mejor. Estas proposiciones eran las siguientes: 1.^a, Nápoles y Sicilia para el Archiduque; los Países Bajos para un Príncipe austriaco; todo el resto de la Monarquía para Felipe V. 2.^a, el Electorado de Baviera para el Archi-

duque; Nápoles y Sicilia al Elector de Baviera; el resto a Felipe V. 3.^a, Castilla y las Indias al Archiduque; Aragón, Valencia, Cataluña, Nápoles, Sicilia y Cerdeña a Felipe V; los Países Bajos y el Milanesado a un Príncipe cualquiera.

Todo lo anterior llevábase a cabo sin conocimiento ni participación del Duque de Anjou, y mucho menos del Gobierno de Madrid; mas debía de haberse sospechado algo, porque Felipe V se había dirigido a su abuelo, preguntándole qué había de cierto en aquellos rumores, y Luis XIV le había contestado, con bastante sequedad, que no tenía intención de desmembrar a España, pero que era natural que todo el mundo pensara que no acabaría de agotar inútilmente su reino para sostener una nación que parecía correr voluntariamente a su pérdida; añadiendo que, desde hacía cuatro años, llevaba él solo todo el peso de la Monarquía española, y que los españoles parecían indiferentes a cuanto les concernía; y terminando por afirmar que el único medio para evitar la desmembración consistía en hacer bien la guerra.

Impresionado por el conocimiento de tan graves novedades, y relacionándolas con el estado de descomposición de la Corte de Madrid y el modo de pensar de la gente baja, comprobado en la conversación de los aventureros sirvientes que escuché frente a Málaga, permanecí durante un buen rato meditando acerca de la crisis de este país y del porvenir incierto y mezquino que le aguarda si no se produce algún milagro que transforme sus actividades y convierta en elementos útiles lo que hoy sólo son energías desperdiciadas y talentos perniciosos.

Entre el cieno del fondo y la espuma de la superficie esconden siempre los grandes ríos, como las

grandes naciones, el agua invisible e inalterable que constituye su verdadero caudal, y que, purificándose, gracias al movimiento propio, va dejando ver a intervalos irregulares su verdadero color, hasta ostentar al fin la regularidad poderosa de su curso y la limpidez salutar de su transparencia.

¿Será posible que en esta vieja España no pueda encontrarse esa corriente, como la encontramos nosotros en Inglaterra a raíz de la primera revolución, y no exista algún país de sus extensos dominios que sea capaz de iniciar la restauración de los ideales nativos, demostrando al resto de la Monarquía cómo se puede vivir o cómo se debe morir ante las generaciones venideras?

¿No existirán escondidos en alguna parte otros seres y otras almas distintas de esos revueltos cortesanos y estos despreciables canallas que acuden hasta nosotros?

Aquí llegaba de mis reflexiones, cuando regresó el Doctor Freind, mostrando en su rostro un ceño de preocupación que nunca le advirtiera.

A mis solícitas interrogaciones contestó al principio con evasivas; pero animado después por la simpatía y confianza que le inspiró, acabó expresándose así:

—Cada vez que me llaman para hacer una de estas visitas, me siento más deprimido y más interesado en el misterioso drama que se desarrolla cerca de aquí, sin que nada pueda conseguir para conocer ni remediar su causa.

—¿Se trata de algún enfermo grave, Doctor?

—Sí; pero no de un hombre, sino de una mujer —declaró Freind, bajando la voz.

—¡Una mujer en el *Ranelagh*! —exclamé, recordando las palabras de Walter al salir de Gibraltar. Y como si por una asociación de ideas me viniera

al punto una sospecha, pregunté curioso—: ¿No será por casualidad esa dama la Princesa de Ornano, de quien tanto se habla en todas partes?

—No—repuso el hombre de ciencia—. Ésa también se encuentra aquí, es cierto, pero disfrutando de una salud envidiable y dispuesta a enfermar a la Corte entera, gracias a los efectos que su belleza y sus intrigas producen en el espíritu de todos, principiando por el Rey y siguiendo por el Príncipe Jorge y nuestro amigo el Conde de Peterborough, que anda loco y dispuesto a cometer cualquier disparate por conquistarla y humillar a su rival el de Hesse. No; desgraciadamente se trata de una criatura angelical, casi niña aún, que debe de pertenecer a la familia y disfrutar de gran situación en ella, pero cuyo nombre desconozco, así como las circunstancias que la han traído hasta aquí.

—¿No viene por su gusto?

—Creo que no. Es más, me parece que se encuentra como secuestrada y absolutamente contra su voluntad, aunque nada sepa de fijo.

—¿Tan reservada es?

—No es cuestión de reserva, sino de vigilancia. Cada vez que la he visto, ha sido delante de la Princesa, o en presencia de varias criadas que seguramente acechan sus menores gestos. Además no comprende el inglés, y por mi parte desconozco casi en absoluto el castellano. De modo que para hablar nos valemos de terceras personas.

—¿Y no habéis preguntado a nadie cómo se llama? ¿El Príncipe de Ornano, o su esposa, no os han explicado algo?

—El Príncipe no se encuentra nunca allí. Y cuando Milord Peterborough me rogó que me encargara de la enferma, añadió que había prometido a doña Leonisa, en mi nombre, no hacer ninguna clase de

interrogaciones ni pedir quedarme a solas con la joven doliente, de quien Su Excelencia también ignora todo, salvo que se trata de una persona de la mayor distinción.

—¿Sabéis, Doctor—exclamé intrigadísimo—, que vuestro cuento es sencillamente conmovedor y que incita a penetrar el misterio que lo envuelve, para ayudar, si es posible, a la víctima de tan odioso atropello?

—¿Y cómo lograrlo si el Conde se niega a intervenir para no disgustar a la Princesa, y la interesada no ha abandonado el lecho desde Lisboa?—murmuró descorazonadamente Freind.

—¡Eso ya lo veríamos!—insistí—. Lo esencial sería ponerse en relación con ella. ¿Cómo se encuentra de fuerzas?, ¿qué dolencia padece?

—Su enfermedad—repuso el médico—es nerviosa. Casi seguramente producida hace ya tiempo por alguna serie de emociones demasiado horribles para una naturaleza tan joven y tan delicada. Ahora no la abandona la fiebre casi nunca, y, como se marea mucho, debe de sufrir alucinaciones. Su debilidad aumenta por días, y de no someterla pronto al régimen del aire libre, posiblemente acabará por morir de consunción.

—¡Pobre niña!—repetí enternecido.

—¡Qué diríais si llegarais a contemplarla de cerca, como yo! A pesar de su demacración, raras veces he visto un semblante más fino ni más gracioso. Y cuando está mejor, como hace un rato, y reconoce a quien se le aproxima, sus grandes ojos miran con una inteligencia y una energía que parecen hablar, y demuestran que su dueña no es de las que se doblegan ni se dejan dominar con facilidad, por fuertes que sean sus verdugos.

—¡Freind, es preciso evitar a toda costa que se

consume ese crimen! ¡Salvemos a esa joven!—exclamé, impulsado por un sentimiento de conmiseración irresistible.

—Sí, mi querido Sir Archibald. Lo mismo he pensado yo varias veces. Pero, ¿de qué manera? ¡Pensemos un poco!...

En aquel momento vino un marinero a participarme que el Teniente Ronan preguntaba por mí; y con gran sentimiento tuve que separarme del amable Doctor, prometiéndole volver muy en breve para ocuparnos en el asunto y encontrar entre ambos el mejor modo de socorrer a la desconocida.

Ronan esperaba fuera, y, apenas me vió, corrió a mi encuentro, diciendo con rapidez:

—Sir Archibald. El General me envía para comunicaros que hoy no podrá concederos audiencia, porque acaban de recibirse noticias de que la ciudad de Denia, próxima al lugar donde estamos, ha proclamado a Carlos III, y Milord se encuentra conferenciando con el Coronel Basset y Ramos a fin de que salga inmediatamente con algunas fuerzas en el *Orford*, para tomar posesión de la fortaleza. Dice Su Excelencia que volváis dentro de dos o tres días, pues quiere veros, y, mientras tanto, os agradecerá que os encarguéis de una comisión reservada, ya que la casualidad os hizo asistir a la conversación de Don Gil de Albornoz. Como éste no le merece ninguna confianza, y yo no puedo moverme de aquí, Milord desearía que fuerais vos quien le acompañara mañana al *Vulcan*, e hicierais entrega al Capitán Knapp de estas órdenes, firmadas de su propia mano, para hacer llevar a tierra los armamentos, municiones y pertrechos que aquí se expresan. El mismo Don Gil irá a buscaros a bordo del *Panther*, para conducirlos al *Vulcan*, que se encuentra fondeado muy cerca de tierra.

Aunque la misión resultara bastante desagradable por obligarme a encontrar de nuevo un hombre a quien hubiera deseado no ver más, era imposible rechazarla, y prometí llevarla a cabo, dando cuenta de ella en mi primer visita al *Ranelagh*.

En seguida, como principiaba a obscurecer, dediquéme a buscar a Walter Ramsbockle, a quien encontré sobre el puente, conversando muy animado con un señor de nobilísimo aspecto, a quien me presentó como el Príncipe de Ornano.

Preocupado aún por la historia del Doctor Freind, apenas si encontré palabras para saludar al magnate, que me dirigió varias preguntas con exquisita cortesía, pero con una voz que tenía algo de desagradable y metálico. El timbre de esta voz y la costumbre de desviar la mirada de su interlocutor mientras hablaba fueron las dos cosas que me impresionaron durante esta primera entrevista con el esposo de Doña Leonisa, haciéndome pensar que el carácter de un italiano debe resultar todavía más difícil de comprender para un inglés que el de los mismos españoles.

Embarcados en la lancha que nos conducía al *Panther*, Walter, que sin duda se encontraba en *mood* de sociabilidad, creyóse en el caso de reprendirme por mi falta de cortesía respecto de tan gran personaje como D. Octavio Branciforte, insistiendo en el elogio que las cualidades y talentos de éste merecían.

De pronto, e interrumpiendo su peroración, exclamó impetuosamente:

—Baldy, me debéis cincuenta libras. Acabo de comprobar que mi vista no me engañó en Gibraltar, y que a bordo del *Ranelagh* viaja la mujer más hermosa y más seductora que he conocido en mi existencia.

—Lo sabía también, Wat. Esa mujer es la Princesa de Ornano. ¿Os habéis enamorado ya de ella?

—¡Como un loco!—confesó al punto Lord Ramsbockle.

—Dicen que hay muchas personas en vuestro mismo caso—observé con calma.

—Me importa poco y lucharé contra todos hasta conseguir vencerlos. Desde mañana pienso instalarme allá para no dejarla a sol ni a sombra. ¿Me acompañaréis?

—Imposible, Wat. Mañana tengo que hacer a bordo.

E inspirado por no sé qué secreto presentimiento, decidí ocultar al hermano de Winifred la misión que me había sido confiada, así como cuantos detalles acababa de descubrir sobre la familia de su nueva pasión.

VIII

14 agosto.

El recuerdo de la desconocida del *Ranelagh*, y de su misterioso secuestro, continuó persiguiéndome durante la noche, mientras escribía, y a la mañana siguiente entretuve las horas sin salir, contemplando la partida de Walter, hermoso como Paris embarcando en busca de Elena, y oyendo los comentarios de los camaradas, entusiasmados con las noticias de la ocupación de Denia y la buena disposición de los habitantes de la costa, que acudían en masa para contemplar el aspecto de la escuadra y presentar sus homenajes al nuevo Rey que conducían las naves.

Divertido con estas cosas, transcurrió el tiempo

bastante rápido hasta que me vinieron a avisar la llegada de D. Gil de Albornoz, en circunstancias que me encontraba sermoneando severamente a mi sirviente Leonart por algunos cuentos muy feos que sobre su conducta me confiara poco antes el Reverendo Frank Ward, Capellán del *Panther*, a quien habían informado de los engaños que tanto el catalán como su compinche D. Anselmo practicaban con los irlandeses de a bordo, prediciéndoles el futuro, enseñándoles nuevos juegos de cartas y haciéndolos víctimas de toda clase de fullerías.

Leonart, que soportaba contrito la filípica, alzó los ojos al escuchar el nombre de mi visitante, y, sin poderse contener, atrevióse a preguntar:

—Perdonad, señor. ¿Ese Don Gil de Albornoz es un jovencito bien parecido, que se asemeja a Luis XIV adolescente, y que habla de todo como si fuera un gran hombre?

Aquella pregunta tan inesperada me sorprendió de modo que, sin darme cuenta de lo que hacía, contesté afirmativamente.

—¡Por favor, señor!—exclamó entonces mi sirviente—. ¡No le hagáis caso ni os fiéis de nada de cuanto os diga! Ese hombre es un traidor desde que nació, y nunca se ha empleado sino en cosas sucias. Yo le conocí hace dos años en Toledo, y allá le llamábamos Don Gilito a secas, y vivía de lo que le regalaban las mujeres. Por cierto que el motivo de su desertión del ejército fué una grotesca aventura con la célebre Doña María Mancini, viuda del Condestable Colonna, que se encontraba presa en la imperial Ciudad, y a quien raptó de su cárcel y condujo hasta Francia, creyendo que con ello conquistaba su fortuna. Pero la vieja loca comenzó a hacer de las suyas en cuanto traspasó la raya de Aragón, y acabó abandonando a Don Gilito, cansada de sus

malos tratos, y entregándole cuanto poseía, a trueque de verse libre.

Engañado el catalán sobre mis propósitos al llegar a este punto, e interpretando equivocadamente un movimiento que me condujo a la puerta, cayó a mis pies, suplicando atemorizado:

—¡No, Milord! Por lo que más queráis en este mundo no llaméis a ese miserable ni me obliguéis a verle, porque si me reconoce y sabe que estoy aquí se producirán males sin cuento.

Impresionado por el acento de aquella súplica, que no podía comprender, tranquilicé al sirviente, y, saliendo del cuarto, me dispuse a cumplir la comisión del Conde de Peterborough, resuelto a no conceder atención de ningún género al interesado en ella.

La acogida de Don Gilito, que me esperaba en su bote, no pudo, sin embargo, ser más afectuosa, saludándome como si fuéramos viejos conocidos y refiriéndome noticias de Madrid y del partido austriaco en la Corte, hasta llegar al *Vulcan*, que se encontraba anclado bastante lejos de los demás navíos, y tan próximo a tierra, que desde él podían distinguirse los movimientos de las personas que circulaban por la orilla.

Recibidos por el Capitán Knapp, y enterado éste de las órdenes del Conde de Peterborough, empezaron en seguida las maniobras necesarias para subir los cajones de armas y municiones, que bien pronto comenzaron a formar una especie de montaña sobre cubierta.

Para mayor comodidad, decidimos desempaquear allí mismo los fusiles; y mientras se practicaba la operación, que resultó larga y trabajosa por encontrarse el barco casi sin gente y todas sus fuerzas en tierra, resolvimos pasear sobre el puente, disfru-

tando de la belleza del día y acompañados por el atento Capitán.

En uno de estos paseos descubrí cerca de popa un grupo formado por dos personas que descansaban al sol y desde luego llamaron mi atención, moviéndome a preguntar a Knapp:

—¿Y esos dos gandules, qué hacen ahí y por qué no ayudan a sus compañeros en la tarea de preparar las armas?

—Ésos—limitóse a responder el Capitán del *Vulcan*—no son ingleses ni pertenecen a la tripulación. Son prisioneros españoles, Oficiales según creo, que, con algunos más que deben de andar por ahí, traemos desde Lisboa, cumpliendo órdenes superiores.

La palabra Oficiales y el dato de su procedencia me hicieron recordar en seguida las revelaciones de mi criado en el muelle de Gibraltar y su interés por averiguar el paradero de algunos de ellos.

Fijándome entonces más despacio en la pareja que tenía delante y no parecía haberse dado cuenta de nuestra presencia, a juzgar por su inmovilidad, pude observar que se trataba de un joven y un anciano. El primero parecía tener mi edad, y a pesar de los harapos que cubrían a medias su cuerpo y de la miseria y agotamiento que demostraba toda su persona, adivinábase en ella un hombre bien proporcionado y una criatura bien nacida. El otro, o sea el viejo, ostentaba un aspecto más miserable aún, con la cabeza coronada por revueltos y blancos cabellos y el rostro partido por una cicatriz que se perdía en las enmarañadas barbas.

La actitud de ambos revelaba a simple vista desesperación y amargura infinitas. Una de esas tristezas para las que no existe consuelo y las palabras carecen de valor.

Erguido ante el mar azul, con los ojos fijos en el horizonte, semejaba el anciano un Rey Lear abandonado de los suyos y cerca ya de la eternidad; mientras el mancebo, con su expresión dura y concentrada, encarnaba la protesta del héroe vencido por el infortunio, que sueña con la libertad y el desquite.

Al aproximarnos más a ellos, el ruido de nuestros pasos los obligó a volver la cabeza a ambos, y, en el mismo instante, D. Gilito, que comenzaba una de sus historias, interrumpióse de pronto, lanzando una exclamación de asombro.

—Pero, ¿es cierto lo que veo?—murmuró acercándose a los españoles—. ¡Don García de Zúñiga y Jenaro de Pereda aquí! ¡Prisioneros! ¿Desde cuándo? ¿Ya no me conocéis? Soy Don Gil, el amigo de Flora, la comedianta, ¿no os acordáis de mí?

El semblante del viejo permaneció impasible, como si las voces de este mundo no le interesaran ya. El joven, en cambio, al escuchar su nombre, cuando menos lo esperaba y donde más olvidado lo creía, enderezóse fieramente y, clavando su mirada en el indiscreto, abofeteó a éste con las siguientes palabras:

—¡Te conozco, infame! ¡Eres la traición y la cobardía hechas hombre! ¡Tu presencia aquí, junto a esos extranjeros, demuestra que has renegado una vez más de tu fe y de tu honor, y que como antes vendieras tu cuerpo, acabas de vender ahora tu alma, por un puñado de monedas! ¿Qué quieres?, ¿qué pretendes? Nosotros no podemos darte nada. ¡Márchate! Tu vista me produce horror. ¡Vete pronto!

—¡Paso, paso, Señor de Pereda!—repuso el desertor, pálido de rabia al verse tratado así en público—. Y recordad que no estamos en Toledo, ni os protege

Su Eminencia el Cardenal Portocarrero, o vuestro tío el insigne Canónigo Urraca, para hablar con esa soberbia. Se conoce que la mala suerte sólo ha servido para agriarte el carácter, Jenarillo, y hacerte perder aquel atractivo con que sabías volver locas a las francesas y a las damas de alto coturno.

—¡Vete, miserable!—rugió el prisionero—. ¡Quítate de mi presencia, o no respondo de mis actos!

—Ya me voy, hombre, no te impacientes—contestó D. Gil retrocediendo prudentemente—. Y ten presente que si me acerqué fué movido por la compasión y deseando ayudaros en algo.

—¡Nada quiero de ti, ni de ninguno de tus iguales!

—Y tu amigo, el Capitán Don García, el famoso veterano de Flandes, ¿tampoco necesita de nadie?

—¡Tampoco! ¿No le ves? ¡Apenas si oye otras voces que las de sus recuerdos! ¡Déjanos! ¡Mis brazos y mi afecto son los únicos apoyos que aún le valen en el mundo!

Y al decir estas palabras, el gallardo prisionero apoyó las manos con indecible ternura en los hombros del anciano, que levantó la hermosa cabeza hacia él y sonrió vagamente, como si aceptara el ofrecimiento que le brindaba aquella juventud, heredera legítima de su gloriosa vejez.

—¿Tampoco te interesa saber noticias de la Condestablesa, por cuya suerte parecías interesarte tanto en un tiempo?—insistió el tráfuga.

—Me basta con verte aquí—limitóse a contestar Jenaro—para suponer que la abandonaste infameamente o la volviste a entregar en manos de sus carceleros. ¡Nunca esperé otra cosa de ti!

Don Gil, que a pesar de todo su aplomo no encontraba qué responder a tan hirientes frases, terminó por volver junto a nosotros y reanudar el interrumpido paseo, añadiendo a guisa de comentario:

—¡Es un desagradecido y un orgulloso, que no llegará a nada en la vida! ¡Lástima de físico y de cualidades! Porque ahí donde le ven, Señores, con esas trazas de galeote, se trata de un mozo que parecía nacido para triunfar en la existencia. Pero es inútil. ¡Su quijotismo es incurable!

Excuso añadir que nuestro elocuente silencio constituyó el mejor comentario a la escena que acabábamos de presenciar.

IX

Otra, sin embargo, más sorprendente aún, me aguardaba poco después al quedarme solo en el barco, esperando el regreso del Capitán Knapp y de sus hombres, que partieron ya muy entrada la tarde, con objeto de conducir a D. Gil hasta la costa y transportar a tierra la impedimenta prometida al revoltoso Alférez.

Sentado sobre un cajón vacío de los que permanecían apilados sobre cubierta, disfrutaba yo de la dulzura de aquella puesta de sol, cuando un ruido de remos atrajo mi atención, e inclinándome hacia la borda, me hizo descubrir una embarcación que se disponía a atracar junto al costado del *Vulcan*.

Nada habría ofrecido esto de particular, hallándose fuera toda la tripulación, si la circunstancia de venir cubierta la lancha por una especie de toldo que impedía ver su interior no me hubiera hecho sospechar que se trataba de alguna visita que deseaba guardar el incógnito, ya que ni la hora ni la costumbre de nuestros marinos abonaba semejante precaución.

Obedeciendo entonces a uno de esos movimientos que nunca sabremos explicarnos, y que muchas

veces determinan los grandes acontecimientos de nuestra vida, retiréme detrás de las cajas de fusiles, que me ofrecían un punto de observación inmejorable, e instalándome entre ellas, me dispuse a vigilar la llegada del misterioso visitante.

En efecto; pocos minutos después se escuchó hablar cerca del puente, y al poco rato apareció una mujer, cuya figura se perdía entre los pliegues de una inmensa capa oscura que le tapaba igualmente la cabeza y el rostro.

Aquella mujer, a la que nadie acompañaba, y que seguramente debía de poseer alguna orden que le permitiera mantener alejado al Segundo de a bordo, permaneció inmóvil durante largo rato, como si examinara cuanto la rodeaba o prestara oídos a los rumores que venían de tierra, donde alguna vez se alzaban gritos y aplausos de la multitud lejana.

De pronto pareció distinguir algo interesante, y hubo un segundo en que su silueta se agitó cual si se estremeciera.

Dirigiendo la vista en la misma dirección, reconocí entonces a uno de los prisioneros españoles, que, apoyado sobre la regala del barco y volviéndonos las espaldas, miraba la costa de su país, como si tratara de adivinar lo que en ella sucedía.

Era el Oficial joven a quien D. Gilito interpellara con el nombre de Jenaro de Pereda.

La dama velada dudó un momento, pero decidiéndose al cabo, acercóse lentamente y, cuando estuvo a dos pasos del hombre, alzó los velos que cubrían su cara y murmuró un nombre:

—¡Jenaro!...

El eco de aquella voz, clara, vibrante, profunda, que parecía llegar hasta el fondo de los corazones,

hizo volver instantáneamente el rostro del prisionero, quien, al reconocer a su interlocutora, prorrumpió en imprecaciones de todo género.

—¡Vos aquí, Señora! ¡Siempre vos!; ¿por qué me perseguís así? ¿Qué pretendéis? ¿No os basta con verme como me veis? ¿No es suficiente para vuestra venganza el haber contribuído a la muerte de mi madre, haber causado la desgracia de mi mejor amigo, haberme mantenido en el más abyecto cautiverio durante un año, haberos negado a mi canje o a mi redención por todos los medios, y privarme de cuanto existe en el mundo? ¿Qué queréis ahora? ¿Queréis mi vida? ¡Pues tomadla de una vez, y venga la muerte, que es el único bien que ya podéis proporcionarme!

La excitación frenética de aquel hombre debió de impresionar hondamente a la dama, que tardó algún tiempo en contestar. Después volvió a escucharse su voz, que decía:

—No, Jenaro. Nada quiero, ni nada pretendo de vos. Vuestro resentimiento es explicable, pero vuestras acusaciones son en su mayor parte injustas. Os he hecho mucho mal, lo reconozco, pero mis manos están limpias de sangre, y vuestras desdichas se deben sobre todo a vuestro empeño en desafiarme siempre. Ya os manifesté en Lisboa, y ni siquiera quisisteis escucharme, que al descubrir a mi prima Doña Serafina en Fuente Guinaldo ignoraba que la mujer que la acompañaba fuera vuestra madre, y mucho menos que estuviéseis vos complicado en la intriga y hubierais sido quien la raptara de casa de mi Señora abuela en Madrid. También os aseguré que la muerte de Doña Aldonza Urraca se debió únicamente al curso de su enfermedad, no a medios violentos, y me conocéis lo bastante para saber que cuando afirmo una cosa como ésta,

jamás miento. ¡Sin embargo, no creísteis mis palabras!

—Sólo las creeré—afirmó resuelto el joven—cuando las oiga confirmadas de boca de la Duquesa de Sahagún, que es la única persona que asistió a los últimos momentos de mi madre. A vos, como a cualquiera, os pueden haber engañado vuestros propios sicarios, para disculparse.

—Si pensáis así—declaró sombría la desconocida—continuaréis en la horrible duda hasta la muerte, porque nunca volveréis a ver ni hablar a Doña Serafina, encerrada desde entonces en un Convento de Portugal, donde profesará o saldrá para ser Condesa de Écija.

—¡Condesa de Écija! ¡Eso jamás!—gritó enfurecido el mancebo—. ¡Yo lo impediré! ¡La robaré de nuevo! ¡Asaltaré el Convento! ¡Mataré al cobarde asesino! ¡Haced de mí lo que os plazca! Pero ante Dios que nos escucha, y por la memoria de mi madre, os juro que si tratáis de forzar la voluntad de esa doncella, no descansaré hasta exterminar al último de vuestra raza, deshonrándole antes, aunque se esconda en el centro de la tierra!

—¡Olvidáis, sin duda, al hablar así, dónde os encontráis, y que os estoy escuchando, hidalgo!—exclamó altiva la dama.

—Todo lo tengo presente, Doña Leonisa—repuso el joven con decisión—. Pero me abocáis a la desesperación, y como desesperado tengo que expresarme. ¡Me dirijo a la mujer, a una mujer, y no a la Princesa de Ornano!

¡La Princesa de Ornano! Aquella revelación acabó de colmar mi estupor, moviéndome a examinar con mayor atención a la soberbia dama, de quien tan frecuentemente había oído hablar en los últimos días.

Realmente no mentían quienes ponderaban sus

perfecciones, pues en ninguna parte del mundo, ni siquiera en Inglaterra, he podido apreciar una figura más majestuosa. Contemplándola y admirando la perfección de su óvalo, el fuego que irradian sus negras pupilas, el rojo sangriento de su altiva boca y el tono marfileño de su ardiente tez, se comprenden las pasiones que a primera vista puede inspirar esta magnífica criatura y que tan gran ascendiente le conceden sobre cuantos la rodean. Un solo don parece faltarle, en esta colección de gracias, pero don insustituible: la bondad.

Sin amedrentarse por la actitud del mancebo, aunque suavizando el tono autoritario de sus palabras, continuaba la gran Señora disculpándose y manifestando su sentimiento por lo ocurrido en Fuente Guinaldo, y por las privaciones y desdichas sufridas posteriormente en Portugal por Jenaro de Pereda y su indomable compañero D. García de Zúñiga, que durante un año se habían venido obstinando en rechazar cuantos avances se les insinuaban para recobrar la libertad.

—¿La libertad reconociendo al Archiduque? ¡Nunca!—respondió airado el prisionero—. ¡Mi pacto con los Borbones se ha sellado con sangre, y nada será ya capaz de hacerme abandonar su causa! Si tanto os interesabais por convencerme de vuestra inocencia en el crimen de Fuente Guinaldo, ¿por qué no favorecisteis mi fuga y la de mi amigo, valiéndoos de los poderosos medios que siempre tenéis a vuestro alcance?

—¡Fugaros vos!—exclamó la dama—. ¿Fugaros vos para uniros con los vuestros, e iniciar de nuevo vuestra campaña contra mí y los míos? ¡No! ¡El acaso, la fatalidad, ¡quien sea!, ha dispuesto unir nuestros destinos, y unidos seguirán hasta rendiros y entregaros a mi merced!

—¿Venís entonces por lo único que me queda en la vida? ¡La honra de la fe jurada! Volveos, pues; ¡volved junto a vuestro Archiduque y los necios adoradores que os esperan, porque a pesar de todo el poder que gozáis, aun no poseéis el suficiente para vencer mi debilidad! ¡Aquí perdéis el tiempo! Todo nos separa, como vos misma repetisteis tantas veces; desde nuestro nacimiento, al menor de nuestros actos. Uno representa la España de ayer, y otro la de mañana. Vos significáis la tradición, la grandeza, el orgullo, la intransigencia, el ideal de continuar el pasado aunque sea entre ruinas; yo soy la novedad, el pueblo, la indiferencia o la condescendencia, el anhelo de mejorar, el ansia de edificar una patria nueva sobre los escombros de la antigua.

—Y si pensabais así—arguyó la Princesa, volviendo a embravecerse—, si tan odiosa os resulta mi persona, ¿por qué fingiros enamorado en Toledo de aquel modo e intentar la conquista de mi cariño? ¿Qué habría sido de mí si hubiera llegado a creer vuestros juramentos? ¿A qué extremos me habría conducido vuestra incalificable conducta?

—¡Para qué engañarnos con palabras, Doña Leonisa!—declaró el hombre—. ¿Cómo suponer por un momento que las galanterías audaces de un humilde Cadete hubieran podido llegar a conmover el mármol del corazón, todo gloria, de la Princesa de Ornano?

—Entonces, ruin villano—clamó la orgullosa—, ¿confiesas que todo fué pasatiempo y burla para entretener la soledad, o quién sabe si para disimular otras relaciones más livianas?

—¡A qué discutir sobre cosas pasadas, Señoral—expresó el cautivo—. ¡Cualquier sentimiento que en mí haya podido existir desapareció el día en que

la sombra de mi madre vino a interponerse entre nosotros para toda la eternidad!

Llegados a este punto, interrumpiéronse los contrincantes y permanecieron silenciosos, mirándose cara a cara, como si midieran sus respectivas fuerzas. Doña Leonisa, altiva, vestida ricamente, dominadora y con todo el poder que nunca le ha faltado desde que nació. Jenaro, miserable, prisionero, cubierto de andrajos, pero con la firmeza que imprimen el dolor y la desgracia, soportados por un ideal.

A lo lejos continuaban escuchándose los gritos y las aclamaciones en favor del nuevo Rey.

La Princesa fué la primera en reanudar la apasionada discusión, diciendo:

—Cuando un afecto consigue dominar verdaderamente nuestro espíritu, su imagen y su recuerdo perseveran a través de todas las contrariedades y las peripecias de la vida, imponiéndonos, aun a pesar nuestro, la ruta que debemos seguir.

—¿Qué puede saber Vuestra Excelencia de esas cosas—interrumpió Jenaro—, si su alma sólo tiene cabida para la política o la ambición, y su hermosura únicamente le sirve para enloquecer y desesperar a los hombres?

—¿Y qué sabes tú de mi persona, infeliz muchacho?—murmuró muy bajo la esfinge—. ¡Qué sabe nadie de mis secretos! ¿Por qué no he de estar yo también sujeta a la condenación del amor, como el resto de las criaturas humanas?

—¡Amor, vos!—interrumpió el prisionero riendo sarcásticamente—. ¡Amor Doña Leonisa, la rica-hembra, el campeón de la Grandeza, la invulnerable, la esposa de Don Octavio Brancifortel!

—¡Sí! ¡Amor!, ¡amor!—insistió la dama, mirando fijamente al joven.

—¿Y amor por quién?—interrogó éste—. ¿Amor por un desconocido? ¿Por un hidalguelo? ¿Por un don nadie, que sólo puede aspirar a levantar el tapiz cuando la gran Señora pasa? No, Excelencia. ¡Vos no podríais amar nunca sino a Reyes o héroes! ¿No veis que es inicuo el ensañaros con un pobre prisionero y valeros de las artes de la belleza para arrancarle una traición, dando a entender sentimientos que no podéis experimentar? ¿O cree Vuestra Excelencia que el amor se declara arrojándolo a los pies del objeto amado como se arroja un hueso a tierra para que lo devoren los perros hambrientos? ¡No! ¡El amor es otra cosa, y a vuestra alma le faltan cuerdas para sentirlo! ¡El amor es sacrificio, sinceridad, ansia de felicidad del ser amado, deseo de renunciamiento en su favor, indulgencia para sus defectos, estímulo para sus cualidades, constancia para sus desvíos!...

La voz del mancebo habíase ido modificando por grados, hasta convertirse en un arrullo, y sus ojos, desviados de la hermosa Doña Leonisa, parecían contemplar en la lejanía del horizonte, donde el Sol desaparecía entre nubes de púrpura, el fantasma familiar y adorado de algún ensueño desvanecido, a quien se dirigiera e invocara en aquel momento.

La dama debió de recibir la misma impresión, porque adoptando al punto su primer tono, exclamó con sarcasmo:

—¡Cualquiera diría al oiros que conocíais por experiencia ese cariño que tan elocuentemente sabéis describir! ¿Existirá, por ventura, en vuestra vida algún otro misterio que yo ignore y que os haya podido impresionar más que los caprichos de la Condesa de Crevecoeur o las liviandades de la comedianta Flora?

—¡Sí, Señoral!—confesó arrogantemente el mozo, desafiando a la Princesa, y con la intención evidente de irritarla y ofenderla en lo más íntimo de su orgullo—. ¿Para qué negarlo ya? ¡Habéis acertado! ¡Hay en el mundo una mujer, joven y bella, aunque sin ninguna de vuestras cualidades de nobleza, ni de fortuna, ni de talento, a quien adoro desde niño y a la que continuaré siempre amando y moriré bendiciendo.

—Calla, calla. ¡No sigas!—vociferó fuera de sí la ricahembra.

—Seguiré, sí, para que mis palabras se graben en vuestro pecho y no las olvidéis jamás—prosiguió implacable Jenaro—. La quiero, y mientras sepa que vive, no podré querer de amor a ninguna otra, aunque ésta se arrastrase de rodillas para conseguirlo!

Doña Leonisa, ciega de cólera y de pasión al escuchar aquello y verse despreciada de tal modo, sacó de pronto un puñal y arrojóse sobre su provocador.

Pero en el mismo instante, el temerario joven, sin arredrarse y como si en efecto deseara recibir la muerte de manos de su enemiga, alzóse ante ella, y desgarrando los harapos que cubrían sus carnes, presentó el blanco pecho desnudo, para que el golpe resultara más certero.

La Princesa alzó el brazo, y ya me disponía yo a salir de mi escondite y evitar el crimen, cuando cerca de nosotros comenzaron a cantar y a dar vivas a Carlos III los soldados y la gente de a bordo que regresaban de su expedición.

Doña Leonisa vaciló unos segundos y pareció luchar con las más diversas emociones. Al fin, santiguándose rápidamente, murmuró con voz trémula:

—¡Dios me perdone y te proteja!

Después volvió a envolverse cuidadosamente en la capa, y recobrando todo su brío, añadió amenazadora:

—¡Prepárate a todo lo que pueda ocurrirte en adelante! ¡La muerte es muy poca cosa para la suerte que te espera!

Jenaro se encogió de hombros y sonrió con desprecio, al mismo tiempo que los tripulantes recién llegados hacían irrupción en cubierta, atronando el aire con sus gritos de entusiasmo.

—¡Viva Carlos III! ¡Viva Inglaterra! ¡Viva el Rey!

La noche había cerrado por completo, y la dama negra desapareció en la oscuridad, ocultando el rostro de los que se interponían en su camino para dirigirle toda clase de groseros cumplimientos.

X

15 de agosto.

Los pocos minutos que transcurrieron desde entonces hasta la vuelta del Capitán Knapp, los empleé en coordinar mis pensamientos y anudar los hilos de la subyugante historia que acababa de revelarse ante mí.

Mi primera deducción respecto de ella consistió en suponer que la misteriosa enferma del *Ranelagh* no podía ser otra que la dama a quien alternativamente llamaban D.^a Serafina o Duquesa de Sahagún, por más que la Princesa de Ornano pretendiera haberla dejado en Portugal.

La segunda extendióse a imaginar que la Duquesita constituía el verdadero objeto de los amores de Jenaro de Pereda.

La tercera conclusión a que llegué fué la de que, enterada ahora D.^a Leonisa por el propio Jenaro de la pasión de éste, y enfurecida por sus desdenes, tratará de hacer más estrecha la cárcel de la Duquesa y acabará con sus rigores por conducir a ésta a la tumba.

Para contrarrestar tan siniestros propósitos sólo caben dos recursos: uno, el aliviar dentro de lo posible la situación del valiente Pereda, recomendándole al Capitán Knapp para que le proporcione toda clase de comodidades, y hasta el dinero que necesite, sin revelarle el origen de tales beneficios. Esto ya está hecho, y Knapp me ha prometido que mientras permanezca a bordo no carecerá de nada y quedarán sin cumplimiento las órdenes de castigo que puedan venir del Cuartel General español, con el que nada tenemos que ver los ingleses.

El otro recurso estriba en convencernos de la identidad de la enferma del *Ranelagh*; y para conseguirlo, se me ocurrió escribir algunas palabras en un papelito y hacer llegar éste a la presunta D.^a Serafina por intermedio de Freind, aprovechando las facilidades que le concede su profesión.

Efectivamente, tras muchos ensayos, logré formar estas frases: «Decidme si sois Duquesa Sahagún. En tal caso, sabed que Jenaro de Pereda viene prisionero en *Vulcan*. Somos amigos dispuestos a ayudar.»

Y en cuanto avanzó un poco la mañana de hoy llamé a Lleonart y le encargué se trasladase al *Ranelagh* con objeto de entregar al Doctor una carta, donde le explicaba mi idea y le remitía el antedicho papel, anunciándole mi visita para la tarde a fin de conocer la respuesta.

Una vez partido mi sirviente, lamenté sin embargo la precipitación de dejarle marchar sin inte-

rrogarle sobre los antecedentes de todas estas familias españolas, que él debe conocer muy bien, pues quién sabe si Jenaro de Pereda es el propio prisionero cuyo paradero tanto le preocupa.

Por desgracia, el pícaro catalán no regresó en toda la mañana; así que tuve que contentarme con la compañía de Lord Ramsbockle, quien, como de costumbre, se dirigía al barco real, donde le seguí.

Disimulando mi impaciencia por visitar a mi cómplice, aparenté la necesidad de dejar a Walter, una vez que nos encontramos a bordo, para ver al Teniente Ronan, y, seguro de haber engañado la ingenuidad de mi amigo, penetré efectivamente en la Cámara del General, con el pensamiento de volver a salir en seguida.

Pero la suerte dispuso las cosas de otro modo, y, apenas traspuesta la puerta del aposento, topé con el Conde de Peterborough en persona, que, paseando precipitadamente por el cuarto, y sin cesar de hablar ni de transmitir órdenes, dictaba cuatro cartas a la vez a cuatro Secretarios distintos, alarde nada raro en quien, según afirma Pope, puede llegar a entretener nueve amanuenses, aunque la mitad de ellos se vean obligados a consignar trivialidades en sus respectivos papeles.

Carlos Mordaunt, Conde de Peterborough y de Montmouth, Vizconde Mordaunt de Ryegate y de Avalon, Barón de Beauchamp y Mordaunt, es un hombre de cuarenta y seis años, con toda la actividad de un joven de veinticinco, y el primogénito de una familia de siete hermanos y cuatro hembras. Desde los veintidós, fué casado, padre de familia y Par del Reino. La naturaleza le ha dotado de variadas facultades, salud perfecta y presencia agradable. Pequeño de estatura y muy delgado, su cuerpo parece lleno de vigor. Sus facciones pueden pasar

aún por regulares y hasta bellas, y posee brillantes ojos azules y tez en extremo delicada, que, por su desgracia, empieza a arrugarse un poco. La imponente peluca de lino, que oculta sus antes abundantes cabellos castaños y desborda en copiosos bucles por encima de los hombros, le asemeja a los grandes cortesanos de la actualidad; pero no consigue disimular del todo la expresión de su semblante, en que se refleja la terquedad del político indisciplinado y del hombre combativo y apasionado por excelencia.

Nadie diría al verle vivaz, animado e incansable en acciones y palabras, que su vida pública y privada ha atravesado ya por crisis terribles, en las que cualquier otro hombre menos enérgico, o más sensible, hubiera sucumbido definitivamente; pero Carlos Mordaunt tiene la suerte de poseer uno de esos espíritus privilegiados en que las heridas cicatrizan sin dejar huella.

Esto no quiere decir que carezca de facultades afectivas, a pesar de sus pretensiones de frivolidad, un tanto exagerada. Pero su naturaleza es elástica, y las circunstancias que le arrastran de un lado para otro le impiden languidecer en sus melancolías.

Apenas me distinguió en la Cámara, cesó de dictar a los Secretarios y vino hacia mí con los brazos extendidos, estrechándome después en ellos, como hubiera podido hacer con cualquiera de sus hijos, Henry o John, y comenzó a preguntarme noticias de mi padre y de Cleeve Castle, donde fué siempre el huésped preferido.

—¡Malhaya la política, Archibald, que me tiene encerrado entre estas cuatro tablas, trabajando como un negro y discutiendo de la mañana a la noche con esos estólidos, tozudos y gravosos alemanes, que Dios confunda, en lugar de pasearme

por mis jardines de Parson's Green y cuidar de mis naranjos y tulipanes! ¡Lo que yo daría en este momento por echarlo todo a rodar y encontrarme en el café de Wills, discutiendo con mis actores y mis estudiantes del Temple, o peleando con el maligno Swift o el inspirado Pope, sobre si el amigo Locke tiene o no más talento que el viejo Dryden! ¡Ah, muchacho, ésa es vida; y no esta lucha incesante y sorda con personas que nos exigen toda clase de sacrificios y son incapaces de corresponder con uno solo. Sois joven, Baldy, y tenéis aún muchos años por delante. Pero si alguna vez llegáis a General, recordad esta máxima del Conde de Peterborough y practicadla siempre: «Los esclavos pelean por un hombre; un hombre libre, sólo debe combatir por una nación.»

Comprendiendo que al hablar el Lord de aquel modo, sin cuidarse para nada de los que le oían, referíase al Archiduque Carlos y a sus Ministros, con quienes debía de haber sostenido algún altercado, procuré calmar su enojo, felicitándole por la rendición de Denia y el buen efecto que causaban sus proclamas en los pueblos vecinos.

—Sí, sí; todo parece caminar derechamente hasta ahora—me contestó halagado—. Y marcharía mejor si me hicieran caso. Pero los Consejos de Gabinete de nuestro país, como los Despachos y las Juntas de estas tierras, representan lo mismo, o sea una colección de personas que manejan el dinero, se entrometen en la guerra, se mezclan en una porción de cosas que no entienden, y donde la mayor parte de las veces no se encuentra un verdadero Ministro, ni siquiera un hombre que tenga sentido común. Las leyes, los precedentes y las costumbres son cosas muy buenas para contemplarlas y estudiarlas en tiempos normales, desde las mesas de

trabajo, dentro de las casas. Pero en circunstancias excepcionales, como las presentes, hay que recurrir también a recursos insólitos y dejarse de rutinas. ¿Qué hubiera hecho en mi caso uno de esos muñecos de madera que rodean a Su Majestad Católica, y le calientan la cabeza con sus planes de conquista, si se hubiera encontrado en Lisboa al mando de un ejército, y sin dinero para pagar a sus soldados ni representar dignamente a su país? Probablemente se hubiera limitado a gemir y a ganar tiempo, mientras llegaba la contestación del Gobierno, permitiendo así que el Mariscal de Tessé rehiciera su ejército e iniciara la campaña por donde más le conviniera. ¿No es cierto? Pues bien, yo hice todo lo contrario. Cuando supe que se habían agotado las 13.000 libras que nos señalara Marlborough con su egoísta parsimonia, pregunté inmediatamente quién era el judío más rico de Portugal; me dijeron que se llamaba Curtisos, y a los tres días había negociado con el israelita un préstamo de 100.000 libras, en pagarés a nombre del Lord Tesorero Godolphin, que se habrá quedado estupefacto al recibir el primero. Seis semanas después salíamos de Lisboa, y poníamos en jaque a las tropas borbónicas, que aun ignoran dónde nos dirigimos y no se atreven a iniciar campaña alguna, por temor a una sorpresa. ¿No os parece que así es como deben hacerse las cosas?

—Cierto, Milord—contesté respetuosamente—. Y aun se cuenta otra cosa más inverosímil en la Armada.

—¿Cuál?—preguntó con cierta inquietud el General.

—Pues que todos los enormes gastos que se hacen en el *Ranelagh*, para tratar como es debido a Su Majestad Católica y a la Corte, los satisface

Vuestra Excelencia de su bolsillo, hasta que nuestro Gobierno se digne reembolsárselos.

—¡Cuentos!, ¡cuentos!—repitió el Conde muy satisfecho por mi cumplimiento—. ¡Para mí, las cuestiones de dinero nunca han existido, a pesar de no ser rico, como sabéis muy bien!

Esta afirmación era una mentira completa, porque la fortuna de Peterborough pasa por grande, sin contar la de su mujer, que es hija de Sir Peter Fraser de Durris en Kincardineshire, por quien le viene la posesión de Parson's Green. Pero en cuestiones de dinero ocurren con el Conde cosas tan extraordinarias, que hacen dudar si en el fondo es generoso o tacaño.

Mi padre, por ejemplo, suele contar que cierto día que paseaba por Londres encontró al elegante Lord Peterborough en la calle, discutiendo apasionadamente el precio de un pollo, hasta conseguir que su propietario se lo cediera en la cantidad justa; logrado lo cual, invitó a Lord Cleve a una taberna próxima para comerlo juntos, en compañía de una botella de clarete, alabándose todo el tiempo que duró la cena de su competencia en aves y de su economía en los gastos domésticos, llevada al extremo de obligar a su Condesa a fabricar personalmente quesos y otras provisiones para la familia.

En cambio, existe otro cuento muy conocido en Inglaterra, que contribuyó mucho a poner de moda al Lord, cuando éste no era aún sino Conde de Monmouth y regresaba de Londres a Parson's Green por Chelsea. Según parece, una banda de malhechores detuvo el coche en que viajaba, caso corriente en aquellos tiempos, y registrando los bolsillos de Su Excelencia, resultó que sólo contenían seis cheelines. Malhumorados entonces los bandidos, le despojaron del sombrero, la espada y la peluca. Pero

al hacer esto, demostraron tanta cortesía, que el Conde no pudo menos de felicitarles y manifestar su opinión de que debían haberse hecho ladrones por pura necesidad. Al propio tiempo, y avergonzado de la pobreza de su bolsa, les preguntó «cómo podría hacer llegar a su poder diez guineas», en calidad de rescate por las prendas que acababan de quitarle. Y fiados los ladrones en su palabra, acabaron devolviéndole todo y visitándole en su casa de campo, donde Monmouth les obsequió espléndidamente, recomendando después su conocimiento a los vecinos como personas dignas del mayor aprecio.

He consignado aquí estas anécdotas para dar una idea del carácter de un hombre que por su excéntrico modo de ser, su mórbida sensibilidad, su afición desmedida a inflar todas las cosas y los infinitos recursos de su inventivo cerebro, ha de dar mucho que hablar en la presente guerra, donde seguramente le aguardan excitantes aventuras, y no se contentará con hechos corrientes ni vulgares, constituyendo para algunos una gran figura histórica y para otros una caricatura divertida de gran Señor británico.

Volviendo a su conversación conmigo, recuerdo que, después de hablar de mil cosas inconexas y de quejarse otra vez de la obstinación de todos los cortesanos de Carlos III (a quienes calificó de «*gang of robbers*») en que la escuadra se detuviera ante Barcelona, para comprobar si esta ciudad abría sus puertas, concluyó diciendo:

—Lo peor del caso es que no habrá más remedio que complacerlos. Pero si lo hago, no será por ellos, sino por otra persona que también me lo pide y a quien no puedo negar nada. ¡Maldito corazón, Archibald! Si alguna vez os casáis, no abandonéis Inglaterra, porque corréis continuamente peligro de traicionar a vuestra esposa. Y eso que en el presen-

te caso sé que arriesgo poco y que pronto continuaremos nuestra ruta hacia Italia, donde nos esperan triunfos y placeres sin cuento. ¡Milán! ¡Nápoles! ¡Cuándo estaremos allá! Preparaos, Archibald, y tened cuidado con lo que hacéis, porque siempre sigo mi correspondencia con Lady Ramsbockle y contaré cuanto llegue a mis oídos. Y a propósito de esa familia. ¿Sabéis que tenéis un amigo extremadamente impertinente, y que se atreve a levantar los ojos demasiado alto y con excesiva insistencia? Advertidle de mi parte que no insista en sus temeridades si no quiere verse desembarcado de la escuadra y destinado a las huestes del Conde de Cifuentes. ¡El Conde de Cifuentes! ¡Ése es otro! ¿No habéis oído hablar aún de él? ¡Pues yo tengo ya los oídos rotos de tanto escuchar su nombre! Sus ofrecimientos y seguridades son los que vuelven locos al Rey y a todos sus corifeos. Si se hiciera caso de lo que Darmstadt asegura, Cataluña, Valencia y Aragón estarían en sus manos. ¡Ya veréis! ¡Ya veréis lo que resulta de todo esto! Y ahora, adiós, Baldy. Volvedme a ver pronto. Ya sabéis que tengo mucho gusto en hablar con los hijos de mis buenos amigos, y cuando escribáis al Vizconde de Clevee, saludadle en nombre mío. ¡Ésos son hombres de honor, y no los Cifuentes... *spanish bully! Pembroke of Spain!... maddest of spaniards!*...

Y mascullando insultos, más fuertes todavía, tendiome Peterborough la mano, y volvióse de espaldas para seguir dictando cartas a sus cuatro Secretarios, que durante este tiempo habían permanecido silenciosos, escuchando distraídos el parloteo de su señor, a cuyos excesos de lenguaje se conoce ya están acostumbrados.

Cuando por fin se cerró tras mí la puerta de la Cámara del General, y me vi libre, suspiré de gusto,

y corrí en busca del Doctor Freind, que por fortuna estaba en su cuarto y me recibió muy contento.

—¡Victoria, mi querido Sir Archibald! ¡Victorial
—proclamó, apenas entré.

Y cerciorándose de que nadie podría escucharnos, continuó diciendo:

—Vencimos, y vuestras presunciones eran justificadísimas. ¡La enferma es efectivamente la Duquesa de Sahagún, que os saluda y os agradece con toda el alma cuanto acabáis de emprender por ella! ¡Qué mujer, Sir Archibald!, ¡qué mujer!

Acto continuo me refirió el buen Freind que, después de recibir mi carta, y decidido a cumplir sus instrucciones, aguardó que vinieran a llamarle, como de costumbre, tardando algún tiempo en acudir junto a la enferma para no excitar sospechas por su diligencia. Una vez en el cuarto, y aprovechando la distracción de D.^a Leonisa, que asistía a la visita, pero parecía muy preocupada por otras cosas, puso en manos de la doliente mi papel, que la interesada tomó sin agitarse ni demostrar la menor sorpresa, retirándose a poco el médico. A la media hora escasa volvió muy asustada una de las dueñas, rogándole por señas que le siguiera; y, definiendo a sus expresivos ruegos, acompañóla de nuevo el Doctor, encontrando a la dama en un estado tal de excitación, que verdaderamente producía alarma y explicaba el susto de la enfermera. Acercándose entonces a la joven, para calmarla, escuchó que ésta le decía en perfecto francés: «Alejad a esa mujer con cualquier pretexto», y, disimulando su alegría, mandó a la vieja por un remedio que había dejado olvidado en su cámara.

Una vez solos, incorporóse la enferma, y apretando las manos de Freind murmuró rápidamente:

—Soy, en efecto, Doña Serafina, Duquesa de Sa-

hagún, y acepto vuestros ofrecimientos, Doctor. Tened mucho cuidado en cuanto hagáis, y no desparcéis sospechas, pues estamos siempre vigilados. Ahora referidme cuanto sepáis de Jenaro de Pereda.

Las explicaciones de Freind se concretaron a repetirle lo que decía mi carta, y, al terminar su discurso, el rostro de la Duquesa expresó un sentimiento de alegría tan grande, que impresionó al médico. «Decid a vuestro noble amigo—manifestó entonces la joven—que jamás olvidaré su bondad, y que estoy pronta a ayudarlos en cuanto se ofrezca para conseguir la libertad de ese caballero. Por lo que a mi toca, no os preocupéis, pues ahora ya tengo un motivo de aferrarme a la vida y desafiaré las maquinaciones de todos mis enemigos.»

El regreso de la dueña interrumpió la conversación, y la supuesta enferma dejóse caer en el lecho, simulando la continuación de su crisis con tal maestría, que el propio médico quedó admirado de la fuerza de voluntad y la abundancia de recursos de aquella tierna criatura, cuya vitalidad y energía parecían agotadas pocas horas antes.

La expresión de mi semblante debió de reflejar también un sentimiento parecido, pues cuando terminó Freind su cuento, añadió:

—Ahora que estamos metidos en la empresa, Sir Archibald, no tenemos más remedio que seguir adelante con ella. Pero tened cuidado, mi joven amigo; la compasión es siempre peligrosa, sobre todo cuando se injerta en sangre irlandesa como la vuestra, y cuando se trata de una persona tan linda y tan interesante como la Duquesa de Sahagún. Junto a ella os acechan peligros que pueden dar al traste con vuestra tranquilidad y el reposo de los que os esperan en Inglaterra.

—No os preocupéis por eso, Doctor—repuse, si-

guiendo la broma—. Yo soy de los que no aman sino una vez en la vida, y pienso como Vanbrugh: «*To be capable of loving one, doubtless, is better than posses a thousand.*»

—¡Perfectamente, Sir Archibald! Pero recordad también la situación de Romeo cuando conoció a Julieta, y tened presente la frase del gran Shakespeare: «El amor es como los niños; hasta que no llora, no se sabe que vive.»

XI

16 de agosto.

De regreso en el *Panther* mi primer pensamiento consistió en buscar a Lleonart para interrogarle sobre cuanto presumía debía saber; pero mi decepción fué grande al enterarme de que el catalán no había vuelto a bordo.

Sólo a la mañana siguiente pude echarle la vista encima, y su aspecto triste me quitó las ganas de regañarle por la escapatoria, limitándome a dirigirle el siguiente discurso:

—Hasta ahora, Lleonart, me has mentido sin tregua, y nada me ha importado, pues todos tus sucesos me eran indiferentes. Hoy vas a decirme la verdad, porque se trata de ayudarme a cumplir una buena obra y de auxiliar a dos criaturas desgraciadas. ¿Tú conoces al Oficial Jenaro de Pereda y a la Duquesa de Sahagún?

Al escuchar aquellos nombres, el rostro de mi sirviante se contrajo visiblemente, sus ojos brillaron de pronto, y, sin tratar de fingir ya más, repuso con fuego:

—Sí, Milord; los conozco a ambos y por ellos daría la vida, si fuera necesario.

—Pues si quieres contribuir a salvarlos, refiérme su historia y no trates de engañarme, pues tus engaños redundarían en perjuicio suyo.

Lleonart me miró entonces fijamente, y debió de leer en mi rostro la sinceridad de mis intenciones, porque tomando su partido, sin vacilar, se expresó de este modo:

—Es cierto, Señor. Os he mentido hasta ahora, o, por mejor decir, os he ocultado mi vida anterior, por creer que nada en ella podría interesaros. ¡Tan lejos os veía siempre de lo que a nosotros se refiere, pobres españoles! Yo me llamo, en efecto, Lleonart, que en castellano quiere decir Leonardo; pero la gente me conoce por Nardo, que es un apodo que recibí desde chico. Nací en el pueblo de San Feliú de Codina, criándome entre riscos y asperezas, hasta que entré al servicio de Jenaro de Pereda. Cuando conocí a éste, pertenecía a la Cámara privada del Cardenal Portocarrero y se hallaba cumpliendo una misión, consistente en descubrir y estorbar las conspiraciones de la familia de Ornano contra Felipe V. Pero, vueltos a Madrid, mi amo, que detestaba aquel empleo, decidió cambiar de carrera y aceptó los ofrecimientos del Almirante de Castilla cuando éste fué nombrado Embajador en París. Una mujer que le amaba, y que descubrió a tiempo los verdaderos propósitos del Duque de Medina de Rioseco, consistentes en escaparse a medio camino y levantar en Portugal la bandera de la rebeldía, le salvó del peligro de verse envuelto en la traición, reteniéndole en sus brazos e inspirándole el deseo de la vida militar, que desde entonces siguió.

—¿Esa mujer era la Princesa Doña Leonisa?—interrumpí.

—No, Milord: era una francesa. La Princesa de Ornano, que desde que conoció a Jenaro de Pereda sintióse atraída por él, aunque siempre demostrara lo contrario, era precisamente la que había combinado, sin que mi amo lo supiera, su entrada al servicio del Almirante y su forzosa complicidad en la defección de éste, que le hubiera comprometido irremisiblemente en el partido del Archiduque.

—Sigue, sigue, y no me ocultes nada—añadí.

—Nombrado al poco tiempo Cadete de la futura Guardia de Corps, y residiendo en Toledo con su madre, que era una santa mujer, encontróse Jenaro nuevamente con Doña Leonisa. La curiosidad, el aburrimiento, y el cambio producido por sus recientes conquistas, le impulsaron en un mal momento a fingirse enamorado de la Princesa, que lo creyó, aunque le rechazara despreciativamente. Pero como, en el fondo, Jenaro es el único hombre por quien esa endiablada mujer siente algo en la vida, consideróle desde aquel momento su esclavo, y decidió seguir siempre sus pasos, para comprobar si efectivamente era cierto su cariño o tratábase de una atracción pasajera y vergonzosa, según sus ideas.

—Y Jenaro, que debía conocer a la Princesa—pregunté—, ¿no se dió cuenta del peligro a que se exponía burlándose de una Señora como ella?

—Ésa—repuso tristemente Lleonart—es la verdadera y única falta de mi amo. ¡Hartas veces se lo advertí! Pero en aquel tiempo, mi Señor andaba como loco, no sé por qué, y las mujeres eran, en su opinión, inconstantes, falsas e ingratas. Por eso quiso satisfacer su capricho y vengar en Doña Leonisa los pecados de todas. Además, debéis saber, que, prescindiendo de sus atractivos, capaces de volver loco a cualquier hombre menos joven que Jenaro de Pereda, la Princesa de Ornano ha ejerci-

do siempre sobre éste una especie de fascinación, mezcla de respeto y antipatía, de admiración y de aborrecimiento. La esposa del Branciforte ha sido para Jenaro, desde que la habló por primera vez, como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.

—¿Y Doña Serafina, la Duquesa de Sahagún? —interrogué impaciente—, ¿qué intervención tiene en la existencia de tu antiguo Señor?

—A eso voy, Milord. Escuchadme atento. Doña Serafina, o sea «La Niña de Plata», como generalmente se le dice, es prima de Doña Leonisa, y nietas ambas de la Marquesa de Villarrubia, que aun vive. En la actualidad la Duquesita debe contar unos diez y siete años, y pasa por ser el mejor partido de estos Reinos. Educada en un Convento, desde su más tierna edad, aguardaba el día de su profesión religiosa, cuando la casualidad la dejó huérfana y heredera de uno de los mayores patrimonios de España. Entonces, su abuela concertó su enlace con el Conde de Écija, personaje ilustre por su nacimiento, pero mucho mayor que la Niña y que goza de reputación detestable. Jenaro de Pereda, sobre todo, le odia porque dió muerte alevosamente a un Grande en cuya casa se crió mi amo, y que se llamaba el Príncipe de Taurisano.

—En efecto—exclamé—, conozco el nombre por haberlo oído repetir con gran elogio a todos los partidarios del Archiduque. Continúa.

—Ignorante Doña Serafina de la suerte que le preparaban, siguió a su abuela y prima hasta Barcelona, donde entró en Palacio como Dama, y desde luego mereció las simpatías de la Reina María Luisa y de la Princesa de los Ursinos. Allí se abrieron sus ojos al mundo y comprendió el porvenir que le esperaba junto a un esposo como Écija, re-

solviendo oponerse al sacrificio y apelar a todo para poder evitarlo. Al mismo tiempo, un joven señor francés, simpático y aturdido, que pertenecía a la Embajada de su país, y que mi amo conocía mucho, el Caballero Renato de Vaureal, comenzó a festejar a la Duquesita, captándose las simpatías de ésta y alarmando con sus galanterías a la familia de Villarrubia.

—¿Pero llegó Doña Serafina a quererle?—inquirí, llevado de la curiosidad.

—¡Eso sí que no podría decirlo nadie!—confesó el narrador—. Por lo menos llegó un momento en que la Niña de Plata aceptó sus ofrecimientos y le dió palabra de casamiento, a espaldas de los suyos. Tal vez fuera por amor, acaso por desesperación, o simplemente por librarse de Écija. Lo cierto fué que llegó un día en que se anunció el regreso del detestado Conde, quien durante dos años había permanecido en Turín, y que este anuncio coincidió con el destierro de la Princesa de los Ursinos y su salida de Madrid. La Duquesa de Sahagún se encontró entonces ante un dilema terrible: o bajar la cabeza y aceptar el esposo que su abuela le imponía, o escaparse y buscar asilo en un Convento hasta que pudieran arreglarse las cosas para casarse con el Caballero de Vaureal.

—¡Naturalmente, eligió lo último!—interrumpí entusiasmado.

—Acertasteis, Milord—prosiguió Leonart—. Y no sólo la de los Ursinos, sino la propia Soberana, aprobaron en secreto su decisión, resueltas a salvarla más tarde de la opresión tiránica de sus deudos. Pero los acontecimientos se complicaron de un modo imprevisto. Renato de Vaureal vióse obligado a seguir a Felipe V hasta Portugal. Precisábase, pues, un acompañante, ignorado de todos, que sir-

viera de escolta a la Duquesita, conduciéndola hasta Salamanca, donde estaba el Convento que la Niña había elegido para su retiro.

—¿Y entonces apareció Jenaro de Pereda?—exclamé, cada vez más interesado en el cuento.

—¡Precisamente!—dijo el catalán—. Renato acudió a su amigo íntimo y le explicó el caso. Mi amo trató de excusarse, pero el Caballero de Vaureal era hermano de la Señora francesa que le salvara cuando la fuga del Almirante, y no podía negarle nada. Aceptó la arriesgada comisión, y acompañado de Doña Aldonza Urraca, su amadísima madre, que enterada de la empresa no consintió de ningún modo en dejarle viajar solo con Doña Serafina, partieron de Toledo, raptando en Madrid a la Niña de Plata, y sacándola de la mansión de los Villarrubia, en un coche con libreas de la Casa Real, que yo mismo conducía disfrazado de cochero.

Intrigadísimo con los detalles de aquella inverosímil historia, tan española por su forma y tan atractiva por sus personajes, continué mis interrogaciones y acabé por conocer el desenlace trágico de la aventura.

Obligados los fugitivos a dejar Salamanca, por encontrar cerradas las puertas del Convento donde D.^a Serafina pensara refugiarse, tuvieron que llegar hasta Ciudad Rodrigo, separándose allí Jenaro de las Señoras, para incorporarse a su Regimiento, y quedando las dos mujeres al cuidado del Capitán reformado D. García de Zúñiga, íntimo amigo de la madre de Pereda.

Gravemente enferma ésta, mientras el hijo peleaba en la guerra, y temiendo una sorpresa de parte de los Villarrubia, que ya les seguían los pasos, acabaron por buscar asilo en un pueblecito llamado Fuente Guinaldo, donde el veterano Zúñiga

poseía alguna hacienda; y todo parecía caminar bien, cuando el destino dispuso que la partida de aventureros defensores del Archiduque, levantada a expensas del Príncipe de Ornano y dirigida por la propia D.^a Leonisa (que por aquel tiempo había abandonado ya España e internándose en Portugal), atacara el indefenso lugar, en represalia de otros desmanes análogos cometidos por las tropas borbónicas.

Refugiadas las mujeres del pueblo en la Iglesia, allí falleció la madre de Pereda durante el asalto, sin que nadie supiera cómo, excepto doña Serafina, que la acompañaba en sus últimos instantes. Jenaro, que advertido por un presentimiento llegó milagrosamente en el instante que sacaban arrastrando a la Duquesita y al Capitán D. García, nada pudo hacer sino herir a unos cuantos de sus contrarios, que seguramente hubieran acabado por descuartizarle allí mismo, a no ser por la intervención de D.^a Leonisa, quien, por un resto de humanidad o de amor, le salvó la existencia, conduciéndole a Lisboa, donde permaneció ignorado de todo el mundo cerca de un año.

Leonart, después que vió cautivo a su Señor y consiguió escapar de la hecatombe de Fuente Guinaldo, resolvió seguir desde lejos a los de la partida, penetrando en territorio lusitano hasta Lisboa.

Doce meses de miserias y picardías sin cuento, en que sólo su condición de catalán y sus fingidos entusiasmos por el Archiduque le libraron varias veces de la horca, no consiguieron apagar ni disminuir el afecto que profesaba a su antiguo Señor, de quien en tanto tiempo no había vuelto a tener noticias, así como tampoco de D.^a Serafina.

Dos días antes de la partida de la flota, y en ocasión que se encontraba merodeando por el puerto,

parecióle reconocer a Jenaro de Pereda en una cuerda de prisioneros que embarcaban, conducidos por varios soldados portugueses y se dirigían mar afuera. A poco de amanecer, asistió también a la partida de la Princesa de Ornano, cuya inconfundible silueta identificó, no obstante el espeso manto que la cubría, y a quien acompañaban varias mujeres, igualmente tapadas, entre las que debía encontrarse D.^a Serafina.

Entonces decidió establecerse a bordo, fuera como fuere, y recordando los socorros que en algunas ocasiones le había yo proporcionado a trueque de sus lecciones de español, acudió a mí ofreciéndome sus servicios y desfigurando su nombre, para que, si alguna vez se repetía en presencia de D.^a Leonisa, no pudiera ésta sospechar que se hablaba del antiguo criado de Pereda, al que conocía muy bien y al que procuraría eliminar seguramente de su vecindad.

XII

Cuando terminó el relato de sus cuitas, el pobre Leonart, o Nardo, como en adelante le llamaré, quedó jadeante, cual si acabara de desprenderse de un fardo insoportable, y, levantando su mirada hacia mí, preguntó sencillamente:

—Y ahora, Milord, que os he referido todos los sucesos de mi vida, decidme: ¿Cómo puedo ayudaros a salvar a mi amo y a la Duquesa de Sahagún?

Las noticias que a continuación le di sirvieron para hacerle olvidar todas sus anteriores desgracias, y prometer obedecerme ciegamente en cuanto le mandara.

Por de pronto, lo que más urgía era enterar a Jenaro de Pereda de cuanto sucedía y de mis pro-

pósitos de auxiliarle, para lo cual el procedimiento mejor consistía en que el propio Nardo se trasladara al *Vulcan* con una carta mía dirigida al Capitán Knapp, rogándole permitiera hablar al catalán con los prisioneros a fin de transmitirles instrucciones sobre su conducta.

Entusiasmado ante la idea de volver a encontrarse con su primer amo, el buen Nardo daba saltos de alegría y pronunciaba palabras incoherentes durante todo el tiempo que yo tardé en escribir la misiva.

Mas antes de entregarle ésta, y llevado de no sé qué idea, que a mí mismo me hubiera sido imposible explicar, le dirigí una última interrogación.

—Oye, Nardo. ¿Y no crees tú que, después de todo lo sucedido, Jenaro de Pereda y la Niña de Plata deben amarse a pesar suyo y por encima de todos los compromisos con Monsieur de Vaureal?

La cara del sirviente reflejó un inmenso asombro al escuchar aquella pregunta, que se conocía no le había ocurrido formularse nunca, y en seguida respondió convencido:

—¡Madre de Dios y qué cosas piensa el Señor! Yo no he visto nada que me haga pensar en eso. Mi amo y la Señora Duquesa se quieren mucho, es cierto, pero sin malicia. Además, el Señor no conoce aún lo que son las mujeres españolas, sobre todo las nacidas como Doña Serafina. Aunque ésta adorase a mi amo, nunca se volvería atrás de la palabra que ha dado. Por lo menos—añadió sesudamente—si el Caballero francés no se la devolvía por su gusto.

—¿Pero no existe en la vida de Pereda—insistí recordando la escena del *Vulcan*—alguna pasión que le impida compartir el afecto que le ofrecen las demás mujeres?

—¡Ay, eso sí que no lo sé!—confesó ingenuamente el muchacho—. A veces he sospechado que sí. Pero nunca he sabido de cierto quién puede ser ese cariño. Tal vez alguna muchacha humilde, que conociera antes de entrar yo a su servicio. En todo caso, no se trata de la Duquesa de Sahagún. Por lo que toca a compartir el afecto de otras, me consta que lo ha hecho muchas veces, aunque en el fondo no se haya preocupado verdaderamente de ninguna de ellas.

Satisfecha en parte mi curiosidad, dejé entonces marchar al mensajero, que se alejó contentísimo, prometiendo volver anochecido, y quedé meditando sobre cuanto acababa de escuchar, feliz de haber encontrado por fin un interés que me hiciera llevara la jornada y alejase de mi espíritu el espectro terrible del *spleen*, tan peligroso para nosotros los ingleses.

Pero las horas pasaban sin que el fiel catalán, con cuyo carácter acababa de reconciliarme, regresara de su expedición y me trajera noticias del prisionero.

Al cabo vino la noche, y cuando ya me disponía a retirarme, preocupado por la suerte que hubiera podido caber a mi sirviente, apareció éste ante mis ojos, en un estado verdaderamente lastimoso, rendido por la fatiga y dando muestras de verdadera consternación.

—¡Señor!—exclamó lúgubrementes, al llegar junto a mí—. ¡Se lo han llevado! ¡Ya no está en el *Vulcan*! Ayer mismo, de tarde, fueron unos soldados catalanes de la Guardia Real, con orden del Príncipe de Darmstadt, y se hicieron cargo de él, para conducirlo con Don García de Zúñiga. Dios sabe dónde. ¡Maldita ricahembra! ¡Ella es seguramente la que tiene la culpa de todo! Habrá sabido

de algún modo, probablemente por el canalla de Don Gilito, vuestro encuentro con los prisioneros, y para haceros perder su pista ha combinado este golpe, con su habitual maestría.

—¡Pero no es posible que se disponga así de la suerte de un Oficial prisionero de guerra, como si fuera un esclavo!—clamé indignadísimo al tropezar con aquel inesperado obstáculo a mis planes—. ¿Qué te dijo el Capitán Knapp? ¿Por qué no viniste en seguida a comunicarme la mala noticia?

—El Capitán me dijo que no había podido impedir el hecho, por tratarse de españoles, cuya custodia sólo le había sido encargada en forma transitoria y hasta nueva orden. Lo único que logró averiguar fué que iban destinados al *Antilope*, que es uno de los buques más chicos de la escuadra. Inútil creo añadir que inmediatamente me trasladé al *Antilope*, pero allí no sabían nada y se rieron de mí. Entonces comencé mi peregrinación de barco en barco y en todos recibí la misma respuesta. ¡Lo perdimos, Milord! ¡Se nos escapó de las manos! ¡Y ahora lo esconderán aun mejor y quién sabe qué castigos le impondrán para satisfacer el orgullo y los celos de esa mala mujer!...

—¡No te aflijas, Nardo!—murmuré conmovido al apreciar la aflicción del muchacho—. ¡Aunque le guarden en la bodega del último de los transportes, le encontraremos y te lo devolveré sano y salvo! Yo te doy mi palabra, como caballero y como inglés, de que no descansaré hasta hallar su rastro, y que desde mañana mismo reanudaremos tú y yo los trabajos para descubrirle, aunque tengamos que llegar en ellos hasta el mismo Carlos III en persona.

—¡Gracias, Señor, gracias!—sollozó Nardo, besándome por primera vez la mano y cubriéndola de

lágrimas—. ¡Dios os proteja siempre por la buena acción que os disponéis a emprender!

Mas sin duda Dios no quería ayudarnos tan pronto en la cruzada, pues aquella misma noche, cuando nos levantábamos de la mesa, fuimos llamados Marineros y Oficiales por el Capitán Bartie, a fin de poner en nuestro conocimiento que no podríamos ausentarnos del buque bajo ningún pretexto, pues a la mañana siguiente, y en virtud de órdenes del Almirante Sir Cloudesley Shovel, debía zarpar el *Panther* de la bahía de Altea, a fin de reunirse en alta mar con el *Devonshire*, destacado también de la flota por llevar al Príncipe Jorge de Hesse Darmstadt al puerto de Mataró, distante 17 millas de Barcelona.

El objeto de la expedición parecía consistir en recoger noticias sobre el estado de cosas en la Capital del Principado y organizar las fuerzas de los partidarios de Carlos III en la ciudad de Vich, foco principal de las conspiraciones catalanas contra los Borbones.

Excuso decir que la fausta nueva fué recibida con grandes aclamaciones de todos, y que los únicos que lamentamos la decisión del Almirante fuimos mi criado y yo, sobre todo Nardo, que, desesperado por el dolor, hablaba solo, en su lengua, y parecía a punto de trastornarse a fuerza de repetir maldiciones contra la fatal D.^a Leonisa de Ornano, a quien echaba la culpa de todo, incluso de nuestro alejamiento, para hacernos perder las huellas del prisionero y saciar a mansalva su rencor en él.

Efectivamente, de acuerdo con lo dispuesto, y mientras las demás naves permanecían en la bahía, salimos a la mañana temprano con el *Panther*, sorteando los buques, desde donde algunos conoci-

dos nos saludaban alegremente y nos deseaban buena suerte, haciendo señales con banderas.

Ya íbamos a transponer el último de ellos, que era una vieja fragata llamada *Assurance*, anclada muy lejos, cuando de repente sentí que alguien me agarraba violentamente del brazo, y escuché la voz de Nardo, que murmuraba sordamente:

—¡Vedlos, Señor! ¡Allí están, a popa! Sí, son ellos. Mi amo y Don García. ¡Esta vez no se me escaparán! ¡La Virgen de Montserrat me valga! ¡Hasta la vista, Milord!

Y dando un salto prodigioso, sin preocuparse del riesgo en que ponía su vida, ni aguardar un permiso que seguramente le hubiera negado, arrojóse al mar el ejemplo de servidores, emprendiendo rápidamente la dirección del *Assurance*, donde creyera descubrir a su Señor.

El gesto me pareció tan insensato, y al mismo tiempo tan hermoso, que sólo pude encontrar palabras para decir al Oficial de derrota que siguiéramos nuestro camino, pues se trataba de algo que se me había olvidado en aquel buque y que mi atolondrado sirviente tenía encargo de recoger.

XIII

En el Puerto de Mataró, 21 de agosto.

La travesía que desde entonces emprendimos, y que ha durado seis días, sirvió para tranquilizar mi ánimo y hacerme apreciar con serenidad los sucesos que acabo de referir.

La misma ausencia de Nardo, librándome de la sugestión de su ejemplo, ha contribuido al renacimiento de mi calma y al examen metódico de las consecuencias que para mi tranquilidad puede acarrear

la realización de la empresa que me he comprometido a cumplir, un poco ligeramente quizás.

Desde luego, no creo que las hipótesis del suspicaz catalán, respecto de nuestro viaje a Mataró, tengan el fundamento que su rencor hacia Doña Leonisa le hace imaginar. Esta terrible amazona lo más que puede saber respecto de mí es que asistí al encuentro de D. Gilito con Jenaro de Pereda, y que casualmente conocí el nombre de los prisioneros. Mis demás actos le son desconocidos, y el cambio de prisión de su amado obedecerá acaso al deseo de sustraerle a mi curiosidad, pero más bien al de castigarle por los insultos recibidos en la famosa entrevista. En cuanto al destino del *Panther*, responde indudablemente a otras causas, y casi lo atribuiría yo al capricho del Conde de Peterborough, deseoso de librarse por unos días de la molesta presencia de Walter Ramsbockle, su infatigable y terrible competidor en los favores de la Princesa de Ornano.

Así por lo menos me lo hacen suponer las palabras y las amenazas que oigo repetir al hermano de Winifred, cuyo humor ha empeorado notablemente desde que perdimos de vista la escuadra, y a cada momento habla pestes del General en Jefe y de sus pretensiones de conquistador apolillado, recordando todos los sucesos del pasado que pueden perjudicarle y suspirando por reunirse nuevamente a su idolatrada D.^a Leonisa, en quien sólo ve cualidades y virtudes.

El Príncipe de Darmstadt, en cambio, a quien todos atribuyen también una pasión intensa por la hermosa Princesa, no parece preocupar tanto a Walter, que continúa expresándose en los mejores términos respecto de Su Alteza, y repitiendo a cada paso que si esta expedición sale con bien, será de-

bido exclusivamente al talento y a la política de Jorge de Hesse.

Pero la verdadera víctima de los arrebatos de Ramsbockle, que necesita siempre un objeto para desahogar sus furores, es el Sr. Anselmo del Castillo, su bufón antes tan querido, sobre el que llueven a cada momento insultos y hasta golpes, si ha de prestarse crédito a las palabras del infeliz interesado..

La compañía de éste y su conversación variada y amena han significado para mí el principal atractivo desde que abandonamos las costas de Valencia, contribuyendo con sus gracias y burlas andaluzas a distraerme y sosegar mis nervios, algo alterados durante los últimos días.

Nada más diferente, a juzgar por sus palabras, que el carácter del Sr. Anselmo y el de mi servidor Leonart. Con todos sus defectos, prefiero a éste, ahora que puedo apreciar el fondo de rectitud y energía que se esconde bajo su áspera y dañada corteza.

Estas cualidades, dirigidas hacia un fin noble y elevado, pueden llegar a constituir de él un ser superior en determinados momentos, no obstante su ignorancia y humilde extracción; despreciado en cambio por la sociedad y escarnecido en sus sentimientos, también considero que sería capaz de convertirse en un monstruo, hábil sólo para perjudicar y destruir a sus semejantes.

Los discursos, por el contrario, del Sr. Anselmo, tan flúidos e inteligentes; sus aspiraciones vagas hacia una revolución idealista y teórica que le coloque sin esfuerzos en las alturas del bienestar; sus mismas supersticiones, de que se ríe al hablar, pero que cree en el fondo; su inclinación ingénita a la holgazanería, y su regodeo en el vicio, acusan otra

raza de distinto origen y composición, más atractiva, más simpática quizás, pero usada, vieja, incapacitada para comprender y mucho menos compartir los graves ideales de los catalanes, con quienes ninguna analogía guarda, salvo la de vivir en la misma península.

Esta opinión sobre la diferencia entre los españoles de una y otra región no ha hecho sino fortalecerse en mi ánimo al conocer y escuchar en Mataró a algunos de los habitantes del pueblo, o de los venidos desde Vich para conferenciar con el Príncipe de Darmstadt.

Desde D. Jaime Puig de Perafita, y sus hijos los Puig y Sorribes, que figuran como directores del movimiento carlista en esta Comarca, ya en abierta rebelión contra el Virrey Velasco desde hace varias semanas, hasta el último de los *vigatans* llegados a fin de ofrecer vidas y haciendas al Landgrave, ninguno se parece en modales ni palabras a los castellanos que he tenido hasta ahora ocasión de frecuentar.

Son más rudos y menos conversadores, más recelosos y menos amigos de jactancias; pero decididos hasta la terquedad, unánimes en su aspiración de solicitar el desembarco del Archiduque en Barcelona y alistarse en sus banderas para entrar en la Capital, proclamándole como Conde Soberano y declarando la guerra a Felipe V y a todos los franceses.

Los móviles a que estos hombres obedecen obrando así no son del todo claros, porque las personas del campo suelen diferenciarse de las de las grandes ciudades y se mueven por distintos impulsos que éstas, aunque sean casi siempre las que con sus brazos decidan en definitiva el triunfo de las empresas.

Hablan de agravios y de quebrantamiento de fueros. También se repite por muchos que lo que quiere el Monarca borbónico es suprimir de cuajo sus libertades, estableciendo el régimen castellano, o por mejor decir el francés, en toda España. Pero a mí me parece que, en el fondo, lo que más les hiere en el Gobierno de Madrid son las persecuciones de que están siendo objeto muchos de sus conocidos, y el tono despreciativo con que son acogidas todas sus reclamaciones en la Corte, donde se ven tratados, no ya como ciudadanos libres, sino como inferiores molestos.

Esto, unido a su inveterado culto por todo lo tradicional, y a su odio invencible por las reformas y por la nación francesa, explican suficientemente el movimiento latente en toda Cataluña contra Felipe V; movimiento que, según los *vigatans*, se extendería también a Valencia y Aragón, donde sólo se espera el ejemplo de Barcelona para declararse a favor de Carlos III.

El testamento de Carlos II, su difunto Rey, no representa nada para estos catalanes, que lo estiman ilegal, arrancado por la fuerza y desautorizado posteriormente por el mismo Monarca moribundo, en presencia de su Confesor, Fray Nicolás de Torres-Padmotá.

Aprovechando tales disposiciones, no le ha sido difícil, pues, al Príncipe Jorge coordinar las voluntades de todos los partidarios del Archiduque y decidirlos a trasladarse en masa al llano de Barcelona, frente a cuyos muros debe ya encontrarse a estas horas nuestra escuadra, para apoyar con su presencia la buena disposición de los habitantes de la Capital hacia su legítimo Rey.

Si los barceloneses fueran efectivamente como estos de Mataró o los de Vich, pronto estaría D. Car-

los instalado en su trono, y nada mejor podríamos desear los aliados que permanecer algún tiempo en Cataluña, pues el recibimiento de que hemos sido objeto aquí ha resultado afectuoso en extremo. Declaración a favor del nuevo Soberano, hospitalidad cordial, cumplimientos, músicas, danzas, nada nos ha faltado, y, en cuanto al Príncipe se refiere, pocas veces he presenciado una acogida más entusiasta y más sincera. Se conoce que le quieren y que confían en él más aún que en el propio Carlos III.

Respecto de noticias, todas coinciden en asegurar que el Virrey Velasco no duerme ni descansa, temeroso de la llegada de la escuadra, y que para precaver una sublevación general, no obstante los soldados napolitanos que le acaban de llegar en compañía de los Duques de Pópuli, ha mandado poner presos a todos los sospechosos de austriacismo, sin reparar en rango ni edad, llenando las cárceles hasta no tener dónde albergar a tanto enemigo.

Estas nuevas, que pueden ser o no ciertas, han acabado de excitar la cólera de los *vigatans*, que en el momento que escribo se habrán puesto ya en camino hacia la Capital, salvo algunos de los más significados que embarcarán con nosotros para ultimar junto a Darmstadt los detalles de la futura campaña.

Por cierto que, hablando de embarques, debo consignar que entre los pasajeros del *Panther* acaba de producirse una sensible baja, de que nadie tiene aún noticia y que yo conozco gracias a la carta que me ha traído un marinero recién llegado de tierra.

El fugitivo es nada menos que D. Anselmo del Castillo, y la misiva, larga y detallada, constituye un verdadero alegato de su conducta, y contiene la descripción de una escena perfectamente des-

agradable ocurrida esta misma tarde en Mataró, a consecuencia de la cual y del comportamiento de Lord Ramsbockle en ella, ha decidido el maltratado andaluz abandonar definitivamente el servicio de su insoportable Señor, reanudando su vida aventurera. Lo malo del caso consiste en que por distracción, o por prudencia, Walter le había confiado su bien repleta bolsa al salir del *Panther*, y como las circunstancias impiden al ofendido Castiello volver a entrevistarse con su verdugo, me suplica que yo reintegre al Lord esa cantidad, que tan poco representa para mí, según D. Anselmo, y que alguna vez me devolverá éste si Dios permite que nos volvamos a ver.

En el interin, y como arras del capital que mi generosidad le fia, acompaña un documento muy curioso, que se titula así:

HORÓSCOPO DEL EXCMO. SEÑOR SIR ARCHIBALD DARLEY DE KINSALE, EN QUE SE EXPRESA SU FUTURO, Y LA SUERTE QUE LE ESPERA EN ESTE AÑO QUE CORRE, Y EN EL SIGUIENTE. DIOS LE PROTEJA. LO COMPUSO EL GRAN PISCATOR DE SEVILLA, DOCTOR DON ANSELMO DEL CASTILLO, CONTEMPLANDO LAS ESTRELLAS, A FUERZA DE GOLPES, DESDE EL PUENTE DEL «PANTHER». AÑO DE 1705.

Envto.

Contra los Príncipes y grandes Señores perversos, como alguno que yo conozco, parece formada la constelación de este año. Nunca en el teatro del Orbe hará tan varios papeles la fortuna: se mostrará favorable a quien tenía prevenido adversidades; rígida a quien aguardaba favores. Todo es erudición de la Providencia, para que aprendan los hombres a usar bien de la esperanza y del temor, a fin de que ni aquélla exalte ni éste humille más de lo justo el ánimo.

Horóscopo.

Nacido a las siete de la mañana del jueves 26 de diciembre de 1681, según Su Excelencia tuvo a bien confiarme hace poco en una de nuestras conversaciones, y buscada esa fecha en el Calendario Tebaico, aparece bajo el 5.º grado de Capricornio, primer Décano, regido por el planeta Júpiter, en que se clasifican los varones de mediana estatura, pecho amplio y desarrollado, tiernos y amantes, de inteligencia sutil, finos y maliciosos.

El signo zodiacal antes nombrado proporciona a los que bajo él viven ideas tristes, pensamientos melancólicos, descorazonamiento y desconfianza de sí mismos y de cuantos le rodean, inclinándolos a la nostalgia y al aislamiento, por lo cual deben llevar colgada sobre el plexo solar una piedra de onix, del agrado del Signo, con lo que se conjurarán todas las anteriores angustias.

Esta influencia maléfica vese rectificada por la convergencia de Júpiter en exaltación, que predice fortuna, poder y fecundidad, haciendo a los seres que protege amigos de la sabiduría y de la paz.

Las fechas principales de la vida de Sir Archibald, según la Kábala, serán las del año entrante de 1706 y la de 1708, presumiendo que le ha sucedido algo excepcional en 1697, al encontrar la mirada de unos ojos azules.

Dos hombres influirán en su existencia de distinto modo, y debe guardarse de hacer viajes, pues en alguno de ellos dejará de protegerlo el Sol. Cuando éste no alumbrase sus pasos en pleno día, será la señal de que ha terminado la misión que le trajo a España.

Los días 9 y 15 del mes resultan nefastos para su destino y el de sus amigos, y todas sus desdichas en ellos provendrán *mulierem causa*. Su corazón está presentemente en peligro, y si logra salvarse de las acechanzas que Venus le prepara en los futuros doce meses, conseguirá ver realizados todos sus deseos y vivirá hasta los setenta y seis años.

Tal es el resultado de mis consultas al libro celeste, de acuerdo con las lecciones de los famosos astrólogos León el Hebreo, Hermes, Beslas, Plinio, Diógenes, y tantos otros que nunca fallaron en sus predicciones. Vale. Así sea.

Como es natural, la lectura del anterior escrito me divirtió extraordinariamente, decidiéndome a

inventar una historia para devolver al enfurecido Walter la cantidad suutilizada por el ingenioso andaluz; pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles ante la obstinación del Lord, empeñado en considerar aquel hurto como un irreprochable abuso de confianza y un crimen oprobioso que sólo podía purgarse con la cárcel y tal vez con la horca.

Esperemos, pues, que el Sr. Anselmo desaparezca de su camino, definitivamente, ya que de otro modo lo pasaría mal, no obstante sus virtudes de hierofante. Quizás la visión de su porvenir cerca de Ramsbockle, leída en los astros, haya sido lo que le haya determinado a abandonar nuestra compañía.

De todos modos, siento que no me confiara mi horóscopo antes de desaparecer, como todo mago que se respeta; pues hay en el pronóstico algunas frases que diríanse inspiradas por el Doctor Freind, o sugeridas por el catalán Nardo, con alguna confidencia indiscreta.

¿Qué querrá haber dicho el Gran Piscator con eso de que mi corazón está en peligro?

¿Por qué empeñarse los que me rodean en sugerirme una idea que no tiene, ni puede tener, ningún fundamento?

¡Enamorarme yo! ¡Si ya lo estoy! ¿Y en honor de quién habría de arder este nuevo fuego? ¡Seguramente en el de la Niña de Plata, a quien no he visto en mi vida y de la que sólo he oído hablar a cuatro personas distintas!

¡La Niña de Plata! ¡Qué lindo nombre! ¡Y todos aseguran que le cuadra como a nadiel! ¡Pobre doncella! ¿Qué hará a estas horas? ¿Habrá conseguido burlar la vigilancia de sus verdugos y establecer correspondencia con el Doctor? Su recuerdo y el deseo de contribuir a su tranquilidad no me abandonan. Por ello me propongo reanudar mis gestio-

nes en cuanto lleguemos a Barcelona, para que su querido Jenaro de Pereda mejore de situación y consiga ser canjeado a la primera ocasión que se presente. ¡Es todo lo que puedo hacer en su obsequio por ahora!

Acaso los deseos de la damita consistirían también en abandonar de nuevo su hogar y seguir al gentil prisionero donde lleve a éste su suerte. Pero a tal exceso ya no puedo contribuir yo por ningún estilo. Me lo veda mi propio respeto. Socorrer desgraciados, sí; favorecer amantes aventureros, no. Eso se queda para Nardo, cuyas confidencias aguardo impaciente.

Tal vez se le haya ocurrido al bergante ponerse en comunicación con la Duquesa de Sahagún, y llevarle algún mensaje de su amo, valiéndose para ello de mi nombre.

¿Llegará también a imaginarse D.^a Serafina que mi interés por su persona procede de otro sentimiento superior al de la piedad? ¿Se habrá atrevido Freind a formular delante de ella una hipótesis parecida a la que me expresó en nuestra última entrevista? ¿Nos encontraremos alguna vez frente a frente esa mujer y yo?

Hay momentos en que lo deseo ardientemente, y otros en que preferiría no llegar a contemplarla nunca, para no ver desvanecida la imagen que de ella me he formado en mis sueños.

XIV

Barcelona, 25 de agosto.

Campamento de San Martín de Provensáls.
Regimiento irlandés de Gorges's.

Mis impacencias tuvieron, sin embargo, que moderarse en vista del curso de los sucesos, que parecen empeñados en alejarme más y más de las únicas personas que han conseguido atraerme hasta ahora en esta expedición.

El 23 por la tarde llegamos en el *Panther* a Barcelona, donde encontramos anclada la escuadra, tres millas al este de la ciudad, y aquel mismo día desembarcaron algunos granaderos ingleses, sin oposición de las fuerzas borbónicas, siendo ayudados por paisanos, que colocaban tablones para facilitar la maniobra y conducían a los soldados en hombros, aunque no ocultaran su desencanto al no ver entre ellos a su adorado Príncipe de Darmstadt.

La presencia de éste a bordo del *Devonshire*, ya cerca del anochecer, y las noticias de la sublevación de Mataró, modificaron aquella primera impresión, acudiendo en seguida los principales Jefes y muchos refugiados que esperaban escondidos en las montañas el arribo de la flota, para saludar al Príncipe y solicitar la gracia de besar la mano del nuevo Rey.

Aquella misma noche recibimos orden los del *Panther* de no admitir a nadie a bordo, disponiéndonos para estar prontos al primer aviso que dispusiera nuestro traslado a tierra; previniéndonos que, en tal caso, deberíamos llevar únicamente lo más preciso de ropa y efectos, dejando el resto de nues-

tros equipajes al cuidado del Capitán Bartie y su gente.

En efecto; el 24, apenas acabábamos de almorzar, vinieron a buscarnos algunas lanchas de transporte, e inmediatamente comenzó a desembarcar nuestra gente, informándonos hacíase lo mismo con 1.150 marinos, y que todos nos repartiríamos en las cercanías del pueblecito de San Martín de Provensáls, una milla al noroeste de la Capital, y en una posición más alta, junto a San Andrés del Palomar, que también debíamos ocupar por fuerza, si nos ofreciera alguna resistencia.

Ninguna se presentó, por fortuna; así, que pudimos instalarnos fácilmente y hasta dormir en nuestros improvisados alojamientos algunas horas, quedando maravillados, al despertar, con el espectáculo que desde lejos ofrecía la ciudad, iluminada por el naciente Sol y destacándose sobre el oscuro azul del Mediterráneo.

Barcelona es una hermosa población, edificada junto al mar, en un llano, y circundada de montañas que la rodean como si fueran un anfiteatro escalonado, proporcionándole los alrededores más pintorescos que se puedan imaginar.

En opinión de los españoles y de muchos extranjeros, pasa por una de las plazas más fuertes del mundo y difícilísima de conquistar, al igual de Gibraltar, cuando se consigue mantener las comunicaciones marítimas. Como casi todas las ciudades fortificadas, su defensa consiste en una muralla poderosa que la circunda y expone por todas partes al fuego de la artillería. Dicha muralla está flanqueada a intervalos por algunos baluartes y muchas torres pequeñas, y ostenta delante un foso bastante profundo, rodeado de un camino cubierto y una pequeña explanada. En el costado sudoeste, y a

1.100 yardas de distancia, se levanta un monte, 700 pies más elevado que la población, defendido con un castillo fuerte, llamado Montjuich, que siempre ha constituido el principal objetivo en todo los sitios. Desde 1697, en que terminó el último de ellos, se comenzó una línea de baluartes exteriores que aumentarían su resistencia, pero las obras están aún sin terminar, por lo cual, en realidad, la posición no debe de ser difícil de conquistar.

En cambio, la empresa de sitiar a Barcelona en regla, dada la extensión de sus murallas, la disposición de las mismas y la cantidad de guarnición y de elementos que actualmente encierra, parece a primera vista un proyecto muy superior a nuestros actuales recursos, ya que para circundar debidamente la plaza se precisarían treinta mil hombres, con que no contamos, y una cantidad de cañones de que nuestra expedición carece. Por otra parte, la vecindad de Francia, separada únicamente por treinta y cinco leguas, y la existencia allí de un ejército, así como la seguridad de que la Corte de Madrid enviará socorros en seguida, mueven a pensar en los inconvenientes de la aventura y en la posibilidad de encontrarnos metidos en una trampa, sin salida posible.

Claro es que para muchos individuos como Walter Ramsbockle, que no reflexionan en nada, o para caudillos como el Príncipe de Darmstadt, que sólo miran la conveniencia del Archiduque y su odio a los Borbones, los anteriores argumentos carecen de valor y sólo sirven para demostrar la incapacidad y la poltronería del Conde de Peterborough, empeñado en seguir su camino a Italia y llevar a cabo una conquista sin peligros ni dificultades; pero los que consideran las cosas desde otro punto de vista, creen que se debe meditar mucho antes de

arriesgar el porvenir en un negocio del que quizás, aun saliendo todo bien, podríamos arrepentirnos más tarde.

La decantada ayuda de los naturales, cuyo entusiasmo y buena fe son indiscutibles, tampoco ofrece hasta ahora suficientes garantías para juzgar que con ella sola baste para llevar a cabo la conquista del Principado. Comienza, sí, a llegar gente del interior; los *miqueletes*, en número considerable, se preparan a ocupar las cumbres vecinas; personas de todas las clases acuden a rendir pleito homenaje al nuevo Soberano; la mayoría de los habitantes de la Capital podrán simpatizar con la causa de Carlos III y apetecer su entrada; pero lo cierto es que los armamentos de todas estas tropas auxiliares son muy deficientes y primitivos; que carecen de organización e instrucción para una campaña regular; que las puertas de la ciudad continúan cerradas, y que el Virrey Velasco está demostrando su voluntad firmísima de resistir, como lo prueban todas sus medidas, desde la ejecución practicada ayer en el Capitán Francisco Ferrer, que fué degollado en la Dreçana, hasta el bando publicado hoy, en que se prohíbe pasar de noche de la Ciudad al arrabal, salir de casa y llevar armas sin licencia, bajo pena de vida, mandando hacer un registro en los Conventos de Junqueres, San Pedro y Santa Clara, por creer que en ellos hay escondida gente armada.

Según noticias traídas por unos fugitivos que lograron escapar, *la Ciudad* se ha quejado de tal severidad; mas lejos de condescender el Representante de Felipe V con sus ruegos, acaba de ordenar que cesen las rondas de ciudadanos, que se cierren los portales de la plaza y que los Religiosos no salgan de sus Conventos, excepto el Superior y el comprador.

Todas las señas permiten, pues, suponer que, de resolverse el asedio, será éste largo y costoso. Además, desde el primer día se ha planteado el importante problema del pago de las fuerzas auxiliares que nos acompañan y de las que se vayan presentando en lo sucesivo. El Príncipe de Darmstadt pretende que dichas fuerzas sean sostenidas a expensas del Gobierno inglés, alegando que no se puede pedir a nadie que exponga la vida de balde; y el Conde de Peterborough, con muy buen sentido, responde que al detenerse en Cataluña lo ha hecho en vista de las seguridades que se le daban de encontrar aquí toda clase de ventajas, y no para aumentar las cargas del tesoro británico, que ya son excesivas.

En resumen, el asunto se plantea así: Los catalanes, por rencor hacia Francia y Castilla, y por amor a sus instituciones amenazadas, desean ardentemente la guerra y el desembarco del Archiduque; Carlos III con sus Ministros y el Príncipe Jorge comparten los mismos anhelos, convencidos de que un Rey proclamado y residente en España puede llegar a dominar también en Italia, mientras que un Monarca establecido en Milán o Nápoles difícilmente logrará volver a poner el pie en España, dirimiendo de hecho el pleito de la repartición de la Monarquía. Ahora bien: ¿qué va ganando Inglaterra en el negocio, y qué ventajas nos pueden compensar de las enormes pérdidas que implicará una campaña como la presente? En el caso de Gibraltar, como en el de Cádiz o Menorca, o cualquiera de las posesiones italianas o las Indias de América, la cuestión es clara y sencilla, pues con poca resistencia conseguimos la desmembración irremediable del poderío borbónico, y la libertad, no sólo del Mediterráneo, sino de todos los mares para nues-

tro futuro comercio. Pero ¿qué nos puede importar en realidad la posesión de Cataluña y aun la de Valencia, si no nos la dan hecha los naturales del país, y nos vemos obligados a consumir en ellas todas nuestras fuerzas, reduciendo la acción de la flota a la defensa de estas costas?

Tal es el punto de vista que debe dominar en nuestras resoluciones; y, fundándome en él, es por lo que considero que la resistencia del Conde de Peterborough a complacer los deseos de Carlos de Austria y de los suyos está justificadísima y habla mucho en favor de la perspicacia política de Su Excelencia.

Un golpe de mano, rápido e inesperado, como el de Valencia y Madrid, podría intentarse, contando, como se cuenta, con otro ejército del lado de Portugal, que se uniría al nuestro y dominaría toda la Península por sorpresa y casi sin combatir. Una ocupación lenta y gradual del territorio, con el enemigo enfrente, recibiendo continuamente refuerzos por la frontera, equivale a una guerra sin fin, de resultados muy dudosos, pues todo su desarrollo dependerá de la situación general de Europa y del espíritu que demuestren los españoles a favor o en contra del nuevo Monarca.

Preocupado con tan graves reflexiones, que constituían el tema obligado de discusión en nuestro campamento, y entretenido con los detalles de mi instalación, apenas si tuve tiempo para pensar en otras cosas, hasta la tarde, en que, cuando menos lo esperaba, se presentó ante mis ojos el gran Nardo, proporcionándome con su presencia una gran alegría.

El exterior de mi criado ofrecía, sin embargo, notables mudanzas, que le hubieran hecho desconocer de muchos, pues ya no parecía el mismo mu-

chacho aseado y bien vestido del *Panther*, sino más bien uno de tantos miqueletes desarrapados y de aspecto feroz como los que nos rodean desde nuestra llegada a San Martín.

Sin parar, por de pronto, mientes en esto, y atribuyéndolo a las aventuras corridas desde nuestra separación en Altea, encerréme con él en mi tienda y me dispuse a escuchar el relato de sus andanzas, que, efectivamente, eran de lo más sorprendentes e increíbles.

Introducido a bordo del *Assurance* y presentado como náufrago, caído inopinadamente del *Panther*, fué recogido y auxiliado por los marinos de la fragata, que le atendieron solícitamente en cuanto conocieron mi nombre y la situación del mozo, brindándole asilo hasta nuestro próximo regreso.

Disimulando entonces la angustia que le oprimía, y conteniendo sus vehementes deseos de correr al lado de su antiguo amo, dedicóse a prestar toda clase de servicios a la tripulación, captándose las simpatías de ésta, gracias a sus innegables talentos, y esquivando el encuentro con Jenaro hasta que la escuadra se puso en marcha al día siguiente.

Valiéndose entonces de las mayores precauciones, y arrastrándose sobre cubierta, consiguió al fin reunirse con su Señor, ya entrada la noche; y la escena que se desarrolló acto seguido entre ambos compensó al leal catalán de todos los trabajos pasados desde su separación en Fuente Guinaldo.

La relación de las desdichas de su amo le hizo además despreciar pronto aquéllos y considerarlos como nimios accidentes en comparación de las calamidades sin cuento ocurridas a Jenaro y al noble Capitán D. García de Zúñiga desde su apresamiento por los sicarios de la Princesa de Ornano.

Verdaderamente causa admiración pensar que

un anciano respetable y un joven Oficial indefenso y herido en todo su cuerpo hayan podido soportar los malos tratos y las miserias que Nardo me repitió y que se prolongaron un año, durante su permanencia en un infecto calabozo de Lisboa.

La juventud de Pereda y su voluntad de vivir para vengar la muerte de su madre han podido vencer tan terrible prueba; pero no es raro que el pobre veterano de Flandes haya perdido el oído, y casi la razón, en el transcurso de ese tiempo.

El hallazgo, sin embargo, del fiel servidor, a quien juzgaba perdido para siempre, y las noticias que éste le transmitió respecto de D.^a Serafina y de mi propósito de ayudar a una y a otro en sus desgracias, sirvieron de lenitivo a Jenaro, quien, recobrando al punto las perdidas energías, manifestó su resolución de sobreponerse a todas las fatalidades y luchar hasta el fin por la libertad de la Duquesa de Sahagún y por la suya propia.

Discutiendo planes insensatos, refrescando memorias perdidas, y concertándose todas las noches para volver a reunirse en secreto, transcurrió rápidamente la travesía, hasta que, fondeada la flota en aguas de Barcelona, llegó el momento de iniciar la campaña y de ponerse Nardo en movimiento a fin de demostrar sus habilidades de conspirador.

El primer paso consistió en trasladarse al *Ranelagh*, disimulando en lo posible su figura, para no ser conocido de D.^a Leonisa, y ponerse en contacto con el Doctor John Freind, quien le participó que la Niña de Plata había mejorado notablemente de su enfermedad, aunque en apariencia siguiera fingiéndose grave, y que, gracias a la extraordinaria inteligencia de la Duquesita, podía comunicarse con ella casi a diario, valiéndose de ciertas señas convenidas.

Tranquilizado por este lado, y puesto el médico al corriente de los sucesos de Jenaro, dedicóse entonces el entrometido joven a cultivar el trato de los personajes catalanes que venían embarcados desde Lisboa, especialmente del más importante de todos, que se llama D. Antonio de Peguera y Aymenrich, señor bondadosísimo y austriaco furibundo, a quien Nardo acudió llorándole toda clase de lástimas.

Junto a él tropezó, por dicha, con otro criado, llamado Quirse, de condición enamoradísima y bastante despierto, que le confió a poco sus relaciones con una de las dueñas de la Princesa de Ornano, nombrada Eularia, viuda ella y muy hipocritona, aunque excelente en el fondo y aficionada por extremo a los buenos mozos.

Aquel imprevisto encuentro, y aquella intriga, explotados por un hombre de los recursos de Nardo, comenzaron a dar en seguida los resultados apetecidos, consiguiendo, gracias a las indiscreciones de la mujer y del Quirse, una porción de noticias sobre el interior de la casa de D.^a Leonisa y de las relaciones entre ambas primas, que parecían haberse suavizado en los últimos días.

Al acabar Nardo sus confidencias, entregóme un pliego que el Doctor Freind le confiara al embarcar para tierra, con encargo expreso de destruirlo si no lograba verme; pero antes de abrirlo y leerlo exclamé, dirigiéndome al desaseado muchacho:

—Bueno, ahora mismo vas a limpiarte y vestirte, mientras yo me entero de lo que dice mi amigo.

Mas en lugar de obedecer sin chistar, como tiene por costumbre, quedóse el catalán contemplándome fijamente, como si quisiera decir algo, hasta que por fin murmuró:

—El caso es, Señor, que yo tenía que pedirle una gracia, aunque no sé si me atreva después de...

La manifiesta turbación del mocetón, así como su vergüenza en explicarse, me hicieron temer alguna nueva fechoría de su parte, o la combinación de algún plan de fuga a favor de Jenaro de Pereda en que quisiera mezclarme a pesar mío, por lo que contesté muy serio:

—Te advierto, Nardo, que reflexiones antes de declarar lo que pretendes. Porque si se trata de substraer un prisionero del barco inglés que lo custodia, comprenderás que mi deber de soldado y de enemigo se opone a que te ayude en la empresa, por muchas simpatías que sienta por tu antiguo amo.

—No, Señor—interrumpió el catalán sin dejarme acabar—. No es eso lo que voy a solicitarle, pues de sobra me hago cargo de lo delicado de su situación. Además, la evasión es impracticable por ahora, y como mi patrón es tan noble, lo primero que me previno fué que no aceptaría jamás la libertad si no llevaba consigo al Capitán Don García; y ya ve el Señor, ¿cómo vamos a cargar con un hombre que no puede valerse, ni se da cuenta cabal de lo que sucede? No; lo que quería pedir a Su Señoría es que me permitiera ausentarme unos días para ir a visitar a mi familia, que vive en un pueblecito cerca de aquí, y a la que hace cuatro años que no veo.

—Claro, hombre—repuse tranquilizado—. No faltaba más. Puedes ir cuando gustes. Ahora mismo, si lo deseas. Haz que te den de comer y toma cuanto necesites. ¿Qué familia tienes? ¿Por qué no me hablaste antes de ella?

—¡Como el Señor no me preguntó! ¡Por no incomodarle con mis cosas! Tengo abuelo, aunque muy viejecito, y quién sabe si vive. También tengo madre, pero como si no la tuviera, porque está mal de la cabeza desde que yo nací; ¡cosas de la vida y de la guerra! Además comen en casa una tía y dos

miñones hijos suyos, mellizos, a quienes tengo ganas de dar un abrazo...

—Pues nada, quédate allá todo el tiempo que necesites. Y no te digo adiós, porque sé que volverás pronto.

—Eso sí—aseguró el catalán—, ¡en cuanto pueda! Y desapareciendo de la tienda, quedé solo, comenzando a saborear la carta del viejo Freind, que principiaba repitiendo algunas de las noticias que acababa de transmitirme Nardo respecto de la mejoría de D.^a Serafina y de la suprema habilidad de ésta para entenderse con su nuevo amigo, que no se cansaba de repetir ponderaciones de su talento y de sus gracias.

Valiéndose de la complicidad de una de las criadas (que debía de ser la novia del Quirse), y expresándose en francés para no ser entendida de la mujer, había comunicado a Freind la resolución de D.^a Leonisa de abandonar el *Ranelagh*, tan pronto como desembarcara el Archiduque, e instalarse provisoriamente en la Torre Pallaresa, cerca de Badalona, antigua posesión de los Duques de Cardona, donde la Princesa podría estar a la mira de cuanto ocurriera en el campamento de los Aliados, y ayudar a convencer al Conde de Peterborough de la necesidad de sitiar a Barcelona.

«Vos no sabéis, querido Sir Archibald—añadía el Doctor—, cuán a menudo y con motivo de este posible traslado, en que ya no me será posible visitar a mi cliente, hablamos la Duquesa y yo de vuestra persona. Las preguntas sobre este tópico son incessantes. Quiere saber todo cuanto os hace referencia, y arde en deseos de veros y hablaros. No contenta con mis ponderaciones, me ha obligado a hacerle vuestro retrato, así como el de las personas que suelen acompañarnos, insistiendo en el de Lord Rams-

bockle, cuyo nombre y aventuras sabe por referencias de las dueñas y de la misma D.^a Leonisa. Dice que así puede que os reconozca, aunque sea de lejos; y que para no equivocarse, y proporcionarle un gran placer, si alguna vez llegarais a identificarla o sospecharais su presencia en cualquier parte, saquéis el pañuelo y lo agitéis varias veces; pues, si es ella, ya encontrará el modo de devolveros el saludo, en el que irá comprendido todo el agradecimiento y la amistad que os envía anticipadamente por mi conducto.»

La interesante carta terminaba con varios datos sobre política, en los que se confirmaba la actitud intransigente del Conde de Peterborough durante el gran Consejo de Guerra reunido a bordo del *Britannia* con motivo del proyectado ataque a Barcelona, y la contrariedad del Rey D. Carlos con tal motivo. La discusión había llegado a tal punto, que, tomando la palabra Su Majestad Católica, y después de rebatir uno por uno los argumentos del General en Jefe, había terminado por declarar solemnemente que, aun en el caso de que Milord Peterborough persistiera en aquella actitud y le abandonara, no dejaría él, por su parte, a los catalanes que arriesgaban la vida por servirle; añadiendo que, como aquella resolución era irrevocable, convenía que Su Excelencia tomara las medidas necesarias para el desembarque, pues mañana 28 pensaba bajar a tierra sin falta, para posesionarse de sus nuevos dominios.

Apenas acababa de enterarme de tan importante novedad, volvió Nardo, ya dispuesto para emprender el viaje a San Feliú y deseoso de despedirse de mí.

De pronto, y como si recordara algo que hubiera olvidado preguntar, me pidió noticias de su gran amigo el Sr. Anselmo del Castillo, y al enterarse de

la fuga de Mataró y de los propósitos formulados por el Gran Piscator, de ganarse la vida con su ingenio, a través de pueblos y ciudades, exclamó sentencioso:

—¡Pues que ande con cuidado! Porque esta tierra no es como Andalucía, y si le sorprenden por ahí en alguna hechicería, nada tendrá de particular que dé con sus huesos en la cárcel, y que le quemen por hereje o le envíen a la Inquisición de Barcelona; pues los naturales de estos Reinos podremos andar desunidos y pensar cada uno de nuestra manera, pero los Tribunales del Santo Oficio son los mismos en toda España.

¡Los naturales de estos Reinos podremos andar desunidos y pensar cada uno de nuestra manera! Aquella frase continuó zumbando en mis oídos cuando me quedé solo; y, reflexionando en ella y en la manera de decirla Nardo, vine a deducir la conclusión de que el pobre mozo debe de estar sosteniendo una lucha terrible entre sus sentimientos naturales y la fidelidad jurada a su antiguo amo, así como que el proyectado viaje a San Feliú no representa sino un pretexto para alejarse unos días del campamento inglés, hasta ver qué rumbo toman las cosas y cómo podrá conciliar su afecto a Jenaro y a los borbónicos con el reconocimiento que siente por mí y las simpatías que le inspiran sus compatriotas oprimidos y sublevados.

XV

3 de septiembre.

El último acontecimiento anunciado por Freind realizóse en efecto gracias a la obstinación de Carlos III, y el 28 de agosto desembarcó solemnemen-

EL PRIMER CARLOS III.

9

te Su Majestad, abandonando el *Ranelagh* en medio de las salvas de artillería de la flota, siendo recibido en tierra por las tropas formadas y por todas las fuerzas catalanas, a más de numerosos paisanos y gente venida de los alrededores, que le vito-reaban con entusiasmo.

El Rey parecía muy contento, saludando al público con gran afecto; y, llegado a su alojamiento, recibió en audiencia solemne a los Embajadores, Generales, Ministros y personas de consideración, nombrando a D. Antonio de Peguera y Aymerich para admitir en su nombre el juramento de fidelidad de los pueblos y ejercer el cargo de Gobernador de la gente armada del país.

La concurrencia era numerosísima, pues ya habían ido llegando Delegaciones del interior, así como caballeros de la montaña y de los puntos más lejanos, trayendo algunos comitivas o partidas, distinguiéndose entre éstas la conducida desde Vich por el Conseller en Cap de aquella ciudad, Doctor Marciano Oms, y la de Juan Bautista Cortade, que fué el primer Coronel que nombró el Rey, por haber presentado 150 hombres pagados a su costa y dispuestos a coadyuvar en el sitio de la Capital.

Los representantes de la nobleza y del alto clero eran también numerosos y de lo más distinguido de Cataluña, figurando entre los primeros el anciano Marqués de Besora y su hijo D. Juan Descatllar, el Conde de Munter, los Pinós, los Cordelles y Gualbes, el Conde de Zaballá y los Clariana, aparte de otros pertenecientes al Brazo Militar, que, en nombre del mismo, comenzaron desde luego a desempeñar el oficio de Gentiles hombres de Su Majestad, relevándose de cuatro en cuatro.

Por lo que toca a eclesiásticos, pude distinguir

varios Abades de los Monasterios cercanos a Barcelona, gran cantidad de Canónigos e innumerables Clérigos, abundando las personas procedentes de otras clases.

El Príncipe de Darmstadt rebotaba satisfacción, viendo cumplido uno de sus mayores deseos, y el Conde de Peterborough parecía preocupado y no cesaba de mirar hacia la Capital, donde nada se oía y podía presumirse todo.

Por lo que después supimos, la gente, que ya estaba avisada de lo que iba a suceder, y que seguía con atención el ruido de los cañonazos que disparaba la Armada, permaneció no obstante tranquila y silenciosa a causa de los bandos publicados por el Virrey, en que se prohibía, bajo severas penas, hablar del desembarque y ostentar cintas amarillas, que son el distintivo adoptado por los partidarios del Archiduque.

Éste, durante el besamanos, indicó a la nobleza presente que estuviera dispuesta para el ataque a la plaza, que no tardaría en iniciarse, y en el mismo sentido expresáronse el Landgrave y Liechstentein; pero en realidad, y a pesar de todas estas seguridades, lo cierto es que nada hay aún resuelto por el General en Jefe, quien cada día ve mayores inconvenientes en la empresa y continúa defendiendo su proyecto de seguir a Italia.

Cierto que se ha dispuesto el traslado a tierra de algunos cañones pesados, para instalar baterías, dirigidas por el Ingeniero en Jefe, Teniente Coronel Lewis Petit (un hugonote refugiado, que se ha distinguido mucho en Gibraltar y Portalegre); cierto que el Coronel John Richards, Director del Cuerpo de Tren, y uno de los pocos católicos entre nosotros, ha hecho desembarcar algunas fuerzas más; cierto también que todos los puntos estratégicos, conven-

tos y edificios que rodean la Ciudad van cayendo en manos de los miqueletes o de nuestros soldados, sin demostrar resistencia, y cierto, por último, que a juzgar por la animación y preparativos de campamentos y avanzadas, que ya se extienden hasta San Andrés del Palomar, por un lado, y la Cruz Cubierta, por otro, cualquiera pensaría que van a principiar activamente las operaciones del sitio.

Mas lo que los catalanes ignoran, y los ingleses próximos al Cuartel General sabemos muy bien, es que Richards tiene instrucciones confidenciales para entretener al Rey con una actividad ficticia, y demorar en realidad el emplazamiento de baterías y de toda clase de obras, para cuya ejecución no ha recibido tampoco aún Petit orden formal.

Por otra parte, ya van celebrados dos Consejos, en que Peterborough ha declarado formalmente que no atacará Barcelona, a pesar de todos los deseos de Carlos III, del Landgrave y del mismo Almirante Sir Cloudesley Shovel, a quien parece que Darmstadt ha ganado a su causa.

En tales circunstancias, y viendo transcurrir los días sin que se haga nada de positiva importancia, salvo por parte de los defensores de la Ciudad y los animosos catalanes, natural es que el pabellón Real y los alojamientos de los Generales se vean convertidos en otros tantos focos de intrigas, y que los Oficiales aprovechemos esta calma para realizar excursiones o atender a nuestros asuntos personales.

Una de dichas excursiones, que por cierto ha resultado *interesantísima*, ha sido la que hicimos Walter y yo, el 1.º de septiembre, al próximo pueblo de Badalona, con objeto de descubrir la famosa Torre Pallaresa, donde Ramsbockle había logrado saber que se hospedaba la familia de Ornano desde dos días antes.

Ocultándole mi conocimiento anterior del hecho, y aun haciéndome bastante de rogar, accedí a servirle de compañero en la jornada, que emprendimos muy temprano, montados en dos buenos caballos, conseguidos a fuerza de oro por el Lord.

La alegría de éste, al pensar en la posibilidad de un encuentro con la divina D.^a Leonisa, transformaba todo su ser y le revestía de esa animación que a veces le hace tan agradable.

Por ello el viaje de ida a través de un camino próximo al mar, que sólo interrumpe el río Besós, fué delicioso, y nada ocurrió en él que turbara nuestra armonía; bien es verdad que durante todo el tiempo que duró apenas si encontré ocasión de interrumpir a Walter, que hablaba sin cesar, variando a cada instante de tema, pero viniendo a terminar siempre en el de los talentos de la Princesa, empeñada en coadyuvar a los esfuerzos del Príncipe de Hesse para convencer al terco Peterborough de las ventajas que ofrece el ataque a Barcelona.

Una sola vez, y como extremara sus alabanzas y su admiración por las virtudes de la esposa del Braciforte, superior a cuantos Ministros rodean al Archiduque, me permití recordarle las palabras de Vanbrugh, puestas en boca de Lady Brute: «Las mujeres somos tan perversas como los hombres, pero nuestros vicios presentan otro aspecto. Como ellos tienen más valor que nosotras, los pecados que cometen son más imprudentes.»

—¡Doña Leonisa menos valor que nosotros! —protestó Walter indignado—. Bien se ve que no la conocéis, Baldy. La Princesa de Ornano es capaz de todo lo que un hombre pueda emprender, y bien lo ha demostrado en la campaña de Portugal, donde, según me han asegurado, dirigía a veces el

Regimiento de su marido, como si fuera un verdadero Coronel.

Aquella alusión al período más turbio de la existencia de la prima de D.^a Serafina me hizo exclamar irritado:

—¡Bonita ocupación para una Princesa, Walter, y que habla mucho por cierto en favor de la ternura de su corazón! El hombre, como dice Addison, debe siempre sentir disgusto al contemplar un lindo seno agitado por la pasión política, tan desagradable aun en un sexo más rudo y más áspero. Y, sin embargo, a menudo experimentamos el sentimiento de ver un corsé próximo a estallar por efecto de la cólera más sediciosa, y de escuchar los afectos más viriles expresados por las bocas más dulces y encantadoras.

—¡Archibald!—contentóse con responder mi compañero—. Sois un necio que nada entiende de mujeres, y que todo lo aprende en los libros. Por eso celebro ahora más que nunca el haberos traído en mi compañía.

Y como si nadie le hubiera interrumpido, continuó su letanía de elogios al objeto de su amor.

Llegados por fin al término de nuestra expedición, y adquiridos los oportunos informes en el pueblo, dirigimos las pasos de las cabalgaduras hacia el lugar donde nos indicaron quedaba la posesión de los Cardona, próxima al antiguo convento de Sant Geroni de la Murtra.

Efectivamente, reposando sobre una amena cañada, a la que rodeaban naranjos, y teniendo a la espalda varios cerros de considerable altura, descubrimos poco después la Torre Pallaresa, alzándose orgullosa entre las masas de árboles que la circundaban y las cuidadas huertas que le servían de asiento. Algunos cipreses centenarios formaban

un grupo a la izquierda y se elevaban orgullosos hasta casi alcanzar la altura de la casa.

Limitada por dos torres desiguales a los lados, y construída posiblemente en tiempo de los Condes de Barcelona, ostentaba la grandiosa posesión diversidad de adornos, entre los que podían admirarse algunos ventanales góticos bellísimos y una galería corrida, en lo alto del cuerpo central, que parece caracterizar a todas las viejas casas de esta región.

Ascendíase a la Torre por varios terraplenes que terminaban en un lienzo de pared, donde se abría una puerta inmensa, coronada por complicadísimo escudo de armas, y, sin detenerse Walter a consultarme, ni pensar siquiera en el efecto que pudiera producir su atrevimiento en los huéspedes de la casa, apeóse rápidamente del caballo, obligándome a imitar su ejemplo, y avanzó resuelto por la explanada que nos separaba del edificio.

La entrada principal de éste consistía en otra monumental puerta de la época del Renacimiento, encuadrada por sendas pilastras de piedra cuajadas de labores, que terminaban en un frontispicio triangular, ornamentado igualmente con profusión.

Esta puerta manteníase cerrada por completo, y sólo al cabo de un buen rato, y gracias a los enérgicos y repetidos golpes de Ramsbockle, logramos que se entreabriese un postigo, entre cuyas rendijas descubrimos el perfil de una especie de bruja cubierta de tocas, que se puso a parlamentar con nosotros y a preguntarnos agriamente lo que deseábamos allí.

Tomando yo entonces la palabra, pues mis conocimientos del idioma español superan en mucho a los de Walter, y emulando las fantasías aprendidas en la escuela de Nardo, expliqué al espantajo

que aquel caballero inglés que me acompañaba era un Marqués amigo de la Señora Princesa de Ornano, llamado Lord Ramsbockle, y que sus deseos consistían en presentar sus respetos a Su Excelencia, siempre que fuera posible, ya que la casualidad le había conducido al pueblo, en cumplimiento de una misión del Príncipe de Darmstadt.

El gallardo aspecto de Walter y la mesura de mis razones debieron de impresionar favorablemente el espíritu de la dueña, pues dulcificando el tono de sus palabras, consintió al fin permitirnos pasar al patio de la Torre y esperar allí la respuesta de su Señora.

Una vez solos en el espacioso recinto, y mientras la mujer regresaba con la contestación, entretuvimos el tiempo admirando los detalles de aquella construcción tan antigua como señorial.

El patio, a cuya derecha se veía el arranque de la magnífica escalera de piedra que conducía al piso superior y ocupaba uno de los muros, ostentaba acá y allá diversas ventanas, irregularmente repartidas por las paredes.

Enfrente de nosotros y a respetable distancia elevábanse cuatro grandes escalones que daban acceso a un vestíbulo o corredor abierto por tres grandes arcos góticos sostenidos por columnas de mármol.

A la izquierda, y ya próxima al zaguán, sombreaba otra puerta, por la que desapareciera poco antes nuestra introductora, y junto a esta puerta sobresalía un banco de piedras, sobre el que descansaba indiferente y lejana una vieja payesa, vestida de lana verde y negra, que hilaba en su rueca, murmurando entre dientes una canción catalana melódica y triste.

La tarde era caliente y pesada; el silencio en el

interior de la casa, absoluto; la inmovilidad en torno nuestro, completa. Dijérase que nos encontrábamos en alguna mansión irreal donde un encantador perverso mantuviera prisionera a una Infanta de leyenda.

Nuestras propias espuelas, al chocar con las losas seculares bordeadas de hierba que constituían el pavimento, resonaban con un eco lúgubre y lejano.

Las únicas manifestaciones de vida que podíamos contemplar en torno nuestro reducíanse a los movimientos graciosos de un gato que, desperezándose junto a la vieja del banco, arqueaba el lomo y entornaba los ojos al tropezar éstos con los ardientes rayos del Sol.

La voz cascada de la vieja resonó en el patio:

*«Sis mesos m'hi som estat
Sens veure persona nada,
Sinó lo rossinyolet
Que en eixint del niu cantaba.»*

En aquel momento, la ventana que caía encima del vestíbulo se abrió con precaución, y sobre la oscuridad del fondo surgieron lentamente dos figuras de mujer que nos contemplaron con curiosidad y atención.

Una parecía sirvienta y vestía ropas negras, aunque ni su edad ni sus movimientos la declarasen por vieja. La otra, toda claridad, joven y delicadamente bella, peinábase en bucles a la francesa y sostenía en las manos un gran ramo de rosas color de sangre, con las que jugueteaba, ocultando a medias el rostro entre ellas.

El ruido que hicieron las maderas al abrirse atrajo desde luego nuestra atención, y, tanto Walter como yo, clavamos los ojos en la inesperada pa-

reja, inclinando después las descubiertas cabezas en señal de cortesía.

Al propio tiempo mi corazón comenzó a latir apresuradamente, pretendiendo reconocer en aquella blanca y diáfana criatura, que continuaba mirándonos insistentemente desde lejos, a la misteriosa Duquesa de Sahagún, a la desdichada Niña de Plata, a la prometida del Caballero de Vaureal y posible enamorada de Jenaro de Pereda.

Alzando de nuevo el rostro, para cerciorarme de mis sospechas, y sintiendo una emoción que en vano trataba de vencer, volví entonces a fijar la vista en aquel rostro todo ingenuidad y pureza, cuyos delicados rasgos había presentado yo mucho antes, gracias a las explicaciones de Freind y a las fantasías de mi imaginación.

Sí; aquéllos eran los cabellos castaños, casi rubios, que aureolaban el óvalo de su rostro de Virgen; aquéllos, los ojos, rodeados aún de dos círculos oscuros que delataban la pasada enfermedad; aquella, la boca menuda y picaresca, a cuya súplica resultaba imposible resistir. No cabía duda. Por fin me encontraba en presencia de la mujer cuyos más íntimos secretos conocía ya, sin conocerla a ella misma. Su mirada parecía interrogarme, cual si pretendiera también reconocermé, y, sin poderme contener, obedeciendo a un impulso superior, deseando salir de dudas, terminé sacando el pañuelo que escondía en la manga y agitándolo en el aire como si solicitara una respuesta.

Ésta no se hizo esperar mucho tiempo. El semblante de la dama sonrió divinamente, sus pálidas mejillas tiñéronse de ligero rubor, e inclinando un poco el cuerpo, extendió graciosamente el brazo hacia fuera, arrojándome una de las rosas que conservaba en la mano.

El gesto resultó tan espontáneo y tan femenino, que, impresionado hasta el fondo de mi alma, adelanté al punto unos pasos, e, inclinándome sobre la gastada piedra, recogí la flor del suelo y la llevé impremeditadamente a los labios, como si imaginara rozar con ellos los dedos que acababan de abandonarla.

El precioso rostro, que seguía todos mis movimientos, y que ya podía contemplar más próximo, enrojeció súbitamente de vergüenza, o de alegría, al apreciar mi acción: la boca, que aun sonreía, contrájose, como si pretendiera contener las palabras que pugnaban por escaparse de ella; los brazos estrecharon fuertemente el manojo de rosas contra el cándido pecho; y, temerosa, sin duda, la Niña, de declararse más y traicionar sus sentimientos delante de un extraño, que contemplaba atónito la escena, acabó por doblar gentilmente el tallo y dirigirnos la más elegante de las reverencias cortesanas, desapareciendo después rápida y discreta, seguida de su enlutada compañera.

Al mismo tiempo se escucharon pasos por la puerta del zaguán, y no tardó en presentarse la feísima dueña de marras, quien, con gangosa voz, nos comunicó que la Señora Princesa de Ornano se encontraba ausente, y no podía, por tanto, recibirnos; añadiendo que a su regreso le daría el recado de Lord Ramsbockle y del otro caballero, cuyo nombre ignoraba aún.

—Es lo mismo—repuse anticipándome a las explicaciones de Walter—. La Señora Princesa no me conoce, y mi presencia aquí sólo obedece al deseo de acompañar a mi amigo.

Y sin pronunciar otras palabras, ni tratar de detenernos más tiempo en la señorial morada, abandonamos el lugar, precedidos por la estantigua, y

dejando el inolvidable patio de las ventanas góticas, a cuyos pies seguía la vieja payesa hilando su rueca y salmodiando su canción:

*«Ningú no'm coneix el mal,
Ningú coneix lo que'm mata,
Sino una nina que hi ha,
Que l'amor me'n te robada.»*

Cuando nos encontramos en el sitio que habíamos dejado nuestros caballos, el Sol continuaba derramando con generosidad sus ardorosos rayos, y, en tanto que Walter montaba, exclamó sarcásticamente:

—Mi enhorabuena, Baldy. Ignoraba que tuvierais tan lindas amistades en la Torre Pallaresa. Por lo visto me equivoqué esta mañana al afirmar que no entendíais nada de mujeres, pues esta vez el de la aventura fuisteis vos y no yo. ¿Y se puede saber el nombre de la dama de la rosa? ¿Desde cuándo la conocíais?

—Os aseguro, Wat—contesté esquivando las confidencias—, que hoy es la primera vez que la he visto en mi vida.

—Pues cualquiera afirmaría, al observaros a uno y otro—contentóse con decir Ramsbockle—, que vuestra simpatía data de largo tiempo—. Después añadió, como si quisiera vengarse de mis pasados epigramas—: ¿Sabéis, Baldy, que me están dando ganas de escribir a Inglaterra y poner en conocimiento de Winifred el descubrimiento que acabo de hacer? No, no os asustéis—agregó riendo, al notar mi sobresalto—. Aunque plagado de defectos, según vuestra opinión, aun me queda la cualidad de ser amigo fiel. Además, entre hombres y durante la guerra, estos secretos son sagrados; aparte de que la jovencita merece todas las atenciones. Pero

tened cuidado, Sir Archibald, porque vais por mal camino. Vuestra sangre irlandesa no sabe contentarse con las simples aventuras, como me sucede a mí, sino que aspira a las pasiones, y, según dice uno de esos filósofos franceses que os suelen calentar la cabeza, creo que Monsieur de Fontenelle, *«En fait d'amour, toute l'importance est dans les commencements.»*

XVI

Las anteriores palabras, que Walter debía recordar gracias a la erudición de alguna de sus amigas de París, me persiguieron todo el tiempo que tardó en marchitarse la rosa que aquella tarde levantara del patio de la Torre Pallaresa.

Indudablemente, la idea que llegamos a formarnos de nuestro propio espíritu, guiados sólo por la contemplación y el análisis constante de nuestro interior, resulta casi siempre un poco confusa.

En general, poseemos más fuerza que voluntad, y muy a menudo imaginamos que las cosas son imposibles, para disculparnos únicamente con nosotros mismos. La sinceridad constituye una de las mayores virtudes del alma; pero lo que los hombres solemos calificar con ese nombre no es sino un disimulo hábil para atraernos la confianza de los demás.

Yo adoro a mi prometida, sí; la adoro y la considero como el ideal de las mujeres. Por nada renunciaría a su cariño, ni a los proyectos que dejamos establecidos cuando salí de Inglaterra. Pienso y pensaré siempre que aunque el matrimonio represente una lotería, en que puede tropezarse con muchas cédulas en blanco, aun así constituye una

suerte inestimable, donde únicamente encuentran los hombres el reflejo de la divinidad sobre la tierra.

Y sin embargo... forzoso es confesar que en el corazón de la pobre humanidad subsiste una generación perpetua de pasiones, y que la gracia de la novedad es al amor lo que la lluvia a los frutos, cuando les presta ese brillo incomparable que se desvanece tan fácilmente y que no se recobra jamás.

«To be easy here and happy afterwards.»

Este consejo de Addison constituía mi divisa hasta hace poco.

To be easy! ¿Cómo traducir a otro idioma esa expresión que en tres palabras encierra un concepto tan inglés y tan amplio, concepto en que se comprende a la vez el estado confortable del alma, la situación corriente de satisfacción tranquila, de acción aprobada y de conciencia serena?

Easy me sentía yo indudablemente hace pocos meses, durante la última visita que hice a Suffolk, mientras que ahora...

Impresionado, a pesar mío, por el encuentro de la Niña de Plata, quiero olvidarme de su imagen, y apenas lo consigo. Quiero meditar en el problema político que nos rodea; interesarme en los Consejos de Guerra, que sin cesar se suceden, a bordo o en tierra, y que Milord Peterborough califica en la intimidad de *«solemn mockeries»*; apasionarme por otros asuntos; escribir de otras cosas; y en cuanto tomo la pluma o me pongo a soñar, surge ante mí la ventana gótica y la blanca figura que me sonríe mientras su mano arroja una flor.

No la amo, no. Sería insensato afirmarlo de un modo absoluto. Sería pueril. Y sin embargo...

Han transcurrido dos semanas, y del mismo modo que los negocios de la guerra semejan paralizados

desde entonces por una voluntad superior, y los defensores de Barcelona crecen en bríos, y se permiten abrir las puertas de la ciudad a los que desean abandonarla, sin preguntarles ya siquiera cómo se llaman ni a dónde van, así mi cerebro, paralizado y combatido por las más encontradas disidencias, siente aumentar la fuerza de sus enemigos y desearía conceder paso a sus pensamientos, para que le dejaran libre, sin inquirir lo que representan o hacia dónde se dirigen.

Ni la cariñosa solicitud de Nardo, recién venido de su excursión a San Feliú, a quien he despachado cerca de su antiguo amo para que no sorprenda mi mudanza; ni la nueva consideración con que Walter me trata desde nuestro sonado viaje; ni las atenciones silenciosas del Doctor Freind, que también debe adivinar lo que ocurre, porque ya no me habla tanto de la Niña de Plata; ni siquiera la carta tierna y afectuosa que he recibido de Ramsbockle House, y a la que tengo vergüenza de contestar, han podido sacarme de este desasosiego en que me encuentro, sin verdadera causa justificada.

Pero semejante situación no puede seguir indefinidamente, y para resolverla de una vez será menester que haga un gran esfuerzo y me encargue decididamente del asunto de la libertad de Jenaro de Pereda, como único medio de concluir mis singulares y peligrosas relaciones con su ilustre protectora.

Libre la víctima de D.^a Leonisa, y satisfechos los anhelos de la Duquesa de Sahagún, es casi seguro que ésta se olvidará de mi nombre y que la guerra con sus mil accidentes me alejará más y más del hechizo de su juventud y de sus atractivas desgracias, volviéndome a mi ser normal y a mis sentimientos naturales.

XVII

18 de septiembre.

Fuerte en este propósito, disponíame a concertar con algunos de mis amigos del Cuartel General el rescate del sobrino del Canónigo Urraca, cuando el domingo 13 de septiembre, después del servicio religioso, recibí aviso del Brigadier General Richard Gorges a fin de que me presentara inmediatamente en su alojamiento, donde me comunicó que el Conde de Peterborough había dispuesto de mi persona para que concurriera a una operación reservada y peligrosísima que aquella misma noche debía emprenderse, y que consistía nada menos que en la sorpresa y asalto de la fortaleza de Montjuich.

Los detalles que a continuación añadió sobre el número de soldados irlandeses que debían acompañarme, y la noticia, sobre todo, de que al mando de la increíble expedición figurarían el Conde en persona y el Príncipe de Hesse, colmaron mi asombro, haciéndome dudar si era broma o realidad lo que oía.

Nada más inverosímil, en efecto, que aquella determinación, después de tantos días de inacción y de seis Consejos de Guerra, al fin de los cuales se había ordenado el reembarque de los cañones y las tropas, y el abandono definitivo de la empresa de Barcelona por parte de los Aliados.

¿Qué había sucedido, pues, para que en un momento, cuando menos se esperaba ya, hubiera cambiado el General en Jefe de actitud tan radicalmente, hasta el punto de ponerse al frente de una expedición que más parecía empresa de locos que de caudillos responsables de la suerte de un ejército?

El Brigadier Gorges debió de adivinar mis pensamientos, pues, acercándose a mí, añadió confidencialmente: ●

— Ya veo que vuestra sorpresa es igual a la mía, y que os estáis preguntando en virtud de qué argumentos se ha decidido Milord a obrar de tan distinto modo al que predicaba hasta ayer. Pero éstos son misterios que nunca podremos esclarecer del todo y que constituirán un problema para los historiadores que en el porvenir se ocupen en los presentes sucesos. Acaso sean las noticias que de todas partes vienen llegando, respecto de sublevaciones de pueblos y ciudades a favor del Archiduque, noticias que demuestran la realidad de un enorme partido a favor de Carlos III en Cataluña, Valencia y Aragón; acaso Milord se haya dejado impresionar por las murmuraciones, procedentes sobre todo de la Armada, donde se pone en duda su valor y sus talentos militares; tal vez tenga en su poder algunas instrucciones recientes de Londres, o algunos datos reservados sobre los verdaderos proyectos del Virrey Velasco y los planes de Luis XIV acerca de Barcelona; quién sabe si su propia emulación y los crecientes celos que la popularidad del de Darmstadt le inspiran han podido más que todos sus razonamientos; incluso es posible, dado su excéntrico carácter, que todas las anteriores contradicciones fueran simuladas para sorprendernos ahora con sus planes verdaderos, o que dada su frágil naturaleza se haya dejado vencer por determinadas influencias hábilmente ejercidas sobre sus pasiones. ¡Quién sabe! Lo único cierto es que la idea de la intentona que se prepara parece haber partido del Príncipe Jorge, siempre en inteligencia con los catalanes, de Barcelona, y que el General en Jefe ha aceptado el proyecto del ataque a Montjuich con una sola

condición: la de que si llega a fracasar, el mismo Darmstadt será el primero en ayudar después, sin protestas, a la ejecución de cuantos planes de campaña pueden juzgarse convenientes para los intereses de los Aliados.

»Todo lo cual demuestra—añadió Gorges—que cuando un General en Jefe quiere una cosa y pretende oscurecer la gloria de un rival, no necesita para nada de formalidades ni de Consejos de Guerra, y que todos los solemnísimos que hasta ahora se han venido celebrando, sólo han constituido una vana comedia y un pretexto para deslumbrar las opiniones de las gentes. Tened muy presente cuanto acabo de confiaros, Sir Archibald. Disculpad lo que haya de indiscreto en ello, y preparaos a combatir, pues, por el honor de las armas inglesas, sin pensar en nada más y con el espíritu puesto únicamente en nuestro gran país.

Y tendiéndome la mano mi Jefe, dió por terminado su mensaje, cuya trascendencia le era imposible adivinar.

¡No pensar en nada! ¡Pelear con el espíritu puesto únicamente en Inglaterra! ¡Sí! ¡Gracias, Dios mío! Sólo una novedad como ésta hubiera sido capaz de conseguir tal milagro y devolverme la serenidad y el aplomo necesarios para responder debidamente a la muestra de distinción y de confianza con que acababan de honrarme mis Superiores.

Más tarde he conocido todo su alcance, pues el propio Conde de Peterborough por un lado, y el Príncipe de Darmstadt por otro, parece que se ocuparon en elegir los Oficiales que habían de acompañarlos en la expedición, cabiéndole a Lord Ramsbockle el honor de ser indicado por Su Alteza, y a mí el de merecer el recuerdo del General en Jefe.

Para disimular nuestros preparativos, ya que se

trataba de una verdadera sorpresa, en que quizá estuvieran comprometidos los propios defensores de Montjuich, se hizo circular la especie de que aquellas tropas que se estaban formando constituían una avanzada que debía ocupar cierta posición necesaria al paso de otras fuerzas que al día siguiente partirían camino de Tarragona.

Pero como en realidad la operación podía convertirse en un verdadero asalto, caso de encontrar resistencia en el Castillo, la partida constaba de 400 soldados ingleses e irlandeses, al mando del Teniente Coronel William Southwell; este destacamento, de que formábamos parte Walter y yo, debía ser protegido por 600 fusileros (400 ingleses, 100 holandeses y 100 españoles), bajo las órdenes del Teniente Coronel Thomas Allen, perteneciente al Regimiento de Gorges, así como su compañero Ambrose Edgeworth, que también nos acompañaba. Un pequeño cuerpo del tren completaba el destacamento, conduciendo escalas de asalto, municiones y las demás cosas necesarias.

Lord Charlemont, Brigadier de guardia aquel día, asumió el mando de las fuerzas citadas.

Las reservas se componían de 300 dragones y 1.000 infantes, con algunas piezas de artillería ligera y morteros de mano, conducidos por el Brigadier Stanhope, cuya misión consistía en ocupar la Cruz Cubierta, distante una milla de Montjuich, y vigilar la puerta de San Antonio en la Ciudad, para prevenir cualquier salida desde ella contra los asaltantes.

También se convino en que el Príncipe Jorge conduciría en persona las operaciones de Charlemont, mientras el Conde de Peterborough iría y vendría de una a otra parte, como General en Jefe, vigilando los movimientos de Stanhope y de las reservas.

De acuerdo con las anteriores resoluciones, cuantos formábamos parte de la expedición nos encontramos junto a las tiendas de Darmstadt aquel mismo día 13, a las tres de la tarde, permaneciendo allí hasta las seis, y, próximo ya el anochecer, iniciamos la marcha, alcanzándonos a poco en el camino Milord Peterborough y el Príncipe, que parecían haber recobrado sus buenas relaciones anteriores.

Jorge de Hesse, a quien acompañaba su hermano Enrique y su Ayudante el Coronel Rieutort, mostrábase más alegre que nunca y respiraba animación, saludándonos a todos como viejos conocidos.

Las tropas marcharon primero, dando un gran rodeo, hacia el Convento de Gracia, en que hicimos alto. Después caminamos hasta Sarriá, y desde allí emprendimos el camino de Montjuich, recorriendo en total unas doce millas para desorientar al enemigo.

La noche era muy oscura, nadie hablaba, y los guías que nos conducían equivocaron la dirección, por lo cual desde Sarriá hasta el fuerte tuvimos que seguir un sendero sobre rocas, interrumpido a trozos, y de muy difícil tránsito, sobre todo para los caballos.

Por tales razones, la marcha resultó fatigosa, haciéndonos emplear mucho más tiempo del calculado. Los deseos del Príncipe consistían en llegar frente a las primeras obras de defensa cuando aun no hubiera luz, e intentar en seguida la sorpresa, por la parte de la montaña que da espaldas a Barcelona, contando, sin duda, con la complicidad de algunos elementos dentro del Castillo. Pero ya era casi día cuando se logró alcanzar, a las cuatro y media, la altura deseada, y, aun así, sólo conseguimos reunirnos a Su Alteza unos 800 hombres, pues los otros 200 habían errado el camino, según pudi-

mos saber más tarde, cayendo prisioneros de una patrulla salida casualmente de la Ciudad.

Al encontrarnos cerca del Castillo, y gracias a la indecisa claridad del alba, logramos darnos cuenta de que, no obstante su aparente solidez, las obras exteriores del fuerte constituían más bien un estorbo que una utilidad para los defensores de Montjuich; pues, exceptuando el espacio donde se levantaba un fortín, consistían únicamente en terraplenes rellenos de tierra y pedazos de roca, precedidos de una zanja poco profunda. No existía, pues, foso, ni parapeto, propiamente dichos, y aquellos montículos casi podían servirnos de protección a los atacantes, como efectivamente nos sirvieron, resguardándonos del fuego del Castillo.

Las verdaderas fortificaciones de éste eran más serias, y componíanse de un recinto con murallas, de cuarenta yardas de largo, y un baluarte en cada ángulo. Poseía también el Castillo, aparte del fuerte viejo y de los edificios interiores, una buena escarpa, foso, contraescarpa, camino cubierto y glacis; pero carecía en cambio de cañones grandes y de bombardas, por lo cual juzgamos que no podría resistir mucho tiempo en caso de bombardeo.

Todas estas circunstancias, así como otras que nosotros ignoraremos siempre, debían de ser bien conocidas del Príncipe Jorge, no sólo gracias a sus confidentes, sino a su experiencia del lugar cuando fué Virrey de Cataluña en tiempos del difunto Carlos II.

La guarnición de Montjuich componíase de tropas en su mayoría napolitanas, al mando del Mariscal de Campo Príncipe de Caraccioli, a quien Velasco había encargado la defensa del Castillo por desconfiar, con razón, de la fidelidad de sus demás tropas.

Descubierta a poco nuestra presencia en la montaña, gracias a la creciente luz matinal, que permitió señalarnos a los Borbónicos, muchos de los cuales se encontraban acampados al aire libre, en el espacio comprendido entre el terraplén y el fuerte, resultó forzoso abandonar la primitiva idea de la sorpresa y reemplazarla inmediatamente por un asalto a la descubierta, que fué ordenado por Milord Peterborough y llevado a cabo por Southwell con indudable coraje, arrollando cuanto se oponía a su paso, ascendiendo al primer terraplén y cargando contra el enemigo, quien después de varias descargas, que apenas hicieron blanco, abandonó íntegramente la línea exterior de defensa, incluso el fortín, donde encontramos tres pequeños cañones y muchas piedras, con las que comenzamos a formar una especie de barricada para defendernos mejor.

Entusiasmados con este primer éxito muchos muchachos, y conducidos por Southwell, al que inmediatamente seguía Walter Ramsbockle, aullando como un poseído, continuaron marchando hacia el foso del Castillo, sin atemorizarse por el fuego de fusilería, que comenzó en seguida desde el fuerte y que producía algunas bajas entre los atacantes.

Darmstadt y Charlemont dispusieron entonces que se trajeran las escalas a la contraescarpa, y que fueran colocadas sin pérdida de tiempo contra la muralla; pero desgraciadamente resultó que eran demasiado cortas; y aquel contratiempo, añadido al fracaso de la sorpresa, estuvo a punto de malograr definitivamente la operación; pues arreciando las descargas de los defensores, comenzamos a perder bastante gente, tanto de Oficiales como de tropa, y aprovechando hábilmente Caraccioli aquellos momentos de incertidumbre, realizó una salida hacia

el foso, que le procuró la captura de algunos granaderos y enfrió un tanto el ímpetu de los nuestros.

Mientras tanto, el ruido de los disparos había despertado, como era natural, la inquietud de Velasco, quien inmediatamente dispuso el envío a Caraccioli de un refuerzo, consistente en 200 granaderos, montados a la grupa de los caballos de otros tantos dragones, quienes partieron a eso de las siete de la mañana en dirección al Montjuich, por un camino cubierto que atraviesa la montaña y une el Castillo con la plaza. Este camino está protegido hacia la mitad por un fuerte contiguo a una Ermita, que se llama San Beltrán, y que dichos granaderos ocuparon pocos momentos después de vernos nosotros rechazados de las murallas de la fortaleza principal y de volver a nuestras primeras posiciones detrás del fortín y de los terraplenes de las obras exteriores, que continuaban siendo nuestras.

Presenciado este movimiento de retirada por el General en Jefe, y juzgando que había llegado el momento de utilizar las reservas confiadas a Stanhope, púsose de acuerdo con el Príncipe Jorge para que mantuviera la situación durante su ausencia, y dirigióse hacia la Cruz Cubierta, a fin de disponer lo necesario y evitar que si salían los de la Ciudad nos encerraran entre dos fuegos.

Aquella ausencia, que coincidió con una especie de tregua en la lucha, y con el conocimiento de la llegada de los dragones de Velasco al fuerte de San Beltrán, inspiró a Darmstadt la temeraria idea de abandonar su refugio y apoderarse de dicha posición, interrumpiendo así las comunicaciones entre los de Barcelona y la montaña.

Entusiasmado con su proyecto y sin reparar en peligros, resolvió el bizarro caudillo ponerlo por

obra acto continuo, antes de que regresara Milord Peterborough; y eligiendo a 400 hombres, entre los que me cupo el honor de verme incluido, y acompañado de su hermano Enrique y de Lord Charlemont, salió de la línea de fortificaciones, dirigiéndose impávido hacia San Beltrán.

El peligro no podía, sin embargo, ser mayor, pues en cuanto nos separamos de las trincheras y comenzamos a descender por la ladera del monte, quedamos todos expuestos a los tiros del Castillo, sin defensa ni precaución de ninguna especie; no tardando efectivamente en principiar a silbar las balas en torno nuestro y en ver desplomarse a un lado y a otro algunas víctimas, cuyos golpes al caer en tierra retumbaban extrañamente en mi corazón.

Altivo, sereno, caminando delante de sus tropas como un guerrero de la antigüedad, destacábase la arrogante figura de Jorge de Hesse, cuyo ejemplo parecía centuplicar nuestro valor y conducirnos indefectiblemente a la victoria, cuando de pronto le vimos vacilar y llevarse las manos a la pierna derecha, retirándolas después cubiertas de sangre.

Alarmados por el accidente, nos precipitamos los más próximos a su encuentro; pero rechazando nuestros auxilios, exclamó sonriente:

—No es nada, Caballeros. Una bala que me ha rozado en el muslo derecho y que ha debido de volver a abrir una vieja herida recibida hace diez y seis años en el mismo lugar, durante el sitio de Bonn. Continuemos el camino...

Su Alteza disimulaba no obstante, a fuerza de valor, los terribles efectos del fatal proyectil, que en realidad le había cortado una arteria y amenazaba desangrar su cuerpo.

Negándose obstinadamente a que le vendaran y

a que le prestásemos ayuda de ningún género, aun pudo seguir caminando unos cincuenta pasos; mas al cabo de ellos rodó por tierra, exánime; y al recogerlo en nuestros brazos, pudimos darnos cuenta de la extrema gravedad de su estado.

El Príncipe agonizaba, y apenas si percibía lo que pasaba a su alrededor.

Aquella desgracia tan inesperada y tan sensible, que implicaba la desaparición de un Jefe en quien los catalanes y muchos Aliados tenían puestas sus simpatías y sus esperanzas, impresionó profundamente a cuantos nos encontrábamos presentes, y a los que podían desde lejos darse cuenta de lo ocurrido.

El mismo Charlemont, en quien recaía el mando, juzgó conveniente desistir del proyectado ataque a San Beltrán, y volver a su puesto en las defensas, encargándonos a varios Oficiales de la triste tarea de escoltar al ilustre herido hasta una casilla cerca del Convento de Capuchinos de Montjuich, donde su hermano Enrique y sus Ayudantes le instalaron a fin de prestarle los primeros auxilios de la ciencia y los últimos de la religión.

Por desdicha, aquéllos resultaron inútiles, y nada pudieron intentar los médicos para salvar a Su Alteza, pues, apenas llegado, entregó el alma a Dios, sumiéndonos a todos en una verdadera consternación y haciéndonos doblar la rodilla con respeto ante el cadáver del enemigo más inteligente, más valiente y más temible de la Casa de Borbón y de las glorias de Felipe V.

XVIII

Aun no había podido recobrar me del efecto que el tremendo suceso acababa de producirme, y que tantos problemas entrañaba para el futuro de Car-

los III, cuando sentí que alguien susurraba cerca de mí:

—Es preciso que Milord Peterborough conozca sin pérdida de tiempo esta desgracia, y acuda cuanto antes al fuerte, si queremos evitar una catástrofe y la desmoralización de todas las tropas. Corred a prevenirle.

Reconociendo la justicia de la observación, contemplé por última vez el pálido semblante del difunto Príncipe, y salí corriendo en dirección a la Cruz Cubierta, que se encontraba a corta distancia, y en cuyas cercanías debía encontrarse el General en Jefe.

No tardé efectivamente en hallarle, acompañado de Stanhope y del Estado Mayor, siendo testigo del sentimiento real y sincero que produjo en su espíritu la triste noticia que me vi en el caso de comunicarle, así como de los elogios sin reservas que en tan solemne ocasión dedicó a la memoria de su compañero de armas.

Mas al propio tiempo que sus labios se expresaban de tal modo, adivinábase en el expresivo rostro del Conde la mudanza de ideas y sentimientos que comenzaba a producirse en su espíritu a raíz de la pérdida de Darmstadt, y la conciencia clara y definitiva que adquiriría en aquel instante de la enorme responsabilidad que le cabría personalmente si la empresa de Montjuich fracasaba, y con ella los destinos de los Austrias en España.

La inteligencia desigual, caprichosa y paradójica, pero indudable y sagaz, de Milord Peterborough, debió indicarle en aquel instante el peligro que corría, de no plegarse a las circunstancias y recoger acto continuo el estandarte caído de manos del Príncipe Jorge, por medio de un efecto, un triunfo, algo, en fin, que consagrara su nombre y le invis-

tiera del prestigio que antes gozara su rival, clasificándole en la categoría de los grandes Generales de la época.

Si no aprovechaba su oportunidad, si Montjuich no se ganaba, y los Aliados se veían obligados a retirarse de Barcelona, la reputación militar de Charles Mordaunt acababa para siempre, y su carrera política también.

El amor propio es más hábil que el hombre más hábil del mundo, y ese sentimiento fué el que inspiró a Peterborough maravillosamente el camino que debía seguir en tan críticos momentos.

Montando a caballo, y seguido de todos los Oficiales que nos encontrábamos allí, emprendió sin vacilar el camino de Montjuich, tropezando a poca distancia de la Cruz Cubierta con varios grupos de soldados que bajaban corriendo en desorden, y a los que seguían muchos más, que se detuvieron vacilantes al encontrarse con el General en Jefe, quien llamándolos imperiosamente les interrogó en persona sobre los motivos que justificaban aquel vergonzoso abandono del deber y aquella huida ante el enemigo.

Por las confusas explicaciones de los muchachos, comprendimos que debía de haber sucedido algo, después de la muerte del Príncipe de Darmstadt, que había hecho cundir el pánico entre las tropas de Charlemont, dando lugar a que los de Caraccioli se apoderaran del Coronel irlandés Allen, con todos sus hombres, y provocando el desbande de buen número a través de caminos y sendas de la montaña.

—*Good God! Is it possible?*—gritó el Conde de Peterborough, furioso—. ¡Volved ahora mismo todos conmigo allá arriba, si no queréis ser fusilados en el acto por cobardes!

Y clavando las espuelas en su caballo, salió como una exhalación hacia lo más alto de Montjuich, donde volvió nuevamente a arengar a Oficiales y soldados, diciéndoles que si no querían presentar otra vez sus pechos al enemigo y acompañarle en el combate, incurrirían en el escándalo y la infamia eterna de haber desertado sus puestos y abandonado a su General en poder de sus contrarios, ya que él estaba resuelto a pelear contra todos y no descendería hasta ver a Montjuich en poder de los Aliados.

Aquellas valerosas palabras, pronunciadas en el instante preciso y con el acento que requerían, por un orador de la talla de Carlos Mordaunt, surtieron inmediatamente el efecto apatecido, devolviendo el valor a todos los presentes y haciéndoles abandonar al punto sus pasados temores. Obedeciendo como autómatas las órdenes de su Jefe, y sin que los defensores del Castillo hubieran podido darse cuenta de lo sucedido, volvió cada uno a su puesto, asumiendo Peterborough el mando efectivo de todas las fuerzas y reiterando solemnemente su firme propósito de conquistar, no sólo la fortaleza, sino la misma ciudad de Barcelona, aunque para ello fuera preciso emplear todos los recursos de la escuadra.

Esta resolución y la noble actitud adoptada por el Conde desde que supo la muerte del de Darmstadt, fueron, pues, las causas principales que determinaron nuestra subsiguiente victoria y evitaron una verdadera e irremediable catástrofe frente a los muros de Montjuich. Lo cual equivale a decir que el verdadero triunfo de los ideales del Príncipe Jorge de Hesse y de sus proyectos sobre el restablecimiento de Carlos III en España no se consiguió sino el día en que dejó de existir aquel caballeroso paladín de la Casa de Austria, que, de seguir vivien-

do, quién sabe hasta qué destinos grandiosos hubiera podido conducir a su Soberano y a su patria adoptiva.

Por lo que toca a los episodios que aun se desarrollaron en aquel día, y en que tan activa parte me cupo, consignaré que no tardaron en llegar las reservas de Stanhope, con toda clase de elementos, y que, mientras se disponía por Milord Peterborough el envío de más cañones y la cooperación de varios barcos para bombardear la fortaleza desde la orilla, los intrépidos *vigatans*, al mando de los Puig y Sorribes, lograron apoderarse de la montaña, ahuyentando de ella a los borbónicos y conquistando la Ermita de San Beltrán, que por la mañana ocasionara la pérdida del Landgrave.

En cambio, al tener que asumir mi puesto en la línea de ataque, pude enterarme, con pesar, de que entre los prisioneros tomados por Caraccioli durante mi ausencia figuraba Walter Ramsbockle, quien se había batido como una fiera y derribado tres o cuatro Oficiales italianos antes de caer en poder del enemigo.

Éste no tardó en conocer la suerte del Príncipe de Hesse, celebrándola como un triunfo; pero, a pesar de todos mis deseos, no me fué posible volver al Convento de Capuchinos para visitar el cadáver de Su Alteza, que Milord Peterborough había mandado exponer con toda clase de honores, porque la responsabilidad del puesto, y el lastimoso estado en que encontré a los pocos irlandeses supervivientes, absorbieron mi tiempo, alejándome de todo lo que no fuera el cumplimiento del deber.

Al día siguiente, 15, comenzó el bombardeo de Montjuich por siete grandes morteros que Richards emplazó en la falda del monte, no obstante el cañoneo de la plaza; y a las once de la mañana algunas

balandras dieron asimismo principio al bombardeo de Barcelona, que se prolongó hasta las tres de la tarde y causó bastantes estragos en el interior de la ciudad.

El 16 continuó el ataque del Castillo por las nuevas baterías aliadas, desembarcando al pie de la montaña 2.500 marinos ingleses y 680 holandeses; y el 17 tuvimos la suerte de que una bomba cayera en el depósito de pólvora del fuerte, produciendo terrible explosión, que hizo temblar la roca y ocasionó la muerte del Gobernador Caraccioli y de varios de sus Oficiales y soldados.

Este accidente, unido a la destrucción de la Torre de señales, y de uno de los baluartes de la fortaleza, decidió la rendición del Castillo, gracias al arrollador ataque iniciado por Southwell, que se lanzó inmediatamente por la brecha, espada en mano y seguido de todos nosotros, obligando al Coronel Mena, sucesor de Caraccioli, a izar bandera blanca, rindiéndose a poco prisionera la guarnición y franqueándonos la entrada en el deseado recinto.

El espectáculo que presentaba éste no podía ser más impresionante, pues por todas partes se advertían los efectos del bombardeo y abundaban los muertos y los heridos, que nadie había tenido tiempo de atender en tan terribles momentos. Por eso nuestro primer cuidado consistió en sepultar a unos y recoger a otros, antes de la llegada del General en Jefe, que no tardó en aparecer, rebosante de satisfacción y orgullo.

Sin disimular su regocijo por el triunfo, y dirigiendo sentidas frases de felicitación a todos, recorrió el Lord las principales defensas del Castillo, hasta detenerse en el baluarte más avanzado sobre la plaza, desde donde se descubría un admirable panorama de ésta.

Allí se encontraba a sus pies la ciudad deseada, la ciudad temida, la que había de dar la victoria o constituir la ruina de los Aliados, según fuera la conducta que se decidieran a observar sus habitantes. El rostro de Peterborough se contrajo con un gesto de resolución, mientras sus ojos seguían la trayectoria de las bombas que incesantemente disparaba la escuadra. ¡Ya no era posible dudar! ¡La suerte estaba echada, y sólo cabía luchar denodadamente y recuperar el tiempo perdido, para evitar la llegada de refuerzos franceses que malograran nuestros sacrificios!

A poco se retiró de la muralla el General, con aire meditabundo, repitiendo varias órdenes antes de abandonar el Castillo.

Al pasar junto a mí, detúvose unos segundos y, golpeándome cariñosamente la espalda, exclamó en alta voz:

—Ya me han dicho, Sir Archibald Darley de Kinsale, que os habéis portado en estos días cual corresponde a vuestro nombre, y me haré un honor en proponer a nuestra Graciosa Majestad vuestro ascenso a Capitán. Por lo que toca a Lord Ramsbockle, trataremos de canjearle en cuanto sea posible por algunos de estos Oficiales borbónicos. Ved en qué más puede servir mi amistad, y permaneced formando parte de esta guarnición hasta nuevo aviso.

Aquellas palabras colmaron mi vanidad de soldado, haciéndome dar por bien empleadas las pasadas fatigas.

Por fortuna, además, sólo había recibido algunas contusiones en el cuerpo, que los cirujanos se encargaron de aliviar. Pero al hacer el recuento de nuestras fuerzas comprobamos con dolor que, entre Oficiales y tropa, la conquista de Montjuich nos

había costado 600 bajas, además de la pérdida del Príncipe de Darmstadt, sin contar las mermas sufridas por catalanes y holandeses.

XIX

1.º de octubre, en el Castillo de Montjuich.

¿Cómo pudo, algunos días después, conseguir Nardo atravesar todos los cordones sitiadores y penetrar en la fortaleza, llegando hasta mí, durante el bombardeo de la ciudad?

Prodigio es éste que siempre se ignorará, aunque la viveza y osadía del muchacho lo justifique y haga real.

Sus primeras palabras fueron para interesarse por mi salud, celebrando con verdadera alegría que las balas me hubieran respetado. La noticia, en cambio, de la cautividad de Lord Ramsbockle no pareció impresionarle mucho, pues nunca ha sentido simpatías por el verdugo de D. Anselmo del Castillo.

Como yo no me encontraba solo y contemplaba en compañía de Ambrose Edgeworth y de algunos camaradas la acción de las bombas que lanzaban los brulotes, así como los movimientos de nuestros compatriotas, situados frente a la muralla, entre el Baluarte de San Antonio y la media luna de San Pablo, el inesperado visitante creyóse en el caso de suministrarnos algunos detalles sobre los edificios y defensas que descubríamos desde lejos.

—Barcelona—explicaba Nardo—está dividida en dos recintos: el de la Ciudad vieja y el de la nueva, separados por la Rambla, donde aún subsisten los antiguos muros. Aquella torre que se divisa al fondo corresponde a la ciudad Vieja y es la de la Cate-

dral; más allá se ve la de Nuestra Señora del Pino. Ese gran edificio, próximo al Baluarte de San Antonio, pertenece, en cambio, a la ciudad Nueva, y es el Convento de Santa Madrona. Más acá, en primer término, junto a la Puerta de San Bernardo, tenemos la Dreçana, el Convento de San Francisco, el de la Merced, y, siguiendo hacia adelante, está el palacio del Virrey, con otros edificios muy importantes que se van extendiendo por el barrio de la Ribera hasta el Convento de Santa Clara, donde terminan las murallas. En cuanto a las puertas de Barcelona que podemos ver desde aquí, empezando por la orilla del mar y continuando hacia la izquierda, la primera es la de San Bernardo, a la que sigue el Baluarte de Santa Madrona y la torre de San Pablo; luego viene el Baluarte de ese mismo nombre, y por fin el de San Antonio, con otra puerta, que es por donde aun existe abierta la brecha de los franceses desde el último sitio.

Las indicaciones de Nardo resultaban tan precisas, que podíamos seguirlas y reconocer con los anteojos los puntos que nos señalaba, prolongándose así nuestro entretenimiento, que sólo interrumpían los continuos estampidos de los cañonazos dirigidos por Petit y el estallido de las bombas, que debían producir grandes destrozos en el interior de Barcelona.

Pero al quedarnos solos dentro de mi miserable alojamiento dentro del Castillo, el semblante del catalán transfiguróse completamente y, expresándose en voz muy baja, comenzó a decir así:

— ¡Ah, Señor! ¡Cuántas noticias tengo que darle y cuántas novedades ocurren desde que no nos vemos! ¿Sabe que al fin pude conseguir ver y hablar a la Señora Duquesa de Sahagún, sin que nadie lo impidiera?

¡La Duquesa de Sahagún! Aquel nombre que ya creía olvidado, y que, sin embargo, esperaba desde que vi aparecer a Nardo, resonó nuevamente en mis oídos con poderosa atracción.

—¿Y cómo pudiste llegar hasta la Torre Pallaresa?—pregunté lleno de curiosidad.

—Pues de la manera más sencilla, gracias a mi amigo Quirse, que me llevó a Badalona para conocer a la Señora Eularia, con quien sigue en los mejores términos, sobre todo ahora que vive en el campo y que Doña Leonisa se ha venido a Sarriá para estar más cerca de la Corte.

Al escuchar estas palabras recordé en efecto que Su Majestad Católica había trasladado sus Reales al pueblo indicado, a fin de vigilar los trabajos del sitio.

—Eularia—prosiguió el catalán—es una viuda muy simpática que se entiende perfectamente con Doña Serafina; así que no me fué difícil enterar de mi presencia a la Niña de Plata, que acogió la nueva con gran alegría, mandándome llamar a hurtadillas de la demás familia. Por cierto que el Señor no me ha dicho nunca que la había visto, y ésa fué precisamente una de las primeras cosas que la Duquesa me confió; añadiendo que Su Señoría le había parecido muy joven y muy simpático, pero que luego se arrepintió mucho de lo que hizo al reconocerle, pensando que estaba delante Lord Ramsboëkle y que podría interpretarlo mal.

—¿Y Doña Leonisa no se enteró de mi visita a la Torre?—interrumpí, sintiendo que me sonrojaba estúpidamente.

—Claro que sí: como que la vieja que salió a la puerta, y que se llama Doña Garsenda, es su dueña de confianza; así que en el acto la informó de todo. Además creo que la propia Princesa contempló a los Señores desde lejos, porque ese día estaba en

casa, aunque no quisiera recibirlos porque las insistentes galanterías de Lord Ramsbockle la tienen muy cansada.

—¿Pero no sospechó de mí?

—Doña Serafina piensa que no. Por más que como esa mujer es tan lista y siempre desconfía de todo el mundo, nada es posible asegurar sobre ello. Lo que sí hizo fué enterarse en San Martín de quién era el Señor, cómo se llamaba y por qué no le había visto nunca, siendo tan amigo de uno de sus adoradores más asiduos.

—¿Y qué más te dijo la Señora Duquesa?—pregunté, a pesar mío.

—Pues me dijo mil lindezas del Señor, y que sentía muchos deseos de hablarle, y que ahora se encontraba ya bien y principiaba a disfrutar un poco más de libertad; así que, como ya no era posible seguir comunicándose con el Doctor Freind, sería menester que Su Señoría fuera pensando en la manera de corresponder directamente con ella.

—Sí, sí, ya veremos—respondí, cambiando atropelladamente de conversación—. ¿Y tu antiguo amo?; ¿cómo se encuentra?; ¿continúa siempre a bordo del *Assurance*?

—Mi amo—replicó el catalán, desviando los ojos—está más resignado con su suerte, porque a cualquier cosa se acostumbra uno. Sobre todo ahora que sabe tiene amigos que se interesan por él. Además, una de las preguntas que me atreví a dirigir a Doña Serafina, cuando la vi, fué la de si mi Señora Doña Aldonza Urraca, madre de Jenaro, pereció asesinada en el asalto de Fuente Guinaldo; y la respuesta de la Niña de Plata no deja lugar a ningún género de dudas. Doña Aldonza murió en sus brazos, poco después de refugiarse en la iglesia, a consecuencia de un nuevo ataque al corazón, y

sin que en ello tuviera nada que ver Doña Leonisa. Ésta ignoraba el nombre de la Señora, y hasta que fuera Jenaro el galán del rapto.

—¿Y qué ha dicho Pereda al convencerse de la inocencia de la Princesa?

—Se quedó muy pensativo primero. Después mostróse contento de que su madre no hubiera sido ultrajada por los bandidos. Y, al cabo de un rato, murmuró entre dientes: «Me equivoqué e hice mal en no creer su palabra, porque tiene razón al asegurar que nunca me ha mentado.»

—¿Nada más?

—Sí; otro día me dijo: «Nardo, esa mujer no es tan perversa como nos figurábamos, y a ratos debe sufrir cruelmente. La verdad es que muchos de sus rigores tienen disculpa en mi comportamiento con ella. Si no fuera por Don García, creo que hasta llegaría a perdonarle todo el mal que me ha hecho, siempre que se comprometiera a no sacrificar el corazón de Doña Serafina.»

—¿Lo ves?—exclamé sin poderme contener al oír esto—. ¿Ves cómo tengo yo razón al afirmar que en el afecto de Doña Serafina y Jenaro de Pereda existe algo más que amistad y mutua compasión? ¡Ahí tienes la prueba!

—¡Pero qué está diciendo Su Señoría!—protestó Nardo, indignado—. ¡Pensar que mi amo y la Niña de Platal... ¡No!; ¡qué disparate!; ¡a ninguno de los dos se le ha ocurrido en la vida eso! Y puestos a fantasear, más bien diría yo que por quien la Señora Duquesa está empezando a sentir algo de inclinación es por Milord! ¡A lo menos, así parece cuando se la oye!

La agitación que estas últimas palabras me produjeron fué tan evidente, que hasta el mismo Nardo se dió cuenta de ella y añadió pesaroso:

—El Señor me perdone si le he disgustado con lo que acabo de decir; pero no lo hice con mala intención, sino por lisonjearle, pues me pareció que le gustaría oírlo. Ahora veo que me equivoqué...

—No, Nardo—concluí por decir, avergonzado de mi poca reserva—. Nada tengo que perdonarte. Pero no vuelvas a tocar jamás ese punto en tus conversaciones, pues sólo sinsabores podría traer lo mismo para Doña Serafina que para mí. Y ahora—proseguí, poniéndome muy serio—escúchame atento porque voy a participarte una cosa que llevo pensando hace días y que va a sorprenderte cuando la oigas.

Los ojos del catalán se abrieron como ventanas, contemplándome inquieto.

—Has de saber—continué—que he resuelto darte licencia definitiva de mi servicio para que puedas obrar a tu antojo. En ausencia de Lord Ramsbockle, me valdré del veterano Bliss, que conoce mis costumbres, y cuando regrese su amo ya me procuraré otro criado entre los muchachos irlandeses.

—¡Milord me despide!—balbuceó Nardo, próximo a llorar.

—Al contrario, muchacho. Compréndeme bien—repuse—. Te concedo la libertad de acción, que en el fondo deseas y necesitas, para atender debidamente al cuidado de tu verdadero patrón, que es Jenaro de Pereda.

—¿Y qué importa eso para que siga sirviendo al Señor como hasta ahora?

—Mucho, Nardo—le contesté con firmeza—. Repara en que las circunstancias ya no son las mismas que cuando hablamos en el *Panther*, y que la situación de todos ha cambiado fundamentalmente desde entonces, hasta el punto de hacer incompatibles nuestros respectivos intereses. Nos encontra-

mos en tierra y empeñados en una lucha que no preveíamos antes. Yo soy inglés, protestante, y estoy arriesgando mi vida a favor del Archiduque. Ustedes son todos españoles, católicos y enemigos de los Aliados. Alguien tiene, pues, que acabar traicionando su honor, si continúa enredándose esta madeja que poco a poco va uniendo nuestras inteligencias y nuestros corazones.

—¡Yo soy catalán, Milord!—afirmó resueltamente el mozo.

—Perfectamente—concedí, cada vez más serio—. Eres catalán, y hasta puede que en el fondo simpáticos con el partido que defiende las libertades y la independencia de tu patria; pero estás ligado, en alma y vida, a la suerte de tu amo, y éste es Oficial del ejército de Felipe V. Nada me has dicho, porque eres listo, y, sin embargo, me atrevería a afirmar que en estos momentos, y de acuerdo con tus Señores, estás combinando la evasión de Jenaro de Pereda, y hasta que no desesperas de lograrla. ¿No es mejor que nos separemos amigos y que cada cual obre por su lado sin remordimientos ni disimulos?

—¿Quiere decir entonces—declaró afligido Narro—que Milord nos abandona y no desea volver a cuidarse para nada de las personas que hasta ahora parecían interesarle tanto?

—Abandonaros, no—expliqué—. Alejarme de vosotros, sí. Es mi deber. Por otra parte, ya no necesitáis de mí. Además mantengo la promesa de devolverte libre a tu amo, si éste continúa todavía prisionero, obteniendo su canje por otro Oficial nuestro del mismo grado e importancia. En cuanto a ti, sabes que tu presencia me será siempre agradable y podrás verme cuando quieras, o pedirme cuanto necesites, pues mi casa y mi bolsillo te estarán siempre abiertos.

—¿Y a la pobrecita Señora Duquesa?... ¿También la dejaréis de considerar como amiga y aliada? —preguntó el maldito muchacho.

—La Señora Duquesa—terminé por responder— es joven, lindísima, poderosa, y dispone de una energía y un talento que demuestran bien a las claras la sangre que corre por sus venas; así que de poco le podría servir mi insignificancia ni mi trato, si no es para comprometerla y hacer más difícil su situación. Pero si alguna vez se viera en peligro, o necesitara de mi auxilio, sólo tiene que hacer una seña, y acudiré respetuoso para depositar a sus pies mi espada y mi vida.

—Así lo repetiré a Su Excelencia en cuanto la vea—exclamó Nardo, añadiendo después—: ¡Y es muy posible que, desgraciadamente, tenga que hacer pronto uso de vuestro generoso ofrecimiento!

Cuando me encontré por fin solo suspiré con fuerza y me sentí orgulloso de la solución que acababa de encontrar para resolver el conflicto que amenazaba destruir mi tranquilidad y mis convicciones más arraigadas.

Después me asomé al ventanillo que daba a la Ciudad, y permanecí largo tiempo contemplando la oscuridad de aquel misterio, que sólo se veía interrumpido de vez en cuando por el resplandor de las bombas o el fulgor de los cañonazos que seguían batiendo la brecha por donde nos proponemos entrar vencedores y cubiertos de gloria dentro de poco.

¡La gloria! ¡La victoria sobre los demás!... ¡No siempre es la más difícil de conseguir!...

Nuestra gloria, como dijo San Pablo, consiste en el testimonio de nuestra conciencia... ¡Y a veces exige más valor y resulta más penoso cumplir en secreto con el deber impuesto por ésta, que exponer públicamente el pecho a las balas enemigas, en la

más ruda de las batallas, estimulados por la idea del triunfo y la excitación de las pasiones!

XX

5 octubre.

Nada he vuelto a saber desde entonces de nadie, y mi existencia se ha reducido a ejecutar automáticamente cuantas operaciones me han sido encomendadas por mis Jefes.

Las murmuraciones, las dudas, los Consejos de Guerra, todo ha desaparecido, ante la autoridad del General en Jefe, cuyo espíritu domina y se sobrepone a cuanta oposición pueda suscitársele. Los mismos Cortesanos alemanes parecen sumisos; el General holandés hase tornado de lo más tratable; hasta los miqueletes comienzan a someterse a la disciplina, que Peterborough trata de imponerles.

Carlos III, que anhela, por su parte, asumir el papel de padre del pueblo, y ganar popularidad y prestigio entre sus nuevos súbditos, colabora lo mejor que puede en la empresa, demostrando un entusiasmo de verdadero muchacho, que le hace moverse de un lado para otro y compartir el peligro con soldados y marinos. Según cuentan, uno de los últimos días, expresó el deseo de que ocho buques disparasen a la vez sus baterías contra la plaza, y cuando fué satisfecha su aspiración mostróse inmensamente complacido.

El ánimo y el vigor de los sitiadores, en cambio, ha terminado por excitar una reacción contraria en los sitiados, quienes diríase que no piensan ya en salidas ni actividades, contentándose con una defensa pasiva, precursora del cansancio y del renunciamiento.

Excuso añadir, por otra parte, que la lucha ha continuado sin tregua, tanto de día como de noche, habiéndose intensificado el bombardeo y la magnitud de la brecha, que en vano procuran contrarrestar los hombres de Velasco.

La situación personal de éste, dentro de la plaza, empeora cada día, moviéndole su despecho a ejecutar violencias contra las personas sospechosas de inteligencia en el Cuartel de Carlos III; y como ya tiene perdida toda esperanza de socorro, y los propios soldados borbónicos comienzan a desertar de sus filas para unirse a las nuestras, parece que desde primeros de octubre está en tratos con el Príncipe de Liechstentein y el Conde de Peterborough a fin de concertar la rendición de la ciudad.

Estos rumores que al principio calificábamos como fantasías de los miqueletes o de los catalanes que nos frecuentan, y que tanto nos han ayudado desde el principio del asedio, apoderándose de cuantas posiciones rodean a Barcelona, se confirmaron afortunadamente el día 3, aunque continuara el bombardeo desde la una de la tarde hasta muy avanzada la noche; y, en las primeras horas de ésta, recibí aviso del General en Jefe para que me trasladara a Sarriá y le buscara con el santo y seña por todas partes, pues tenía que hablarme.

Fácil me fué cumplir la primera parte de la orden, porque el país es ya nuestro y ningún peligro existe en cruzar solo y de noche cualquier camino; pero la tarea de encontrar al Lord resultó más difícil, pues ni en su alojamiento, ni en ninguno de los cuarteles sabían dónde podría encontrarse Su Excelencia, dada la movilidad que le caracteriza y la costumbre que ha tomado de trasladarse de un punto a otro sin prevenir a nadie.

En vista de ello, decidí informarme directamente

en la Torre de Lladó, donde reside Su Majestad Católica, y en la que acaso permanecieran velando sus moradores, dado lo extraordinario de las circunstancias. Efectivamente era así, y allí logré saber, por los centinelas, que Milord Peterborough se hallaba conferenciando con el Rey y sus Ministros.

Insistía yo en abrirme paso, discutiendo un poco vivamente con los Catalanes de la Guardia, que no me comprendían bien, y se negaban a dejarme entrar, cuando las puertas de la mansión se abrieron y apareció en ellas un hombre, que, dando palmadas, comenzó a gritar con voz imperativa: «¡La silla de Su Excelencia!»

Juzgando entonces que aquella Excelencia no podía ser sino el General, adelanté varios pasos, sin hacer caso de las protestas de los soldados, y me dispuse a penetrar en el patio, donde distinguía los uniformes de varios Oficiales ingleses.

En el mismo momento apareció una mujer que bajaba la escalera, precedida de un criado con luz y acompañada de dos Señores, en quienes reconocí en seguida al Conde de Peterborough y a D. Octavio Branciforte.

Aquella dama, ante quien todos los presentes se inclinaban como si se tratara de la Reina, era Doña Leonisa de Ornano, que se retiraba a su casa, después de informarse de las últimas novedades ocurridas en Barcelona.

Los penetrantes ojos del Conde me descubrieron al punto, y percatándose de la resistencia que los centinelas me oponían, comenzó a llamarme desde el patio, pronunciando mi nombre a grandes voces y haciendo señas para que me acercara.

Llegado junto al grupo, y tras las consiguientes presentaciones y saludos, Milord añadió, dirigiéndose a la Princesa:

—Aquí tiene Vuestra Excelencia a uno de mis protegidos, que ha de sernos muy útil en el presente caso porque es de los pocos Oficiales que comprenden y hablan el español.

—Este caballero—limitóse a preguntar Doña Leonisa con su magnífica voz—¿no es el amigo de Lord Ramsbockle?

—Sí, Señora—apresuróse a responder el Conde—. Y ése es el mayor defecto que le conozco, porque nada bueno puede aprender junto a un loco que merece seguir purgando sus culpas en alguna cárcel de Barcelona, donde aún debía permanecer más tiempo. Pero la debilidad de Sir Archibald es disculpable si se tiene en cuenta que debe casarse en breve con una hermana de Lord Walter, que reúne toda clase de cualidades para hacer la felicidad del hombre a quien entregue su mano.

La ricahembra me miró un instante, como si quisiera grabar mi imagen en su memoria, e inclinando la cabeza con gran dignidad, continuó su camino sin añadir palabra.

En cambio Milord Peterborough, apenas regresó solo, llevándome aparte, me comunicó que las capitulaciones para la entrega de Barcelona se encontraban a punto de firmarse, y que en ellas pretendía el Virrey Velasco salir de la plaza con todos los honores militares, acompañado de sus tropas y de las personas que desearan seguirle, llevando tres cargas de municiones, 16 cañones, 3 morteros, 6 carros cubiertos, cuyo contenido no debía ser registrado, y víveres para veinticinco días. Asimismo solicitaba que se restituyeran mutuamente los prisioneros y se perdonase a los desertores de ambos campos; que quedaran salvas y seguras las vidas y haciendas de todos los catalanes y extranjeros residentes en la Ciudad; que se confirmaran y observa-

sen los derechos, fueros, privilegios e inmunidades de la misma, de sus Comunes y Gremios, así eclesiásticos como seglares, y que se permitiera y continuara el Tribunal de la Inquisición, concediendo a sus Oficiales la facultad de salir o quedarse en la Capital, como mejor les pareciera.

La única dificultad consistía en que Velasco pretendía demorar la entrega de la plaza hasta el 14 de octubre, alegando que necesitaba diez días para terminar sus arreglos con las Autoridades de la Ciudad, y Peterborough exigía que mientras tanto, y como garantía del pacto, se admitieran tropas inglesas en la Puerta del Angel y en alguna otra posición, aunque sin traspasar los límites de las murallas.

Llegado el caso, ya inevitable, de que el Virrey accediera a esta pretensión, el General en Jefe deseaba que los Oficiales que compusieran la guarnición de dichos puestos fueran personas que comprendieran mejor o peor el español, y por ello se había acordado de mi nombre para incluirlo en el número.

Enterado del cometido que se me preparaba, y reconocidísimo a la nueva deferencia del amigo de mi padre, no quise abandonar, sin embargo, al Lord sin dirigirle antes un ruego, que acababa de sugerirme el encuentro con la Princesa de Ornano y la reservada actitud de ésta conmigo.

Como si en aquel momento contemplase la interesante figura de Jenaro de Pereda, tan mal tratado por la rencorosa dama, me atreví a decir:

—¿Sería indiscreto, Milord, antes de separarnos, solicitar un favor de vuestra parte? Su Excelencia acaba de manifestar, al exponer las condiciones de la capitulación, que entre ellas figura la de restituirse mutuamente todos los prisioneros, y yo co-

nozco un Oficial español, que viene desde Lisboa con la flota, a quien desearía incluir en la gracia.

—¿Es prisionero de guerra?—preguntó Peterborough.

—Sí, Milord, y dignísimo de vuestra protección bajo todos conceptos. Yo salgo fiador de él.

—En ese caso, concedido, Archibald. Pero no me digáis ahora su nombre. Lo olvidaría seguramente. Recordádmelo cuando estemos en la ciudad, o encargad a Ronan del asunto, pues aun es prematuro tratar de estas cosas. Y no os preocupéis de las dificultades que pueda ofrecer el caso, porque yo sabré vencerlas todas. Ahora preparaos a ocupar vuestro puesto en la Puerta del Angel y conducíos como quien sois.

XXI

15 octubre.

La satisfacción de haberme adelantado a las maquinaciones de D.^a Leonisa, y obtenido por medios regulares lo que tanto interesaba a su encantadora prima, me hicieron llevaderas las molestias subsiguientes, hasta verme dentro del baluarte de la Puerta del Angel, en compañía de un reducido destacamento inglés, cuya única misión consistía en estar a la mira de lo que sucediera en el interior de la Ciudad y mantener contacto con los espías y confidentes que a cada paso traían noticias, a fin de prevenir al General en Jefe apenas ocurriese algún suceso importante o se observaran indicios de deslealtad por parte de las fuerzas del Virrey.

La Puerta del Angel da acceso a la plaza por la calle del mismo nombre, figurando como una de las

más modernas de Barcelona por haber sido reedificada el siglo pasado, según lo atestigua una lápida colocada en su muro.

Como construcción, nada ofrece de particular, ni el baluarte ni la puerta, y el único adorno que éste ostenta en su exterior es una imagen del Angel Custodio y una capillita en el mismo portal, donde parece se dice misa y se celebra una fiesta al año. Antiguamente se llamaba *dels Orbs*, que quiere decir de los Ciegos, después se tituló de los Huérfanos, y más tarde de Santa Ana. El origen de su actual nombre constituye una tradición que está pintada en la pared que media entre la puerta y la contra-muralla.

Según aquélla, al dirigirse a este sitio San Vicente Ferrer, el día 5 de abril de 1419, seguido de inmensa muchedumbre que acababa de escuchar uno de sus maravillosos sermones, encareciendo los méritos de Barcelona y la piedad de sus habitantes, se le apareció un hermoso joven, vestido de metal resplandeciente y espada en mano como si hiciera centinela. San Vicente le preguntó quién era, y el desconocido respondió:

—«Soy el Angel Custodio, y guardo Barcelona por orden del Señor.»

Dicho esto desapareció, y en memoria del hecho comenzó a llamarse la entrada desde entonces «Puerta del Angel», siendo confirmada oficialmente con tal título en 1466.

Pero se conoce que los privilegios celestes no rezan para los ingleses, a juzgar por nuestra actual y definitiva instalación en la plaza, gracias a las vacilaciones de D. Francisco de Velasco.

Por cierto que la situación de éste al ocupar nosotros el baluarte era bastante comprometida, según las noticias que nos llegaban.

Obligado desde el primer día del bombardeo, o sea el 11 de septiembre, a mudar habitación, abandonando su palacio para retirarse a casa de D. Juan de Josa, en la plaza de Santa Ana (muy próxima al lugar en que nosotros nos encontramos ahora), no tardó en dejar también aquélla y trasladarse al Colegio del Obispo, y de éste a una bóveda fuerte del Convento de San Pedro, donde sin duda evitaría los proyectiles, pero no las murmuraciones de la plebe, que calificaba su prudencia con poco respeto.

Al cesar las hostilidades el 5, comenzó Velasco a salir de nuevo y a mostrarse en público; mas su justificada amargura y el rencor que le inspiraban sus contrarios lleváronle a cometer una serie de desaciertos que han terminado por convertirle en el blanco de los odios catalanes.

Excitados éstos por las noticias que van llegando de sublevaciones y pronunciamientos en todo el Principado, impacientes por la inexplicable tardanza en rendir la Ciudad, perdida toda disciplina y aumentada la inquietud de la población por la presencia en calles y plazas de mucha gente maleante procedente del Arrabal, comenzó a correr y justificarse hace días el rumor de que las dilaciones de Velasco obedecían únicamente a su deseo de apoderarse de los partidarios más significados del Archiduque a fin de ejecutarlos antes de marcharse, llevándose algunos escondidos en los carros cubiertos que estipulaban las capitulaciones, para entregarlos a Felipe V y vengar despiadadamente en ellos la deslealtad de sus compatriotas.

Esta especie, justificada aparentemente por las evasivas del Virrey al hablarle de los presos que gemían en las cárceles, y por el redoblamiento de Guardias en torno de los mismos, constituyó la chispa que produjo el incendio preparado desde

hace tantas semanas contra el Representante del Duque de Anjou.

Por las comunicaciones que los ingleses de la Puerta del Angel manteníamos con algunos confidentes, sabíamos desde el 8 que en las casas inmediatas a la Torre del Matadero estaban prevenidos 500 hombres para oponerse al embarque de los detenidos, así como que los mismos prisioneros contaban con armas para defenderse, caso de intentarse su traslado.

Aquel estado de agitación fué aumentando en los días siguientes, dada la falta de autoridad que se sentía, pues ni la Veinticuatrena de guerra, que se reunía desde muchos días atrás en casa de Dalmasés, ni las demás Corporaciones, que celebraban sus Juntas en la Catedral o en San Juan, hacían nada de provecho para evitar el desbordamiento que se avecinaba.

La gentuza de la Ribera, más numerosa cada vez, encargábase por su parte de fomentar toda clase de invenciones, soñando con el posible saqueo de las casas de los borbónicos.

En tales condiciones faltaba sólo el pretexto para el levantamiento, y este pretexto parece que lo proporcionó ayer la disputa de un Oficial de la Guardia, que intentó disparar su pistola en la cárcel, siendo desarmado él y sus soldados por los presos. Otros dicen que el principio de la revolución provino de una reyerta callejera entre un soldado y un paisano, por haber querido el primero arrancar al segundo la cinta amarilla que llevaba.

Lo indudable es que de pronto comenzamos a escuchar desde nuestro retiro el toque de rebato de una Iglesia lejana, que después supimos era la de Santa Marta; a ésta respondió en seguida la de Santa María del Mar; y poco a poco fué haciéndose

general el campaneó, al que no tardaron en acompañar los gritos de la multitud, los disparos de armas de fuego y las carreras por las calles.

Imposibilitados de penetrar en la ciudad, por mantenerse cerradas las puertas que daban al interior de la misma, subimos a lo más alto del baluarte, y desde allí conseguimos darnos cuenta de la importancia del alboroto, resolviéndonos entonces a enviar recado al Conde de Peterborough para que acudiera sin tardanza a fin de remediar el desorden.

Poco después comenzaron a llegarnos informes confusos de lo que sucedía en la plaza, y por ellos supimos que la mayoría de los soldados napolitanos de Velasco habían sido desarmados por las turbas, conducidas por cierta mujer de los barrios de Levante, llamada Gerónima Payró, y que el resto acababa de buscar asilo en las Iglesias de Santa Marta, de Clérigos Menores y de Santa María.

Según otros, los baluartes, la Puerta del Mar, la de San Antonio, el Palacio del Virrey, la brecha y su cortadura, quedaban ocupados por paisanos, a los que gradualmente, y tras breve defensa, habíanse rendido los soldados borbónicos encargados de su custodia.

Una hora después sabíamos que los insurrectos se fortificaban en algunas calles, parapetando las de la Ribera, y que mientras unos se ocupaban así, corrían otros a la Torre del Matadero, a las Cárceles Reales, a las del Obispo, a la Dreçana y a cuantos escondrijos encerraban presos, para ponerlos en libertad y conducirlos después en procesión a la Casa de la Ciudad.

Claro que si a esto solo se hubiese reducido el movimiento de los barceloneses, nada hubiéramos tenido que objetar los Aliados, ya que tan bien servirían nuestros intereses, adelantando por su propia

voluntad la entrega de la Capital y haciendo nulas por tanto las Capitulaciones con el Virrey. Pero lo malo del caso fué que, mientras la mayoría de la población obraba así, movida de su impaciencia por aclamar a Carlos III, varias bandas de malhechores, de esas que en todos los disturbios surgen sin saberse cómo ni dónde, comenzaban a aprovechar la oportunidad para dedicarse al saqueo y pillaje de las casas de los partidarios de Felipe V, cometiendo toda clase de excesos con éstos.

Aquello no debía ya consentirse, porque recaía más directamente bajo la responsabilidad de los Aliados, a quienes podría reprocharse en el futuro por ello, acusándolos de haberlo cometido o instigado; por lo cual, y viendo que el General no llegaba, decidimos obrar por nuestra cuenta, comenzando acto seguido a derribar las sólidas Puertas del Angel, con objeto de penetrar en la Ciudad.

Bien pronto, al eco de nuestros golpes, comenzó a acudir gente de las calles vecinas, dando estruendosos vítores al Archiduque y a Inglaterra, e instigándonos entusiastamente a proseguir la obra para tomar parte en la refriega contra los Borbones.

Entre la turba que podíamos distinguir desde las aspilleras, encontrábase una especie de coloso, con los vestidos hechos jirones, la cara cubierta de tizne, e innumerables manchas de sangre y de barro por todo el cuerpo, que gritaba sin cesar y encabezaba el grupo más numeroso, llevando colgada de cada brazo una mujer desgredada y frenética.

Abriéndose paso a empujones, terminó por colocarse en primer término, y empuñando una barra de hierro que parecía imposible de sostener, comenzó a golpear violentamente la puerta con la misma facilidad que si manejara un bastón.

Aquel alarde de fuerza, así como los execrables

juramentos ingleses con que acompañaba la ciclópica tarea, y que dominaban los alaridos de todos los demás, me hicieron reconocer al fin con espanto, en el innoble personaje, al elegante, distinguido y aristocrático Lord Walter Ramsbockle, mi futuro cuñado, que, libre sin duda de su prisión en alguno de los recientes asaltos de cárceles, y vuelto al estado primitivo por el contacto del populacho y del desenfreno de las pasiones, mostrábase en su verdadero y adecuado aspecto, libre de todas las trabas impuestas a su brutalidad nativa por el nacimiento nobilísimo y la educación refinada.

La llegada en aquel momento del Conde de Peterborough a caballo, seguido de su brillante Estado Mayor y de algunas fuerzas, me evitó el bochorno de verme obligado a sostener una disputa con el insensato Marqués, disputa que seguramente hubiera concluido de mala manera para ambos.

XXII

Enardecido el General en Jefe por las nuevas recibidas en Sarriá, y resuelto a representar magníficamente su papel de mediador y de árbitro generoso entre la población y el Virrey, apresuró la destrucción de la resistente puerta, y, en cuanto pudo pasar por ella, avanzó el primero hacia la calle, siendo reconocido al punto por Ramsbockle, que comenzó a vitorearle, acompañado unánimemente por la multitud.

Satisfechísimo el Conde por aquel recibimiento, de que nunca hasta entonces gozara, y sin reconocer, o sin aparentar que reconocía, al hermano de Winifred, hizo además de que deseaba hablar, para que se retirase un poco la gente y guardara silencio.

Ya iba a comenzar su alocución, que todos nos disponíamos a oír con religiosa compostura, cuando sentimos unos gritos de mujer que venían de la calle, como si se tratara de matar a alguien en ella.

Obedeciendo entonces a un gesto de Milord, lanzámonos inmediatamente en aquella dirección, consiguiendo abrírnos paso, y divisando a poco una hermosísima dama que, con los cabellos sueltos, el rico vestido en desorden y presa de la mayor congoja, venía huyendo de unos cuantos hombres que la perseguían.

Apenas escuchamos sus primeras palabras, pronunciadas en francés, pudimos darnos cuenta de que debía de pertenecer a la más encopetada nobleza extranjera, viendo confirmadas nuestras suposiciones al conducirla junto al Conde de Peterborough y oír que era la Duquesa de Pópuli, esposa del Jefe de las fuerzas napolitanas llegadas un mes antes a Barcelona para reforzar la guarnición de Velasco, y que su presencia allí obedecía al deseo de buscar asilo en el baluarte del Angel, donde sabía que se encontraban fuerzas inglesas, y pedir protección para su marido, cuya vida, así como la del Virrey Velasco y otros Señores, corría inminente peligro en aquellos momentos, pues las amotinadas turbas pretendían arrastrarlos por las calles, en venganza de su fidelidad a la causa de Felipe V.

Las lágrimas de la Duquesa, así como su extraordinaria belleza, impresionaron desde luego a nuestro General en Jefe, quien, procurando tranquilizarla con frases corteses, la condujo al interior del baluarte que acabábamos de abandonar, volviendo a aparecer en seguida para dirigirse, escoltado por todos nosotros y seguido del pueblo, que cada vez hacía más numeroso, al Convento de San Pedro,

donde la de Pópuli le indicara que seguía refugiado D. Francisco de Velasco.

Mi curiosidad y mi emoción al pisar por primera vez Barcelona eran tan grandes, que me hacían fijar en todo y preguntar detalles, a los que nos acompañaban, sobre las calles y los edificios que íbamos descubriendo, sorprendiéndome sobremanera la austeridad de éstos, su considerable altura y la excelente pavimentación de la ciudad, que en otras Capitales, incluso Londres, suele ser tan mala.

Del Carrer Condal pasamos a la plaza de Junqueras, donde se levanta un gran Monasterio de los Comendadores de Santiago, conocido por el nombre de Santa María de Junqueras, con iglesia gótica y muy antigua. Estas Señoras Comendadoras, cuyas venerables figuras pudimos admirar desde las ventanas, deben de vivir muy anchas, y parece que son sumamente austriacas y politiqueras, perteneciendo todas a la nobleza. Alguien me aseguró además que les está permitido por su regla salir de la clausura siempre que quieren, utilizar varias criadas, y hasta contraer matrimonio, cosas todas que me parecieron acertadísimas.

De esta plaza salimos al Carrer de les Voltes de Junqueres, y luego a la calle alta de San Pedro, en cuyo principio está el Convento de Mínimos de San Francisco de Paula, y que desemboca en la plaza de San Pedro, término de nuestra peregrinación.

Los gritos de la muchedumbre que llenaba su recinto, el ruido ensordecedor que desde lejos se escuchaba al acercarse, y el eco de algunos tiros sueltos que dispararon al vernos aparecer, sin que, por fortuna, produjeran ninguna desgracia, nos advirtieron del riesgo que efectivamente corría la existencia del Virrey y de los Generales y personajes

borbónicos reunidos en el viejo Convento de San Pedro de las Puellas.

Pronto, sin embargo, circuló entre aquel enjambre humano la noticia de que el Señor General que veían acercarse seguido de tanta tropa era nada menos que el Conde de Peterborough en persona, que venía en nombre de Carlos III a sacar a Don Francisco de Velasco y a sus compañeros de la ciudad, por lo cual los gritos sediciosos tornáronse en interminables aclamaciones, resonando los aires con los «¡Visca Cataluña!», «¡Visca Carlos Tercer!», repetidos sin tregua por millares de voces.

A poco apareció en la puerta de la Iglesia la comitiva del Virrey, quien, pálido pero resuelto, avanzó unos pasos hacia el Jefe de los Aliados, que le estrechó en sus brazos y, cediéndole la derecha, con grandes cortesías, como conquistador y dueño ya de la Ciudad, comenzó a desandar el camino andado, siguiendo por el mismo itinerario a la Puerta del Angel, donde terminó el calvario del infortunado Velasco.

Mientras cumplíamos este deber de caballeros, protegiendo cada uno de nosotros a un personaje distinto, el que me correspondió custodiar a mí, que ignoro cómo se llamaba, pero que parecía muy locuaz y comunicativo, entretuvo el tiempo contándome la curiosa leyenda del primitivo Convento, que existía en el mismo sitio del que acabábamos de abandonar. Dicha leyenda pretende que en 985, o 986, las monjas de San Pedro, temiendo ser víctimas de la soldadesca mahometana, resolvieron con ánimo varonil desfigurar sus rostros, cortándose las narices. Lograron su objeto, que era el de causar horror con sus semblantes mutilados; pero aquello produjo tal ira en los infieles, que las pasaron a todas a cuchillo, exceptuando unas pocas,

entre ellas la abadesa Martruina, a quienes llevaron cautivas a Mallorca.

Admirando la presencia de ánimo, no sólo de las heroicas Puellas, que a tal precio conservaron su pureza, sino de la persona que en semejante trance tenía suficiente sangre fría para repetirme tales patrañas, sin aparentar oír los insultos y mueras que menudeaban en torno nuestro, conseguimos al fin llevar a cabo los propósitos del Conde de Peterborough, que consistían en evitar a Barcelona un día de vergüenza y a los Aliados un motivo eterno de recriminaciones, como hubiera sucedido de haberse sacrificado la vida de unos hombres cuyo pecado consistía, después de todo, en haber cumplido con su deber y con su honor de soldados.

Aquella noche, que por cierto fué tormentosa en extremo, lo que facilitó mucho el restablecimiento del orden en la ciudad, descansaron, o por mejor decir recordaron sus desdichas, los emigrados en el Convento de Jesús, sito extramuros de la Puerta del Angel, y al día siguiente se dispuso todo lo necesario para su traslación a los buques que debían conducirlos hasta Málaga o Alicante, junto con las pocas tropas que aun continuaban fieles a las banderas de Felipe V.

Terminados todos los preparativos y mediada la tarde del 15, resolvióse proceder al embarque en las lanchas y botes dispuestos al efecto, que eran bastantes, distinguiéndose por sus proporciones la falúa destinada al Virrey y a su séquito, donde me cupo la honra de obtener un sitio por indicación de Milord Peterborough.

La operación resultó solemne y casi silenciosa, pues ni Velasco, ni el Duque de Pópuli, ni el Marqués de Aytona, ni el de Risburgo, ni ningún otro de los demás, exteriorizaban sus sentimientos, aun-

que pudieran presumirse por la expresión altiva y hosca de los respectivos semblantes.

El Virrey, sobre todo, que era la segunda vez que se veía obligado a partir de Barcelona en análogas condiciones, pues la misma desgraciada suerte le había cabido en 1697 con el Duque de Vendôme, al apoderarse éste de la Capital del Principado, respiraba amargura y humillación concentradas, que sólo disminuyeron un instante al descubrir su bandera, puesta al extremo de la falúa, y recibir los honores correspondientes a su altísimo rango, tributados por nuestros marinos.

Don Francisco de Velasco, sin embargo, a pesar de cuanto se diga o se pueda escribir contra él, no ha tenido la culpa de la pérdida de Barcelona, ni ha sido un cobarde, ni mucho menos un gobernante inepto, como muchos creen.

Dotado de grandes condiciones y leal por todo extremo a sus Reyes, tal vez en condiciones normales hubiera podido dejar un buen recuerdo en Cataluña, no obstante las desigualdades de su carácter.

Pero ¿qué podía hacer en las circunstancias que encontraba, abandonado de los suyos, traicionado por la mayoría de los prohombres del país, aborrecido de la población y comprobando a cada paso que ésta no deseaba otra cosa sino abrir las puertas al Archiduque y renegar de la fe prometida a Felipe V?

Mientras bogábamos mar adentro y los detalles de la playa barcelonesa ibanse haciendo más confusos, consideraba yo atentamente aquel grupo de hombres valientes, decididos y leales, que vestidos de gran uniforme, adornados de plumas y brillantes corazas, erguidos con la altivez característica de los de su raza, disimulaban estoicamente sus

impresiones, sin volver siquiera la cabeza para contemplar por última vez la ciudad que no habían podido conservar para su Rey y que tan duramente acababa de tratarlos.

La rabia por la derrota sufrida y por el triunfo de los Aliados no debía de ser tan grande como su animosidad y su deseo de venganza contra el pueblo, a quien juzgaran sometido e identificado con los intereses del nieto de Luis XIV, y que tan evidentes muestras estaba dando de su desafección hacia él y de las diferencias de todo género que le separaban de sus hermanos castellanos.

¡Aquello no lo olvidarían nunca éstos y constituiría en adelante el argumento y la disculpa para todas sus represalias y todas sus campañas contra los indisciplinados catalanes, obligados, según ellos, a secundar ciegamente las decisiones del Gobierno de Madrid para mantener la unidad de la patria, principio sagrado que debe dominar todas las demás pasiones!

Entretenido con estos pensamientos, y contemplando el Mediterráneo, que se extendía ante nosotros indiferente y tranquilo, llamó mi atención entonces un lanchón, procedente seguramente de alguno de los buques de la flota, que parecía contener en su interior gran cantidad de gente, aunque todavía no se pudiera distinguir quiénes eran ni hacia dónde se dirigían sus ocupantes.

Poco a poco fué acercándose, y llegado al alcance de nuestros ojos, pudimos comprobar que se trataba de un numeroso grupo de prisioneros borbónicos que eran conducidos a tierra, bajo la vigilancia de algunos soldados holandeses, para ser internados en la ciudad. Aumentado mi interés, procuré reparar en aquellos desgraciados, con la esperanza de reconocer entre ellos a mi protegido Je-

naro de Pereda o a su amigo el Capitán D. García de Zúñiga; y, efectivamente, tropecé al instante con ambos, que venían a proa y trataban a su vez de descubrir e identificar a los ocupantes de la falúa, donde veían ondear la enseña de su ejército y de su Rey.

La noble figura del veterano de Flandes en tal momento, y colocada de aquel modo, atraía las miradas y revestía inenarrable grandeza, como si compendiará en sí sola toda la melancolía de un pasado esplendoroso, convertido ya solamente en recuerdo.

El rojo color del pabellón español, los detalles de la enseña del Virrey, la vista de los uniformes que lucían aquellos Señores y de las armas, que destellaban vivísimos reflejos al ser heridas por los últimos rayos del Sol, debieron indudablemente despertar en D. García de Zúñiga alguna memoria precisa de la gloria de su país, o excitar sus sentimientos patrióticos, pues al cruzarse nuestras embarcaciones a muy poca distancia, le vimos enderezar el encorvado cuerpo, al mismo tiempo que sus ojos relucían de alegría; y cuadrándose con la gallarda actitud que tantas veces debía de haber adoptado en presencia de sus Superiores, llevó la mano a la frente, gritando con voz recia y perfectamente inteligible en el silencio del mar:

—¡Viva Felipe VI! ¡Viva el Rey legítimo de España!...

—¡Vivaa...!—respondieron a su vez los de nuestra falúa, poniéndose en pie y saludando militarmente a la Majestad ausente.

Aquella exclamación, en que se compendia toda su historia, fué la última que el ilustre veterano de Flandes pudo lanzar en esta vida, pues arrojándose inmediatamente sobre él algunos soldados

de la lancha, fué derribado sin atención a sus canas y a sus achaques.

Rápido como el pensamiento, acudió al punto Jenaro de Pereda en defensa suya, y sacando de sus ropas un gran cuchillo, comenzó a blandirle, hundiéndole por fin en el hombro de uno de los miserables que maltrataban a su protector.

Pero la lucha fué breve: los soldados dispararon sus pistolas, y, al primer tiro, el Capitán D. García, que acababa de incorporarse de nuevo, cayó redondo en actitud magnífica, hendiendo los aires con una última imprecación que no podía adivinarse si era de dolor o de alegría por verse al fin liberado de su pesada existencia.

Jenaro, loco de furor, quiso seguir peleando como un desesperado; pero tres o cuatro holandeses consiguieron sujetarlo y atarle, haciendo desaparecer después su cuerpo en el fondo de la embarcación, para impedir seguramente que se escucharan sus gritos.

La terrible escena había sido tan rápida, que, al terminarse, las barcas se alejaban nuevamente, cada cual en dirección contraria, hasta desaparecer en la lejanía.

Velasco y sus compañeros continuaban silenciosos, formulando en su interior los mismos juicios que todos los presentes estábamos pensando en aquel momento.

Por lo que respecta a mí, a la amargura del suceso uníanse otras reflexiones no menos graves sobre el porvenir que esperaba al protegido de la Niña de Plata. Su gesto había sido heroico y su actitud justificadísima; pero ¿cómo conseguir su libertad después de aquel acto de insurrección en que debían de haber sido muertos o heridos por su mano algunos soldados Aliados? ¿A quién dirigirse para

que el Tribunal Militar que había de juzgarle no dispusiera su fusilamiento? ¡Nuestros planes habíanse venido nuevamente al suelo de manera irremediable, y Jenaro de Pereda acababa de perder en un momento todas las probabilidades de salir de su encierro, donde en adelante sería mantenido con mayor severidad que nunca!

.....

XXIII

Barcelona, 2 de enero de 1706.

La Providencia, o la fatalidad, dispuso que al regresar de nuestra expedición, después de haber depositado a Velasco y a sus compañeros en el *Britannia*, que debía conducirlos a Alicante, mis camaradas de la falúa se empeñaron en dar un gran rodeo para desembarcar oficialmente y entrar en Barcelona por la Puerta del Mar, que aun nos era desconocida...

Distraído con mis cavilaciones, no reparé, al descender, en dónde ponía el pie, y resbalando sobre una piedra, tuve la desgracia de caer, con tan mala suerte, que me fracturé la pierna izquierda por dos partes distintas; viéndose obligados, los que conmigo venían, a transportarme en brazos hasta la muralla, en cuyos umbrales perdí el sentido, para no recobrarlo sino mucho después y encontrarme en un aposento desconocido y rodeado de caras extrañas que me contemplaban azoradas.

Alguien que debía pretender ser médico, pero que ignoraba en absoluto su oficio, procuraba en vano colocar mis huesos en su sitio, produciéndome con su torpeza tan intenso dolor, que sin poderme con-

tener comencé a pedir a gritos la asistencia del Doctor Freind, o la de cualquier facultativo de nuestra Sanidad que hiciera cesar el insufrible martirio de que estaba siendo víctima.

Pero todas mis protestas resultaron vanas, porque aquel bárbaro se obstinó en rematar la obra, y haciéndome sujetar por varias personas para que no me moviera, tanto hizo y tan mal, que terminé por desmayarme de nuevo y perder en absoluto la sensación de todo.

¿Cuánto duró este estado, y qué hicieron conmigo durante el tiempo que siguió a esta primera y estúpida cura?

No lo sé: únicamente recuerdo que al abrir los ojos, después de algunas horas, o de algunos días, reconocí al buen Freind junto al lecho, que examinaba con desaliento mi desnuda pierna, terminando por exclamar descorazonado:

—¡Pobre muchacho! Si tardo en venir, tendríamos que amputarla. Ahora lo que se necesita es volver las cosas a su primitivo estado; pero la operación será larga. Veremos si la resiste el paciente. ¡Valor, Sir Archibald!

Y poniendo manos a la obra, comenzó su labor, volviendo a sumirme en el reino de la inconsciencia.

¡Tal es el caprichoso sino que preside nuestros pobres seres! ¡No en balde aseguraba el horóscopo de Anselmo del Castillo que el día 15 del mes resultaría nefasto para mí y para mis amigos! ¡Y eso que esta vez no fué *mulierem causa*, como aseguraba el Gran Piscator!

Ahora bromeo, después de más de dos meses de trabajos y de paciencia, en que me he visto obligado a permanecer tendido, sin poderme mover, gracias a los complicados vendajes y aparatos inventados por la ciencia de Freind para no dejarme

cojo; pero las primeras semanas, hasta bien entrado noviembre, ningún humor ni energía conservaba, pues todos eran pocos para soportar los sufrimientos de mis pobres huesos, que nunca supuse tan frágiles y quebradizos.

La fiebre que me abrasaba durante ese tiempo y me hacía delirar a menudo, manteniéndome en una especie de letargo continuo, obligó además al Doctor a prohibir la entrada en el cuarto donde me encontraba, haciendo que varios enfermeros de su confianza me asistieran de noche y de día, con encargo expreso de no contestar a las preguntas que pudiera yo dirigirles.

Por suerte, a principios de diciembre comenzó a mejorar mi estado y a disminuir la severidad de Freind, permitiendo el acceso hasta mi cabecera de Walter Ramsbockle, Gorges, Ronan, algunos Oficiales del Regimiento, y por último del Conde de Peterborough, que se había interesado mucho por mí, ordenando a su amigo íntimo que no me abandonara hasta verme fuera de peligro.

Entonces me enteré, con la consiguiente sorpresa, de que me encontraba hospedado en el palacio de los Duques de Cardona, situado en la plaza de San Francisco, y habitado en aquella sazón por la ilustre Marquesa de Villarrubia y sus nietos los Príncipes de Ornano, quienes enviaban todos los días a preguntar noticias de mi salud.

La explicación de tan prodigiosa coincidencia era, sin embargo, muy sencilla. Al transponer mis acompañantes la Puerta del Mar la tarde del accidente, conduciéndome en brazos, sin saber dónde dirigirse, por ignorar las calles de la ciudad, repararon en un caballero que los contemplaba sorprendido y parecía persona de viso. Dirigiéndose entonces a él, preguntáronle las señas de algún hospital o casa

en que pudieran admitirme, con la seguridad de ser espléndidamente recompensados. El Señor incógnito limitóse a preguntar mi nombre y la causa de verme en aquel estado, y al enterarse de uno y de otra, añadió que su familia vivía cerca y veríase muy honrada hospedando a una persona como yo. El Caballero era D. Octavio Branciforte, esposo de D.^a Leonisa, y la casa de su familia el palacio de Cardona, donde desde hace tiempo reside la Marquesa de Villarrubia, venida desde Madrid a Barcelona con sus sobrinos los Duques, que abandonaron la ciudad poco antes del sitio.

Excusado es añadir que en cuanto supe la noble acción del Príncipe me apresuré a agradecerla vivamente, añadiendo que no abusaría de la hospitalidad de Sus Excelencias, pues en cuanto pudiera trasladarme a otra casa lo haría, quedando reconocidísimo por todas sus bondades; y en respuesta a este recado acudió D. Octavio a mi habitación aquel mismo día para comunicarme, de parte de la Marquesa y de su esposa, que podía permanecer cuanto quisiera en la casa, pues ésta era grande; así que las Señoras se considerarían muy honradas con mi presencia en ella, esperando el momento de recibirme y felicitarme por mi restablecimiento.

Aquellas manifestaciones tan señoriles, así como la variedad y el agrado de la conversación del Príncipe, motivaron la repetición de sus visitas a mi cuarto, y no tardó en establecerse entre nosotros una cordialidad de relaciones que nunca hubiera imaginado posible cuando le conocí a bordo del *Ranelagh*.

Gracias a las noticias de unos y otros conseguí además ponerme al corriente de cuanto había sucedido durante mi enfermedad, pareciéndome otro nuevo delirio las fabulosas novedades que escucha-

ba referir sobre los progresos de nuestras armas en todo el Principado.

La fortaleza de Lérida, la más importante de Cataluña, rendida por los Desvalls; Tortosa y Tarragona en poder de José Nebot; Gerona, declarada a favor de Carlos III; Urgel, Reus, San Feliú, Cardona, Manresa y treinta y dos ciudades más, en poder de los Aliados; el Reino de Valencia rebelado casi íntegramente a favor del nuevo Rey, gracias a los esfuerzos del General Basset y Ramos y del Conde de Cifuentes; Aragón comenzando a seguir el ejemplo. Y Rosas y Cervera sosteniéndose únicamente contra nosotros como un ejemplo único de tenacidad e independencia.

Las fuerzas de que podía disponer Milord Peterborough no resultaban ya suficientes para continuar tan magna empresa; los primeros recursos obtenidos del Parlamento inglés para la Guerra de España se habían agotado desde mucho tiempo atrás, y como el cerebro del General en Jefe, puesto en vertiginosa actividad por los últimos triunfos, no cesaba de formar planes y de proyectar campañas para extender el dominio de los Aliados, habíase visto Su Excelencia obligado a enviar a Londres una Comisión, formada por Stanhope, Lord Shannon y Morris, a fin de conseguir nuevos refuerzos y dinero en abundancia para continuar la campaña.

Dicha Comisión hacía ya tiempo que se encontraba en viaje, pues acompañaba a la escuadra mandada por Sir Cloudesley Shovel, que zarpó de Barcelona el 23 de octubre, cuando yo atravesaba la crisis más aguda de mi enfermedad.

Por lo que tocaba a la instalación del Archiduque en la Capital, y a los trabajos de organización de su nuevo Gobierno, comunicóme D. Octavio datos muy interesantes y que anunciaban la mayor

armonia entre Carlos III y sus satisfechos catalanes.

Éstos se habían puesto desde el primer momento al lado del Soberano, cuya solemne entrada en Barcelona se verificó el 7 de noviembre, con todas las ceremonias acostumbradas, prestando el tradicional juramento *por las islas*, en la plaza de San Francisco, delante del palacio de Cardona, donde yo me encontraba.

Las fiestas y los saraos sucedieron desde entonces, causando la persona del Archiduque muy buena impresión en sus nuevos súbditos, orgullosísimos de albergar entre sus muros al Monarca consagrado por sus propios esfuerzos; y los primeros actos de Carlos III habían consistido en nombrar Primer Ministro al Príncipe de Liechstentein, Gobernador Militar de Barcelona al Conde de Uhlfeldt y Secretario General del Despacho al catalán Don Ramón de Vilana y Perlás, designando para el cargo de Veguer al Conseller en Cap de la Ciudad.

A los antedichos nombramientos siguióse la creación de la «Real Guardia Catalana», para la que se señaló como Jefe a D. Antonio de Peguera y Aymenrich, figurando entre sus Oficiales los apellidos más ilustres del Principado.

La Ciudad, por su parte, dispuso formar un Regimiento de 1.000 hombres, bajo el mando de Don Jaime de Cordelles, y la Diputación otro, cuyo Caronel fué D. Miguel Pinos. Asimismo se acordó servir al Rey con un préstamo de 75.000 pesos.

La exigüidad de aquella suma, con relación a los sacrificios que se esperaban de Barcelona, y los compromisos que abrumaban a Carlos III, llamó mi atención, así como la calidad de préstamo en que era facilitada, lo que hizo sonreír a D. Octavio, que me contestó en seguida:

—La parsimonia de los Señores Consellers y del

Consejo de Ciento tienen su explicación en aquella frase de nuestro divino Dante cuando habló de *l'avara povertá dei Catalani*, demostrada a través de los tiempos. Pero no os apuréis, porque Barcelona convertirá pronto el préstamo en donativo y el Principado aumentará éste con muchos más. Por otra parte, el 5 de diciembre se han abierto las Cortes, convocadas muy acertadamente por Carlos III, y en ellas se votarán los servicios de dinero que exija la futura guerra.

—¿Como en nuestro Parlamento?—exclamé sorprendido.

—¡Precisamente!—respondió el Príncipe—. Nada más parecido que una y otra institución, creada en principio para auxiliar el Poder Real, y perfeccionada después para limitarle. Sólo que el origen y los procedimientos de las Cortes Catalanas son más antiguos que los de las inglesas, pues datan de 1283, mientras que vuestro Parlamento de Westminster no se reunió hasta 1295.

—¿Es posible?—añadí en el colmo de la sorpresa.

—«*Una vegada lo any*»: una vez al año, comenzaba diciendo la famosa Constitución de Pedro II el Grande, al establecer el funcionamiento de las Cortes, y ya veis que la palabra Constitución, de que tanto se enorgullecen vuestros compatriotas, era familiar en esta tierra antes que en otra alguna. Ni en Castilla, ni en Francia, ni siquiera en Inglaterra, gozaron nunca los Diputados de autoridad y privilegios comparables a los de los antiguos *Brazos*, que aquí son tres y representan la nobleza, el clero y el pueblo, unidos para *tractar del bon estament y reforma de la terra*.

—¿Y así se siguen reuniendo todavía?—interrogué, pasmado por las noticias que escuchaba y que

aumentaban mi respeto por las instituciones catalanas, de que tanto había oído hablar sin conocerlas.

—Así por lo menos—contestó D. Octavio, eludiendo explicaciones—se encuentran funcionando actualmente las que Carlos III ha convocado en la Sala de San Jorge de la Diputación, presidiendo el brazo eclesiástico el Arzobispo de Tarragona; el Militar, Don Pedro Torrellas, y el Real (o sea el popular), Francisco Gallart, Conseller segundo de Barcelona.

Los detalles que a continuación añadió mi informante sobre la *proposició* o discurso leído el día de la apertura en nombre del Soberano, tan semejante por sus términos a los de nuestros Reyes, y sobre los métodos de discusión de los Diputados, colmaron mi estupor y aumentaron mi natural inclinación hacia un pueblo que así sabe hacer respetar sus derechos, adquiridos a fuerza de sacrificios en el curso de los tiempos.

Claro que hoy día no puede compararse la importancia del Parlamento inglés con el catalán, porque el primero es único en la nación, mientras que el del Principado nunca tuvo más representación que el de éste y Mallorca; pero de todos modos existe un indudable parecido entre ambos, como lo existe entre los dos pueblos.

Quizás la razón de esto consista, según me hizo observar el Príncipe de Ornano, en que Simón de Montfort, Conde de Leicester, a quien se considera como el arquitecto de la Constitución inglesa, vivió en tierras catalanas y fué compañero de infancia del gran Rey D. Jaime, conociendo a perfección los usos y costumbres de esta tierra.

En cambio, lo que no quiso o no se atrevió a explicarme el marido de D.^a Leonisa fué la situación enojosa que habían llegado a crear, en los ne-

gocios políticos, las eternas discusiones entre la Corte de Carlos III y el General Peterborough, que cada vez parecía más distanciado del Rey a quien acababa de instalar en el trono, y sobre todo de sus Ministros alemanes, con quienes nunca lograba estar de acuerdo. Gracias, no obstante, a las murmuraciones de Walter, eco de las hablillas del cuartel, y a las informaciones del Doctor Freind y del Secretario Furley, enteradísimos de cuanto ocurría a su patrón, pude darme cuenta de la delicada crisis por que atravesaban los negocios de los Aliados, en aquellos momentos que todo parecía sonreírles.

Desde la ocupación de Barcelona reinaba efectivamente notable confusión en cuanto se relacionaba con los asuntos militares. Las tropas inglesas y holandesas habían sido amontonadas en varios cuarteles y algunos Conventos vacíos, donde se carecía de camas, de fuego y de toda clase de comodidades. El invierno era frío y lluvioso. Los soldados veíanse obligados a dormir sobre las piedras del suelo, y los Oficiales pagaban alquileres subidísimos por cualquier alojamiento; mucha tropa había caído enferma, pereciendo alguna, lo que estuvo a punto de motivar la retirada de todos los holandeses. Y en corto espacio, una tercera parte de las fuerzas inglesas vióse forzada a ingresar en el Hospital.

Estas penalidades y miserias motivaban, como era natural, un estado de descontento y excitación en las tropas que se traslucía por excesos y desórdenes dentro de la Ciudad, abusos que, aunque se hayan exagerado mucho, no por eso fueron menos ciertos, a juzgar por las historias y anécdotas que me confió el desatentado Ramsbockle, héroe imprescindible de algunas de ellas.

El antagonismo entre Milord Peterborough y el

Príncipe Liechstentein impedía por otra parte llegar a un acuerdo para normalizar la situación. Los triunfos de Carlos III y el prestigio personal de que Su Majestad comenzaba a gozar entre sus nuevos súbditos no habían conseguido sino aumentar la natural altivez del Primer Ministro, que ya se consideraba en la situación de un Lerma o de un Olivares, árbitros del Rey y de la Monarquía.

En cambio, las incesantes ironías del General inglés y las críticas despiadadas que su maligno ingenio prodigaba sobre su antagonista y aun sobre el propio Carlos III llegaron a molestar tanto a éste, que le decidieron a escribir al Embajador Methuen, que se encontraba en Lisboa, pidiendo el relevo de Peterborough y su cambio por Lord Gallway, que dirigía las operaciones de los Aliados en Portugal.

Nada de esto preocupaba sin embargo a nuestro Jefe, que no se cansaba de ponderar cuanto el Archiduque debía a la Reina Ana, y la posibilidad de que todo se perdiera si continuaba atendiendo a sus perniciosos Consejeros. Incapaz además de permanecer inactivo, y deseoso de triunfos personales y aventuras extraordinarias, sin tomar en cuenta la situación personal del Rey, aprovechó las circunstancias de salud del ejército y el disgusto de los holandeses, para decidir, contra la opinión de los Ministros, la inmediata dispersión de sus fuerzas por el territorio catalán y parte del valenciano, dejando casi desamparada la Capital, a la que amenazaban atacar muy en breve todas las tropas de Luis XIV y de Felipe V reunidas.

Para obviar este peligro pasaron a Lérida los dragones de Conyngham, los marinos ingleses, dos batallones holandeses, otros dos napolitanos y el nuevo cuerpo Catalán, mandado por Ahumada, su-

mando en total 3.700 hombres, cuyo objetivo consistía en vigilar las fronteras de Aragón y oponerse al paso del ejército borbónico, que seguramente se dirigiría a Barcelona por aquel sitio.

Los infantes de Charlemont, con dos batallones holandeses y uno napolitano, en número total de 2.000, fueron a Gerona mandados por el General Scratenbach, a fin de evitar el ataque de los franceses.

Para guarnecer Tortosa, y operar, si fuera necesario, en Valencia, marcharon los Dragones Reales y otros cuerpos, que sumaban 1.400 hombres, al mando de Killigrew.

El mismo Conde de Peterborough, cuyos íntimos deseos consistían, según me confió Freind, en alejarse cuanto antes del círculo deprimente de la Corte y del Rey, para dirigirse a Valencia y consolidar su conquista, suspiraba por que se presentase una oportunidad bastante para justificar su alejamiento y la iniciación de un plan independiente y exclusivamente propio.

—¿Y vos, Baldy?—preguntábame un día Walter Ramsbockle, quien atraído por la vecindad de Doña Leonisa, pasaba junto a mí la mayor parte de su tiempo—. ¿Qué partido pensáis adoptar en vuestra actual situación? Yo permaneceré aún aquí los días que pueda, pero al fin tendré que partir también para reunirme con los Guardias en Tortosa. ¿Y vos, qué hacéis? ¿No sería mejor que os trasladarais a Gibraltar para volver desde allí a Cleeve Castle con vuestro padre? Todos aseguran que en mucho tiempo os será imposible reanudar vuestro servicio en el Regimiento.

—¡No sé, Wat!—respondí descorazonado—. ¡Este estúpido contratiempo ha venido a trastornar todos mis planes! ¡Quizá tengáis razón! ¡Pero me cuesta

tanto dejar España sin conocerla ni gustar sus atractivos!

XXIV

En realidad, no eran las anteriores las verdaderas razones de mi anhelo por reanudar mi vida normal y permanecer todavía algún tiempo en Barcelona.

Desde el día que supe dónde me encontraba y quiénes eran los habitantes de la casa, el recuerdo de la Niña de Plata, que nunca me abandonara del todo, volvió a obsesionarme, creyendo percibir su influencia en cuanto me rodeaba.

La escena de la lancha de los prisioneros, por otra parte; el arrogante gesto de Jenaro de Pereda al pretender vengar la muerte del Veterano de Flandes, y la suerte que hubiera podido caber al valiente español después del suceso, ocupaban también muy a menudo mis pensamientos, haciéndome meditar en los nuevos obstáculos que ofrecería su libertad, caso que aun existiera el pobre mozo y no hubiera sido fusilado en castigo de su conducta.

Firme, a pesar de todo, en seguir ayudando a ambos jóvenes desde mi retiro, aproveché la primera oportunidad para confiarme a Freind, refiriéndole cuantos detalles ignoraba de la complicada historia y recabando nuevamente su cooperación en ella.

Gracias, pues, a la bondad del Doctor y a la actividad de Nardo, que no tardó en enterarse de mi presencia en el palacio de Cardona, y en hacerme llegar por intermedio de Freind las noticias que había podido averiguar, supe que D.^a Serafina se encontraba efectivamente bajo el mismo techo que yo, aunque más vigilada que en la Torre Pallaresa

y reclusa en sus habitaciones, de las que no había salido sino para besar la mano de su abuela y recibir de ésta toda clase de improperios y agravios por la fuga de Madrid.

En cuanto a Jenaro, cuya evasión estaba concertada, como yo suponía, apenas desembarcara en Barcelona, ignorábase en absoluto su paradero. Nardo, que esperaba en tierra la llegada del lanchón procedente del *Assurance*, había presenciado con indescriptible horror el desembarco del cadáver de D. García de Zúñiga, y la conducción de su amo, atado como un criminal, hasta el cuartel de Atarazanes, perdiendo desde entonces todo rastro de él.

En vista de tales informes, mi primer cuidado consistió en pedir a Freind que se trasladara al indicado cuartel para averiguar la suerte cabida a Pereda; pero todas nuestras esperanzas resultaron vanas, pues nadie sabía allí del prisionero, cuya entrada constaba efectivamente, pero que debía haber sido sacado poco después para trasladarlo a otra parte.

Acudiendo entonces a mis influencias cerca del General Scratenbach, Jefe de las fuerzas holandesas, tratamos de conseguir algunos datos sobre el proceso que seguramente se habría incoado con motivo de la refriega sostenida a bordo, y el resultado fué también negativo. Si hubo actuaciones, éstas no existían ya, substraídas o inutilizadas por alguna mano poderosa.

Para desvanecer el misterio, que cada vez se hacía más impenetrable, apelé entonces a la amistad del Conde de Peterborough, consiguiendo un permiso para visitar las cárceles donde se guardaban rehenes, y en todas partes se obtuvo la misma desalentadora respuesta. Nadie sabía ni había oído hablar nunca de Jenaro de Pereda.

Los guardianes de la Prisión Real y de la del Obispo, dependientes de la Ciudad, declararon lo mismo, gracias a los irresistibles argumentos empleados por Nardo para hacerles hablar.

En una palabra, la pista del sobrino del Canónigo Urraca se había borrado por completo, y esta vez con tan soberana habilidad, que parecía imposible no hubiera intervenido en ella la mano omnipotente de D.^a Leonisa, única persona capaz de interesarse por el castellano hasta el punto de substraerle primero del poder de la justicia, y confinarlo después en algún retiro ignorado, donde nadie pudiera disputárselo.

La severa vigilancia de la Princesa de Ornano y todas las precauciones de la Marquesa de Villarrubia no impidieron, sin embargo, que cierta noche que me encontraba solo, recibiera de manos de Bliss un perfumado billete que acababa de entregarle con mucho misterio otro sirviente de la casa, completamente desconocido del inglés.

Aquel billete era de D.^a Serafina, y decía así:

«Caballero y amigo: Hasta ayer no me ha sido posible hallar la manera de comunicarme con vos y enviaros el testimonio de mi sentimiento por las condiciones en que os encontráis. ¡Pero si supierais cuántas veces he pensado en vuestra persona, y que de veras he pedido a Dios vuestra salvación primero y vuestro restablecimiento después!

»Nunca olvidaré lo que tanto Jenaro como yo os debemos, y vuestro nombre y vuestra amistad constituyen las únicas esperanzas con que alienta mi alma.

»¡No me desamparéis, Sir Archibald! Estoy sola en el mundo, abandonada de todos, despreciada por mi abuela, sin otro consuelo que el de pasar a la tribuna que da a la Capilla de Nuestra Señora de las Arenas, y renovar allí cada día el juramento que presté ante una moribunda de proteger la vida y el porvenir de su desdichado hijo contra sus enemigos.

»Hace algunos meses, mientras estabais en Montjuich,

hicisteis llegar hasta mí un mensaje que terminaba diciendo que si alguna vez necesitaba de vuestro auxilio no tenía mas que hacer una seña y acudiríais en seguida. El momento ha llegado. ¡No os marchéis de Barcelona! ¡No nos abandonéis sin haber triunfado en esta obra de justicia!

«Para mí nada solicito. Soy aún joven y sabré resistir el desafecto de los míos. Por suerte, aun dura entre ellos la consternación producida por mi escapatoria, de que sé estáis enterado, y ni el Conde de Ecija ni la Marquesa de Villarrubia se atreven por ahora a hablar de casamientos, satisfechos con mantenerme alejada del Caballero de Vau-real, cuyo paradero ignoro en absoluto. En cambio, os pido, por lo que más queráis (por esa joven que según D.^a Leonisa os espera en Inglaterra), que me ayudéis a salvar a Jenaro, de cuyas desgracias me considero única responsable, así como de la muerte de su madre.

«Hacedlo, Sir Archibald, hacedlo por compasión y con-tad de antemano con el reconocimiento eterno de vuestra amiga,

«LA DUQUESA DE SAHAGÚN.

«Posdata. La misma persona que entregará esta carta a vuestro criado, esperará mañana la contestación, a la misma hora y en el mismo sitio. No os sorprendáis si uno de estos días recibís la visita de cierto fraile dominico, famoso por sus conversiones, que intentará la vuestra. Se trata de un empeño muy natural de mi Señora Abuela, que desea intentar por este medio vuestra atracción a nuestra fe. Recibidle bien, y tratad de no escandalizarle sobre todo. Es un santo y un inocente.»

¿Qué respuesta cabía enviar a esta carta, y qué actitud me correspondía adoptar ante una súplica tan tierna, que no fuera la de acceder a cuanto pedía la Niña de Plata y escribirle que contara en absoluto con mi simpatía y mis servicios?

Así lo hice, y dos días después de recibir la primera carta de D.^a Serafina, a la que no tardaron en seguir otras muchas, presentábase efectivamente ante mí el Reverendo Predicador Fray Serapio del Niño Jesús, Confesor de la Señora Marquesa de Vi-

llarrubia, edificándome con su piedad, su patriotismo y su ignorancia.

Fray Serapio es un hombre muy alto, macilento, con expresión de iluminado y reputado por santo, cuya indudable fe estriba, como la de la mayoría de sus compatriotas, en una mezcla extraña de idolatría, de sentimiento y de comodidad, que le impiden discutir ni razonar los preceptos de la religión que profesa.

Esta famosa devoción, o fanatismo, no es sin embargo tan insoportable como al principio pudiera creerse, y cualquier protestante capaz de ocultar prudentemente sus convicciones puede vivir entre los españoles sin cuidado, ya que una de las máximas más corrientes en este país consiste en repetir que no mostrar oposición equivale a asentir, por lo cual hay un refrán que dice: «El que calla, otorga.»

Además de esto, en casi todos los católicos militantes existe una inclinación innata a convertirse en instrumento de Dios para lograr la conversión del infiel. Traer a la Santa Iglesia un réprobo, sea quien sea, constituye un mérito de tal magnitud, que todos los medios son lícitos cuando se triunfa en la empresa; y si el hereje en cuestión es lo bastante poco sincero para despertar algunas esperanzas en el predicador que intenta catequizarlo, no sólo vivirá a gusto, sino que llegará a disfrutar muchas ventajas dondequiera que se encuentre.

Desde su primera visita manifestóme sin ambages Fray Serapio sus verdaderos propósitos, declarándome que desempeñaba no sé qué oficio en el Tribunal de la Inquisición y apreciaba muchísimo a los ingleses, sobre todo cuando tenían sangre irlandesa como yo, aunque sólo fuera por parte de madre, pues casi nunca dejaban de sentir, a la corta o a la larga, cierta inclinación hacia el Catolicis-

mo, que era la religión de sus mayores, y tantos mártires había consagrado en los altares de su país.

Las buenas referencias que de mi carácter tenía además, así como su fortuna con otros soldados, movían, pues, su fervoroso ánimo a emprender mi conquista, ya que el único sentimiento que los pía-dosos barceloneses experimentaban desde la pro-clamación de Carlos III era ver extenderse por la Capital y aun por todo el Principado el culto de una herejía que las necesidades de la política obligaban a tolerar por el momento, aunque ofreciera gravísimos inconvenientes en lo por venir.

—Pero, Padre—observé deferente—, ¿no es cierto que al ser preguntado el Conde de Peterborough sobre el lugar donde deseaba que las tropas practicasen sus devociones, contestó: «Dondequiera tenga mis cuarteles, allí encontraré oportunidad de rendir culto a Dios, y por lo que se refiere al resto del ejército, cumplirá el servicio divino entre sí, sin ofender a nadie con sus manifestaciones?»

—Exacto—repuso el fraile—. ¡Su Excelencia es una persona digna de toda clase de respetos! Pero... ya sabéis que en la práctica suelen cometerse abusos y abominaciones. Además queda el ejemplo, hijo mío, y en Barcelona se siente tanta inclinación por los ingleses, que no es extraño que algunos entusiastas pretendan imitarlos en todo, incluso en aquello en que están equivocados, como es el dogma y las enseñanzas de la Biblia. Tened por seguro, Milord, que el día en que os retiréis de Barcelona, la Inquisición tendrá que trabajar mucho para arrancar la mala semilla que, sin querer, habréis sembrado entre nosotros.

Advertido por semejante introducción, y recordando los consejos de D.^a Serafina, y la importancia de no malquistarme desde el primer día con el hom-

bre de confianza de la Marquesa, limitéme a contestar entonces muy cortésmente que el problema planteado en aquella forma resultaba en efecto importante y requería profunda meditación.

Pero no contento con esta respuesta vaga, añadió el fraile:

—Con la omnipotencia de Dios se consigue todo, y si los que están en alto comenzaran por abjurar sus errores y unirse a nosotros, éste sería el mejor medio de hacer resplandecer la verdad y sellar con ella la boca de la muchedumbre y del partido borbónico, que tanto nos echa en cara nuestra alianza con los enemigos de la Iglesia.

Acosado de manera tan directa, quise ganar tiempo, y, sin rechazar en absoluto las insinuaciones de Fray Serapio, solicité un plazo para examinar la materia, a lo que el buen dominico se opuso, exclamando con unción:

—La coyuntura en que nos encontramos es demasiado preciosa para dejarla perder sin desflorar el tema. La gracia puede tocar el corazón del hombre lo mismo en un abrir y cerrar de ojos que dentro de veinte años. Oídme, pues, y medita con atención mis palabras, que os convencerán de uno de vuestros mayores errores. Ustedes los herejes no admiten la transubstanciación, a pesar de que Dios dijo bien claramente: «*Hoc est enim corpus meum.*» Ahora bien; si ustedes rechazan lo que Dios ha manifestado, será porque Dios haya mentido. Y, sin embargo, todos los protestantes aceptan el postulado de que Dios, que es toda la verdad, no puede mentir: «*Deus, qui est omnis veritas, non potest dicere falsum.*»

—Concedido, Padre—repuse divertido con la manera de argumentar el fraile—. Mas permítame Vuestra Reverencia contestarle con otra pregunta:

¿Es cierto que existe el Purgatorio y que todos debemos pasar por él?

—Certísimo—afirmó resuelto Fray Serapio.

—Perdonad—insistí—; yo conozco un hombre, y de los mayores pecadores por cierto, que subió a la gloria sin visitar el Purgatorio.

—¡Nombrádmelo, si os atrevéis!—gritó el Predicador.

—Sí haré—proseguí—. Ese hombre fué el ladrón crucificado junto a Jesucristo, y a quien éste dijo en la agonía: «*Hodie eris mecum in paradiso*» (Hoy serás conmigo en el Paraíso). Luego no pasó por el Purgatorio ni éste es indispensable. Por donde se demuestra que Dios dice siempre la verdad, pero que los hombres nos equivocamos muchas veces al interpretarla.

Aquel razonamiento sorprendió tanto la buena fe del ingenuo Fray Serapio, que le dejó sin respuesta por un rato, haciéndole contemplarme con mayor atención que al principio y medir sus palabras con mayor cuidado.

Justo es añadir, no obstante, que si en el terreno teológico resultaba fácil de desconcertar el Reverendo, gracias a su candor, en el histórico y patriótico, al que no tardamos en pasar, parecía insuperable, refiriéndome aquella misma tarde, durante dos horas, las vidas y milagros de todos los Mártires catalanes que ayudaron a la exaltación del Catolicismo durante el ciclo romano, desde San Fructuós y Santa Eularia, hasta San Cugat, San Feliú y San Narcís, apellidado *flor del paradís* por sus compatriotas.

Este *domador de monstres*, famosísimo por sus maravillosas conversiones, mereció sobre todos el comentario de mi Maestro, que no se cansaba de alabar sus cualidades de taumaturgo y el prestigio

de que gozaba con los infieles y con toda clase de gentes, incluso con *aquelles dones de bordell, sollades amb tota mena de pollucions, deixebles de Venus nefandísima*, que contemplando su santidad y tocadas de la misericordia celeste, *varen mereixer esser veres adoradores de Nostre Senyor Jesucristo*, y hasta proporcionaron una nueva Santa a los altares, gracias a las predicaciones del Santo.

XXV

15 de enero.

Mas a pesar del nuevo entretenimiento que me ofrecían las polémicas con Fray Serapio, y de los demás atractivos que me brindaba el palacio de Cardona, mi permanencia junto a los Villarrubia no podía prolongarse mucho tiempo.

Así me lo hacían presumir los progresos de mi convalecencia y la facilidad con que comenzaba a caminar, valiéndome de muletas, ya que mi pierna no respondía aún a las exigencias que le demandaba.

Fray Serapio del Niño Jesús, como era de suponer, atribuía la curación a un milagro hecho por San Olaguer, gracias a su intercesión, y a la promesa formulada ante el bendito cuerpo de no descansar hasta conseguir mi incorporación al seno de los fieles.

Lo cierto era que mis fuerzas renacían y que gracias a ellas me fué dable recibir en pie al General Conde de Peterborough, quien, a pesar de sus infinitas ocupaciones, no quiso marcharse de Barcelona sin verme, para poder informar exactamente a los míos sobre mi salud.

El pretexto utilizado por Milord para abandonar

la Corte de Carlos III, en que ya le resultaba insostenible la vida, consistió en aducir la necesidad de trasladarse a Tortosa con objeto de atender la campaña de Valencia, comprometida por las demasías del General Basset y Ramos, erigido en tiranuelo de sus compatriotas.

La razón no podía ser más plausible, en efecto, pues el Conde de las Torres estaba a punto de cortar las comunicaciones de las fuerzas inglesas entre Cataluña y Valencia, y el Coronel Jones, sitiado en San Mateo, veíase en la necesidad de rendirse, si no era socorrido prontamente por los nuestros.

Aquel peligro decidió al Rey a escribir una carta muy apremiante al Conde de Peterborough, ordenándole adoptara las disposiciones pertinentes para que Jones fuera auxiliado, e interpretando el General dicha carta en el sentido que más le convenía, no sólo despachó instrucciones a Tortosa para que salieran inmediatamente refuerzos en dirección a San Mateo, sino que resolvió dirigir la operación en persona, poniéndose al frente de las tropas para demostrar a sus émulos y detractores que la fortuna y el genio no le habían abandonado desde la rendición de Barcelona.

Caídos los Ministros y el Soberano en el propio lazo que dispusieran para comprometer la reputación de Milord, viéronse obligados a consentir en su alejamiento, y de este modo la viveza del caudillo inglés encontró el modo de satisfacer sus más fervientes deseos, como si en realidad obedeciera a los deseos expresos de Carlos III.

Los proyectos del Conde son sencillamente grandiosos, pues no se contenta con menos que con derrotar al Conde de las Torres, destruir su ejército, pacificar en dos meses todo el Reino y conseguir la supresión de cuantos obstáculos se opongan al via-

je del Rey y a su toma de posesión del nuevo dominio, para conducirlo victorioso desde allí a Madrid e instalarle definitivamente en el Trono de sus mayores.

La defensa de Barcelona y el riesgo de la llegada de los ejércitos borbónicos no le parecen tan inminentes como aseguran los Ministros Alemanes, ni considera que merecen el sacrificio de abandonar la empresa de Valencia, ventajosísima por todos conceptos.

Además, en el fondo acaso celebraría que se confirmasen los temores de Liechstentein, y que éste se encontrara durante algún tiempo solo frente al enemigo, para que se diera cuenta cabal de la importancia del auxilio de los Aliados y moderase un tanto sus desplantes y sus pretensiones de independencia.

—Si al fin consigo que Su Majestad abandone Barcelona y venga a Valencia—me declaró Su Excelencia al despedirse—, espero que le acompañaréis en la jornada, Sir Archibald. Mientras tanto, he dispuesto que permanezcáis aquí, sin prestar servicio, agregado a las fuerzas inglesas que quedan. Freind asegura que vuestro restablecimiento es ya sólo cuestión de tiempo y que podéis pasar sin su asistencia. Por eso me lo llevo, sin remolimiento de ninguna clase.

Walter Ramsbockle, que desde la iniciación de las aventuras bélicas de nuestro General parece menos contrario a la persona de éste, comparte en absoluto los anteriores entusiasmos, como si se tratara de la cosa más lógica y sencilla del mundo. Para él, como para muchos otros, España no ha variado desde la Edad Media, y se pueden repetir en ella las hazañas romancescas del Príncipe Negro y de sus famosas bandas de aventureros.

El carácter prudente y rigorista de los catala-

nes no le satisface. Su fracaso físico y moral con D.^a Leonisa le duele mucho más de lo que confiesa, pues la ricaembra debe de haberle tratado como si fuera un niño, y, en su afán de desquitarse, sueña con las buenas fortunas que le esperan en Valencia, donde todos aseguran que son más tiernas las mujeres, constituyendo una verdadera tierra de promisión.

—No dejéis, sin embargo, de escribirme, Baldy —añadió la última vez que nos vimos—, y contadme cuanto se refiera a esta casa, y sobre todo a la Princesa de Ornano, pues aun no he renunciado a mis esperanzas cerca de ella. Por cierto que debéis agradecerle el interés que demuestra por vos, pues me ha dirigido toda clase de preguntas respecto de vuestra persona, repitiendo varias veces el deseo de veros y presentaros a su abuela, que es una ilustrísima anciana, absolutamente horrible, y semejante en un todo a esas Aguilas Reales que tanto me gusta derribar desde los picos de las montañas, y que luchan con todas sus fuerzas antes de rendirse a la muerte. Por lo que toca a la damita de la rosa, que vimos aquella tarde en Badalona y en quien causasteis tan buen efecto, nada he vuelto a saber que os pueda interesar. Probablemente se trataría de una visita o de alguna persona de la servidumbre, porque nadie habla de ella; así que no os envanezcáis de la victoria ni os consideréis culpable por ella en vuestras cartas a Winifred.

La insinuación de Walter, repetida más tarde por D. Octavio Branciforte y aconsejada también en uno de sus billetes por la misma D.^a Serafina, me decidió, pocos días después de la partida de mis amigos, a solicitar audiencia de las damas, a quienes pensaba declarar mi propósito de abandonar su casa para trasladarme al alojamiento que Lord

Ramsbockle acababa de cederme amablemente durante su ausencia.

Señalada por la Marquesa de Villarrubia la tarde en que podía presentarle mis respetos, vino a buscarme el Príncipe a mi propia habitación, acompañado de dos gentileshombres y cuatro lacayos cubiertos de galones, que, quieras o no, me metieron en una especie de silla, so pretexto de mi dichosa pierna, y en esta forma comenzaron a recorrer galerías, subiendo escaleras y atravesando patios, hasta dar con mi cuerpo en una antesala o sala de guardias, atestada de pajes y servidores de toda especie.

Una vez allí, D. Octavio me ayudó gentilísimo a poner pie en tierra, y, colocado a la derecha del de Ornano y apoyándome únicamente en el bastón que mi coquetería había hecho substituir a las antipáticas muletas, avancé por los salones, lo más airoso que pude, al encuentro de las Señoras, cuyas voces se escuchaban desde lejos.

Según parece, la etiqueta española dispone que sean por lo menos tres las piezas que constituyen lo que en Inglaterra llamamos *state rooms*, y que las damas ocupen la tercera, recibiendo en ella a los visitantes, sentadas a la usanza morisca sobre una tarima cubierta de almohadas y alfombras.

Pero en el palacio de Cardona se conoce que era distinta la costumbre, pues al llegar por fin a la última de aquellas interminables salas, colgadas de magníficas tapicerías, observé que ocupaba el sitio de honor un gran sillón de respaldo muy alto, en el que podía contemplarse una figura rarísima vestida de monja, que apenas se movía y conservaba las manos juntas, repasando maquinalmente con los dedos las cuentas de un rosario enorme, adornado con toda clase de reliquias.

El rostro apergaminado y exangüe que encuadraba la blancura de la toca erguía al vivo, sin reflejar expresión de ningún género, y en la curva nariz apoyábanse unas antiparras colosales que contribuían a aumentar la singularidad del personaje, cuya edad era imposible calcular, aunque desde luego pudiera calificarse de avanzadísima.

Conducido hasta el sillón por el Príncipe, exclamó éste en voz alta, dirigiéndose al cadáver viviente:

—Señora Marquesa. Aquí tiene Vuestra Excelencia a Sir Archibald Darley de Kinsale, primogénito del Vizconde de Cleeve, que por fin ha podido salir del cuarto y desea manifestar su reconocimiento por las atenciones que tan justamente ha merecido en esta casa durante tres meses.

La anciana Villarrubia, que conversaba en aquel momento con un prelado sentado junto a ella en otro sillón, y que después supe era nada menos que el Arzobispo de Tarragona y Primado de Cataluña, D. Fray José Llinás, volvió el rostro hacia mí, y después de considerarme un buen rato, dijo con dignidad verdaderamente patricia:

—Ya tenía noticias vuestras, caballero, por diversas personas, y especialmente por el piadosísimo Fray Serapio, que os estima mucho y a cada momento habla de vos con elogio y esperanza.

—Fray Serapio es un Santo, Señora Marquesa —repuse hipócritamente.

—Por mi parte—prosiguió la abuela de Doña Serafina—, celebro de todas veras haberos sido de alguna utilidad en esta ocasión, y agradezco a mi nieto la buena idea de traeros bajo nuestro techo, donde quizá os habrán faltado comodidades, pero no interés y oraciones por vuestro restablecimiento. Ya veo que éste es casi completo, y si por un lado

me alegra la novedad, por otro me contrista, pues sospecho que os preparáis a dejar de ser nuestro huésped. Espero, en cambio, que continuaréis siendo nuestro amigo, como lo son todos los valientes Aliados que combaten por la causa de Su Majestad Católica Don Carlos Tercero.

A tan nobles palabras esforcíme en contestar adecuadamente, ponderando los obsequios de que había sido continuo objeto por parte de Sus Excelencias, y alabando la magnificencia de aquel palacio, verdadera mansión de Reyes por lo que recién podía ver.

Aquel cumplimiento debió de lisonjear a la orgullosa Señora, pues aumentando la sonoridad de su cascada voz, declaró enfáticamente:

—Algunas veces lo ha sido en efecto, cuando España era grande, y frente a él se toma el juramento a los Soberanos, o a sus Representantes, de guardar nuestros fueros.

—¿No se hospedó aquí el Señor Felipe IV, que Dios haya, la primera vez que vino a Barcelona en 1626?—preguntó el Arzobispo, terciando en la conversación.

—Así es—respondió la Marquesa—, y entonces fué cuando mis padres mandaron construir la galería que aun subsiste y que, saliendo de esta misma sala, termina en el terraplén de la muralla, junto al mar. Su Majestad gustaba mucho en recrearse con la vista que desde aquí se goza, y como las Cortes se reunían en el vecino Convento de Fra Minors, le era dable trasladarse por las propias murallas hasta una sala que le habían preparado los frailes, y donde daba a menudo audiencia o recibía a los Relatores que venían a exponerle los *greuges* o *agravios* de los Diputados.

—¡Dichosos *agravios*!—murmuró junto a nosotros una voz que correspondía al exiguo cuerpo

de Su Alteza Serenísima el Príncipe de Liechstenstein, Primer Ministro de Carlos III—. ¡En los años que llevo estudiando historias, en ninguna he leído que exista un país donde se consienta tal anomalía! ¡Atreverse a reclamar agravios a su Rey! Y lo peor es que mientras el Soberano no los satisface cumplidamente, nada se resuelve de servicios económicos, ni se acaban las Cortes. ¡En verdad, Señora Marquesa, que vuestros compatriotas pueden jactarse de constituir el pueblo más libre que existe en el mundo!

—¡Es cierto, Príncipe!—contentóse con manifestar la Villarrubia—. ¡Y los catalanes lo sabemos muy bien, porque esas mismas palabras las oímos en boca de un gran Rey hace trescientos años, y se nos quedaron tan grabadas en el espíritu desde entonces, que para no desmentirlas nos encontramos hoy en abierta rebelión contra el Duque de Anjou, que no supo mantener lo que había jurado sobre los Santos Evangelios!

La firmeza de aquellas frases, pronunciadas por la descendiente de la familia más antigua de Cataluña, impresionóme a pesar mío, imaginando oír el eco de una voz ancestral e indomable.

—Actitud dignísima — apresuróse a corregir Liechstentein, observando que había errado el camino—y sentimientos que nuestro Augusto Señor comparte en absoluto y compartirá siempre. Por cierto que, hablando de Su Majestad, he de decir a Vuestra Excelencia que, cada vez que vengo aquí, me pregunta noticias tuyas con gran interés, y que uno de estos días piensa venir a saludarla, ya que los achaques y el retiro de Vuestra Excelencia han impedido hasta ahora su visita a palacio.

—Podéis manifestar a Su Majestad, Príncipe, que esta casa se verá siempre muy honrada con reci-

bir entre sus muros a su verdadero Dueño, y que si la Real Persona desea favorecer con su presencia a una anciana inválida, que ya casi no pertenece al mundo de los vivos, tal vez compensará ese disgusto realizando un paseo por agua, y viniendo a desembarcar en la escalera de la galería a que me referí antes, y por la que bajó el 13 de junio de 1630 su Augusta Abuela, la Infanta Doña María de Austria, que también fué huésped de mis padres, antes de ceñir la Corona de Emperatriz de Alemania.

La solemnidad del diálogo había acabado por hacernos enmudecer a todos, y notándolo al momento la gran Señora, o queriendo permanecer a solas con el Príncipe y el Arzobispo, añadió, dirigiéndose a D. Octavio Branciforte:

—¿Pero qué hacéis, nieto mío, que no lleváis de aquí a Sir Archibald y lo presentáis a vuestra esposa? ¿No comprendéis que esta conversación es impropia de su edad y seguramente le interesa muy poco? Id, id, Señor Darley, y conoceréis a una persona más en armonía con vuestros años y vuestras ideas. Además, a ella es a quien podéis dirigir vuestros cumplimientos, y no a mí, pues a su constante cuidado debéis el no haberos visto abandonado del todo entre este enjambre de ganapanes que puebla nuestra casa.

Dirigiendo la vista en torno mío pude distinguir, en efecto, a un extremo del salón, la majestuosa figura de D.^a Leonisa, prendida con la mayor riqueza, aunque a la moda española, y rodeada de cinco personas que le escuchaban como si fuera un oráculo.

Entre ellas reconocí en seguida a los Condes de Uhlfeldt y de Zinzerling y a D. Antonio de Peguera, mientras D. Octavio murmuraba a mi oído los nombres de los restantes, que eran D. Narciso Fe-

liú de la Peña, y un arrogantísimo joven llamado D. Juan Descatllar, hijo del Marqués de Besora, cuya presencia junto a la ricahembra hizo fruncir el ceño al celoso marido.

El recibimiento que D.^a Leonisa me dispensó superó todas mis esperanzas, pues jamás había sospechado que pudiera haber tanto atractivo y tal poder de seducción en la protagonista de la borrascosa escena del *Vulcan*.

Adelantándose a las explicaciones del esposo, y recordando nuestro encuentro en la Torre de Lladó, la hermosísima mujer supo emplear desde el principio las frases más adecuadas para halagar mi vanidad y excitar mi simpatía, haciéndome acercar una silla y mostrándose tan diferente de como yo la imaginara, que hubiera acabado por deslumbrarme y uncirme al carro de sus triunfos, cual hacía con cuantos por primera vez se aproximaban a ella, de no poseer yo tantos y tan irrefutables datos sobre su verdadero modo de ser y de sentir.

El cambio de maneras que inmediatamente observé en D. Octavio, y la forzada amabilidad de sus palabras, me dieron en seguida la clave de la actitud de la Princesa, que parecía complacerse en atormentar y deprimir a aquel hombre, cuyos grandes méritos debía sin embargo conocer mejor que nadie.

Reanudando la interrumpida conversación y dirigiéndose a D. Narciso Feliú de la Peña, rogó D.^a Leonisa a éste que continuara sus noticias, añadiendo que también a mí podrían interesarme, dada la comunidad de sentimientos que unía a todos los partidarios de Carlos III.

Feliú de la Peña es el catalán más austriaco que he conocido hasta ahora, y seguramente uno de los mejores auxiliares con que cuenta el nuevo Rey, de cuya confianza parece disfrutar ampliamente.

Noble por su nacimiento, jurisconsulto desde muy joven, patriota exaltadísimo y escritor infatigable, la ocupación principal de su vida consiste desde hace años en la redacción de unos Anales en que consigna cuanto llega a su conocimiento, con precisión pasmosa pero con parcialidad evidente, por lo cual, si algún día se publican, tendrán que mirarse con prevención por aquellos que los estudien.

Sus conspiraciones y la amistad que sostenía con el Landgrave de Hesse motivaron su prisión por *imperial*, permaneciendo muchos meses en la cárcel sin que le formaran causa.

Puesto en libertad por la revuelta del 14 de septiembre, fué uno de los primeros en besar la mano de Su Majestad Católica, cuando ésta manifestó el deseo de recibir a los prisioneros rescatados; y desde aquel punto viene figurando entre los adictos de los Ministros Alemanes, a quienes ayuda con toda la experiencia de sus luces y sus conocimientos profundos de las Constituciones catalanas.

La devoción que profesa por la persona de Carlos III resulta sin embargo excesiva, pues el nuevo Rey, pese a todos sus biógrafos, es un Príncipe bastante insignificante, aunque obstinado y muy poseído de su dignidad, lo cual no obsta para que cuando Feliú habla de él, que es muy a menudo, le llame «nuestro invicto Monarca», «nuestro amadísimo Soberano», «mi adorado Rey», y otras cosas sin fundamento alguno.

Las historias que aquella misma tarde le oí, y que colocaban a Su Majestad sobre todos sus predecesores en el trono catalán, reducíanse a mostrar un natural piadoso y la docilidad con que sigue las indicaciones de los que le aconsejan, apeándose del coche para cederlo al sacerdote que se dirige a casa de un moribundo con el Santo Sacramento y

acompañando al cortejo, cirio en mano, hasta la humilde morada del enfermo; oyendo misas y asistiendo a sermones con ejemplar paciencia, y esmerándose en observar las ceremonias tradicionales de Barcelona para hacerse popular y querido entre sus nuevos súbditos.

Escuchando al panegirista, y fijándome en la casi imperceptible sonrisa con que D.^a Leonisa acogía sus ponderaciones, no pude menos de recordar la historia que Walter Ramsbockle me había referido, concerniente a cierta Princesa Alemana desembarcada en Cataluña poco después del arribo del Archiduque, y que, según se murmura, contribuye a distraer a éste de sus obligaciones Reales.

Probablemente debía de ser inventado tal rumor; pero la expresión de la esposa de D. Octavio no dejaba dudas acerca de la incorruptibilidad del joven Monarca, admirador ferviente de sus encantos y compañero de derrotas con Darmstadt, Peterborough, Ramsbockle y tantos otros.

¡Singular carácter el de aquella mujer tan bella, tan atractiva y tan digna de ser amada! Su natural e irresistible coquetería atrae fatalmente a cuantos caen bajo el influjo de su magnética mirada, para verse desengañados y rechazados al fin, cuando la cruel Circe cree haber conseguido sus propósitos o empleado al esclavo como instrumento dócil de sus caprichos o de sus maniobras políticas.

Allí mismo, ante los ojos de su desesperado marido, veíala yo tender sus redes al apuesto heredero de los Besora, que la contemplaba extasiado, seguro ya de su dicha, dispuesto a sacrificar a los pies de la peligrosa mujer toda su juventud y todas sus esperanzas, e involuntariamente resucitaba ante mi memoria la actitud despreciativa con que Jenaro de Pereda rechazara en mi presencia la de-

claración de amor, escuchada de los propios labios de la orgullosa.

¡Jenaro de Pereda! ¡Aquel hombre constituía indudablemente el verdadero y terrible castigo de los pecados de la ricaembra! ¿De qué podían servir a ésta todos sus triunfos y todas sus conquistas, si el único ser que consiguiera interesar su corazón desafiaba éste y se atrevía a herir su inconmensurable altivez, declarándole cara a cara la existencia de otro amor en su pecho que hacía inútiles cuantos esfuerzos intentara para destruirle?

Dña Leonisa de Ornano, encarnación de la inteligencia, de la voluntad y de la soberbia femeninas, ¡con cuánto gusto no darías lo que posees en este mundo, por ver rendido ante tu perfección el afecto de ese joven modesto, a quien le corresponde la gloria de haberte desafiado por primera vez en la vida!

Y, sin embargo, es muy posible que tu inclinación hacia él cesara en el instante que no tuvieras que combatirlo, porque la atracción de la lucha constituye probablemente el motivo de tu amor, y éste no busca la satisfacción material del apetito, sino el contento único e inefable de la comunidad de sentimientos y de la afinidad de las almas, imposibles de imponer por la fuerza ni por el deseo.

XXVI

Las noticias que escuché de los allí presentes y de otras personas que seguían llegando a los salones distrajeron mi atención de la ricaembra para fijarla en las novedades de la política, que realmente eran muy importantes para todos.

La consternación producida en la Corte de Fe-

lipe V por la pérdida de Barcelona, y las murmuraciones propaladas de que la falta de auxilio a Velasco por parte de Francia era intencionada y demostraba bien a las claras el propósito de Luis XIV de acceder a la repartición de la Monarquía española, habían tenido como consecuencia el envío a Versalles del Conde joven de Aguilar, para penetrar lo que hubiera de cierto en tales rumores y conseguir de Su Majestad Cristianísima el envío de un buen ejército a fin de intentar en seguida la reconquista de la Capital catalana, para cuya empresa eran insuficientes las fuerzas con que podía contar el Duque de Anjou.

Al mismo tiempo, tanto la Princesa de los Ursinos, como el Embajador Amelot y el Mariscal de Tessé, trabajaban por su lado, reclutando gente castellana y activando toda clase de preparativos para que su Rey pudiera ponerse personalmente al frente de aquellas fuerzas y dirigirse con ellas a Aragón, a fin de evitar la pérdida total de aquel Reino, minado por los trabajos de los partidarios de Carlos III y temeroso también de la supresión de sus libertades, incluída en el programa de los Borbones.

Luis XIV, que desde la pérdida de la batalla de Blenheim mantenía efectivamente negociaciones separadas con los holandeses, pareció vacilar al principio, y hasta se negó a enviar socorros durante el sitio de Barcelona, pretextando la distancia y la seguridad de que no llegarían a tiempo.

Pero la unión de los Aliados a raíz de nuestros últimos éxitos en España, y los argumentos empleados por el Conde de Aguilar (una de las personas más inteligentes que servían a Felipe V), consiguieron cambiar el rumbo de los propósitos del Cristianísimo, haciéndole pensar en la conveniencia de realizar un último esfuerzo para ayudar a su nieto

y expulsar al Archiduque del territorio de la Península, con objeto de poder seguir tratando la paz en mejores condiciones.

Consecuentemente, habíanse empezado de inmediato los preparativos militares, así como el alistamiento en Tolón y Marsella de la escuadra, que, al mando del Conde de Tolouse, debía contribuir al éxito de la empresa. Todo, pues, hacía presumir que se avecinaba una campaña activísima, en que los Borbones realizarían el mayor alarde de los hasta entonces intentados para conseguir una victoria decisiva en España.

En tales circunstancias, dada la lentitud de la marcha del Rey, y la sublevación de Aragón, que iba aumentando por momentos, decidió el Marsical de Tessé adelantar con sus soldados hasta Zaragoza, y, una vez allí, en lugar de tratar con benignidad a los exaltados aragoneses y hacerles concebir algunas esperanzas de que no se pensaba sujetarlos al yugo de Castilla, condújose de suerte el cortesano General que, desde el primer día, comenzaron sus conflictos con la Ciudad, llegando las demasías de los Oficiales al punto de que, resueltos los zaragozanos a vengarse y a jugar el todo por el todo en defensa de sus fueros, arremetieron el día de los Inocentes contra los soldados franceses que habían conseguido entrar subrepticamente por una puerta de la Ciudad, y, encarnizándose con ellos, mataron a muchos, estando en poco que el propio Mariscal de Tessé no pagara con la vida sus imprudencias y arrogancias.

Semejantes nuevas, coincidiendo con el alejamiento del Conde de Peterborough, la ausencia de la escuadra inglesa y la dispersión de las fuerzas aliadas por Cataluña y Valencia, preocupaban hondamente a los contertulios del palacio de Cardona,

por muchas que fueran sus seguridades y sus esperanzas en la resolución de los barceloneses, así como en los maravillosos efectos que produciría el somatén, proclamado en todo el Principado.

Pero las embozadas alusiones a la imprudencia de mi General en Jefe al marchar en busca de aventuras, con el solo propósito, según ellos, de arrebatarse a Basset y Ramos la gloria del sometimiento del vecino Reino, así como otras consideraciones que comencé a escuchar respecto de la política egoísta de los Aliados, tan distinta de la que convenía a Carlos III, y a la falta que en aquellos momentos hubiera hecho un caudillo como el insustituible Príncipe de Darmstadt, hicieron que con el pretexto de saludar en el vecino salón al Duque de Molés, que acababa de entrar, me levantara de la silla y abandonara el círculo de los maldicientes, para no verme envuelto en una discusión enojosa.

Doña Leonisa que, con su tacto habitual, se dió cuenta del motivo de mi retirada, dejó al punto su asiento también y, acercándose a mí, murmuró confidencialmente:

—Tenéis razón en marcharos, Sir Archibald, pero no toméis a mal las palabras que acabáis de oír, pues sólo proceden del ansia de ver dentro de los muros de Barcelona a un Jefe de las condiciones y de la autoridad de Milord. Yo misma acabo de escribirle en igual sentido, y por vuestra parte, nos daríais una prueba de verdadera amistad colaborando en el asunto.

—¿Y cree Vuestra Excelencia—exclamé riendo—que un hombre como el Conde de Peterborough, que actualmente se encuentra en pleno triunfo, va a hacer caso de lo que pueda decirle un modesto Teniente como yo? Mal lo conocéis entonces, Señora.

—Os equivocáis—repuso secamente la Princesa—; le conozco muy bien y sé cuánto os estima. Además, si os ofrece algún inconveniente el dirigiros al propio Milord, podéis escribir al Doctor Freind, pues ése sí que no se negará a desempeñar cualquier misión de que queráis encargarle.

El ambiguo sentido de esta última frase dióme bastante que pensar. ¿Pretendería hacerme comprender con ella D.^a Leonisa que conocía la visita de mi amigo a las prisiones, y sus diligencias para encontrar a Jenaro? Pero si estaba enterada de mis propósitos, ¿a qué venía entonces aquel despliegue de amabilidad y de seducciones que cada vez iba haciendo mayor la desazón de D. Octavio?

Deseando calmar sus recelos, aun me hice de rogar un rato discutiendo las ventajas y los inconvenientes que ofrecía el desamparo de los negocios de Valencia, donde ya había principiado el Conde de Peterborough a ganar ventaja sobre el Conde de las Torres, y al fin, como si me convencieran los argumentos de la ricahembra, prometí poner en juego todas mis influencias para informar al General del verdadero estado de Barcelona y de la necesidad de su pronto regreso.

Satisfechísima entonces la Princesa, permaneció junto a mí, conduciéndome de un lado para otro y presentándome a los personajes más importantes de los allí presentes, como el Marqués de Rubí, el Conde de Munter, D. Miguel de Pinos y el Obispo de Solsona. Éste, con el Arzobispo de Tarragona, eran los únicos prelados que habían reconocido al Archiduque, como catalanes, y asistían a las Cortes convocadas por Carlos III al frente del Brazo eclesiástico, mientras sus colegas de origen castellano habían preferido huir de sus diócesis y refugiarse al amparo de los Borbones.

Pero se conoce que el prolongado paseo y la falta de muletas no satisfacían del todo a mi perezosa pierna, pues llegó un momento en que, no obstante la ayuda del bastón, vaciló mi cuerpo y hubiera venido al suelo a no ser por el auxilio oportunísimo de D.^a Leonisa, que con gracioso movimiento me sujetó el brazo, impidiendo mi caída.

El gesto, sin embargo, debía de constituir una contravención muy grave a los usos españoles, pues al punto observé la cara de asombro que ponían los Señores más cercanos, así como la lividez que invadió el rostro del Príncipe de Ornano.

La ricahembra, a quien nunca había oído reír, lanzó entonces una armoniosa carcajada, y apartando la mano que aun conservaba bajo la mía, exclamó bromeando:

— Ya se conoce, Sir Archibald, que sois extranjero y no os dais cabal cuenta del alcance que mis compatriotas conceden al acto con que acabo de distinguirs. Pero tened por seguro que más de uno de los presentes sería capaz de romperse adrede otra pierna con tal de merecer una atención análoga. Esto lo digo sólo para distraeros, porque ya sé que vuestro corazón no os pertenece y que en nada os parecéis a vuestro futuro cuñado, el exuberante Lord Ramsbockle. ¿Os imagináis a éste en vuestra actual situación?

Y al hablar así la sirena, sonreía provocativa, mostrando dos hileras de dientes admirables, que tenían algo de felinos y que parecían prontos a desgarrar cuanto se pusiera a su alcance.

Venturosamente para mí, sus seducciones dejábanme sereno, porque a través de ellas adivinaba que se escondía algún propósito y conocía demasiado la verdadera historia de aquella mujer para creer, ni siquiera un momento, en la sinceridad de sus palabras.

El recuerdo, por otra parte, de la angelical doña Serafina, tan distinta de su prima, hacía me comparar mentalmente aquella espontaneidad y aquella gracia con el estudio y las complicaciones de la Princesa; y en semejante cotejo de cualidades quedaba victoriosa la Niña de Plata, cuyo nombre tantas veces había tenido presente desde que pisé los salones de las casas de Cardona.

El infeliz Branciforte, en cambio, que tan bondadosamente se portara durante mi enfermedad, y tan mal pagado se veía al comprobar la repentina privanza que gozaba con su esposa, acabó por darme lástima, y, deseando evitarle mayores disgustos, pretexté un poco de cansancio para retirarme a mis habitaciones, al cabo de un rato, después de despedirme de la Marquesa de Villarrubia y de su peligrosa heredera.

Cierto—pensaba yo al atravesar solo la espaciosa galería que rodeaba uno de los patios del palacio, tras de excusar a fuerza de cortesías la escolta del Príncipe, y a fuerza de monedas la silla de los lacayos—que habiendo visto a D.^a Leonisa como hoy acabo de verla, es comprensible y hasta disculpable el error de Jenaro de Pereda y su imprudente conducta en Toledo, pues la dama vale un tesoro, y, no digo a Walter o a Jenaro, sino a cualquiera, sería capaz de trastornar el juicio con su belleza. Pero ¿qué razón existirá para que una mujer tan severa en el fondo, y tan fría, pueda entretenerse rindiendo los corazones de cuantos se le acercan y ensañándose con un marido como don Octavio, que sólo vive en sus ojos y que renuncia a todo con tal de seguir habitando a su lado? ¿Qué habrá sucedido entre ambos que justifique semejante situación? ¿Compartirá efectivamente el Príncipe los entusiasmos austriacos y los odios borbó-

nicos de su consorte hasta el punto que demuestra, o constituirá esto otra ficción que el astuto italiano aprovecha para mantener vivo el único lazo que todavía le une a D.^a Leonisa?

Aquí llegaba de mis cavilaciones cuando topé, sin poderlo evitar, con dos hombres que venían por el corredor, en uno de los cuales reconocí en seguida al odioso D. Gil de Albornoz, o sea D. Gilito, el desertor de Altea, cuya existencia en Barcelona no podía siquiera sospechar, y que, alejándose de su compañero, tuvo la osadía de abordarme, exclamando con el mayor alborozo:

—¿Qué es lo que estoy viendo? Sir Archibald Darley caminando por su pie y en perfecto estado de salud. Nunca lo hubiera creído, a juzgar por las noticias que escuché últimamente a la Princesa de Ornano.

—¡La Princesa de Ornano!—murmuré a pesar mío—. ¿Pero vos la frecuentáis?

—¡Que si la frecuento!—aseguró jactancioso el falso Luis XIV—. ¡Si casi puede decirse que vivo en esta casa desde mi llegada! Ahora mismo voy a verla, llevando a este amigo, que es un pintor de acá, a quien la Marquesa vieja quiere encargar un Monumento de Semana Santa para el templo de Carmelitas Descalzas. ¿No habéis oído hablar de él? Se llama Antonio Viladomat y sólo tiene veinticinco años. Pero ya lleva hechas cosas notables, y las hará mejores aún cuando pueda tomar lecciones de mi tío el maestro Fernando Bibiena, que va a venir, llamado por el Rey, para dirigir las obras de sus palacios. Si deseáis que os ejecute algún retrato quedaréis complacido, pues los saca parecidísimos, aunque su fuerte sean hasta ahora los asuntos religiosos.

—No, no—interrumpí impaciente—. Y decidme:

¿cómo fué el haber venido a Barcelona? ¿No resultó ventajosa vuestra excursión por Valencia?

—Tan ventajosa resultó—contestó muy serio el mequetrefe—, que aquí me tenéis hecho un Capitán y en camino de alcanzar mayores honras, gracias a los nuevos protectores que me han llovido del cielo. Pero Valencia, con Basset de Virrey y su Señora madre, la flamante Marquesa de Cullera, como Soberana y casi rival de la Virgen de los Desamparados, no era ya para mí, después de haber trabajado tanto en su conquista. ¿Queréis creer que hasta troncos pintados, imitando cañones, y bultos rellenos para simular hombres, he tenido que emplear para deslumbrar a los borbónicos? ¡Ah, si yo escribiera todo lo que he hecho desde que nos separamos en la bahía de Altea! ¿Os acordáis de aquel día?

¡La bahía de Altea! ¡Ya lo creo que me acordaba de la famosa tarde en que comenzó a revelarse ante mis ojos el misterio de la historia que me tiene dominado desde entonces!

El propio D. Gilito, a pesar de sus florecientes adelantos, debió también de revivir la escena en que Jenaro le maltratara delante del Capitán Knapp y de mí, pues cambiando de tono y bajando la voz, añadió:

—¡El *Vulcan*! ¡Qué hombres tan estúpidos se encuentran en el mundo! ¿Recordáis las majaderías que dijo aquel muchacho prisionero, fingiendo desconocerme delante de ustedes? ¡Pues no podéis imaginar cómo ha cambiado desde entonces y lo mansito que le ha puesto Barcelonal! ¡Bien es verdad que ya no tiene al lado al viejo loco que le calentaba la cabeza con sus disparates!

Las inesperadas revelaciones del espía estuvieron a punto de hacerme gritar de sorpresa, y necesité

de toda mi flema para replicar, fingiendo indiferencia:

—¿Pero todavía sigue en la cárcel? ¿Creeréis que hasta he perdido la memoria de su apellido? ¿Cómo decís que se llamaba?

—Jenaro de Pereda—susurró D. Gilito—. ¡Pero no repitáis aquí ese nombre muy fuerte, porque las paredes oyen!

—No comprendo—murmuré, adoptando el aire más cándido que pude—. Y... ¿decís que le habéis vuelto a ver?

—Sí, varias veces...

—¿Dónde?—me atreví a inquirir, agitado por la emoción.

—Pues en...

Al llegar aquí debió de darse cuenta el indiscreto de la imprudencia que iba a cometer, porque, mudando de tono, añadió:

—Eso sí que no puedo decíroslo, Milord. ¡Me costaría demasiado carol Básteos saber que se trata de un lugar en que está seguro y nadie puede descubrirlo.

—¡A no ser vos!—exclamé decepcionado.

—¡Ah, por lo que a mí toca es diferente!—repuso pavoneándose el Capitancillo—. Ya os confié en Altea que conozco el secreto para hacerme abrir las puertas de este mísero mundo. ¡Para mí hay Bulal! ¿No represento a Luis XIV?

Y riendo, muy satisfecho, de su frase y de la cara de asombro con que yo acogía sus jactancias, alejóse el odioso traidor, llevando a remolque al artista, que no había despegado los labios durante nuestra conversación.

XXVII

Barcelona, 1.º de febrero.

El conocimiento de las anteriores revelaciones produjo la consiguiente sensación en D.^a Serafina, a quien las comuniqué en seguida, aumentando su impaciencia por verme fuera del palacio de Cardona, a fin de dirigir personalmente los trabajos para averiguar el paradero de Jenaro.

«Nada os retiene ya aquí—escribía la Duquesita en uno de sus amables billetes—, como no sea la simpatía que sospecho empezáis a sentir por mi irresistible prima, y que acabará por ponerme celosa. Todos mis esfuerzos para encontrarme con vos han resultado vanos, y estoy segura de que, mientras permanezcáis en esta casa, no se me admitirá en el estrado de mi abuela, ni volveré a ver a Su Excelencia, ni a tratar con nadie que pueda ayudarnos en nuestras diligencias. Activad, por consiguiente, vuestros preparativos y conducíos de modo que os queden abiertas las puertas a fin de visitarnos de vez en cuando, cultivando las relaciones, tanto de D. Octavio como de Fray Serapio del Niño Jesús, para valernos de ellas en caso necesario.»

De acuerdo con estas instrucciones, no tardé en trasladarme a casa de Walter Ramsbockle, mereciendo la honra de ser conducido a ella con la carroza de los Cardona y de que me acompañara el Príncipe de Ornano, quien, en cuanto se encontraba lejos de su esposa, volvía a recobrar su aplomo de gran Señor y sus cualidades de hombre inteligente y atractivo.

El trayecto por las calles me produjo la mejor

impresión, corroborando mis primeras presunciones sobre los méritos de la Capital del Principado.

Ya en la plaza de San Francisco, el imponente Convento de Fra Minors, el palacio de los Condes de Santa Coloma y otros caserones de la nobleza, habían llamado mi atención, deteniendo sobre todo la vista en el palacio de Cardona, mucho mayor que los demás y en cuyos innumerables balcones trataba en vano de descubrir la silueta de la Niña de Plata, encerrada Dios sabe dónde, pero presente siempre a mi memoria.

¿Qué planes estaría germinando su cerebro durante aquellas horas para libertar al adorado Jenaro?

¿Ocuparía mi nombre lugar en sus pensamientos y tendría algún fundamento aquel interés y amistad demostrados en sus cartas, que cada vez parecían más tiernas y más íntimas?

La voz de mi ilustre acompañante vino a sacarme del arrobamiento en que me encontraba, diciendo:

—¿Veis? ¡Ya nos encontramos en la Ramblal! Reparad en la disposición tan curiosa que ofrecen las murallas a vuestra derecha, indicando hasta dónde llegaba el recinto de la primitiva ciudad en el siglo XIII. Antes parecía más lindo este paseo con sus hermosas filas de árboles; pero el Virrey Velasco los mandó cortar hace poco para emplearlos en el sitio, disgustando amargamente con ello al vecindario.

—Este paraje—continuó el italiano—dijérase una vía de Conventos, pues si miráis a vuestra izquierda, encontraréis primero el de Santa Mónica, y sucesivamente el de Carmelitas, el Colegio de San Francisco y el de los Trinitarios, sin contar con los que los siguen, como San José, Belén, el Colegio

de Cordellas y los Estudios o Universidad, donde termina la Rambla, que no veremos hoy, pues el coche va a doblar por el Pla de la Boquería.

—¿Sabéis—observé—que los barceloneses deben de ser catolicísimos a juzgar por el número y esplendor de las congregaciones que en su ciudad existen?

—Efectivamente abundan—repuso el Príncipe—, pues los que veis no son sino una ínfima parte; y os prevengo que en cada casa de religiosos se esconde un núcleo de partidarios incondicionales de Carlos III, que se encargan de mantener el entusiasmo del pueblo a favor de Su Majestad.

—¿Pero no hay entre tantos algunos defensores de Felipe V?

—Sólo los jesuitas, que han fomentado verdaderas batallas entre sus alumnos de Cordellas y los de la Universidad; mas casi todos se han marchado ya y su influjo no cuenta para nada. Aquí las Órdenes que mandan son las más antiguas, y las netamente catalanas sobre todo.

Penetrando en la calle de la Boquería, pasó el carruaje a otra muy tortuosa, llamada del Coll, donde en otros tiempos residían los judíos, desembocando al fin en la famosa plaza de San Jaime, que constituye el centro de la vida de Barcelona.

Esta plaza es la más antigua de la Capital, y la más célebre, dando a ella el edificio de la Generalitat, la Batllia General, la Casa del Veguer y la Iglesia de San Jaime.

En el palacio de la Generalitat, a que da acceso una preciosa fachada, me explicó mi guía que se reúnen las actuales Cortes; no siendo posible detenernos allí, como hubiera sido mi deseo, a causa de la premura del tiempo, que nos obligó a seguir por la calle de la Libretería, hasta dar a la plaza

del Ángel, otro lugar de los más frecuentados, que antes se llamaba plaza del Blat, y primitivamente dels Cabrits.

En ella se encuentra la Prisión Real, ocupando un antiquísimo edificio llamado el Castillo Viejo, y dentro de la plaza se convoca el Somatén, cuando el Consejo de Ciento lo juzga necesario, distribuyéndose las armas a los defensores de la ciudad.

Por último subimos al Carrer de la Tapinería y nos apeamos delante de mi casa, o por mejor decir de la que Lord Ramsbockle ha alquilado a los representantes de cierta familia borbónica ausente de Barcelona, que constituye un edificio bastante alto y modesto en apariencia, que cae encima del Callejón de «*les tres Vol·es*» y encierra dentro bastante comodidad y desahogo.

Allí, por fin, tuve el placer de abrazar al famoso Nardo, tan pronto como D. Octavio me dejó solo, produciendo con mis efusivas demostraciones de alegría el evidente escándalo de Bliss, que no podía comprender ni admitir semejantes pruebas de confianza en el hijo de un Vizconde respecto de un simple criado, y por añadidura extranjero.

Sólo cuando le felicité a él, después de visitar la cómoda y minuciosa instalación que por primera vez desde que salí de mi país me daba la impresión del *home* inglés, y que se debía a sus talentos, pude conseguir hacer asomar una sonrisa a su impenetrable rostro, desvaneciendo en él todo rastro de disgusto.

Encerrado más tarde con Nardo, a quien no veía desde tantos meses atrás, y puesto mi confidente al tanto de las revelaciones de D. Gilito, acordamos vigilar desde luego al falso Luis XIV y seguir sus pasos, ya que indudablemente disfrutaba de la confianza de D.^a Leonisa y debía constituir el correo

de que aquélla se valía para hacer llegar sus mensajes al sobrino de Urraca.

Acordes en este punto, decidimos también que Nardo siguiera viviendo fuera de la casa para evitar sospechas, y que sólo viniese a verme cuando tuviera algo importante que decirme, o el Quirse le entregara cartas de D.^a Serafina, adoptando desde luego cualquier disfraz a fin de que ni D. Gilito ni ningún otro enemigo pudiera reconocerle.

Efectivamente, pocos días después, y encontrándome en el Carrer de la Argenteria curioseando las tiendas de los plateros y eligiendo varios objetos de filigrana que podían agradar a Winifred, vime asediado por un pordiosero de pelo azafranado y aspecto derrotadísimo y truhanesco, que comenzó a chapurrear un castellano mezclado de holandés, pidiéndome una limosna. Su insistencia hizose tan pesada, que al fin me obligó a volverme para despedirle con malos modos, y en aquel punto la voz bien conocida de mi sirviente saludóme diciendo:

— Ya veo, Milord, que mi transformación es perfecta, pues ni siquiera Vuestra Señoría ha logrado reconocerme.

Acto seguido me contó su última travesura, consistente en sorprender la buena fe del seráfico Fray Serapio del Niño Jesús, a quien encontrara por casualidad, fingiendo ser un muchacho holandés recién salido del Hospital, que se encontraba sin recursos y abandonado en medio de la calle.

Las primeras palabras del compasivo dominico dirigiéronse, como era de presumir, a sonsacar al vagabundo la religión que profesaba; y como el socarrón catalán le contestara muy quedo que la protestante, habíase creído el infatigable redentor de almas en el caso de comenzar inmediatamente su conversión, dándole una corta limosna y citando al

pícaro mozo en el Convento de Santa Catalina para el día siguiente, con el anuncio de que allí encontraría sustento y refugio por mucho tiempo, caso de admitir sus lecciones y consejos para abandonar el camino del error.

Nardo reía desvergonzadamente al contar su aventura y la facilidad con que el buen fraile tragara el anzuelo, engañado por algunas palabras aprendidas a bordo y pronunciadas *ad libitum*; pero reflexionando sobre el caso y las ventajas que pudiera reportarnos el encuentro, terminamos por resolver la continuación de la comedia, a fin de averiguar hasta dónde llegaba la aparente inocencia del religioso y en qué asuntos le mezclaban tanto D.^a Leonisa como la Marquesa de Villarrubia.

Muy contento con aquella decisión, proseguí mis pasos, perdiéndome a poco en el entrevero de calles y callejas, hasta dar con mis pasos en la plaza de Palacio, donde se encuentra la residencia de Su Majestad Católica, frente a la famosa Lonja de Barcelona.

Entretenido con el ir y venir de gentes y con el incesante movimiento de coches que prestaba a aquel lugar un aspecto cortesano y distinto del resto de la población, no me di cuenta de la llegada del Príncipe de Ornano hasta que el esposo de Doña Leonisa estuvo a mi lado y me saludó por mi nombre, causándome la más agradable de las sorpresas.

El aspecto de D. Octavio no era, sin embargo, el mismo que antes, y a pesar de la afabilidad de sus preguntas sobre mi salud y mi nuevo género de vida, observábase cierta preocupación en su semblante, que hacía suponer algún nuevo disgusto con la ricaembra.

La seguridad de mi indiferencia por los encantos de su esposa atraíale, sin embargo, hacia mí y le

movía a ir prescindiendo insensiblemente conmigo de la reserva y altanería que le restaban tantas simpatías en el mundo.

Aquella misma tarde, y sin que yo le preguntara nada, comenzó a desahogar su pecho, declarando la fatiga que le causaba el servicio de Palacio y la satisfacción con que abandonaría el cargo honorífico que desempeñaba cerca del Soberano, para dedicarse de lleno a la carrera de las armas, única en que se encuentra el triunfo o la muerte, sin remordimientos de buscar esta última y embellecida por el prestigio de la gloria.

—¿Y por qué no seguís vuestra inclinación?—le pregunté, curioso de oír su respuesta.

—¡No lo hago, porque no puedo!—contestó lúgubrementemente—. ¡No puedo!—repuso más bajo, como si hablara solo.

Y, cambiando de tema, comenzó a preguntarme qué impresión me procuraba la ciudad, y si había paseado mucho desde nuestro último encuentro.

Entonces le referí mis excursiones por Barcelona, mi simpatía por las instituciones y las costumbres que iba descubriendo, mi admiración por la manera perfecta de estar organizados el somatén y los gremios, y mi asombro ante la independencia de los Consellers y del Consejo de Ciento.

—Sí, sí; es natural—repetía el Príncipe, contestando a mis ponderaciones—. Un inglés como vos tiene que comprender y apreciar esto mejor que un castellano o un italiano, y sobre todo que un francés. Pero ¿no os parece un poco triste la vida aquí? ¿No se os vienen encima todas esas casas tan altas y tan sombrías? ¿No os ahogáis al pasar por uno de esos carrers, como el de las Doncellas, donde podéis tocar con las manos los elevadísimos muros que los limitan? ¿No os impresionan todas esas to-

rres y murallas incrustadas por la ciudad, y esas calles interrumpidas por arcos y bóvedas que apenas dejan filtrar el aire ni la luz? Para mí, la única casa habitable de Barcelona sería la de Gralla. ¿Sabéis la que os digo? Un palacio bellissimo de estilo plateresco, como dicen en España, que pertenece hoy a los Marqueses de Aytona y que se levanta en Puerta Ferrisa, junto a la plaza de la Cucurulla.

—Sí; ahora lo recuerdo—exclamé—, y comprendo que os guste, Príncipe, pues recuerda en un todo a las construcciones italianas, y forzosamente ha de traer a vuestra memoria el recuerdo de la patria ausente.

—¡La patria!—murmuró amargamente el magnate—. ¿Tengo yo patria? ¿Y cuál es? No, Sir Archibald; no hablemos de eso... aunque sí; hablemos, ya que la ocasión se ofrece, y permitidme un consejo que olvidaréis después. Aunque os enamoréis como un loco de una mujer, y por muchos méritos que ésta posea..., ¡nunca os caséis fuera de vuestro país y de vuestras costumbres!... ¡Acabaríais por arrepentiros de ello!

¡Pobre D. Octavio! Su boca sensual de Príncipe del Renacimiento, ansiosa de placeres y de caricias, contraíase amarga al pronunciar aquellas palabras, en que se traslucía toda la desilusión del hombre desdeñado y todo el drama de su brillante existencia.

La felicidad para él hubiera consistido efectivamente en unirse a otra patricia de su país, paseando sus ardientes amores bajo el cómplice sol de Milán o Nápoles, a la vista del mundo envidioso; y en lugar de la mujer soñada, mezcla de cuerpo y de alma, encontrábase encadenado para siempre a una criatura perfecta, pero para quien toda imposición terrenal suponía probablemente agravio e insoportable vasallaje.

Lo peor del caso estribaba en que lejos de fatigarse su vanidad de hombre ante aquella situación insólita, o de imponerse como dueño a la que después de todo había jurado acompañarle durante toda la vida, el afecto mórbido del Príncipe parecía haber ido creciendo, a medida que el alejamiento de su esposa se acentuaba, hasta convertirse en algo monstruoso y enfermizo, que le impedía vivir separado de ella y dejar de conocer sus rigores. Torturado a cada instante por los celos bestiales que D.^a Leonisa se complacía en atizar para producir un rompimiento definitivo que le devolviera la libertad apetecida, su admiración infinita por la ricaembra, y hasta su fe absoluta en la lealtad y en la rectitud de ésta, no habían disminuído lo más mínimo, y la idea que D. Octavio tenía del carácter de su esposa debía de ser tan alta y estar tan arraigada en él, que sólo un desengaño palpable o una traición comprobada serían acaso capaces de acabar con aquella pasión e interrumpir sus relaciones para siempre, curándole de la locura, o despeñándole en ella, hasta tropezar con la muerte.

—¿Qué pensáis, Sir Archibald, y por qué os habéis puesto tan serio?—exclamó al cabo de un rato el Príncipe, recobrando la serenidad y tomándose del brazo—. Os repito que olvidéis mis palabras, y ya que os interesa tanto el modo de ser y pensar de los catalanes, os invito a acompañarme mañana al Convento de la Merced, donde suelen reunirse los frailes con algunos personajes de la ciudad y se disertan materias que os podrán ilustrar sobre su carácter.

Y tras breves palabras de despedida, metióse D. Octavio en el coche, que arrancó rápidamente en dirección a las casas de Cardona.

XXVIII

La recepción que nos dispensaron al día siguiente en la famosa fundación de Jaime I no pudo ser más afectuosa, por disfrutar el desprendido Príncipe de gran predicamento entre los religiosos, llamando desde luego mi atención la clase de personas que formaban aquel Areópago, verdadero resumen y compendio de la opinión letrada de Barcelona.

Ya no se trataba de grandes Señores ni de personajes opulentos, que en todos los países se parecen y se mueven por análogas consideraciones; tampoco se componía de caudillos de campaña ni de patriotas populares, acostumbrados a obrar por impulso y natural ardimiento; menos aún, de elementos aislados o aventureros, de esos que se lanzan a la revuelta en cualquier parte con el ansia del medro personal o por el mero afán de combatir y desplegar actividades, no; en aquel concurso de la religión más ilustre de Barcelona figuraban, además de los frailes de la Merced, Diputados a las Cortes, dos o tres Consellers, varios miembros del Consejo de Ciento, y algunos jurisconsultos como D. Narciso Feliú de la Peña, que desde su salida de la prisión residía en el Convento, cuyo Prior era hermano suyo.

El lenguaje de aquellos hombres, su convencimiento profundo sobre la causa que defendían, hasta su misma insensibilidad por lo que no tenía relación con ellos, impresionaba y atraía la atención del espectador imparcial que presenciaba sus debates.

A través de todas sus peroraciones y de todos sus apasionamientos, parecía circular una ráfaga extraordinaria, una especie de estremecimiento de la

voluntad. No hacían mas que hablar, pero hablaban como si combatiesen. Ni miramientos, ni cortesías, ni moderación. Apenas suscitado un asunto, precipitábanse sobre él, discutían, vociferaban, y si a veces dejaban de argumentar, era para reunir nuevas fuerzas y volver a la brega con mayor energía que antes.

Al introducirnos en la biblioteca, donde solían celebrarse estas reuniones, comentábanse las últimas noticias llegadas de Valencia y de Aragón.

Las incesantes conquistas verificadas por Peterborough coincidían con las nuevas del avance de los ejércitos franceses, uno por los Pirineos y otro por la frontera de Aragón, y colocaban al General en Jefe en el dilema de renunciar a la consolidación definitiva de Carlos III en el reino valenciano, fuente inmensa de recursos, o dejar entregado al Monarca a sus propias fuerzas en el sitio que parecía inminente y para el que no se contaba sino con la fidelidad de los catalanes.

Como era natural, el Archiduque, alarmado y arrepentido de su anterior desdén, había hecho escribir a Mr. Mitford Crowe despachos cada vez más apremiantes, pidiendo al Conde que regresara a Barcelona y abandonara la empresa de Valencia; pero satisfechísimo Peterborough con los azares de sus operaciones, y exultado con nuevos planes de campaña, lejos de hacer caso de las súplicas del Rey y de sus Ministros, internábase más y más hacia el Sur, rindiendo ciudades y acercándose a la Capital valenciana.

La coyuntura era, sin embargo, demasiado preciosa, para que un hombre del genio de Peterborough, que en su juventud se había atrevido con Guillermo I, no se aprovechara para dar una lección al joven Archiduque y a su vanidosa camarilla

El despacho llegado hasta Albocácer no era del Rey, sino del Encargado de Negocios inglés en Barcelona, y a esto se aferró el General para responder directamente a su Majestad Católica, manifestando irónicamente su agradecimiento por las pruebas de confianza y amistad contenidas en la última carta del Monarca, fecha del mes de diciembre, por la que se dignaba conferirle la misión de socorrer el Reino de Valencia, y lamentando lo poco que representaban, tanto el Ministro británico como él, en los Consejos Reales, ya que de haber participado en ellos, las condiciones de Barcelona serían muy distintas, y en lugar de un *Virrey de Valencia*, contarían desde hace tiempo con el Reino mismo. Para subsanar este retraso, y en la imposibilidad de adoptar otras medidas, salía derecho hacia Valencia, dejando el resto a la Providencia. «Vuestra Majestad —terminaba diciendo la carta— me hizo pasar el Ebro con órdenes positivas para el socorro de este Reino; razonable es, por tanto, que Vuestra Majestad me dé otras órdenes semejantes para volver a la otra orilla, cuando el socorro de Barcelona lo demande. Si el tiempo perdido (tan contra mi inclinación) me expone al sacrificio, al menos pereceré con honor y como un hombre que merecía mejor suerte.»

El efecto que tal resolución produjo en el espíritu del Archiduque debió de ser profundo, a juzgar por las frases que D. Narciso Feliú de la Peña dejaba escapar, y en las que se adivinaba que nunca perdonaría el orgulloso Hapsburgo aquella desobediencia y aquel sarcasmo al indómito y fantástico General inglés.

—¡Todo se olvida con la muerte y todo se disculpa con la victoria!—repuso convencido el Príncipe de Ornano.

—«*All is fair in love and war*»—pensé yo, recordando un viejo proverbio inglés.

Por suerte para Carlos III, la salida de Felipe V de Madrid se dilataba también más de lo previsto, y este respiro permitía la organización de nuevos Regimientos y nuevas defensas, dirigidas por el hábil Capitán Petit.

Pero estos asuntos, con ser tan importantes, no eran los que más excitaban los ánimos el día de mi visita a la Merced, dominando sobre ellos las últimas noticias llegadas de Zaragoza referentes a cierto proyecto de Decreto, redactado por la pluma de un tal D. Melchor de Macanaz, Abogado y Secretario del Mariscal de Tessé, en que se derogaban las libertades de Cataluña y que se pondría en vigor apenas entrara Felipe V victorioso en la Capital del Principado.

El conocimiento de tan irrefutable prueba de las intenciones del Gobierno central, que venía a corroborar la animosidad borbónica respecto de Cataluña, y a justificar las anteriores prevenciones de los catalanes contra el nieto de Luis XIV y sus afrancesados Consejeros, produjo una explosión de ira y de protestas que continuaron por largo rato, caldeando aún más la atmósfera de pasión y de encono que se respiraba en la asamblea.

¡Las libertades catalanas! Varias veces me he referido a ellas en estas páginas, consignando mi sorpresa y mi respeto según las iba descubriendo. Ahora que las conozco mejor, las admiro más y las considero dignísimas de los mayores sacrificios por parte de sus poseedores. Examinadas a primera vista, parecen un conjunto de privilegios, es decir, de injusticias consagradas; pero la verdad es que constituyen un cuerpo de contratos, es decir, de derechos reconocidos.

Los catalanes son los hombres más libres del mundo, es cierto, y con prelación a los demás pueblos, puesto que el venerable Código de los Usatges fué el primero que apareció en Europa, en medio del heroico desorden de la época feudal; mas esta libertad les ha ido siendo concedida por sus Soberanos, paulatina y voluntariamente, sin necesidad de verse obligados a empeñarse en luchas o reivindicaciones sangrientas, como nos sucedió a los ingleses.

Todos los catalanes están obligados, no sólo a obedecer las leyes y respetar las autoridades establecidas, sino también a contribuir en proporción de sus haberes a los gastos *del Principado*. Asimismo tienen el deber de defender la patria con las armas, *pero sólo dentro del territorio de Cataluña* y cuando sean llamados por cartas, por mensajeros o por otro modo acostumbrado.

Mas al lado de estas obligaciones, fuente perpetua de todas sus discusiones con Castilla, ¡cuántos no son los usatges, las constituciones, los capítulos y las leyes antiguas de la tierra, que reconocen sus derechos ciudadanos y reglamentan insuperablemente el ejercicio de los mismos, defendiéndolos contra las intromisiones del Poder Real y los abusos de las clases privilegiadas!

Desde el año 1068, es decir, ciento cuarenta y siete años antes que Juan sin Tierra se viera forzado a suscribir la Carta Magna, después de una formidable revolución, el Príncipe Berenguer el Viejo decía, con asentimiento de sus Consejeros y Mag-nates, en medio de la general perturbación: «Libres y seguros sean los caminos: haya paz y tregua para los viajeros; vengan las naves a todos los puertos, desde Salón al Cabo de Creus, bajo mi amparo, porque los caminos por mar y por tierra son del Príncipe y deben estar siempre bajo su patrocinio, de

modo que todos los hombres, nobles y plebeyos, merceros y mercaderes, puedan ir y venir con sus cosas, libres de todo temor.»

Y añadía enérgicamente Berenguer el Viejo: «Ningún magnate se atreva en adelante a castigar a los culpables y a ahorcarlos, pues el hacer justicia sólo le es lícito a la *Potestad*, como atribución exclusiva del Jefe del Estado, ya que sin justicia no puede la tierra vivir, y por esto deben los Príncipes administrarla, juzgando por derecho y amparando y socorriendo al oprimido».

El ciudadano es libre y sólo puede ser privado de su libertad mediante proceso, tramitado por autoridad competente: este derecho aparece en Cataluña cuarenta y dos años antes que nuestra constitución del Habeas Corpus, tan famosa en el mundo.

La limitación de los Monarcas para legislar o imponer contribuciones sin el asenso del Parlamento; su obligación de satisfacer los impuestos comunales como cualquier vecino; la prohibición absoluta de despojar a nadie, «sea cual fuere su condición o Estamento, sin conocimiento de causa»; la facultad de conmutar pecuniariamente el servicio militar, redimiéndole por una cuota que varíe según las facultades del interesado; todo, en fin, lo que dignifica y enaltece la naturaleza humana, encuéntrase aquí establecido con una generosidad y una exactitud insuperables.

La casa catalana, masía o castillo, representa el fundamento de las libertades, y como domicilio es inviolable, aun para el somatén, que sólo puede penetrar en ella mediante condiciones determinadas; está exenta de alojamientos, y sólo cuando en el pueblo no existen cuarteles o fortalezas, vese el Jefe de familia obligado a ceder parte de su habitación a Capitanes y soldados, aunque no gratuita-

mente, sino mediante un derecho de posada, en el que no van comprendidos ni la cama ni la ración.

Los animales domésticos, los instrumentos de labranza, herramientas de trabajo, armas, caballos, vestidos, lecho y cofre, no pueden ser embargados por deudas ni por concepto alguno.

La propiedad es inviolable en Cataluña; el testador puede disponer de sus bienes, quedando salva la parte legitimaria. La caza y la pesca son libres. Finalmente la nación catalana es la reunión de los pueblos que hablan el idioma catalán, y su territorio comprende: Cataluña, con los Condados de Rosellón y de Cerdaña, el Reino de Valencia y el de Mallorca.

Los tres pueblos que forman la nación catalana tienen su constitución política y están confederados entre sí y con el Reino de Aragón, mediante ciertas condiciones establecidas por la ley. El Principado es libre e independiente y por ningún concepto puede romperse su unidad ni alienarse.

El derecho de establecer las leyes fundamentales del Estado compete al Príncipe, juntamente con las Cortes generales, en las cuales reside la representación de todos los estamentos de Cataluña, y toda representación se ejerce mediante el pacto jurado entre el Gobernante y los Gobernadores, de cumplir y hacer cumplir las Constituciones y Usatges, a cuyo amparo está la propiedad, las libertades y demás derechos de los catalanes.

Tales son en resumen los privilegios o fueros sancionados y reconocidos por Felipe V el año 1702 en las Cortes convocadas para jurarle como sucesor de Carlos II, bajo condición incontrovertible de ser observados al pie de la letra, no admitiendo más interpretación que la de su propio tenor.

—¿Se puede o no gobernar a un pueblo en estas

condiciones?—preguntaba uno de los Consellers presentes, después de haber enumerado minuciosamente los anteriores preceptos.

—Dígalo Inglaterra, que no se rige por otros—respondióle al punto D. Narciso Feliú—. Y díganlo los siglos de duración que alcanzaron en la historia estas famosas libertades, honor de nuestros antepasados y pesadilla de tantos tiranuelos que, con el nombre de Virreyes, conturbaron este Principado desde los tiempos en que no pudiendo realizar Fernando el Católico su último intento de separar las Coronas de Aragón y de Castilla, vinieron a recaer todas en el cetro de Carlos V.

—Pero vamos a ver, Señores—interrumpió muy sesudamente el Príncipe de Ornano—. ¿Por qué si piensan así de los Monarcas austriacos, se obstinan ustedes en defender los derechos de Carlos III, que es un descendiente genuino de ellos?

—Pues precisamente por eso—repuso al punto un Diputado—. En primer lugar son los herederos legítimos de la Monarquía. Y en segundo, ya nos conocemos y sabemos unos y otros de lo que somos capaces. Felipe IV, conquistador de Barcelona, entró en ella como vencido y reconoció la justicia de nuestra causa, jurando y renovando los fueros catalanes sin reservarse otra cosa que las murallas de la Capital. Esta propiedad y el predominio de la Inquisición castellana sobre la antiquísima nuestra, constituyen las únicas mellas infligidas a las constituciones catalanas desde el siglo XVI. ¿Qué conducta puede observar, por consiguiente, un Príncipe proclamado por nosotros e impuesto al resto de España por nuestros esfuerzos y los de los Aliados? Despotismo por despotismo, preferimos éste, al que ya estamos acostumbrados, y que nos ofrece garantías de mejorar de suerte en lo futuro.

—Muy bien dicho—afirmó otro de los presentes—. Además de que, siguiendo fieles como tan ciegamente lo hacen los castellanos, a la causa del Duque de Anjou, ¿qué porvenir nos esperaría? El de sacrificarnos inútilmente por la prosperidad de la Casa de Borbón, a la que debemos la más amarga de las lecciones recibidas en nuestra historia, y terminar convirtiéndonos en una provincia de Castilla, organizada y envilecida a la francesa para que el Soberano pueda mandar en ella, como lo hace Luis XIV en toda Francia.

Aquel argumento no tenía réplica en efecto, como no fuera preguntar por qué, pensando así, habían recibido los catalanes, cuatro años antes, al nieto del Cristianísimo y reconocidole como Rey. Pero a esto hubieran respondido seguramente los presentes disculpándose con las circunstancias y haciendo constar que el primero en faltar a su juramento había sido Felipe V, por lo cual ellos quedaban libres de obediencia según las constituciones del país.

Don Octavio Branciforte, que como buen Príncipe italiano, y como cortesano magnate, no podía encarar las cosas desde el mismo punto de vista que los doctrinarios catalanes, atrevióse a plantear el delicado problema de la conveniencia de la unión de las Coronas para robustecer el prestigio de la Monarquía, y el tema de la necesidad de contribuir todos los componentes de ésta, por partes iguales o proporcionales, al sostenimiento y prosperidad de la patria común.

—¿Qué Monarquías ni qué componentes son éstos?—exclamó fuera de sí un miembro del Consejo de Ciento, cuyo nombre no recuerdo—. Aquí llegamos al equivocado concepto que los castellanos tienen formado de nosotros, y a las injurias que constantemente nos dirigen desde los tiempos

de Olivares, injurias eternizadas en el exabrupto escrito por Don Francisco de Quevedo, tan popular y celebrado en Madrid.

—¿Qué dice ese exabrupto?—pregunté, deseando ilustrarme.

—Oídle, pues lo sé de memoria y en él se compendian todas nuestras irremediables diferencias con Castilla: «Son los catalanes aborto monstruo de la política. Libres con Señor: por esto el Conde de Barcelona no es dignidad, sino vocablo y voz desnuda. Tienen Príncipe, como el cuerpo alma, para vivir, y como ésta alega contra la razón apetitos y vicios, aquéllos, contra la razón de Señor, alegan privilegios y fueros. Dicen que tienen Conde, como el que dice que tiene tantos años, teniéndole los años a él. El provecho que dan a sus Reyes es el que da a los Alquimistas su arte: promételes que harán del plomo oro, y con los gastos los obligan a que de oro hagan plomo. Ser su Virrey es tal cargo, que a los que lo son se puede decir que los condenan y no los honran. Su poder en tal cargo es sólo ir a saber lo que él y el Príncipe no pueden. Sus Embajadas a su Gobernador cada hora no tratan sino de advertirle que no puede ordenar, ni mandar, ni hacer nada, anegándole en privilegios. Esta gente de natural tan contagiosa; esta provincia, apestada con esta gente, este laberinto de privilegios, este caos de fueros que llaman Condado»...

Los gritos y las protestas de los circunstantes, excitados hasta el paroxismo, no dejaron concluir al del Consejo de Ciento, haciendo levantar de su asiento a D. Narciso Feliú, que con voz trémula e iracunda habló así:

—¡Hasta cuándo, Señores, escucharemos los desprecios y los insultos de los que llamándose hermanos nos acusan de provocar las luchas fratricidas

de España, sin pensar que la mayor parte de la culpa en tales luchas recae sobre ellos y procede del debilitamiento increíble y absoluto de todas sus antiguas cualidades y energías! ¡Enhorabuena que los castellanos, por servilismo, o por devoción, hayan renunciado a todas sus libertades, incluyendo las Cortes, y que éstas se hayan convertido en un simulacro, donde el Rey elige y manda a los Diputados como si fueran palafreneros de su Alcázar! ¿Pero por qué razón hemos de imitar nosotros ese ejemplo, que los conducirá tarde o temprano a la abyección, si nuestro país es un pueblo independiente, de origen y lengua distintos, de espíritu y costumbres diferentes, que no ha sido subyugado por derecho de conquista, sino que está unido por circunstancias fortuitas a su Corona, con la que nada hemos tenido de común hasta hace dos siglos?

—Lo que sobre todo olvidan en Madrid—declaró solemnemente el Prior de la Merced—es que nosotros los catalanes, por nuestro especial carácter, no nos movemos por impresión o por sentimentalismo, como hacen allá siempre, sino por reflexión o por conveniencia; y que la unión de nuestras Coronas no representa una subordinación, ni siquiera una amalgama, sino una asociación paccionada solemnemente, cuya primera cláusula estriba en mantener la mutua independencia por una y otra parte, y cuyo mayor defecto consiste en no prever el caso presente de que vacase la sucesión del trono y se hubiera de llamar por medios extraordinarios, bien al que la Nación prefiriera, o al que ostentara mejores títulos para la herencia.

—De todos modos—clamó un Diputado—, por nuestra importancia, nuestra historia y nuestro valor, nunca hemos merecido el calificativo de *Coronilla*, como suelen denominarnos en la Corte, y

nada hemos recibido de Castilla, que sucesivamente ha ido adjudicándose el Reino de Granada, Navarra, Nápoles, Milán, los Países Bajos, el Franco Condado y todas las Indias.

—Nuestra antigua Cancillería—agregó un tercero—se ha convertido en el Consejo Supremo de Aragón; mas a pesar de ello, el descontento de catalanes y aragoneses por la desigual alianza se hizo patente desde los primeros tiempos; y si la afición a separarnos de nuestros asociados se detuvo y desvió más tarde, fué debido a las frecuentes Asambleas que tanto el Emperador Carlos V como su hijo Felipe II convocaron durante el siglo XVI, combatiendo de tal modo la inclinación que hacia Francia sentía la nobleza de estos estados y el despecho de la clase comercial, que veía privadas a las naves de estos Reinos de las más naturales consideraciones en los puertos castellanos, a pretexto de que los catalanes, mallorquines, valencianos y aragoneses, *no eran vasallos de Su Majestad*, razonamiento por el que hubo que reclamar en las Cortes de Monzón.

—¡A qué remontarnos tan lejos!—corroboró el Diputado—, ¡si últimamente, cuando aun estábamos en paz, suplicamos que se permitiera a los catalanes crear una compañía colonial, a semejanza de las de Holanda e Inglaterra, y Felipe V nos lo concedió, *en tanto que no se opusiera a c m^o cio de Sevilla*, negándonos rotundamente la demanda de poder enviar cada año dos bajeles a América!

—¡Mantengámonos firmes, compañeros!—gritó Feliú—. ¡Tenemos un Rey a quien sostener y aliados que nos ayudan! ¡Preparémonos, pues, a la defensa de Barcelona con todas nuestras energías! ¡No olvidemos que las Constituciones de un país representan un depósito confiado a nuestra generación

por las generaciones pasadas, a fin de transmitirlo a las futuras, y que si disfrutamos de él como de bien propio, debemos también respetarlo y mantenerlo intacto como un bien ajeno!

Las aclamaciones que siguieron a estas palabras terminaron la reunión en medio del mayor entusiasmo y sin una voz que se levantara en contra.

Al salir del Convento de la Merced, el esposo de D.^a Leonisa se creyó en el caso de pedirle disculpas por la exageración de los discursos que acababa de oír y que no siempre alcanzaban tanta virulencia.

—Son los menos numerosos—añadió el italiano con metálica voz, en que se adivinaba la ironía y el escepticismo del noble de abolengo a quien todo ha decepcionado en la vida—; están agriados y quieren convencerse a sí mismos de que el Archiduque que acaban de proclamar por Rey los libertará de la dependencia de Castilla y les devolverá su antiguo poderío...

—No sé lo que sucederá en el porvenir, Príncipe, ni si Barcelona podrá resistir el ataque que se prepara y los demás que vengan después—contesté con toda sinceridad—. Pero lo que sí os aseguro es que, lejos de escandalizarme al escuchar a esos Señores, parecíame estar en mi tierra y escuchar los razonamientos de mis compatriotas, que tan alto han sabido colocar el nombre de Inglaterra, basándose precisamente en la consagración de esos derechos por los que hoy pelean los catalanes. Es más, amigo mío, creo del modo más firme que entre este puñado de hombres resueltos, obstinados y entusiastas, que se niegan a admitir la ingerencia extranjera que se les viene encima, por estimar suficiente la estructura que les legaron los siglos, y esa gran masa castellana que inconsiderada y ca-

ballerescamente defiende por pura simpatía a una dinastía extraña, cuyas intenciones y propósitos de gobierno se perciben ya bien claros, los que tienen razón y obran con lógica son los primeros, los que acabamos de oír. Y que si en alguna parte de España resuena el eco viril de los antiguos cruzados y de los caudillos nacionales, es en este rincón de Cataluña, donde se da el ejemplo de lo que debieran hacer todos los demás estados de la Monarquía española, para mantener el ideal de su raza y la orientación natural de su destino.

XXIX

3 de marzo.

Aun no se había disipado en mí el efecto producido por la anterior reunión, que me había decidido a reanudar mis servicios en las tropas, cuando una tarde que me encontraba en mi casa recibí varias cartas, que Walter Ramsbockle y el Doctor Freind enviaban desde Valencia, contando, cada cual a su modo, los inverosímiles triunfos obtenidos por el Conde de Peterborough en su rápida campaña, y la entrada en Valencia, así como las preocupaciones que a todos, incluso a Su Excelencia, inspiraba el inexplicable retraso de la flota inglesa, de cuya llegada dependía la futura suerte de Barcelona.

Las delicias de la capital del reino valenciano alcanzaban, según Lord Ramsbockle, tal grado, que harían olvidar a un judío la propia Jerusalem; las valencianas resultaban adorables, y los elogios hiperbólicos que Walter prodigaba a su antes detestado General probaban que la personalidad tan

contradictoria y complicada de éste había acabado por deslumbrar y rendir al impulsivo hermano de Winifred, comprobando una vez más el proverbio inglés que dice: «*Nothing succeeds like success.*»

El relato de Freind, más sereno y más exacto, aunque no menos entusiasta, resumía los sucesos ocurridos desde la entrada en San Mateo hasta el recibimiento en la Capital, constituyendo una serie de capítulos de novela realmente extraordinaria, que ponían de relieve no sólo la audacia y la resistencia del Jefe de los Aliados, sino sus extraordinarias dotes políticas y su habilidad como gobernante, que le atraían las simpatías generales, constituyendo de él la figura más atractiva, más afortunada y más fantástica de todos los Generales extranjeros que hasta entonces pisaran el suelo de España.

Aun no había terminado la lectura de tan agradables noticias, que seguramente harán inolvidable el nombre del Conde de Peterborough en este país, cuando vime sorprendido por la aparición de Nardo, que, haciendo grandes ademanes de asombro, acercóse a mí y murmuró:

—¡Señor! ¡Señor! Por fin le he encontrado hoy y acaba de entrar ahí enfrente.

—¿Quién?—pregunté inquieto.

—¿Quién ha de ser? ¡Don Gilito! ¡Le seguía desde la plaza de San Francisco, y ha venido derecho! Se conoce que trae algún mensaje de la Señora Princesa, porque salió con un paquete bastante abultado.

—¿Pero para quién?—volví a interrogar impaciente.

—¡Toma!—repuso el catalán—, ¡pues para mí amo! ¿Para quién quiere Su Señoría que fuera?

—¿Y te imaginas que Jenaro de Pereda va a estar

encerrado ahí, a dos pasos de nosotros, donde sólo se custodian los herejes? ¡Tú estás loco, hombre!

—Le digo que sí, Señor—insistió el muchacho—. Y cada vez que lo medito me convenzo más y más de que esta vez no nos equivocamos. Además, es el único escondrijo en que nunca se nos ha ocurrido pensar. ¿No recordáis las palabras de Don Gilito cuando aseguró que se trataba de un lugar en que el preso estaba seguro y nadie podría descubrirlo? Pues claro es que al decir esto se refería al Tribunal de la Inquisición, donde realmente es imposible llegar hasta él.

—¿Pero cómo puede haber conseguido Doña Leonisa internarle aquí?

—¡Quién sabe! Doña Leonisa, cuando quiere, lo consigue todo. Además puede que haya sido para salvarle y substraerle a la justicia militar, o porque haya venteado lo del canje que Vuestra Señoría preparaba. De cualquier modo, no debemos perder el tiempo en discusiones, sino vigilar desde esa ventana la entrada del Paláu, para ver si el comisionado sale. Caso de volver sin el paquete, será la demostración de todas mis presunciones.

Creo haber escrito ya que la casa alquilada por Walter, en que yo actualmente vivo, da al Carrer de la Tapinería; pero se me ha olvidado consignar que la pared frontera del otro lado de la calle corresponde al antiguo palacio de los Condes, llamado por lo común el *Paláu*, que comprende una serie de construcciones de distintas épocas, unidas por un puente a la Catedral, y que se extienden desde la plaza del Rey, donde cae la puerta principal, hasta la bajada de la Canonja.

Esta histórica mansión, abandonada desde hace mucho tiempo por los Soberanos, aunque éstos hayan usado algunas veces la grandiosa sala del

Tinell o del Borboll, hoy en poder de los escribanos del Consejo Criminal del Principado, contiene una capilla magnífica y está en parte edificada sobre los primitivos muros de la ciudad.

Dentro de su inmenso recinto tiene habitación la Audiencia, el Archivo Condal, las Religiosas del Monasterio de Pedralbes, cuando estas damas se ven obligadas, por causa de guerra, a desalojar su gran Monasterio extramuros; alguna vez los Virreyes, y constantemente el Tribunal de la Santa Inquisición, que ocupa la mayor parte.

Los jardines del palacio correspondían precisamente antes a la calle de la Tapinería, donde yo vivo, y desde mi ventana se ve la puerta que daba salida a ellos y que sostiene aún una especie de mirador muy notable en que se distinguen dos escudos con las armas Reales.

Por aquella puerta era por donde Nardo aseguraba haber visto entrar al misterioso D. Gil, y, pegados a la celosía de mi ventana, permanecemos un buen rato espionando su salida y discutiendo la manera de penetrar en el Santo Oficio, cuyo acceso está terminantemente prohibido a todo el mundo.

Para colmo de males, su jurisdicción goza de inmunidades especiales, sin depender de ninguna autoridad, ni siquiera de la del Rey, por lo cual sólo el Inquisidor General, D. Vidal Marín, Obispo de Ceuta, residente en Madrid, posee atribuciones para intervenir en la suerte de sus víctimas.

—Con lo que quiere decirse, Señor—concluyó entusiasmado Nardo—, que si se confirma la presencia de Jenaro de Pereda detrás de esas paredes, esta vez tendréis que dejar de lado todos vuestros anteriores escrúpulos de honor y ayudarnos franca y resueltamente a la evasión de mi amo, porque ahora no se trata ya de un prisionero de guerra, sino

de un particular detenido en una cárcel católica, y por añadidura castellana; así que ninguna razón se opone a que, como protestante y como inglés, nos prestéis vuestro apoyo.

—Claro que si fuera así—respondí sin vacilar—, Doña Serafina y tú podríais contar en absoluto conmigo para todos vuestros planes. Pero ¿de quién valernos para conseguir los informes necesarios?

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando la puerta del Paláu se entreabrió para dar paso a los hábitos del Reverendo Fray Serapio del Niño Jesús, que, sosteniendo varios libros en el brazo y mirando receloso a un lado y a otro, acabó por enderezar sus pasos hacia mi casa.

Antes, sin embargo, de que llegara, Nardo y yo nos habíamos mirado como si compartiéramos la misma idea, exclamando a un tiempo:

—¡Fray Serapio! ¡Y pensar que no nos acordábamos de que sus hábitos y sus atribuciones podían haber proporcionado a Doña Leonisa las facilidades necesarias para recluir por un tiempo a Jenaro de Pereda en los calabozos de la Inquisición, donde seguramente tendrá acceso el dominico cerca de todos los presos!

—Oye, Nardo—añadí, asaltado por una idea repentina—, ¿cumpliste mis instrucciones de concurrir al Convento de Santa Catalina y representar en la celda de Fray Serapio tu comedia de mendigo holandés?

—Sí, Señor—repuso gozoso el catalán—; ¡y poco que me divertí viendo cómo tragaba el anzuelo el pobre Reverendo! Por cierto que me regaló con una porción de golosinas, haciéndome prometer que volvería. Se conoce que el reclutamiento de neófitos entre los vagabundos extranjeros constituye su actual manía, porque un inglés a quien me encontré

allí me contó que conocía a varios alemanes, irlandeses y hasta judíos, que visitan también la celda y reciben lecciones de Fray Serapio. La mayor parte de ellos va por interés o por comodidad. Pero creo que tres o cuatro se han convertido de veras, y hasta que uno ha entrado de fraile, en no sé qué Convento. Yo no he vuelto a verle porque ocupado con seguir la pista a Don Gilito me ha faltado tiempo. Además creí que ya no era necesario.

—Pues te equivocas, porque es menester que vayas y que desde hoy te dediques a conquistar la confianza del Confesor de la Villarrubia, hasta hacerle creer que quieres entrar también en religión, para no separarte de él. Así tal vez consigas que te tome como lego, criado, o cualquier cosa, y ya te las compondrás tú para hacerte el indispensable y conseguir acompañarle por dondequiera que vaya. Por mi parte, ahora vas a ver cómo también soy capaz de desempeñar un papel, aunque me disguste el mentir.

En aquel momento sonaron unos golpecitos a la puerta, y la discreta voz de Bliss anunció la visita del predicador, a quien recibí con los brazos abiertos, después de haber hecho esconder a Nardo en el cuarto vecino.

La cordialidad de mi recibimiento y el placer que demostré a su vista sorprendieron agradablemente a Fray Serapio, quien, mientras me saludaba, iba depositando encima de una mesa los volúmenes que traía, y en que se trataba del debatido problema de los derechos de Carlos III y Felipe V a la Corona de sus mayores.

Los títulos de tan indigestos trabajos, que tuve la paciencia de examinar uno por uno, para dejar contento al fraile, eran a cual más extenso y menos interesante.

El primero, impreso en Nápoles y escrito por Serafino Biscardo, decía así:

«Epistola pro Philippo Quinto, qua et jus ei assertum successionis universæ monarchiæ et omnia confutan'ur, quæ pro investitura regni Napolitani a Germanis escripta sunt.»

El segundo, original de Giovanni Antonio Castagnola, defendía en lengua italiana la causa del Duque de Anjou, rivalizando en elocuencia con el español Benito de Noriega, autor de un indigesto estudio referente a la *«Injustitia belli Austriaci contra Philippum V»*.

Pero al lado de estos alegatos, figuraban aún otros más numerosos a favor del Archiduque, aparecidos en la misma Barcelona; como: *El juicio de la Europa en la gran causa de la libertad común, por las razones que tiene Leopoldo I sobre la Monarquía de España*, o la *«Declaració de la successió de España a favor de Carlos III»*, o el titulado: *Justicia y conciencia en la causa de Carlos III*.

Impreso en Colonia el año 1703, mostróme Fray Serapio un librejo de Paul de Lisola, escrito en francés, cuyo frontis rezaba: *«Defense du droit de la Maison d'Autriche à la succession d'Espagne. Et la vérification du partage du lion de la fable dans les conséquences de l'intrusion du Duc d'Anjou.»*

Finalmente, desde Lisboa y desde Viena habían enviado a la Capital Catalana trabajos de Alejandro de Herrera y de Fray Benito de la Soledad, ponderando las razones que asistían al heredero de los Austrias para reclamar la Soberanía de sus mayores.

Mas aquel asunto, tan profundizado, y que las Cortes acababan de definir con el reconocimiento del nuevo Rey y la exclusión de los Borbones, no me conducía al terreno que yo deseaba atacar cerca

de mi catequista; por lo cual, dejando de lado los libros para examinarlos con mayor espacio, comencé a lamentarme en tono hipócrita de la rareza de las visitas de Fray Serapio, precisamente en el momento que sus discursos y explicaciones me eran más necesarios, pues mis sentimientos y creencias comenzaban a sufrir un desconcierto general, gracias a su inesperada predicación.

Aquella solemne mentira, que me costó bastante trabajo formular y que reconozco como la más grave de mis faltas desde que salí de Inglaterra, inundó de gozo al bendito fraile, quien, seguro ya de su triunfo, cayó de rodillas, dando gracias a Dios por el prodigio de que se dignaba hacerle indigno instrumento y que tanta satisfacción causaría a los habitantes del palacio de Cardona.

Alarmado ante tal anuncio, que podía despertar las sospechas de D.^a Leonisa, y viendo la facilidad con que el Reverendo aceptaba mi descarada invención, supliqué entonces a Fray Serapio que mantuviera secreta la confidencia que acababa de hacerle, hasta ver más claro en el estado de mi alma, y que, mientras tanto, se dignara seguir ayudándome con sus lecciones lo más a menudo que le fuera posible.

—Sí, hijo mío: lo haré como deseáis—repuso el dominico—. Y si no me habéis visto estos días, creed que no ha sido por olvido, sino por el cúmulo de ocupaciones que ha caído sobre mí desde que se anunció la proximidad de los ejércitos de nuestros enemigos.

—¿Salís mucho del Convento?—me atreví a preguntar.

—Puede decirse que ni siquiera vivo en él. Ahora mismo, sin ir más lejos, vengo del Tribunal de la Inquisición, donde he pasado varias horas en la

visita de presos, que constituye una de mis obligaciones, desde hace poco, por haberse marchado de la ciudad casi todos los Oficiales y Consultores de origen castellano.

—¿El Tribunal de la Inquisición no es ese que está ahí enfrente?—pregunté con aire inocente.

—El mismo—repuso sin desconfiar el fraile.

—¿Pero los calabozos estarán en los sótanos?—proseguí.

—No, hijo mío—añadió Fray Serapio sonriéndose—. Ésa es una de tantas patrañas con que nos calumnian por fuera. La cárcel común, y aun la secreta, suelen consistir en buenas habitaciones, con aire y luz, en las que únicamente está prohibido alumbrarse de noche y comunicarse con el exterior. ¿Alcanzáis a distinguir aquellas ventanitas con reja, cerca del tejado del Paláu, allá lejos, junto a la Canonja? Pues allá están los reclusos que acabo de ver.

—Y... ¿son muchos?—me atreví a inquirir.

—Pocos—declaró el dominico—. No llegan a media docena. Y a propósito, ahora que os veo en tan buen camino, voy a descubriros un secreto que nunca os hubiera revelado antes. En las prisiones a que me refiero existe una persona que pretende conoceros, y hasta que me ha encargado de un mensaje para Vuestra Señoría.

—¡Un preso en el Santo Oficio que me conoce! ¿Será algún inglés?—exclamé pensando en Jenaro y haciendo esfuerzos para disimular mi ansiedad.

—No; es un español, poco más o menos de vuestra edad.

—¿Cómo se llama?—interrogué sin poderme contener ya más.

—Él pretende que Anselmo del Castillo; pero no estamos seguros de ello, porque su declaración en

las moniciones resulta bastante confusa, por lo cual la calificación en lo subjetivo le señala como confitente diminuto.

¡Anselmo del Castillo! ¡Desdichado Piscator! Su nombre, ya olvidado de mi memoria, era el último que pensaba escuchar de labios del Reverendo. Mas a pesar de ello, la nueva de su encierro, profetizada por Nardo, me afligió sobremanera.

—Indudablemente—continuaba mientras tanto explicando Fray Serapio—se trata de un andaluz, muy discutiador y muy listo, pero peligroso en extremo. Nos lo trajeron hace dos semanas de Tarragona, donde se dedicaba a la hechicería y a las artes adivinatorias; pero después de su abjuración de vehemente, ha confesado que practicaba sus abominaciones desde hace varios meses en Igualada y en Reus; por cierto, con escandalosa fortuna.

Mientras decía esto el fraile, pensaba yo en las ventajas que la permanencia de un hombre como Castillo en las cárceles del Santo Oficio podía proporcionarnos a todos.

—¿Y es muy grave el castigo que le espera?—concluí por preguntar, después de haber referido a Fray Serapio el origen de mis relaciones con el infeliz réprobo.

—Por ahora no—manifestó severamente el dominico—, pues las circunstancias impiden la celebración de autos de fe. Pero creo que su causa se substanciará pronto, y, fuera de los doscientos azotes correspondientes y la imposición de coraza y sambenito, acaso logre salvar la vida, si persiste en su arrepentimiento, contentándose el Tribunal con imponerle algunos años de prisión.

—¿Tan inicuos resultan sus crímenes, Padre mío?

—¡Hipócrita!, ¡blasfemo!, ¡sortilego! ¡El pacto

demoníaco constituye una de las abominaciones que nuestra Religión ha perseguido siempre y ante la cual jamás ha depuesto sus rigores! Además, en este caso debe de tratarse de un relapso, a juzgar por la perfección de sus simulaciones, que recuerdan las de una famosa Beata castigada en Sevilla hace varios años. A este propósito hemos pedido informaciones a la Inquisición de Andalucía, para obrar en consecuencia.

¡Pobre Anselmo!, pensé al oír aquella amenaza; y, deseando serle útil en tan peligroso trance, interrogué a Fray Serapio sobre el mensaje que me anunciara de su parte.

—Sus deseos consistirían—repuso mi interlocutor—en que le facilitaseis algunas ropas, pues apenas tiene con que cubrir las miserables carnes, ya que al ser desenmascarado por los piadosos católicos de Tarragona, fué maltratado y apedreado por la muchedumbre, estando a pique de morir sin poder arrepentirse de sus culpas.

—Pues sí que se las facilitaré gustoso—expresé en seguida—; y si Su Reverencia lo permitiere, añadiría a ellas algunas frioleras, junto con dos o tres libros piadosos que vos mismo podríais elegir entre los muchos que tengo aquí para mi instrucción.

Fray Serapio dirigió su escrutadora mirada hacia el rincón donde Bliss había amontonado la extrañísima biblioteca de Lord Ramsbockle, compuesta de cuanto volumen pecaminoso se había publicado últimamente en Francia e Italia, y suspirando enternecido ante aquella nueva prueba de mi regeneración, condescendió finalmente a mis ruegos, aunque declarando que con ello faltaba a todas las prácticas y costumbres del Santo Oficio.

—Lo malo del caso—añadí, como si vacilara—es

que el canasto sea tal vez un poco pesado e indigno de cansar las preciosas fuerzas de Vuestra Reverencia.

—No se preocupe el Milord por ese detalle—dijo el fraile sonriendo—. Y prepare todo para la semana que viene, que yo pasaré por aquí y traeré algún acompañante idóneo que lo recoja.

La posibilidad de aprovechar la coyuntura para introducirse en la prisión del Sr. Anselmo no escapó al catalán, que nos escuchaba desde el otro cuarto; y mientras nosotros abordábamos el tema de mi conversión, evitando yo insistir sobre los demás encarcelados del Paláu, combinaba el pícaro en su caletre los detalles del plan que había de conducirnos al fin deseado, maravillándome después con él, apenas nos quedamos libres de la presencia y de los sermones de Fray Serapio.

El proyecto era en efecto excelente, si Nardo conseguía inspirar la suficiente confianza al Reverendo para que éste le aceptara como mandadero en sus excursiones por la ciudad. Contando con el natural despejo de Anselmo del Castillo, y con el horrendo pavor que debía poseerle en aquellos momentos, tratábase de hacer llegar a sus manos una carta y un paquete conteniendo dinero, limas, instrumentos de carpintería, papel, plumas y cuantas cosas fueran útiles para una evasión.

La carta debía expresar que, si quería verse libre del porvenir que le amenazaba, tenía que averiguar dónde se encontraba Jenaro de Pereda y ponerse en comunicación con él para escapar juntos. Nuestros trabajos en la empresa comenzarían el día en que viéramos atado a la reja de su ventana un pedazo de trapo, que nos indicara haber logrado corresponder con el antiguo amo de Nardo. En cuanto a la respuesta con los datos que deseara comuni-

carnos, podía valerse de cualquiera de los libros que le entregaría Fray Serapio, ocultando entre las tapas su misiva al sernos devuelto el volumen.

Conformes en todos los detalles, discutíamos si sería mejor ocultar el paquete en la cesta, o coserlo entre las ropas, cuando Nardo, que no perdía de vista la celosía, gritó de repente:

—¡Señor, ahí sale Don Gilito! ¡Se conoce que la conferencia ha sido larga! Y reparad, ¡viene sin el paquetel! ¿Veis cómo tenía yo razón y Jenaro de Pereda se encuentra ahí, perfectamente atendido por los cuidados de la Princesa? ¡Con tal que esa mujer no llegue a doblegar su voluntad, ahora que la sabe inocente de la muerte de su madre, y se repita la historia del Almirante de Castilla!

Efectivamente, bajando hacia la plaza del Angel, alejábase la copia de Luis XIV, contoneándose gracioso y dirigiendo miradas asesinas a cuantas mujeres se cruzaban en el camino, como si con ello cumpliera una de las obligaciones más fructíferas de su venal existencia.

XXX

12 de marzo.

La estratagema obtuvo todo el éxito que podía esperarse de su arriesgada sencillez.

Gracias a la superior habilidad demostrada por Nardo, Fray Serapio aceptó a éste como servidor y presunto lego, después de una escena inenarrable, en que arrastrándose por los suelos el fingido holandés, y sollozando a los pies del crédulo dominico, refirió a éste las visiones que acababa de tener y la aparición en ellas de la Virgen del Rosario, ordenándole su inmediata visita al Convento de Santa

Catalina y la confesión de todos sus errores en presencia de su hijo predilecto.

Aquel esfuerzo de inventiva valió al escudero de Jenaro la compañía del predicador en la visita que Su Reverencia hizo poco después a la Inquisición, cargando con el cesto que Bliss y yo habíamos dispuesto para el desventurado Castillo, y consiguiendo introducirse al fin hasta la celda en que el infeliz nigromante lloraba sus cuitas.

La depresión y el miedo de éste eran tan grandes, que por bastante espacio no pudo darse cuenta de la presencia de Nardo, ni identificar a su antiguo compañero del *Panther* en aquel pelirrojo y medio idiota muchacho, que apenas podía sostener la canasta encomendada a sus fuerzas, no obstante los expresivos guiños que el catalán le dirigía a hurtadillas del fraile.

Sólo cuando Fray Serapio interrumpió sus inspiradas imprecaciones, viendo correr las lágrimas del réprobo, que, golpeándose el pecho con ambas manos, protestaba de su arrepentimiento y de su sumisión a la Iglesia, fué cuando Nardo pudo llamar la atención del andaluz, que acabó por reconocer atónito a su amigo y seguir desde entonces con disimulo todos sus movimientos.

Dirigiéndose entonces hacia las tablas que hacían oficios de cama, y sobre la que se veían revueltos algunos trapos, fingió el torpe mandadero que tropezaba en ellos, cayendo con gran estrépito al suelo y utilizando aquel instante para esconder el envoltorio de las herramientas de modo que nadie pudiera descubrirlo.

Aquel movimiento no escapó, sin embargo, a la penetración del astrólogo, quien utilizando toda clase de rodeos, para que Nardo pudiera entenderle, rogó a Fray Serapio me hiciera saber cuánto agra-

decía el envío de tanto regalo, y su intención de compartirlo con los demás prisioneros, dada su indignidad para merecer tales dones. En cuanto a los libros, si yo no veía inconveniente, pensaba prestarlos a su vez al vecino que tenía a la derecha, y que era hombre muy docto, aunque militar y borbónico, devolviéndomelos apenas los hubiera leído.

Semejantes declaraciones, que Fray Serapio tuvo buen cuidado de no repetirme, nos hicieron comprender al punto que Anselmo se refería a Jenaro de Pereda y que conocía nuestro interés por éste.

A la siguiente mañana pudimos ver, en efecto, atado el consabido trapo a uno de los hierros de la tercera reja, por lo que calculamos que la segunda debía corresponder a la prisión de Jenaro; y hacia fines de la semana recibí uno de los volúmenes enviados al socarrón, por intermedio del divino Serapio del Niño Jesús.

Pocas veces he sentido mayor impaciencia por quedarme solo que durante aquella entrevista, que me pareció interminable, y en la que mi conversión hizo grandes progresos, merced a la falta de contradicción que encontró el fraile a todos sus razonamientos; y en cuanto se cerró la puerta detrás de él, me apresuré a destrozar el volumen hasta dar con la respuesta de Anselmo, que venía cuidadosamente disimulada entre la piel de las tapas.

Desde las primeras líneas pude darme cuenta, con verdadero júbilo, de que las presunciones de Nardo no eran erradas. Jenaro de Pereda, oculto en el Santo Oficio desde principios de noviembre, gracias a la influencia de la Princesa de Ornano, aguardaba ansioso el momento de recobrar la libertad para incorporarse a sus compañeros de armas, que suponía ya próximos, de acuerdo con las noticias de D. Gilito, que le visitaba a menudo, y que, con-

traviniendo seguramente las órdenes de Doña Leonisa, le tenía al corriente de cuanto sucedía en Barcelona y aun en el resto de España, como cuadraba a su natural traidor e indiscreto. Jenaro, que conocía de sobra el modo de ser del tráfuga, y que soportaba su trato por pura necesidad, no acababa de creerle del todo, cuando se refería a las conquistas de los aliados y a los triunfos del Conde de Peterborough, por juzgar que se trataba de desmoralizarle con aquellas nuevas para hacerle ingresar en el ejército del Archiduque; pero no dejaba de preocuparse por la llegada de los ejércitos de Felipe V y la suerte que pudiera caberles en el futuro sitio, del que dependía el destino de la Monarquía.

Él y Anselmo, que ya podían comunicarse por un boquete abierto en la pared gracias a mis herramientas y disimulado durante el día, estaban dispuestos a realizar cuanto les indicáramos a fin de salir de sus cárceles, y aguardaban ansiosos las instrucciones que yo me sirviera enviarles para ponerse a la obra.

El mensaje terminaba manifestando el profundo agradecimiento de ambos por mi bondad y la seguridad de que nada existiría en el mundo capaz de hacerles olvidar y no bendecir el nombre de Sir Archibald Darley, a quien Jenaro de Pereda rogaba humildemente tuviera a bien comunicarle algunas noticias de la dama que sabía.

La satisfacción que aquella carta nos produjo a Nardo y a mí, y el afán con que nos dedicamos a combinar inmediatamente todos los particulares que podían contribuir al buen éxito de nuestros deseos, fueron muy poca cosa comparados con los sentimientos manifestados por D.^a Serafina apenas se enteró de las increíbles nuevas y de la posibi-

lidad de burlar finalmente los planes de su ilustre prima, arrebatando a ésta el prisionero.

«Amigo queridísimo—escribía la Niña de Plata—: desde que recibí vuestro billete no aliento ni sosiego pensando en vos y en los sacrificios que estáis haciendo por causa nuestra. ¿Cómo corresponder a tanta nobleza, sino ofreciéndoo el corazón y la vida? ¡Dichosa mil veces la mujer que ha sabido conquistar esa alma tan digna de ser estimada! ¡Creed que hay momentos en que, si fuera lícito, la envidiaría, no obstante la estimación que siento por ella! Rodeada, desde que nací, de ambiciones y amarguras, oprimida por todos, sin un compañero en quien depositar mis confidencias y mis penas, esclava de una promesa otorgada a un hombre en un momento de desesperación y de debilidad, ¿qué sería de mí si no os encontrara en mi camino y me hubierais hecho revivir y cobrar esperanzas con vuestro interés y vuestros alientos? Poco importa que nos hayamos visto una sola vez y que aún no hayamos cruzado la palabra. Nuestros espíritus caminan a la par, y yo sé que vos pensáis en mí, como yo pienso constantemente en vos...»

¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿qué significado encierran estas palabras? ¿Reflejan sólo el agradecimiento, expresado a la española por una joven vehemente e ingenua, que escribe cuanto se le ocurre, sin dar a las palabras su verdadero valor?; ¿o representan algo más, como mi deseo presiente y mi razón teme? La declaración de su indiferencia por el Caballero de Vaureal es terminante y respira sinceridad. Esto es indudable. Pero ¿datará esta indiferencia de antes, o de nuestro encuentro en la Torre Pallaresa? ¡Una mujer como la Niña de Plata no puede disimular ni

fingir como D.^a Leonisa! ¿Será posible que me quiera de veras?

La carta terminaba animándome a repetir mis visitas al palacio de Cardona, donde se comentaba mi retraimiento y se hacían buenas ausencias de mi persona. Tal vez, además, consiguiera verla en alguna de aquellas reuniones, pues la severidad de su abuela comenzaba a disminuir y ya se había notificado su presencia en Barcelona a algunas Señoras que deseaban saludarla. ¿Bastaría una esperanza tan vaga para decidirme a ir?...

¡Sí, sí: vencería todas mis repugnancias y afrontaré de nuevo las miradas de la Marquesa y de Doña Leonisa, y de todos los dragones del mundo, con tal de vislumbrar, aunque fuera de lejos, los ojos incomparables, cuyo inocente fulgor parecía seguirme a todas partes!

XXXI

20 de marzo.

Las tareas militares, así como una indisposición que por aquellos días atacó a la Marquesa de Villarrubia, se opusieron a la inmediata realización de mis propósitos.

La situación política y militar de Barcelona se agravaba por momentos, y los trabajos para la defensa de la plaza, descuidados hasta entonces, activábanse febrilmente.

Sabíamos todos que Felipe V, partido el 23 de febrero de Madrid con sus mejores Oficiales y la Casa Real, habíase unido el 14 de marzo al ejército de Tessé, fuerte de 12.000 hombres, evitando pasar por Zaragoza para prevenir posibles conflictos con los

aragoneses. Otro ejército, sumando 9.000 franceses al mando del Duque de Noailles y del General Legal, acababa también de penetrar por el Pirineo en Cataluña y se dirigía hacia Gerona, donde permanecía el Conde de Donegal en substitución de Scratenbach, muerto a principios de año. Y en conexión con la marcha de estos Cuerpos, había zarpado de Tolón, en los comienzos del mes, la flota del Conde de Tolosa, compuesta de 28 buques de línea, 8 fragatas, 10 galeras y 5 bombardas, a las que acompañaban 184 transportes conduciendo el inmenso tren de sitio, municiones y vituallas para todas las fuerzas de mar y tierra, cuya aparición se esperaba de un momento a otro.

Sumando, pues, los efectivos que acabo de enumerar con los de los Regimientos españoles reclutados a última hora, y los marinos de desembarco que podían utilizarse, pasaban de 30.000 el número de enemigos, franceses en su inmensa mayoría, que se disponían a sitiarnos con elementos poderosísimos y a realizar un supremo esfuerzo antes de que Barcelona pudiera ser socorrida por la flota de los Aliados, cuya llegada a Gibraltar no conocíamos aún, suponiéndola todavía en Lisboa.

De estar a las confidencias recibidas, el primitivo plan del Mariscal Tessé, asustado ante la situación del país, francamente hostil a Felipe V, consistía en apoderarse de Lérida, Tarragona y Tortosa, a fin de aislar al Conde de Peterborough, y dirigirse después a la Capital. Pero enterados en Versalles de estos proyectos, se le había ordenado renunciar a ellos y encaminarse inmediatamente a Barcelona, para rendirla antes de la llegada de los refuerzos partidos ya de Inglaterra.

Lo cierto es que el 17 salió el Duque de Anjou de Caspe, y que por Cervera, Igualada y el paso de

Martorell, venía acercándose a cortas jornadas, dispuesto a jugarse el todo por el todo y a expulsar a Carlos III del territorio español, dejando a las espaldas un país revolucionado y dispuesto a cortarle la retirada en caso de fracasar.

Para oponernos a tan poderoso ataque contamos los Aliados en el exterior con algunas fuerzas, distribuidas en el Principado, y especialmente con un cuerpo de caballería catalana y 8.000 miqueletes a las órdenes del Conde de Cifuentes, con quien acaba de unirse el Príncipe de Darmstadt, llevando 600 napolitanos y 1.000 miqueletes más, encargados de entorpecer la marcha del ejército borbónico, manteniéndole en perpetua alarma durante su paso por las montañas e interceptando cuanto convoy le sea posible sorprender y aniquilar.

En cambio, los de la Ciudad disponemos únicamente, hasta ahora, de 400 soldados españoles y 700 infantes que constituyen la Guardia del Rey; los guardias ingleses, que no exceden de 300, con el Coronel Richard Russell como Jefe, y un pequeño cuerpo de tren inglés, mandado por Petit, aumentado con los artilleros que dejó Velasco al partir.

Estas exiguas fuerzas, a más de los 2.000 miqueletes reclutados por la Ciudad, obedecen al Conde de Uhlfeldt, Gobernador Militar de la plaza, y al Príncipe de Liechstentein, Ministro de la Guerra de Su Majestad Católica, quien ha dispuesto la evacuación de Gerona, imposible de defender contra Legal, y la incorporación de los efectivos de Donegal, así como la venida inmediata de la guarnición de Tortosa con la infantería de Hamilton; pero ninguno de ellos ha llegado todavía, en espera, sin duda, de las órdenes del General en Jefe, que es el único que tiene atribuciones para mandarlos.

Por lo que toca al vecindario, su espíritu parece

haberse exaltado aún más ante la proximidad del peligro, y se dispone a sostener hasta el último extremo los derechos de Carlos III, siempre que éste permanezca junto a ellos y no los abandone en tan apurado trance. Lo único que molesta a la opinión es que las Cortes sigan funcionando en estas circunstancias, sin resolverse a terminar su cometido ni votar los servicios de dinero indispensables para mantener la guerra.

Las fortificaciones han adelantado en estos últimos días de un modo prodigioso, y el material de defensa ha mejorado considerablemente, gracias a los esfuerzos de Petit y de todos sus auxiliares, que trabajan día y noche con una constancia admirable. En Montjuich se han completado las obras exteriores, subiendo muchos cañones y atrincherando la línea de comunicación, en que se ha suprimido el fortín de San Beltrán.

La pregunta, no obstante, que todo el mundo se hace, y que ninguno de los ingleses sabemos contestar, es la siguiente:

¿Qué hace el General en Jefe, Conde de Peterborough, que no viene, sea como sea, para ponerse al frente de las operaciones y aumentar con el prestigio de su nombre la resolución del Monarca y el heroico entusiasmo de los barceloneses?

Nuestra preocupación al respecto crece por días, y en este estado de espíritu me presenté una tarde en las casas de Cardona, donde a mi llegada se discutía la materia en los más apasionados términos.

Semejante casualidad, unida a la ausencia de la Duquesa de Sahagún, cuya graciosa figura no se veía por ninguna parte, a pesar de todas mis esperanzas de hallarla en la tertulia, me pusieron de mal humor, produciendo mi primer disentiimiento con la imperiosa D.^a Leonisa, quien, apenas me

vió, me condujo a un rincón para referirme las últimas nuevas relativas a Milord y recién llegadas de Valencia.

De acuerdo con ellas, y acosado Peterborough para que viniera a Barcelona con todos los escuadrones de que le fuera posible disponer, en lugar de acudir en seguida, había terminado por enviar otra carta al Rey, en que aconsejaba su inmediata salida de la Capital, dejando en ésta como Virrey al Príncipe de Darmstadt, y su traslado inmediato a Denia, donde el Conde tenía dispuesto todo lo necesario para que en diez días llegara Su Majestad a Lisboa, uniéndose allí al poderoso ejército de Gallway, que le conduciría en pocas jornadas a Madrid, para instalarle definitivamente en el trono de España y arrojar de él a Felipe V y a su esposa. Mientras tanto, Peterborough mismo se encargaría de la defensa de Cataluña y de Valencia. Este proyecto, *«the finest stroke in politics that any age has produced»*, ofrecía, según el Conde, toda clase de ventajas y facilitaría la conservación de Barcelona, dispersando las fuerzas de los Borbones, a condición de ser ejecutado inmediatamente y con el mayor secreto, a fin de sorprender y desbaratar los planes de Luis XIV.

—Su Excelencia—añadía airada la Princesa de Ornano—debe de estar loco, o se ha olvidado de cómo somos los catalanes, al proponer una aventura tan descabellada, que destruiría para siempre la popularidad de Carlos III en la Corona de Aragón. Por de pronto, su espléndida idea ha tenido la virtud de sembrar el desconcierto entre los Jefes Militares de la Capital, que, reunidos en Consejo de Guerra, se han mostrado inclinados a señalar a Su Majestad la conveniencia de abandonar Barcelona para no exponer su preciosa persona a los azares de un sitio tan peligroso e inseguro como el

que se prepara; y en cuanto trascienda la noticia al pueblo, seguramente se amotinará éste y protestarán sus autoridades, ya que el principal estímulo de la ciudad estriba en contar con la presencia y el ejemplo del Soberano dentro de sus muros.

—Permítame Vuestra Excelencia que la contradiga—exclamé al fin, excedido por tan particular punto de vista—. Comprendo que los barceloneses, encariñados con el Monarca que acaban de proclamar, sientan su marcha, y lamenten sobre todo no ser ellos los que le conduzcan victorioso a Castilla; pero la empresa en que nos encontramos empeñados los Aliados no consiste exclusivamente en complacer a los catalanes, por muchas simpatías que éstos nos inspiren, sino en establecer al Archiduque en toda la Península; y el medio propuesto por mi General para conseguirlo es algo tan imprevisto y tan acertado, que sólo a un genio militar como el del Conde de Peterborough podía habérsele ocurrido.

—¿Quiere decirse entonces—manifestó Doña Leonisa—que aprobáis su propuesta y que contribuiríais al desamparo de Barcelona, cuyo carácter me consta que tanto admiráis?

—El plan—repuse con firmeza—me parece acertadísimo y el único apropiado para terminar la guerra de España en este año. Por lo que toca a desampararos, nadie ha pensado en ello, puesto que el Conde de Peterborough se compromete a defenderos, y todos los aliados peharemos aquí con el mismo tesón que si Carlos III estuviera entre nosotros.

—¿Pero no veis—insistió la ricahembra—que una vez partido el Rey, el entusiasmo de los catalanes decaerá, privándoles de las fuerzas necesarias para resistir el enorme empuje de los borbónicos, y que la resistencia de Barcelona carecerá entonces de eficacia?

—No lo creo, Señora—declaré—; los compromisos de vuestros compatriotas, y su interés por conservar sus libertades, son demasiado grandes para que renuncien a ellos sin apurar la lucha hasta el último extremo. Lo contrario serviría para desacreditarlos y perderlos ante el mundo entero. Además, la defensa en las actuales circunstancias consiste principalmente en ganar tiempo, hasta la llegada de la escuadra, que no puede tardar; y si los franceses saben que Carlos III no se encuentra en Barcelona, moderarán sus impacencias y la intensidad de sus ataques.

—Ya veo—dijo la Princesa—que el Conde de Peterborough tiene razón al consideraros su favorito, pues no puede defenderse mejor su conducta. Pero, desgraciadamente, los españoles no vemos las cosas del mismo modo, y a un Rey que huye ante el peligro, o a un General que no se decide a afrontarlo desde luego, los consideraremos siempre como indignos de exigir el sacrificio de nuestras vidas y de nuestras honras.

—Vuestra Excelencia es injusta—observé con altivez—. Cuando un hombre ha rendido una Capital como ésta, y en dos meses ha conquistado otro Reino, con un número insignificante de hombres, realizando hazañas que ya no se recordaban en España, y que más parecen de caballero errante que de Generalísimo, nadie tiene derecho a tacharle de falto de valor o de talentos estratégicos. Si tan indispensable era aquí, ¿por qué le dejaron partir?, ¿por qué le cansaron a fuerza de intrigas y rivalidades?

—¿Y por qué no vuelve ahora que se le llama?

—musitó D.^a Leonisa.

—Porque no lo juzgará necesario—repliqué—. O porque espera la respuesta de Su Majestad a la

proposición que Vuestra Excelencia acaba de comunicarme. De todos modos, tanto el Rey, como los que le rodean y tan injustamente han tratado siempre al Conde, pueden estar seguros de que la imaginación de éste no se encuentra inactiva a estas horas, y que su fecundo cerebro estará combinando planes, a cual más inesperados, para resolver el conflicto que nos amenaza.

—El plan de vuestro Jefe lo adivina cualquiera que conozca su ambición y su ansia de triunfos resonantes—manifestó sarcástica la de Ornano—. Por nada en el mundo dejará a Sir John Leake el honor de llegar con la flota y socorrer a Barcelona, ofreciendo batalla al Conde de Tolosa o haciéndole huir de estas aguas. Y para arrebatarse tal gloria, pondrá en juego todos los recursos de su maravilloso ingenio, hasta conseguir entrar en la Capital, a bordo del buque Almirante, como indiscutible libertador de nuestras personas y haciendas.

—En ese caso, os será forzoso confesar, Señora Princesa, que no es precisamente la prudencia el sentimiento que retiene a Milord alejado de estos muros.

—Será entonces el orgullo o la vanidad, que tan malos efectos suelen causar, cuando se trata de los intereses de tantos estados.

—Los ingleses—contesté, perdiendo mi flema—distinguimos a esos elementos con el nombre de dignidad, y no considero que en el fondo se muevan por otros muy distintos los compatriotas de Vuestra Excelencia, ni las personas que ayudan a Su Majestad Don Carlos III con sus consejos.

La rica-hembra me consideró de arriba a abajo al esnchar estas palabras, que encerraban una lección, y contentóse con decir:

—Acaso acertéis, Sir Archibald Darley; pero yo

conozco otra cualidad que también poseemos los carlistas, y es la facilidad con que sabemos distinguir los amigos de los enemigos. Esta facultad, ayudada por una excelente memoria, nos permite clasificar a las personas y saber las que pueden ayudarnos o las que pueden servirnos de obstáculo en el logro de nuestros propósitos.

Y al terminar estas palabras, D.^a Leonisa se dirigió a otro grupo, sonriente y sin demostrar alteración alguna, pero dejándome la impresión de que acababa de enajenarme sus simpatías y de que en adelante me consideraría siempre como un contrario incómodo y peligroso.

XXXII

1.º de abril.

La gravedad de cuanto he referido, así como el incesante trabajo que acaparaba mi tiempo, no impedían que siguiera pensando en los prisioneros del Paláu, y sobre todo en la Duquesa de Sahagún, cuya ausencia del salón de su abuela constituyó el verdadero motivo de mi altercado con su prima.

La correspondencia de Anselmo del Castillo nos había proporcionado toda clase de datos acerca de la disposición de su cárcel y de la de Jenaro, participándonos además que había empezado a limar los barrotes de la reja para estar prontos al primer aviso y realizar la evasión sin inconvenientes de ninguna especie.

—¡Es mucho hombre este andaluz!—repetía entusiasmado Nardo, al enterarse de la actividad desplegada por el nigromante—. Cuando se trata de combatir cara a cara, no se puede contar con él;

pero lo que toca a inventar arbitrios y a embaucar gentes, pocos se le pueden comparar y nadie le supera, porque constituye su verdadero oficio.

La impaciencia, sin embargo, de los prisioneros veíase contrarrestada con las dificultades con que tropezábamos para mantenerlos ocultos en la ciudad, dada la agitación que reinaba en ésta y la vigilancia que ejercían los catalanes sobre todo aquel a quien consideraban sospechoso de traidor o de partidario del Duque de Anjou.

«Por ello es menester—escribía la Niña de Plata—que nuestros amigos tengan paciencia y que aguardemos a que los ejércitos borbónicos circundan Barcelona. Sólo entonces podremos aprovechar el día en que alguna de las puertas de la ciudad esté custodiada por los soldados de Russell, para que los prisioneros puedan escapar de noche, valiéndonos de vuestra influencia para hacerles salir y encontrar inmediato refugio entre sus compañeros de armas.»

¡Sabia y razonable mujercita! ¡Mentira parecía que desde su retiro pudiera estar al tanto de todo y dirigir con tan certero instinto los complicados hilos de la trama en que estamos envueltos cuantos la queremos y admiramos!

«Si supierais, amigo incomparable—terminaba diciendo su billete—, el disgusto que tuve la otra noche cuando me enteré de que habíais estado en casa y no me había sido posible gozar del placer de veros y saludaros! Creo que lloré de pena hasta cerca de la madrugada, en que decidí escribiros. Pero no desesperéis, y volved el 31, que yo haré cuanto pueda para estar presente ese día. Mientras tanto, no os olvidéis de mí y recordadme con el

afecto que yo lo hago a todo momento, pensando en mi noble paladín.»

Justamente el 31 de marzo se produjo en Barcelona el acontecimiento que todos esperábamos, sin poderlo evitar.

El pueblo, alarmado por las noticias que empezaban a circular sobre la llegada de los franceses y la marcha del Rey, así como por la demora en terminarse las Cortes, y atribuyéndolo todo a intrigas y conspiraciones de los borbónicos, decidió intervenir, amotinándose y acudiendo armado de mañana al edificio de la *Generalitat*, donde se celebraban las sesiones, para protestar contra la inacción de los Diputados y pedir que se atendiera mejor a la defensa de la ciudad.

Desde la plaza de San Jaime, y sin deponer su actitud, dirigieron los manifestantes a Palacio, para hacer igual petición al Rey, que les hizo saber, por intermedio de D. Narciso Feliú de la Peña, su Real intención de que se hiciera en seguida la conclusión deseada.

Y en efecto, trasladándose aquel mismo día, con toda pompa, a las Cortes, precedido de Maceros con dalmáticas, acudió el prudente Monarca a la sala de San Jorge, donde fué recibido y llevado hasta el solio por los Presidentes de los Brazos, que le presentaron el cuaderno de las Constituciones y Capítulos acordados, jurando Carlos III de rodillas, ante un misal abierto, y debajo del Santo Cristo, conteniendo un trozo de *lignum crucis*, que guardaría fielmente «*les noves lleys de la terra*»; a continuación de lo cual, y después de leerse el capítulo del *Donativo* de las Cortes, pronunció el Protonotario la fórmula acostumbrada de «*Llicenciament de la Cort*».

Pero la escena había sido bien preparada por los amigos del Archiduque, pues antes de abrazar Su Majestad a los Presidentes, y tender la mano en señal de despedida a los Diputados que desfilaban ante el trono, creyó de su deber aumentar la solemnidad del acto añadiendo otro nuevo, consistente en un discurso de despedida, en el cual elogiaba la lealtad catalana, halagándola con el recuerdo y el ejemplo de la victoria obtenida siglos atrás en el famoso Coll de Panissars contra las huestes francesas de Felipe el Atrevido.

«Después de Dios, en vosotros confío—añadió—para rechazar a los ejércitos que por Levante y Poniente se dirigen a sitiar la Capital, esperando que no sólo me suministraréis los medios para la empresa, sino que frustraréis además los designios de nuestros contrarios.» Y soltando una prenda, de que no sé si está muy cierto todavía, terminó diciendo: «Debiendo quedar vosotros seguros de que no repararé en exponer mi vida y mi Real persona a los más conocidos peligros, para manteneros en la libertad que gozáis y lograr los triunfos que con mi Real presencia deben esperar mis armas de las enemigas.»

Semejantes declaraciones, juntas al conocimiento de las sumas acordadas por las Cortes para sostener a Su Majestad en el trono, produjeron el mayor júbilo en la muchedumbre apiñada en la plaza de San Jaime, moviéndola a acompañar a Carlos III en su trayecto de vuelta hasta Palacio, vitoreándole sin cesar y distinguiéndose sobre todo en sus entusiastas demostraciones las numerosísimas damas que embellecían ventanas y balcones.

Análogos sentimientos dominaban en el palacio de Cardona, cuando penetré a la tarde en sus salones, descubriendo al fin en ellos la hechicera figura

de la Duquesita de Sahagún, sentada en el estrado, cerca de su ilustre abuela y conversando animadamente con varias Señoras que debían de pertenecer a las principales familias del país.

Procurando ocultar mi profunda turbación, y sin atreverme a cruzar la mirada con la Niña de Plata, que me descubrió al punto, saludándome desde lejos con imperceptible gesto, presenté mis homenajes a la Marquesa, dirigiéndome en seguida al encuentro de D.^a Leonisa, que peroraba en un grupo como un verdadero General en Jefe y aparentó no darse cuenta de mi llegada.

Allí se encontraba cuanto de significado y noble encerraba la Capital por aquellos días, y junto a la Princesa, dominándola por su alta estatura y contemplándola con admirativos ojos, destacábase la varonil figura del primogénito de los Marqueses de Besora, D. Juan Descatllar, que por lo visto constituía la víctima de guardia a las órdenes de la rica-hembra.

El coraje de ésta y su serenidad ante el peligro demostrábanse ostensiblemente en aquellos momentos tan críticos, revistiéndola de una grandeza que parecía aumentar la hermosura de su rostro, más adecuado para reflejar las pasiones heroicas que las frágiles y humanas características de su sexo.

Las palabras de D.^a Leonisa, pronunciadas con un timbre de voz sonoro y extraño que impresionaba a cuantos las oían, magnificaba y hacía aún más admirables las medidas adoptadas por los Conselleres y el Consejo de Ciento para la defensa de la ciudad, como si en las ardientes frases de la descendiente de los Urgel y los Cardona se percibiera el eco del tradicional somatén que levantaba los corazones de toda Cataluña.

La actitud de ésta y de la Capital no podía ser

más decidida ni valiente. Mientras los montes se erizaban de miqueletes surgidos de todas partes, Barcelona organizaba sus huestes, nombraba Comisiones para vigilar los puntos estratégicos, para acuñar moneda, fabricar municiones y atender al abastecimiento de sus habitantes. El Brazo Militar resolvía tener guardias en todas las puertas y en el Castillo de Montjuich, para ayudar al Conde de Uhlfeldt; los Comunes reuníanse en conferencia, a fin de estar prontos en cualquier lance; y, finalmente, se organizaba la Coronela, en número de 4.500 hombres, suministrados por los Gremios, proclamando por Coronel al Conseller en Cap D. Francisco Nicoláu de San Juan, y eligiendo entre sus 43 Capitanes los apellidos más conocidos de la ciudad.

No, no era posible resistir al imperio de aquella mujer, cuando sus extraordinarias cualidades se dirigían a un fin universal o patriótico; y mi admiración por su actitud llegó a ser tan sincera, que, aprovechando un momento en que pude ponerme a su lado, y deseoso de hacer olvidar nuestra pasada discusión, la felicité calurosamente por el valor y la confianza que sabía inspirar en torno suyo.

La amazona me consideró unos instantes, como se considera a un contrario, y repuso arrogante:

—Comunicádselo al Conde de Peterborough, y añadidle de mi parte que mientras existan catalanas como yo, puede seguir descansando en sus alcázares de Valencia, sin preocuparse de los que nos disponemos a morir aquí. Tal vez esto le haga más impresión por venir de una mujer; que, según Su Excelencia, es lo único bueno que se encuentra en España.

En aquel instante, D. Juan Descatllar, a quien debía molestar nuestro aparte, se aproximó diciendo:

—¡Señora! Acudid pronto. ¡Don Narciso Feliú asegura que ya se ven a lo lejos las velas de la escuadra francesa!

Aquella noticia tan esperada y a la vez tan temida, destruyó en un instante el orden de la tertulia, moviendo a todos a precipitarse en dirección a los balcones, que D.^a Leonisa mandó abrir de par en par, dejando al descubierto la famosa galería que comunicaba con la muralla y daba sobre el mar.

Precedidos por la heroína, alejéronse casi todos los concurrentes en dirección al Real observatorio, y ya me disponía a seguirlos, cuando escuché junto a mí la voz metálica del Príncipe de Ornano, que murmuraba, escéptica:

—¡Dejadlos, Sir Archibald! ¡Son como niños que juegan con la pólvora sin conocer sus efectos! Llegará un día en que el fuego levantado por sus pasiones acabará por abrasarnos a todos. Pero, mientras tanto, vivid persuadido de que si el Mariscal de Tessé sabe su oficio y aprovecha la coyuntura antes de que aparezca por estas aguas la flota inglesa, dentro de quince días Felipe V entrará victorioso en Barcelona, y ésta no volverá a rebelarse más, porque vivirá encadenada.

Iba yo a responder a tan desalentadores pronósticos, pero las palabras expiraron en mis labios al descubrir, a tres pasos de mí, a la Niña de Plata, que, atraída por el anterior bullicio y acompañada de otra dama, había abandonado su asiento, aprovechándose de la ausencia de D.^a Leonisa, y me miraba con inequívoca expresión.

—¿Quién es esa Señora tan bella?—pregunté entonces al Príncipe señalando a D.^a Serafina.

—¿No la conocéis?—repuso D. Octavio, sin desconfiar lo más mínimo—. Venid y os presentaré. Es la Duquesa de Sahagún, nieta, como mi esposa, de

la Marquesa de Villarrubia, que ha estado enferma durante todo este tiempo y por eso no habéis tenido ocasión de ver en ninguna parte.

Y conduciéndome junto a la mujer que tan importante papel desempeñara en mi vida, facilitóme al fin la ocasión que aguardaba desde hacía tantos meses.

No es posible expresar con palabras la emoción que sentí al escuchar el saludo de la heredera más gentil de toda España. Sus frases, sus movimientos, hasta su cuerpo, desvaneciáanse ante mis ojos para no dejarme alientos sino para contemplar aquel rostro de ángel que sólo vislumbrara de lejos una vez.

Doña Serafina debió de darse cuenta de mi estado y de mi desconcierto, pues aprovechando el alejamiento del Príncipe y de su amiga, susurró en voz queda:

—Por favor, Sir Archibald, conteneos, pues vuestro semblante está declarando a voces la verdad, y hay personas a nuestro alrededor que nos contemplan. ¿Veis?—añadió en tono dulcísimo—. Todo se consigue en este mundo a fuerza de perseverancia y de fe. Quisiera disponer de horas para confirmarnos de palabra cuanto os he escrito; pero contamos con muy pocos minutos, y aun creo que éstos se deben a la misericordia de Dios. Escuchadme atento. Dentro de la mano guardo un pliego cerrado y lacrado, que contiene el secreto más importante y más terrible de mi existencia. Por ello no me he atrevido a enviároslo por nadie, esperando hasta poder hacerlo en persona. Es menester que entreguéis este papel a Jenaro de Pereda, también en propia mano, pero solamente el día en que salga libre de Barcelona, y después que haya transpuesto las murallas de la ciudad. Hasta entonces, no. ¿Me

prometéis cumplir este encargo tal y como os lo suplico?

—Os lo prometo, Duquesa—respondí inclinándome.

—Gracias, amigo del alma—suspiró la preciosa Niña—. Ahora fijaos bien y haced lo que os digo. Es preciso alejarnos para no llamar la atención. Despedíos, pues, y al separarnos tomad como distraído mi diestra y llevadla maquinalmente a vuestros labios. Así podréis apoderaros del documento en cuestión.

¿Era posible encontrar una manera más delicada de significarme su afecto?

Temblando de júbilo, cumplí al pie de la letra sus instrucciones, y en el instante de rozar con mi abrasada boca aquella flor purísima, parecióme gustar todas las delicias del paraíso reunidas, percatándome del amor sin límites que para siempre unía nuestros corazones.

Doña Serafina, enrojecida hasta la raíz del cabello y simulando a maravilla desconcierto y espanto, alejóse de mí, después de entregarme el papel, añadiendo precipitadamente:

—¡Idos, idos por Dios! ¡Mi abuela acaba de descubrirnos, y tal vez se haya dado cuenta de mi acto!

Loco de alegría y aturdido por cuanto acababa de ocurrir, creí al principio que las palabras de la Duquesita significaban una excusa maliciosa para ocultar sus sentimientos; pero como si una atracción irresistible me hiciera volver la vista, a pesar mío, hacia el sillón donde permanecía la anciana Villarrubia conversando con otra persona, encontré realmente clavada sobre mí la terrible mirada del águila austriaca, que me contemplaba inmóvil y enigmática, desde lejos.

XXXIII

8 de abril.

Aquella mirada me persiguió durante muchos días, moviéndome a ser más cauto y observar todas mis acciones para no comprometer a D.^a Serafina, y fingiendo ocuparme sólo de los sucesos de la guerra, que verdaderamente resultaban trascendentales.

A la llegada de la escuadra francesa el 1.^o de abril, sucedió la del ejército de Noailles, que apareció en el campo de Barcelona el día 2, y la del Mariscal de Tessé, que se verificó el 3, trayendo a Felipe V y a todo su acompañamiento, que se instalaron en Sarriá, comenzando desde luego el asedio de la ciudad y transformando por completo nuestra situación de seis meses antes, hasta reducirnos a la misma condición en que se viera entonces Don Francisco de Velasco.

La diferencia que distinguía, sin embargo, ambos sitios, y nuestras respectivas situaciones en ellos, estribaba en el espíritu de los catalanes, que siempre faltó en realidad al Virrey de Felipe V y que acompañaba casi unánimemente a Carlos III, hasta el punto de que cuando llegaron los ejércitos borbónicos, no sólo se encontraba alerta toda la población, sino que la Coronela ocupaba la muralla, y salían a la descubierta algunas fuerzas al mando del Conde de Zinzerling y de D. Antonio Desvallés con objeto de entorpecer el desembarco de los franceses de la escuadra.

En el fuerte de Montjuich, cuyo Gobernador era entonces D. Jaime Cordelles, había de guarnición cuatro Compañías de catalanes, y el mismo día 3

apercibiéronse los somatenes de Villafranca y Mataró, que se repartieron por la montaña.

Por nuestra parte, los ingleses tuvimos asimismo la satisfacción de recibir en igual fecha el refuerzo de 400 compatriotas, venidos desde Tortosa con Hamilton, y que inmediatamente fueron destinados a reforzar la defensa del Castillo.

Por lo que se pudo apreciar desde el primer momento, el objetivo de los franceses, a imitación de lo intentado por Peterborough en el mes de septiembre, consistía en apoderarse por sorpresa de la famosa fortaleza, pues ya el 4, antes de que se concentraran todas las tropas, intentó Tessé la maniobra, que fué rechazada por los de Montjuich, contentándose los soldados de Luis XIV con la ocupación del Convento de Santa Madrona, situado en la falda del monte.

La importancia que se veía daban los borbónicos al Castillo hizo que por nuestra parte se acudiera con mayor cuidado a su resguardo, y por ello nos empleamos en fortificar sus muros, así como la empalizada, entrada cubierta y línea de comunicación, empeño que costó muchas víctimas por tener que trabajarse en medio de una continua lluvia de balas.

Tal seguridad había, no obstante, en esta línea de comunicación, que aquella misma tarde, y para desvanecer los rumores que corrían sobre la partida de Su Majestad, subió el propio Rey D. Carlos a examinar las obras que se llevaban a cabo, noble ejemplo que infundió grandes alientos a los defensores y causó el mejor efecto en el pueblo.

La resolución de éste aumentó más todavía por la tarde con la llegada al campo de los somatenes de Manresa y de todo su veguerío, y con la noticia de haberse embarcado para Barcelona, en una gran

cantidad de botes y lanchas, las tropas que había en Gerona al mando del valiente Lord Donegal, quien, burlando la vigilancia de la escuadra francesa, con pasmosa habilidad, consiguió introducirse en la plaza durante la noche del 5, desembarcando 1.800 hombres, compuestos por los Infantes de Charlemont, dos batallones holandeses y uno napolitano.

Sin estas noticias, otras de grande esperanza llegaron también aquel día, tales como la reunión de varios Jefes y Caballeros en San Cugat del Vallés, y, sobre todo, la de haber partido por fin de Valencia el General en Jefe Conde de Peterborough, con intención de unirse a las fuerzas del Príncipe Enrique de Darmstadt y del Conde de Cifuentes para intentar el socorro de la ciudad por tierra, cuando fuera oportuno, e interrumpir las comunicaciones de los ejércitos franceses en toda la vecindad.

Nuestra situación mejoraba, por consiguiente, bastante, pues contaba ya la plaza con 3.600 soldados regulares al mando de Jefes conocidos e inteligentes, sin incluir los valerosos Regimientos catalanes, y sabíamos que en el campo velaba por nosotros un caudillo de la inteligencia y los inagotables recursos de Milord.

Así lo debió juzgar también el Mariscal de Tessé y los Generales que le acompañaban, pues convencidos del fracaso de su primer golpe y de la inutilidad de los perdones y manifiestos anunciados a fin de conseguir la sumisión de la ciudad, resolvieron emprender el sitio de ésta en toda regla, extendiéndose primero hasta San Andrés, y luego hacia Más Guinardó, Convento de Gracia y Pedralbes, hasta descender hacia el Llobregat y rodearnos completamente con el férreo círculo de sus baterías y sus poderosos armamentos.

Las perspectivas de un asedio en semejantes condiciones no arredraron, sin embargo, a los barceloneses, y para mantener debidamente a éstos, las Autoridades, Corporaciones, parroquias y muchos particulares organizaron la confección de una gran olla o rancho, cuya distribución se elevaba a 5.000 raciones en cada comida, teniendo siempre dispuestos buenos caldos y sano sustento para los enfermos, a cargo de las Hermanas de la Misericordia, y nombrando una Comisión de personas respetables, civiles y eclesiásticas, que vigilaran el abastecimiento y cuidado de los heridos.

Ocioso es añadir que uno de los principales elementos en tales acuerdos era la valerosa Princesa de Ornano, quien no contenta con facilitar comida en el patio de su casa a cuantos se presentaran, y de ceder todo el piso bajo del palacio para hospital, gustaba de recorrer la ciudad y visitar a los catalanes en sus propios baluartes, viéndosela circular a menudo desde la media luna de San Antonio hasta la de San Daniel, animando y confortando a los suyos.

El entusiasmo de la ricahembra resultaba tan contagioso y producía tan buen efecto entre los carlistas, que no sólo la consideraban éstos como una gloria nacional, sino que le atribuían cuanto de simpático y noble realizaba el Archiduque, insistiendo en que a sus consejos e influencia se debía principalmente la permanencia del Monarca en Barcelona, no obstante la opinión del Conde de Peterborough y las insinuaciones de algunos Ministros.

Ignoro el fundamento que reconocerían estos rumores, pero lo cierto era que la conducta de Carlos III desde la aparición de los ejércitos borbónicos y la llegada de su rival resultaba intachable.

Ya no se trataba del joven obstinado y orgulloso que meses antes y a fuerza de torpezas alejara de Barcelona al General de los Aliados. La fuerza de las circunstancias y la responsabilidad de su papel de Rey le habían convertido en un símbolo, y como tal procedía, encarnando las esperanzas y las ambiciones de sus nuevos súbditos.

Hasta el propio D. Octavio Branciforte, estimulado por la emulación, y deseoso de mostrarse a los ojos de su esposa como correspondía a un prócer de su estirpe, había acabado por dejarse llevar de sus inclinaciones, obteniendo en Palacio el correspondiente permiso para ponerse al frente de algunas fuerzas napolitanas, que el Príncipe mantenía de su peculio, y que ocupaban los baluartes cercanos a la Puerta Nueva, junto al Convento de San Pedro.

Por lo que a mí toca, después de algunos días de servicio en el baluarte de San Antonio, me ha correspondido atender al fuerte de Santa Clara; y como por esta parte no ha empezado aún el cañoneo, y los trabajos de los franceses se limitan a ir emplazando baterías para comenzar el bombardeo desde diferentes puntos a la vez, todos nuestros esfuerzos se reducen a estorbar en lo posible dicha labor y entorpecer los planes del Teniente General Monsieur de La Para, Director de las obras del sitio, que por cierto es el mismo ingeniero que ayudó en 1697 al Duque de Vendôme a rendir la plaza.

Gracias a este relativo descanso me ha sido posible continuar la correspondencia con los prisioneros del Santo Oficio, mediante el concurso de Nardo, convertido en acompañante perpetuo de Fray Serapio, a quien la guerra ha transformado por completo, convirtiéndole en una especie de Profeta patriota que pasea las calles y asiste a los sitios

de mayor peligro, predicando la guerra y el exterminio de los franceses con sin igual elocuencia.

Este nuevo ministerio no sólo le tiene alejado de mí y de su Convento, sino de la Inquisición y de los infelices por cuya suerte tanto nos interesamos. De todos modos, sé que los preparativos de la fuga están ya terminados, que la impaciencia de Jenaro de Pereda por verse libre aumenta al compás de los cañonazos que le recuerdan la vecindad de sus amigos, y que tanto él como Anselmo del Castillo aguardan únicamente mi señal para descolgarse de su prisión, valiéndose de una cuerda fabricada con todas las ropas de que disponen uno y otro.

Dña Serafina, cuyo persistente silencio comenzaba a inquietarme, después de su inolvidable conducta en el palacio de Cardona, me ha enviado a decir que nada nuevo ocurre que acentúe sus sospechas de que la Marquesa de Villarrubia nos descubriera aquella tarde; pero que como conoce demasiado a los suyos, no está tranquila del todo ni se atreve a escribir, para evitar una sorpresa. Al mismo tiempo me previene que tampoco le mande cartas ni vuelva por la casa en algún tiempo, y que active la fuga de los presos, pues de demorarse mucho correrían el riesgo de que se descubra nuestra conspiración y se malogre para siempre.

En vista de este mensaje, hemos resuelto que la evasión se verifique en la noche del 12, si podemos hacer llegar el aviso al Paláu para esa fecha, cosa aun dudosa dada la existencia que lleva Fray Serapio, quien parece haberse olvidado de todo, incluso de mi inminente conversión al Catolicismo.

Caso de poder cumplirse nuestros propósitos, Nardo acompañaría a su amo hasta el campo de Felipe V y permanecería a su lado para no volvernos a encontrar más. Lo sentiré porque confieso

que he llegado a tomar afecto a este muchacho. Además estoy seguro de que le echaré mucho de menos en mis comunicaciones con la Niña de Plata, sin cuyas noticias me sería ya difícil vivir.

XXXIV

18 de abril.

Desgraciadamente, la fuga no pudo concertarse hasta el 17, por haberme visto yo obligado a concurrir al socorro del fuerte de Montjuich, donde se han llevado ataques incesantes, que culminaron el 15 por la noche, en que, después de disparar gran cantidad de bombas, avanzaron 1.500 granaderos hacia la lengua de Sierpe, de cuya punta se apoderaron, pretendiendo hacer lo mismo en la otra punta, llamada la lengua de Buey, donde nos costó inmenso trabajo el evitarlo, lográndolo al fin con el sacrificio de 100 hombres.

Yo mismo recibí un fuerte rasguño en un hombro, que me permitió, sin embargo, retirarme por mi pie a la ciudad y concurrir al Hospital, donde me curaron, regresando después a casa y permaneciendo en ella todo el día 17, con bastante fiebre, pero resuelto a presidir la ejecución de nuestros planes.

La herida me molestaba bastante; mas a pesar de ello, apenas sonó la hora salimos Nardo y yo, llevando cuanto podían necesitar los fugitivos, y sin olvidar por cierto el famoso pliego de D.^a Serafina, para ponerlo en manos de Jenaro cuando éste abandonara la ciudad.

La noche era bastante oscura por fortuna, y agazapados en la sombra del callejón de les Tres Vol-

tes, aguardamos bastante tiempo atentos a los ruidos que llegaban hasta nosotros y escuchando el retumbar de los cañones que seguía incesante en dirección a Montjuich.

La calle, de ordinario bastante concurrida, encontrábase desierta, y ya había transcurrido con exceso la hora indicada por mí, cuando Nardo, que tiene mucha mejor vista que yo, me apretó el brazo, murmurando a mi oído:

—Señor, ya han echado la cuerda. Acerquémonos para proteger la bajada, si alguien pasa.

Y uniendo la acción a la palabra, nos colocamos debajo de la ventana de la prisión, dispuestos a atacar al primero que pasara y pretendiera dar el alarma.

El paraje continuaba desierto, no obstante, y por más que Nardo se esforzaba, no podía alcanzar la tira de tela, que seguramente había resultado corta y no llegaba hasta el suelo.

¿Qué hacer ante aquel conflicto?

En aquel momento mi cómplice respiró con fuerza, diciendo:

—Ahora sale el primero. Le distingo muy bien, pero no acierto a saber cuál de ellos es. Coloquémonos junto a la pared para recibirle en nuestros brazos cuando se deje caer.

Obedeciendo a las indicaciones del sirviente, nos arrimamos al muro del Paláu, y después de algunos minutos de mortal ansiedad, que parecían interminables, alcancé a descubrir efectivamente el bulto de una persona que descendía con gran lentitud y que al llegar a una distancia como de ocho varas se detuvo de pronto, asustado sin duda al ver que se acababa la cuerda.

Sin descencertarse entonces Nardo, imitó desde abajo con sorprendente perfección el chillido de la

lechuza, al que inmediatamente respondió el de arriba con igual maestría.

—E¿ Anselmo, Señor—aseguró al punto Nardo.

Y extendiendo los robustos brazos, recibió en ellos el cuerpo del astrólogo, que se había dejado caer desde arriba.

—¿Y Jenaro?—preguntamos al mismo tiempo el catalán y yo.

Mas en lugar de contestarnos vimos que el recién llegado se arrojaba al suelo y, abrazándose a mis rodillas, sollozaba convulsivamente, hasta que al fin pudo decir:

—¡No ha sido mi culpa, Milord! ¡No ha sido mi culpa! ¡Por amor de Dios, no me abandone Vuestra Señoría en este trance, y sálveme aunque no lo merezca! ¡Le aseguro que yo hice lo que pude...!

—¿Pero dónde está Jenaro, miserable? ¿Sigue allá arriba?—exclamé sacudiendo al aterrorizado andaluz.

—No, Señor, arriba no está. ¡Yo no sé nada!, ¡no sé nada!—balbuceó Anselmo sin atreverse a levantar del suelo—. Sólo sé que si Vuestra Señoría me abandona habrá sonado el último día de mi vida. Y yo no quiero morir todavía; no quiero, no quiero...

Los gemidos de aquel hombre podían descubrirnos y comprometernos, por lo cual, levantándole y conduciéndole como si fuera un niño o un muñeco, lo llevamos hasta la puerta de mi casa, donde penetramos en silencio.

Una vez dentro y encendida luz, pude observar las pavorosas huellas que el encierro, las privaciones y acaso el tormento habían producido en aquel saco de malicias, antes tan floreciente y amigo del regalo.

—Anselmo, escúchame bien—exclamé al punto—. Tenemos los instantes contados y no dispo-

nemos sino de media hora para lograr tu libertad. Refiérenos todo lo ocurrido, y ¡ay de tí si llegas a mentir o a engañarnos, porque en cualquiera de esos casos puedes contar con que desde aquí te vuelvo a la Inquisición para que te encierren de nuevo. Ahora habla.

—Señor, ¡yo le juro que no miento! La verdad es que Don Jenaro y yo teníamos todo dispuesto para huir desde hace muchos días. Don Jenaro estaba como loco, pues por los cuentos de un tal Don Gilito que le veía a menudo, y las historias del carcelero, que es castellano y partidario acérrimo de los Borbones, sabía cuanto pasaba en Barcelona desde hace mucho tiempo, así como la situación de los ejércitos de Felipe V, con todos sus detalles, de modo que no veía el instante de tomar parte en la lucha, y hasta me insultaba feamente cuando yo le decía que tanto se me daba de unos como de otros...

—Bien, bien—interrumpí impaciente—. No desvaríes y explícanos cómo podíais comunicaros; ¿por el agujero que hiciste cuando te mandé las herramientas?

—Sí, Señor, por allí. Pero después lo habíamos agrandado un poco, y esta noche nos disponíamos a ensancharlo, trabajando desde primera hora para que el Señor de Pereda pudiera pasar a mi cuarto.

—Entonces, ¿aun estaba allí hoy?—preguntó anhelante Nardo.

—¡Claro que estaba!—repuso temblando el andaluz—. ¡Como que la cosa ha sucedido al anoecer, cuando cada cual estaba entretenido en anudar las tiras de sus respectivas ropas, para unir las después y completar la cuerda!

—Sigue, sigue—exclamé, sacudiéndole de nuevo.

—¡Ay, Milord, por compasión, no me maltrate

así—gimió humilde Castillo—. Mire que ya no soy el de antes y cualquier cosa me tulle. Pues verá Su Señoría; estábamos en nuestro trabajo y contando las horas para no hacernos esperar, cuando de repente, ¡zas!, oímos pasos en el corredor y la puerta del calabozo de D. Jenaro comienza a abrirse; pero todo tan rápido que apenas si tuvo tiempo el Señor Pereda para esconder los trapos y tirar el jergón al agujero para disimular éste. Entonces me eché yo al suelo, y con la oreja pegada junto al muro, pude darme cuenta de que el importuno visitante era una persona de que nunca había oído hablar a D. Jenaro y que éste jamás había conocido tampoco.

—¿No pronunció su nombre?—interrogué al momento.

—Sí, y me pareció que era algo así como D. Juan Descatllar.

¡Don Juan Descatllar!, ¡el heredero de los Marqueses de Besora!, ¡el enamorado más reciente de D.^a Leonisa de Ornano! Aquel dato podía servirnos para descubrir algo del presente misterio.

—¿Y qué le dijo? Repite, sin omitir detalles.

—Pues la conversación comenzó en los mejores términos, porque el caballero catalán le encajó un gran discurso al castellano, haciéndole toda clase de elogios, y declarándole que sus cualidades de caballerosidad y de inteligencia eran tan notorias en todas partes que, como Capitán de la Coronela, se le había ordenado sacarle de aquella cárcel, donde sólo estaba depositado interinamente, y ofrecerle la libertad, un título de Conde y el grado de Coronel, si se dignaba admitirlos reconociendo a Su Majestad el Rey Carlos III. A esto Don Jenaro contestó preguntando que por encargo de quién se le ofrecían tantas mercedes, y el Descatllar repuso que por encargo de personas altísimas y poderosas que

deseaban demostrarle su amistad. Pereda entonces, sin descomponerse, pero con firmeza, rechazó noblemente las proposiciones, diciendo que había jurado las banderas de Felipe V y que sería indigno de su honor el traicionarlas. «Felipe V está perdido» —exclamó el de la Coronela—, «y sólo un insensato o un mal patriota puede seguir defendiendo su causa». ¡Nunca lo hubiera dicho!

—Sí; ya me imagino lo que contestaría mi amo —expresó Nardo.

—Pues aun supones poco —prosiguió Anselmo—. No sólo le respondió altaneramente, sino que en un momento de irreflexión se atrevió a decirle que mentía, porque el ejército de Tessé y el de Noailles rodeaban la ciudad, y la escuadra francesa estaba delante de Barcelona, cuya conquista era sólo cuestión de días.

—¡Qué imprudencia! —murmuré desalentado—. ¿Y qué hizo el otro?

—Pues sorprenderse muchísimo al verle tan bien informado, y acabar proponiéndole que si le daba su palabra de honor de no escaparse, le conduciría a una casa donde nada le faltaría. Jenaro, como era natural, se negó en absoluto a consentir el trato, y como ya estaba furioso y el tiempo iba apremiando, añadió, para terminar la conversación, que le dejara en paz y previniera a la persona que le enviaba para que extremara sus precauciones, pues a la primera ocasión burlaría sus intrigas, como ya las había burlado cuando la desertión del Almirante de Castilla.

—¡Ah, mancebo valiente! ¡Siempre el mismo! —declaró orgulloso Nardo.

—Sí; muy valiente, pero esta vez le salió mal la fanfarronada; pues encolerizado el Don Juan le declaró que sólo por aquella manifestación podría

matarle, pero que como le estaba muy recomendado y la Inquisición no ofrecía por lo visto seguridades bastantes para su aislamiento, le trasladaría incontinenti a otro sitio más recóndito aún, en el que estaría al abrigo de las bombas y nadie le informaría de lo que sucediera en el exterior.

—¡Seguramente se referiría a alguna bóveda o subterráneo!

—No sé—concluyó Anselmo—. Lo cierto es que, comprendiendo Don Jenaro el disparate que acababa de cometer, pretendió del catalán que le dejara pasar la noche en su cárcel para disponer sus efectos y seguirle en cuanto amaneciera. Mas todo fué inútil. El Descatllar estaba ya emperrado en su idea, o tenía instrucciones precisas, pues llamando al carcelero y mostrándole una cédula que traía escrita y que hizo descubrirse respetuosamente al Cómitre, intimó al Señor de Pereda la orden de seguirle. Jenaro quiso entonces resistirse y se lanzó contra el de la Coronela; pero en esto aparecieron varios hombres que le sujetaron y condujeron fuera, cerrando la puerta tras sí, sin que yo pudiera hacer nada para socorrerle ni para remediar el daño, puesto que ni siquiera me era dable pasar a través del agujero del muro. Al fin, y como suponía que Vuestra Señoría estaba aguardando en la calle, me decidí a descolgarme por la ventana, utilizando el único trozo de cuerda que poseía y que como habéis visto resultaba corto... Y ésta es toda la historia de lo ocurrido.

La imprevista catástrofe que por tercera vez desbarataba todas nuestras combinaciones en el preciso instante que creíamos alcanzar el premio de tanto desvelo, sumiónos en profunda meditación, que sólo cesó cuando volvió a oírse la plañidera voz de Anselmo del Castillo, que decía:

—¿Y ahora qué va a ser de mis pobres huesos, Milord? El Señor comprenderá que yo no podía permanecer allí con la pared rota y la reja limada, para que me descubrieran mañana y me pusieran en el potro hasta hacerme confesar los nombres de los que me habían ayudado en la tarea. ¡Y lo peor es que al fin y al cabo, y aun contra mi voluntad, los hubiera confesado! Por eso me resolví a huir solo. Para salvarme y no verme en peligro de traicionar a todos. ¿Me abandonará Vuestra Señoría en este trance?

La confesión de su propia debilidad y el recuerdo de sus pasados sufrimientos terminaron por excitar mi compasión, decidiéndome a procurarle la libertad de que tan mal uso hiciera hasta entonces.

Después de todo, ¿qué culpa le cabía al infeliz de lo sucedido?

Al separarse de nosotros, Nardo, que acababa de entregarle algún dinero, le despidió con estas palabras:

—El cielo te proteja, Anselmo, y anda con cuidado de lo que haces, porque estos milagros no se repiten dos veces en la vida. Y si no tienes dónde recogerte, ve a mi casa de San Feliú de Codina, donde mi abuelo te recibirá diciéndole que vas de parte mía, y espérame tranquilo. De todos modos, allí, o en otra parte, tengo la seguridad de que pronto volveremos a encontrarnos.

XXXV

24 de abril.

El descorazonamiento y la serie de cavilaciones que me mantuvieron en vela aquella noche, pensando en las consecuencias que podrían traer al

día siguiente el descubrimiento de la fuga de Anselmo y mi complicación probable en ella, no eran nada comparadas a las inquietudes que me producía el imaginar el dolor de la Duquesita de Sahagún cuando se enterara del malogro de nuestros proyectos.

Decidido a no volver por mi casa en algún tiempo, a fin de evitar contingencias, despaché el 18 muy temprano la fatal nueva a los amigos, y permanecí en el baluarte de Santa Clara, posición que comenzó a resultar peligrosa el 19 a causa del bombardeo de la ciudad, que se inició en dicha fecha (después de catorce días de asedio) y ha seguido desde entonces con verdadero encarnizamiento, convirtiendo a Barcelona en un lugar de perpetua alarma y espanto.

Cuatrocientas bombas, sin contar las balas incendiarias, se arrojaron desde los barcos franceses el primero de los citados días; 350 el segundo, con las que se prendió fuego a un depósito de pólvora que ocasionó algunas desgracias, y así sucesiva y proporcionalmente los demás. El mismo 19 se hizo el gran esfuerzo por los borbónicos en Montjuich, y prosiguiendo con igual tendencia el día 20, lograron abrir brecha en el baluarte de San Felipe.

Aquella noche conseguí ver un momento a Nardo, que me informó de la desesperación de la Niña de Plata, al saber por la Señora Eularia el fracaso de la fuga de Jenaro, y su resolución de salvar a éste costara lo que costara, para lo cual estaba dispuesta a intentar un recurso supremo, el único que le quedaba y que no podía revelarme por el momento.

¿Qué querría decir con aquello la valiente Duquesa, y qué nuevo peligro se disponía a arriesgar para vencer la obstinación de D.^a Leonisa?

Nardo me añadió que la cuerda por donde se

descolgara Anselmo había desaparecido de los muros del Paláu a la mañana siguiente, pero que Fray Serapio del Niño Jesús no debía de estar aún enterado de la fuga de Castillo, pues nada le había dicho ni había vuelto por la Inquisición, ocupadísimo desde el principio del bombardeo con visitar todos los lugares donde caían proyectiles, para asistir a los heridos y consolar a los desgraciados, fortificándolos en sus sentimientos y prediciendo el triunfo de los catalanes con discursos rarísimos que parecían de otras edades e impresionaban profundamente a cuantos los oían.

La confianza hasta entonces inquebrantable de los barceloneses debió decaer sin embargo un tanto después del gran ataque a Montjuich, que se realizó en la noche del 21, embistiendo 2.000 borbónicos el fuerte por tres puntos distintos, que eran: el baluarte de San Felipe, la brecha que ya estaba abierta y la lengua de Sierpe, cuya punta dominaban desde hacía tiempo los soldados de Felipe V. Las dos primeras embestidas del Marqués de Aytona fueron denodadamente rechazadas por los sitiados; pero al ver que iba a comenzar la tercera, Lord Donegal, que mandaba las fuerzas, avanzó para detener a los que llegaban por la lengua de Sierpe, y se encontró cortado por los franceses entrados desde la lengua de Buey. Los catalanes que defendían ésta, y que venían retirándose, viéronse mezclados de pronto con los nuestros, y el inesperado contacto de ambos cuerpos produjo tal confusión a causa de la gran oscuridad reinante, que allí cayeron, peleando como leones, casi todos los Oficiales, comenzando por el Conde de Donegal, que murió sin aceptar cuartel ni rendir las armas, en compañía de 300 de los nuestros, sorprendiendo con su valor a los mismos enemigos.

El efecto de este descalabro, que aumentó la seguridad de las posiciones ganadas por los borbónicos, aunque no decidiera tampoco la conquista del Castillo, produjo la mayor decepción en la ciudad, soliviantando los ánimos de la plebe, atizada secretamente por los partidarios de Felipe V, que ya consideraban su triunfo como seguro.

Para contrarrestar estas maquinaciones, y sin disminuir la actividad de los que transportaban heridos y muertos desde Montjuich, dando muestras de generosidad y de caridad inmensas, alborotóse el 22 gran parte del pueblo, creyendo que se disponía el abandono de la fortaleza, y comenzaron a oírse algunas voces de mujeres bravías que gritaban: «¡A las armas!», congregándose la multitud ante la residencia de Carlos III, pidiendo a voces que les dieran permiso para subir a la montaña a sacar de sus líneas a los franceses y que las autorizaran a llevar por delante las banderas de Santa Eulalia y de San Jorge en tan quimérica ofensiva.

En esto, las campanas de la Catedral comenzaron a repicar, impulsadas quién sabe por quién, e inmediatamente siguieron el ejemplo las de las demás parroquias, arreciando en tal forma el tumulto, que Su Majestad Católica no tuvo otro remedio sino consentir en la descabellada expedición, señalando como Jefe de la enloquecida multitud al Conde de Uhlfeldt. Mas sin esperar a éste, ni a las tropas, guiada y protegida únicamente por sus veneradas enseñas, que la precedían en manos de un Conseller y un Diputado del Brazo Militar, corrió la muchedumbre ardorosa y frenética al campo, sin que hicieran mella en su entusiasmo ni las defensas, ni los cañones, ni las descargas, ni la abrumadora superioridad de los enemigos que se disponía a combatir.

Yo no presencié, afortunadamente, la salida de esta expedición, en que figuraban toda clase de gentes, incluso niños, clérigos, frailes y mujeres; pero aquella misma tarde supe que, conducidos por los famosos Puig y Sorribes, arremetieron con tan ciega furia a las avanzadas borbónicas, que, sorprendidas éstas en el primer instante por el arrollador empuje, llegaron a retirarse: mas contemplando la nunca imaginada novedad de los elementos que componían aquel extrañísimo ejército, y reforzados además con algunos soldados que acudieron en seguida, cerraron contra los atacantes, sin respetar sexo ni edad, causando una verdadera carnicería entre ellos y produciendo innumerables desgracias; pues, como los catalanes se obstinaron en la pelea durante varias horas, perecieron muchísimos, y quedaron heridos los restantes, sin que nadie fuera bastante a impedirlo ni remediarlo.

Calcúlese cuál sería el estado de los ánimos en Barcelona, después de haber tenido que llorar el día anterior a las víctimas de Montjuich, viéndose obligados a agregar las recientes y encontrándose dominadas de nuevo las líneas por el enemigo, próximo ya a posesionarse del disputado Castillo y sin cesar en el bombardeo de éste ni en el de la ciudad.

La angustia era tan grande, y tan comprometida la situación del Rey, si la flota inglesa no conseguía socorrerle pronto, que de nuevo comenzó a circular y acreditarse la noticia de que Carlos III, obligado por el Consejo de Generales, se disponía a abandonar la capital; despachándose emisarios por todas partes al Conde de Peterborough para que intentara un gran ataque desde la montaña a fin de abrirse paso hasta Barcelona.

Las pérdidas de uno y otro bando habían resultado, sin embargo, tan considerables en los últi-

mos días, que tanto el Mariscal de Tessé como el Conde de Uhlfeldt convinieron el 23 en suspender las hostilidades durante el tiempo preciso para enterrar cada uno a sus muertos; y mientras los paisanos y las rondas de religiosos acudían a tan triste obligación, fuéme dable regresar a mi domicilio, del que faltaba desde la malhadada noche de la evasión.

No fué poca mi sorpresa, al llegar a él, de enterarme por Bliss, cuya imperturbabilidad permanecía incólume a despecho de todos los sucesos, que aquel mismo día había estado a verme un personaje que no había querido declarar su nombre, pero que demostraba gran impaciencia por verme, anunciando que volvería de noche y que le esperase sin falta, pues deseaba comunicarme noticias importantes de parte de la Duquesa de Sahagún.

El nombre de la Niña de Plata, pronunciado por los respetuosos labios del inglés en circunstancias tan inesperadas y cuando yo justamente me disponía a buscar a Nardo por toda Barcelona a fin de conseguir noticias suyas, me sorprendió de suerte que al momento huyeron de mi espíritu todas las imágenes de Reyes y de Mariscales, para no dejar lugar sino al adorable recuerdo de la mujer que en medio de tanta desolación aun conservaba alientos bastantes para continuar su obra de amor y de justicia.

Desde entonces las horas equivalieron para mí a siglos, cavilando en el recurso que podrían haber inventado las artes de D.^a Serafina para desafiar todos los peligros que la circundaban y decidirla a enviarme el desconocido y misterioso emisario cuya llegada esperaba a cada instante.

Por una de esas coincidencias con que la naturaleza parece a veces complacerse en ofrecer un

contraste a la tristeza de las miserias humanas, aquella noche en que tantas lágrimas se derramaban por los hogares desamparados, la Luna salió bastante temprano, iluminando con su radiante claridad las desolaciones de Barcelona.

Ya era bastante tarde y comenzaba a desconfiar de la anunciada visita, cuando sentí que llamaban a la puerta de la calle, y pocos momentos después introduciase en mi aposento un hombre embozado que, tras de cerciorarse de que estábamos solos, dejó caer la capa, arrancándome un grito de sorpresa al reconocerle.

Aquel hombre era el esposo de D.^a Leonisa.

—¡Don Octavio!—murmuré sin acertar a decir otra cosa.

—Sí: Don Octavio—respondió lentamente el Príncipe—. Don Octavio Branciforte, que os buscaba y al fin os encuentra para que le asistáis en un negocio donde vuestro concurso es imprescindible.

El aspecto del de Ornano había cambiado extraordinariamente desde nuestra última entrevista, y su rostro, sombrío y ceñudo, delataba a simple vista la existencia de un nuevo y terrible drama en su vida.

—Doña Serafina—continuó diciendo el magnate, sin mirarme—me ha confiado toda la historia de Jenaro de Pereda y vuestra intervención en ella. También me ha referido—añadió con voz temblorosa—la conducta de mi esposa en este triste asunto... desde el principio... y sus explicaciones me han decidido a tomar parte en él, realizando el primer acto de energía en mi existencia. Necesito de vos. ¿Queréis acompañarme?

—¿Pero sabéis dónde está?—limitéme a preguntar, conmovido ante aquel mudo dolor que repre-

sentaba el término de todas las ilusiones de un amante, y maravillado a la vez de la intuición y la valentía prodigiosa de la Niña de Plata al acudir a tan arriesgadísimo medio de ayuda.

—Sí—declaró D. Octavio—. Ayer conseguí por fin averiguar que vuestro protegido se encuentra encerrado en los subterráneos del Convento de San Pedro, donde muchos personajes han buscado refugio desde que principió el bombardeo, y donde le ha visitado recientemente la Princesa de Ornano para intentar seducirle de nuevo. ¿Venís?

Mi respuesta consistió, como puede presumirse, en tomar el sombrero y acompañarle sin pronunciar palabra, prolongándose nuestro silencio durante todo el camino.

Al llegar al vetusto y fuerte Monasterio, que me recordaba mi primera entrada en Barcelona y la salida del Virrey Velasco, D. Octavio conferenció brevemente con los soldados de la Coronela que custodiaban la puerta, y penetró en el interior, comenzando a descender escaleras, detrás de un individuo que llevaba un farol y que nos condujo hasta los sótanos del célebre edificio.

Una vez allí le indicaron una puerta, que mandó abrir, y embozándose de nuevo en su capa, penetró resueltamente en el interior, después de tomar la luz de manos de nuestro acompañante, que se alejó en el acto.

Echado sobre un montón de paja, descubriase en aquel antro a Jenaro de Pereda, quien, apenas nos vió, se puso en pie, creyendo seguramente que había llegado su última hora y que veníamos por él para llevarle a la muerte.

El momento de las terribles explicaciones parecía inminente, y mi experiencia de los impetuosos e irreflexivos arranques del prisionero hacíame te-

mer por el fin de aquella solemne entrevista, en que se ventilaba el honor de una familia noble y poderosa.

Pero contra todas mis presunciones, el Príncipe contentóse con contemplar durante unos instantes a su rival, sin descubrir el rostro, y pronunció con acento sepulcral esta sola palabra:

—Seguidme.

Persuadido Jenaro de que caminaba al suplicio, obedeció la orden, esforzándose por no demostrar impresión de ninguna especie, y acto continuo comenzamos a subir de nuevo hasta encontrarnos en la puerta del Monasterio y salir a la calle, después de conferenciar otra vez el esposo de D.^a Leonisa con los catalanes de guardia, que no nos opusieron la menor resistencia.

¿Qué se proponía aquel hombre?

En pocos minutos recorrimos la distancia que nos separaba de la Puerta Nueva, y mandando Don Octavio abrir el portillo a los italianos que la defendían, adelantó hacia el campo seguido por Jenaro y por mí.

La Luna brillaba en todo su esplendor, y a lo lejos divisábanse los fuegos del campamento borbónico.

Derribando entonces con lentitud el embozo, y señalando hacia aquella parte, exclamó D. Octavio:

—Allí se alojan vuestros amigos. Estáis libre.

La estupefacción que en Jenaro produjeron semejantes palabras, y su asombro al identificar en su salvador al Príncipe de Ornano, no reconocieron límites.

—Sí, caballero Pereda—prosiguió éste, hablando con evidente esfuerzo—. Soy Don Octavio Branciforte, que por providencial casualidad se ha enterado de vuestro encierro y de la injusta persecución

que os abruma desde hace tiempo. Ojalá que al reparar esta indignidad, y corregir la falta que cometí al heriros en San Feliú, me sonría en adelante la fortuna y me haga más feliz de lo que hasta ahora he sido. El Señor que aquí veis es el Teniente inglés Sir Archibald Darley, a quien tanto debéis por lo que se ha interesado en vuestra suerte, y que se encuentra presente por expreso deseo de la Duquesa de Sahagún.

—Milord—exclamó el simpático Jenaro, estrechando mis manos—, ¡con cien vidas que tuviera no os pagaría el bien que me habéis prodigado desde que descubristeis mi existencia a bordo del *Vulcan*!

—Andad con Dios, hidalgo—interrumpió el Príncipe—, y Él os ayude en todas vuestras empresas; pero no me deis las gracias ni pronunciéis una sola palabra, pues conocemos demasiado uno y otro nuestra respectiva situación, para desnaturalizarla con frases.

La nobleza indescriptible y la melancolía inmensa de la voz y del gesto del esposo de D.^a Leonisa resultaban tan elocuentes, que Jenaro se limitó a inclinarse con respeto ante aquel desdichado.

—Un solo favor quiero pedir, antes de separarnos—concluyó diciendo el Príncipe—; favor que me compensará de todos los riesgos a que me expongo en este instante. Desde mañana pelearéis junto a los vuestros y volveréis a ser mi enemigo irreconciliable. Podéis vencer o ser vencido. ¡Es lo mismo! Juradme, delante de Sir Archibald, por cuanto exista de más sagrado para vos, por la memoria de vuestra madre y por el honor de Doña Serafina, que, suceda lo que suceda, llámeos quien os llame, lo mismo ahora que hasta el fin de vuestra existencia, jamás trataréis de penetrar nuevamente en Barcelona, ni de acercaros a la Corte

de Carlos III mientras yo viva, a menos que sea en cumplimiento de vuestro deber de soldado o acompañando al ejército victorioso de Felipe V. ¿Lo juráis?

—Lo juro—respondió categóricamente Jenaro—. Por la memoria de mi madre y el honor de Doña Serafina juro que nunca volveré a interponerme en vuestro camino.

Y apretando de nuevo mi mano, y murmurando a mi oído: «Velad, vos, Milord, por la Duquesa de Sahagún», se alejó de nosotros el noble mancebo, dirigiéndose rápido hacia la libertad y hacia la luz.

La claridad reinante nos permitió distinguir por largo trecho su silueta hasta que se acercó al campamento. Vimos cómo dos o tres personas surgían para cortarle el paso, y cómo después de un rato le acompañaban, hasta desvanecerse sus figuras en la sombra.

¡Por fin estaba en salvo! ¡El gran anhelo de la Niña de Plata se había cumplido! ¿Pero qué nuevas desgracias esperaban a ésta y al propio D. Octavio cuando se descubriera el suceso? ¿A qué precio habría comprado D.^a Serafina la libertad de su amigo? ¿Qué actitud adoptaría la terrible D.^a Leonisa al enterarse de lo ocurrido?

Lo cierto es que al penetrar de nuevo en la ciudad sitiada y dirigirnos cada uno a nuestro puesto, ni D. Octavio ni yo nos atrevíamos a interrumpir el silencio, que aumentaba la majestad de aquel milagro que la constancia de una mujer y la dignidad ofendida de un hombre acababan de conseguir.

XXXVI

7 de mayo.

Mis progresivas experiencias sobre los misterios del carácter español no habían, sin embargo, terminado, pues al comunicar a Nardo la inesperada liberación de su Señor, y añadirle que podía unirse inmediatamente a él, recibí la siguiente respuesta, que más parecía de un hidalgo que de un modesto sirviente en perpetuo contacto con la picardía:

—No, Milord. Yo conozco a mi amo mejor que Vuestra Señoría, y sé que si me alejara de Barcelona en estas circunstancias, mañana mismo tendría que volver para cuidar de la seguridad de la Duquesa de Sahagún, que debe de correr gravísimos peligros.

El anuncio aquel, que aumentaba mis temores respecto de la Niña de Plata, me confirmó más y más en la resolución de ayudarla a toda costa para sustraerla al furor de los suyos; y admirando la conducta del fiel catalán, concedile amplias facultades para obrar a su antojo, pidiéndole me indicara el camino que deberíamos seguir, por atrevido que fuera.

—Ahora—manifestó Nardo—no cabe sino esperar los acontecimientos y hacer lo posible por disimular nuestras relaciones con Doña Serafina. Pero confiad en mí, Señor, que yo pondré en práctica cuantos medios sean útiles para proporcionaros noticias. Y a propósito de éstas, ¿no sabe Vuestra Señoría que el pobre Fray Serapio del Niño Jesús sigue muy mal de sus heridas, y a dos dedos de la muerte?

—¡Fray Serapio, herido!—exclamé, realmente afectado—. ¿Desde cuándo?

—Desde la famosa salida de los barceloneses después del gran ataque a Montjuich; el santo hombre caminaba a la cabeza de la columna, junto a la bandera de Santa Eulalia, estimulando el coraje de los voluntarios y vaticinándoles el triunfo, cuando recibió varias balas francesas, dos de las cuales le alcanzaron diversas partes del cuerpo, derribándole en tierra. Allí fué recogido durante la tregua que concertaron los Generales para enterrar a los muertos, y como aun vivía, algunas personas que lo reconocieron se encargaron de transportarle al Convento de Santa Catalina, donde desde entonces se encuentra, rodeado de sus hermanos en religión y de mucha gente que continuamente acude para escuchar sus discursos y delirios, en los que predice la victoria final del Archiduque y la ruina de los Borbones, con unas expresiones que parecen inspiradas por los ángeles y principian a extender su fama de santo en el pueblo. ¿No iréis a verle, Señor?

—Claro que iré, Nardo. No faltaba más—prometi convencido.

Pero la precipitación de los sucesos que aquel mismo día comenzaron, así como la ausencia de Nardo, a quien no volví a ver en bastante tiempo, impidieron el cumplimiento del anterior propósito, alejando de mi mente la memoria del pobre fraile, para absorber todas mis potencias en el cumplimiento de mis funciones de soldado.

El 25 de abril penetraba por fin el ejército de Felipe V en el desmantelado castillo de Montjuich, donde ya resultaba imposible la defensa, retirándose cuanto podía retirarse; y dueño ya de la deseada montaña, aumentaba la intensidad de los ataques a la ciudad, con insaciable furia, hasta convertir nuestra existencia en un verdadero infierno, sin una hora de sosiego ni de esperanza.

Durante cinco días multiplicáronse los bombardeos, añadiendo los franceses batería tras batería, hasta estrecharnos entre cañones, cuyos fuegos, cada vez más próximos, aunque contestados por nosotros desde la plaza, producían continuos derrumbamientos e incendios, que los barceloneses remediaban manteniéndose en perpetua vela y sin flaquear un instante en su resistencia.

La carencia absoluta de noticias por parte de D.^a Serafina, mi ignorancia respecto de la suerte que hubiera podido caberle, y la sospecha de que la Niña de Plata ya no se acordaba de mí, una vez conseguida la libertad de Jenaro de Pereda, aumentaban mis naturales inclinaciones hacia los inflexibles catalanes, ejemplo de constancia, moviéndome a exponer a cada paso mi vida para rechazar a los borbónicos y mantener en Barcelona el estandarte de la rebeldía y de la independencia, que cada vez corría mayor peligro de ser arrollado, a causa de la extensión de las brechas abiertas en sus murallas, por las que ya podía intentar el Mariscal de Tessé su asalto general, con grandes probabilidades de vencer.

En estas circunstancias, el 30 tuvo medio de entrar en la ciudad el Príncipe Enrique de Darmstadt, después de una accidentada marcha, acompañado de algunos Oficiales, entre los que se contaba Walter Ramsbockle; y la presencia del hermano de Winifred, y sus cuentos, parecieron volverme un poco a la realidad, alejándome por unas horas de los sentimientos que batallaban en mi alma.

Walter, en cambio, no había variado, y seguía siendo el mismo de siempre, aturdiéndome con el relato de sus hazañas romancescas en Valencia desde que nos separamos, y ponderando las delicias y facilidades de aquella tierra de árabes, donde la victoria y el amor le habían favorecido sin tregua.

—Hermoso país, Archibald—aseguraba Ramsbockle entusiasmado—; el más hermoso seguramente de España, y superior al de los catalanes por todos estilos. No en balde nuestro General se resistía a abandonarlo antes de terminar su conquista, desatendiendo cuantas insinuaciones recibía de Carlos III.

—¿Y dónde se encuentra ahora Milord? ¿Por qué no ha venido con el Príncipe?—interrogué ansioso—. ¿Ignora acaso los desfavorables comentarios que en esta Corte se hacen sobre su conducta?

—El Conde de Peterborough sabe todo—afirmó Walter—y desea ardientemente favorecer a Su Majestad Católica y rechazar a los franceses. Desde su llegada al campo, el 21, y su fusión con las fuerzas del Conde de Cifuentes, no descansa un momento, y mantiene en perpetuo jaque a los borbónicos, preparándoles sorpresas y amenazándolos de continuo. Su prodigiosa movilidad ha alcanzado al extremo de que, según él mismo dice, no hay partida de más de 30 hombres que no sea dirigida personalmente por Su Excelencia, y que la vida de éste corre inminente peligro a cada paso. Pero ya conocéis el carácter glorioso de nuestro General y la ambición personal de todos sus sueños. Después de una campaña como la que acaba de realizar en Valencia, por nada entraría subrepticamente en Barcelona, cual hemos entrado nosotros, exponiéndonos a ser capturados por Tessé, aunque se hundiera el trono del Archiduque.

Aquellas palabras, que concordaban con otras análogas escuchadas a D.^a Leonisa en el palacio de Cardona, me movieron a preguntar:

—¿Pero el Rey no le ha escrito que intente un asalto para romper las filas de Felipe V y venir a la ciudad?

—Tal vez; y precisamente eso—declaró Ramsbockle—es lo que jamás intentará nuestro Jefe, porque fracasaría casi de seguro. Si estuvierais a su lado, veríais que su genio no cesa de combinar planes para salvar a Barcelona, y que a su iniciativa corresponden estas expediciones que burlan la vigilancia del Conde de Toulouse y que tan gran reputación procuran entre los catalanes a los caudillos que las encabezan. El Doctor Freind, y los que le rodean, consideran, sin embargo, que el verdadero propósito de Milord, aunque no lo diga, consiste en presentarse al frente de la flota inglesa como Almirante, para que nadie le dispute el triunfo final y la Gran Bretaña en masa le considere como el verdadero héroe de la destrucción de la marina francesa y del *relief of Barcelona*.

—¡La flota!—murmuré escéptico—. Claro que de ella depende nuestra suerte. Pero ¿llegará a tiempo? ¿No se habrá rendido la ciudad antes de que aparezca? Las cosas están muy mal, Watt; los catalanes comienzan a tocar el límite de sus esfuerzos, y si el Mariscal de Tessé fuera un hombre de mayores alientos y hubiera ordenado ya el asalto general, creo que a estas horas, desde Carlos III hasta el último de los Oficiales seríamos prisioneros de Felipe V.

—Pues precisamente contando con esa indecisión y esa prudencia que caracterizan al Mariscal de Luis XIV—aseguró Walter—es por lo que Peterborough conserva aún sus esperanzas, y, como buen jugador, aguarda a exponer su última carta en el crítico instante que puede consagrarle como uno de los primeros militares del mundo. Además, nuestro General sabe que la escuadra mandada por Sir John Leake, y trayendo a bordo 5.000 hombres, pertrechos, y toda clase de bagaje, con Stanhope de Embajador, llegó el 10 de abril a Gibraltar, de

donde debe haber salido y espera por momentos la noticia del arribo a la bahía de Altea para preparar su golpe de teatro.

—¡Ojalá lo consiga!—exclamé fervorosamente—. ¡Ojalá la diosa fortuna continúe iluminando sus pasos como hasta ahora!

—¡Ya veréis cómo lo consigue, Archibald! El Conde de Peterborough es un zorro muy fino, con adivinaciones verdaderamente geniales, y ahora que le he visto más de cerca y he podido apreciar la abundancia inagotable de sus recursos, considero que me equivoqué al juzgarle cuando comenzamos la campaña, y que no sólo es el Whig más desconcertante que posee Inglaterra, sino el General más apropiado para deslumbrar la fantasía de los españoles.

—¡Todos nos equivocamos en nuestros juicios, Walter!—afirmé convencido—. ¿Qué podemos esperar de los historiadores que relaten estos sucesos, si nosotros mismos, que somos los protagonistas de ellos, no acabamos de conocer ni valorar a las personas por quienes arriesgamos el honor y la vida?

XXXVII

Pero aquellas seguridades, así como la deferente amistad que me demostrara Lord Ramsbockle a su llegada, modificáronse sensiblemente en los días subsiguientes, al examinar por sí mismo la situación de Barcelona y al reanudar sus relaciones con los habitantes del palacio de Cardona, a quienes hacía tanto tiempo no veía yo.

Ninguna observación ni crítica formuló delante de mí que permitiera suponer le habían informado de lo sucedido en el Paláu y en el Convento de San

Pedro; pero su mismo silencio, tan anormal en él, y la actitud reservada que comenzó a adoptar los pocos momentos que nos encontrábamos en casa, me persuadieron de que la Princesa de Ornano le había hablado mal de mí, o le había prevenido respecto de mi lealtad.

Como es natural, semejante actitud me preocupó muy poco, y llamados ambos al cumplimiento de nuestras obligaciones, que nos reclamaban por distintos lados, no concedí la menor importancia al cambio de maneras de Walter, seguro de que tardaría poco en explicarlo él mismo.

Al día siguiente de su aparición, o sea el 1.º de mayo, resolvióse el enemigo a avanzar sus baterías para ensanchar aún más la brecha, y una bala disparada por nosotros desde el baluarte del Rey pegó fuego a 150 barricas de pólvora en la línea borbónica, ocasionando gran descalabro entre sus filas, contra las cuales realizamos aquella misma noche una salida, en que conseguimos hacer algunos prisioneros y apoderarnos de objetos que servían para levantar las fortificaciones.

Recobrados los franceses de la sorpresa, adelantaron mucho terreno el 2 y el 3, de modo que el 4 la brecha era mucho mayor, y hubo necesidad de trabajar sin descanso en las defensas y cortaduras que íbamos fabricando detrás.

Aquella tarde, cuando el optimismo de los barceloneses principiaba a desaparecer ante la inminencia de la ofensiva final, comenzó a circular por los cuarteles el rumor de que el Conde de Peterborough acababa de participar al Rey que la Armada de los Aliados había llegado el 29 de abril a Altea y, de acuerdo con sus órdenes, debía ya encontrarse camino de Barcelona, por lo cual Su Excelencia se dirigía a Sitges, con todos sus soldados, para em-

barcar a bordo y tratar de sorprender a la escuadra del Conde de Toulouse.

La incredulidad que tan ansiada nueva causara al principio en el pueblo, por juzgarla como un ardid para sostener su resolución vacilante, disminuyó no obstante al percatarse de una señal de llamada que se hizo el día 6 en Montjuich, y que aumentó los alientos de los catalanes, decidiéndolos a intentar nuevas salidas en que poco a poco fuimos tomando parte todas las tropas regulares.

Mi estado de espíritu era, sin embargo, tal al llegar a este punto, después de 37 jornadas de asedio, en que tan inverosímiles sucesos se habían producido, que cuando trato de recordar lo que sucedió en aquellos días y mi participación activa en las operaciones que de continuo se verificaban, pareceme que no era yo, sino otra persona, la que se movía y luchaba hasta el frenesí para defender la posesión de Barcelona.

La salida de la caballería de Zinzerling, la del Príncipe Enrique de Darmstadt, nuestra propia intenciona el día 7, todo se me representa como una pesadilla.

Sólo tengo presente que cada vez que trasponía los fuertes de la ciudad, el recuerdo de Jenaro de Pereda obsesionaba mi imaginación, creyendo reconocerle en cualquiera de los Oficiales que acudían a nuestro encuentro. En aquella situación, ni siquiera sé si hubiera luchado con el irresistible Oficial de Felipe V, de presentármese delante, o si le habría perdonado la vida. Amistad, juramentos, compasión, memorias, todo se había desvanecido para mí, y hasta existían momentos en que lamentaba la libertad conseguida por el preferido de Doña Serafina. Una vez, durante nuestra última acometida, creí divisarle encabezando un grupo de drago-

nes españoles, y me lancé contra él, luchando desesperadamente a fin de apresarle, como lo conseguí al fin; pero al rendir su espada me di cuenta de que se trataba de un Teniente desconocido, aunque algo semejante al gallardo sobrino del Canónigo Urraca.

La formidable explosión de un depósito de municiones próximo puso fin a la contienda, regresando a la plaza, donde nos enteramos con indecible alegría de la llegada de un Ayudante del Conde de Peterborough, que anunciaba el embarque del General en Sitges, a bordo de la armada.

El Ayudante en cuestión era nada menos que mi buen amigo el Teniente Ronan, y por él pude saber, pocas horas después, la epopeya vivida por Milord desde el momento que supo la llegada de la flota a la bahía de Altea; sus órdenes contradictorias respecto del destino de las tropas que conducía; su impaciencia por las dilaciones de Leake, empeñado en no moverse hasta realizar la junción con los barcos de Walker; la estratagema arreglada con Stanhope para recibir, mediante el envío de una hoja en blanco cortada de cierto modo, el aviso de la salida de la escuadra; su fantástica expedición a Sitges; la requisa de cuanta embarcación encontrara en poder de los pescadores, a fin de poder transportar sus tropas; su salida a alta mar en un falucho para esperar la llegada de la flota, y su inútil espera hasta la madrugada; la repetición de la empresa a la noche siguiente, en plena tempestad, y la aparición por fin del *Leopard*, donde Su Excelencia subió e inmediatamente hizo izar su enseña de Almirante, asumiendo desde entonces la dirección suprema de la armada y comportándose como verdadero jefe de ésta.

Aquella dichosísima nueva, que coincidía con la repetición de la señal de Montjuich, escuchada por

tres veces consecutivas en la tarde del 7, vióse confirmada a la noche por el resplandor de las inmensas hogueras que los miqueletes y los somatenes encendían en las cumbres de las montañas a fin de comunicarnos el término de nuestros afanes.

El júbilo que esto causó, el entusiasmo que la proximidad de los Aliados produjo en los habitantes de Barcelona, son indescriptibles. La natural ansiedad ante la lucha que fatalmente se preparaba entre la flota francesa y la nuestra, y su posible combinación con el asalto general de los ejércitos de Felipe V, no eran bastantes a entibiar la seguridad y el ardimiento que nuevamente volvía a invadir a los obstinados catalanes.

La muchedumbre, abandonando sus casas y sin temor a balas ni bombas, llenaba las calles de la Rivera, la plaza de Palacio, la de Atarazanas y la Rambla, vitoreando a los Aliados y al General de quien poco antes desconfiara hasta tacharle de traidor.

Barcelona entera se concentraba en una alegría y un deseo, esperando en vela el amanecer del nuevo día, que había de cambiar definitivamente su suerte.

Y compartiendo aquella impaciencia, contaba yo a mi vez las horas que transcurrían lentas y monótonas, porque al entrar en mi casa me había encontrado con Nardo, venido para comunicarme el mensaje que mi corazón aguardaba sobre todas las cosas.

Fray Serapio del Niño Jesús acababa de morir en su celda, y aprovechando la Duquesa de Sahagún el permiso obtenido de su abuela para visitar el cadáver del presunto bienaventurado, deseaba verme a la mañana siguiente, en el Convento de Santa Catalina, donde debía encontrarme a las diez en punto.

—¿Pero no te ha dicho nada del motivo que le ha hecho permanecer callada todo este tiempo? ¿No sabes si Doña Leonisa ha descubierto el secreto de la evasión de Jenaro?—pregunté al mensajero.

—Nada sé, Señor, ni he podido hacer llegar ningún recado a la Señora Duquesa, pues Doña Eularia ha permanecido invisible desde hace más de quince días, y todos cuantos medios hemos intentado el Quirse y yo para averiguar noticias han resultado vanos. El único dato que poseo es el que os he repetido. Doña Serafina desea veros y os encarga que permanezcáis en la Iglesia, sin moveros, hasta que alguien vaya a buscaros de su parte, conduciéndoos a su presencia.

XXXVIII

9 de mayo.

El pasmo y la admiración de Barcelona subieron de punto al darse cuenta, con las primeras claridades del día 8, de un suceso imprevisto, que equivalía a la mitad de su victoria contra Luis XIV. ¡La armada francesa al mando del Conde de Toulouse, el sostén y el amparo del ejército de Felipe V, la única fuente de sus recursos y de sus provisiones, había desaparecido durante la noche, sin dejar rastro de su paso y esquivando la repetición de un encuentro como el de Málaga, que posiblemente habría concluído con toda la marina de los Borbones!

El conocimiento de esta fabulosa novedad, las manifestaciones ruidosas del alborozo de la muchedumbre, las hipótesis y los comentarios incesantes acerca del partido que adoptarían el Mariscal y los Generales franceses al verse desamparados de su único auxiliar y envueltos entre dos fuegos, sin

lugar español donde poder retirarse, caso de disponerse el levantamiento del asedio, me acompañaron por dondequiera que fui hasta encontrarme a la hora señalada por la Niña de Plata en el Convento de Santa Catalina.

La concurrencia en la plazuela del mismo nombre y en el templo, a una de cuyas capillas se había trasladado el cuerpo del bendito Fray Serapio, era tan excesiva, que apenas si podía darse un paso cuando penetré en el recinto de la Iglesia.

La muchedumbre, enardecida por las noticias del día, que coincidían por extraño acaso con los últimos vaticinios augurados por el dominico, y recordando la lenta agonía de éste y sus indudables virtudes, acudía a visitar al difunto, presintiendo sus futuros milagros y proclamando por de pronto la incorruptibilidad de su cuerpo como signo anunciador de su preclara beatitud.

Las mismas expresiones y palabras que en labios de Anselmo del Castillo habían sido consideradas como terribles herejías y pactos luciferinos hasta llevarle a la Inquisición, donde acaso, sin mi ayuda, hubiera perecido, juzgábanse en el patriota religioso como inspiraciones celestes y gracias sobrehumanas que le colocaban desde luego en la categoría de los bienaventurados.

Las mujeres, sobre todo, llorando y gimiendo como si acabaran de perder a alguno de los suyos, estrujábanse para llegar al modesto túmulo donde yacía el venerado predicador, rodeado de frailes e iluminado por blandones; y, una vez allí, sostenían verdaderas batallas con los religiosos que velaban los despojos, hasta conseguir cortar un trozo del hábito del muerto, a quien en su devoción fervorosa e idolátrica habrían tal vez mutilado para conservar sus reliquias.

Movido de una curiosidad irresistible, avancé también yo, a fin de contemplar a mi extinto maestro, de cuya candidez tan a menudo sonriera; y el aspecto tranquilo y sereno de su demacrado rostro; la vista de la sencilla cruz que sus afiladas manos apretaban por última vez junto al pecho, donde tan inextinguible ardía el fuego de la fe y del entusiasmo; la evocación de mis tratos con aquel siervo de Dios, inocente, ardoroso e intransigente, conmoviéronme mucho más de lo que nunca pudiera imaginar, haciendo acudir a mi mente por primera vez la duda, y despertando en mi corazón el arrepentimiento por la ligereza con que tratara sus cordiales enseñanzas, aprovechándome hipócritamente de ellas para mis mezquinos intereses.

La verdad de su muerte por la patria proclamaba la verdad de su vida por la religión, y en estas dos verdades se encerraba tal vez el ejemplo y la doctrina que mi orgullosa razón y mi instinto de raza habían rechazado sin examinarla ni sentirla.

Aquí llegaba de mis reflexiones, pidiendo en mi interior perdón al heroico religioso de todos mis engaños y de todos mis inexcusables e impíos fingimientos, cuando se acercó a mí una mujer vestida de dueña, que debía de ser la Señora Eularia, y haciéndome un signo de inteligencia me obligó a seguirla, alejándome de los restos de Fray Serapio y despertando de nuevo en mí las pasiones de este mundo.

Doña Serafina me aguardaba en una sala blanca, que debía de corresponder a alguna dependencia del Monasterio, y apenas me divisó tendióme las divinas manos, exclamando con afecto:

—¡Por fin estáis aquí, Sir Archibald! ¡Creí que no se me lograría este último consuelo!...

Barcelona, el Rey, la escuadra, la guerra, la

muerte que acababa de rozarme con sus alas, todo desapareció de pronto de mi espíritu ante aquella criatura, resumen de gracia y juventud, que me sonreía a dos pasos.

La voz inolvidable continuó diciendo:

—Hubiera sido para mí un dolor muy grande el separarme de un amigo como vos sin manifestarle una vez más el inmenso agradecimiento que le profeso por cuanto ha hecho por nosotros.

Aquellas palabras me turbaron y me sorprendieron de suerte, que, temiendo haber oído mal, exclamé:

—¿Separarnos, Señora Duquesa? ¿Separarnos ahora, cuando precisamente...?

Doña Serafina no me dejó acabar, y añadió:

—Sí, amigo queridísimo. Separarnos, porque no existe otro remedio. Pero antes de tratar este punto tan triste, permitidme una pregunta que representa todo para mí. ¿Entregasteis a Jenaro de Pereda el pliego que os confié, cuando Don Octavio lo puso en libertad?

—No, Señora—respondí avergonzado—. ¿Cómo queríais que presumiera lo que iba a suceder cuando el Príncipe me invitó a acompañarle, ni cómo exponerme a frustrar el éxito de la evasión en aquellos momentos tan supremos?

—Entonces—preguntó alarmadísima la dama—, ¿lo tenéis aún en vuestro poder? ¿No habéis cumplido vuestra promesa? ¡Dios mío, Dios mío! Y ahora ¿qué vamos a hacer? ¿No os dije que en ese papel se encerraba el secreto más grave de mi vida? Entregádmelo ahora mismo, porque supongo que lo traeréis con vos.

¿Cómo había de traerlo, ni cómo hubiera podido ocurrírseme pensar en semejante papel, cuya existencia había olvidado completamente después de la fracasada fuga de la Inquisición?

Pero D.^a Serafina no parecía conformarse con mis explicaciones ni con mis promesas de devolverle el documento aquel mismo día, o de hacerlo llegar en seguida a manos de su destinatario por conducto de Nardo.

Casi próxima a llorar, con el semblante encendido de confusión y la voz temblorosa, repetía a cada paso:

—No, no; eso no es posible. ¡Vos no podéis sospechar siquiera lo que contiene ese pliego y las irremediables catástrofes que produciría su descubrimiento! Ninguna mano extraña debe tocarlo. Y lo peor es que ya no es posible que nos volvamos a ver.

—¿Pero por qué?, ¿por qué?—clamé desesperado.

—Porque mañana mismo entraré en un Convento hasta la muerte de mi abuela, o mi mayoría de edad—declaró sollozando la Niña.

—¡Entrar vos en un Convento, Doña Serafina! ¡Eso no lo consentiré mientras viva!—protesté indignado—. ¿Os han descubierto? ¿Conoce Doña Leonisa nuestras relaciones y sabe la participación que tuvisteis en la decisión de Don Octavio?

—Creo que sí, Sir Archibald—confesó la Duquesa entre lágrimas—. Todo me lo hace presumir. Mis efectos han sido registrados. Nadie ha vuelto a llamarme para visitar a la Marquesa. No he visto al Príncipe de Ornano; pero supongo, es más, estoy segura, que después de una escena terrible con su esposa, debe de haber acabado por declararle todo. Sé que el infame Don Gilito no se separa de la cámara de mi prima y celebra conferencias larguísimas con ella, en que le dará cuenta del resultado de sus espionajes. Por eso quiero adelantarme a su venganza, refugiándome en Santa María de Junqueras, donde no podrán alcanzarme los rigores de nadie.

—Quizá os alarméis sin motivo—exclamé, deseando animarla—. Don Octavio es incapaz de traicionaros después de la nobilísima conducta que observó cuando la fuga de Jenaro de Pereda. ¿Qué ganaría con ello?

—¡Quién sabe!—manifestó la Niña de Plata—. ¡Quién sabe qué esperanzas o qué recursos habrá puesto en juego Doña Leonisa para arrancarle el secreto de lo sucedido! Un hombre enamorado como el Príncipe de Ornano lo está, es capaz de todo, y sus resoluciones más firmes pueden durar lo que tarde en dibujarse una sonrisa en el semblante de la mujer amada. Mi prima le habrá hecho creer lo que haya querido que crea, con tal de conocer la verdad. Por eso estoy resuelta a buscar amparo entre las Comendadoras. Sólo allí encontraré paz y olvido.

—¿Y yo?, ¿y yo?—reclamé, sin poderme ya contener—. ¿Qué va a ser de mí sin vuestra presencia y sin vuestra esperanza?

—Vos, Sir Archibald, sois hombre—respondió D.^a Serafina, sin aparentar darse cuenta de mis sentimientos—. Y continuaréis figurando siempre como el mejor, el único amigo con que contaré en el mundo.

—¿Pero no comprendéis que eso es imposible?—protesté—. ¿No veis que os amo y que no conseguiría vivir sin vos? ¿No sabéis que cuanto he hecho y haré en lo sucesivo es porque desde el momento que descubrí vuestra existencia sentí que algo me unía a vuestra persona para siempre?

—¡Sir Archibald!... ¡Sir Archibald!... ¡Por favor, no habléis así! ¡No! ¡Ahora no!... ¡No prosigáis!...

—¿Por qué no he de proseguir, si en este momento se decide toda mi vida? ¡Os amo, sí... os amo, y durante muchos meses he tratado de engañarme

y luchar contra esta pasión que poco a poco se ha ido apoderando de mí como si fuera un sortilegio! ¡El sortilegio de España! ¡Vedme a vuestros pies!—concluí, cayendo de rodillas ante la doncella—. Podéis disponer de mi vida, de mi persona, de mi alma; ¡pero no os alejéis de mí! Por obteneros estoy dispuesto a dejar patria, familia, religión, amigos..., todo. Sólo vos existís para mí, y vuestras cartas, vuestras miradas, cuanto ha pasado entre nosotros desde que conocimos nuestros respectivos nombres, me autoriza a creer...

Antes de que terminara mi loco discurso vi retroceder a la Duquesa unos pasos, y escuché a mis espaldas la voz inconfundible de la Princesa de Ornano, que exclamaba con sarcasmo:

—Ved, Lord Ramsbockle, si mis sospechas eran o no fundadas, y juzgad vos mismo de la felonía del prometido de vuestra hermana.

XXXIX

Aquellas palabras tuvieron la virtud de volverme a la realidad, y al ponerme en pie me encontré frente a frente con D.^a Leonisa y Walter Ramsbockle, que me consideraba estupefacto, sin acabar de creer lo que estaba mirando.

—Heos por fin descubiertos—proclamó triunfante la esposa de D. Octavio—y demostrada la razón que os ha hecho sacrificar todos vuestros sentimientos y todos vuestros deberes en holocausto de una pasión insensata, cuyo vergonzoso premio estabais sin duda a punto de conseguir en este preciso instante.

La Duquesa de Sahagún, que hasta entonces permaneciera alejada de nosotros, avanzó al escuchar

tan injustas palabras, y, recobrando toda su serenidad y toda su energía, contestó a la ricaembra:

—Os engañáis, Doña Leonisa.

—¿Quién se atreve a levantar la voz delante de mí?—interrumpió ésta—. ¿Sois vos, mi prima, la representante de una Casa de Reyes, la nieta de los Villarrubia, quien por segunda vez oscurece con sus actos el nombre que ostenta?

—¡Sí, soy yo! ¡La Duquesa de Sahagún!—declaró D.^a Serafina—. ¡Vuestra igual, vuestra prima! ¡Una mujer que por ningún estilo tiene que guardar silencio ni bajar la cabeza delante de nadie! Acabáis de sorprendernos, es cierto; y la actitud de Sir Archibald Darley os autoriza a formar toda clase de suposiciones acerca de sus sentimientos y de los míos. Pero si vuestro espionaje hubiera resultado más paciente, habríais tenido ocasión de comprobar por vos misma que nos despedíamos en este momento para siempre, y que mi amistad y mi admiración por tan perfecto caballero nada tienen de pecaminosas ni de reprochables.

—¡Estáis faltando a la verdad y mintiendo una vez más en vuestra miserable vida!—repuso fuera de sí D.^a Leonisa—. Tened valor, y confesad que le amáis. Sólo una confesión así podría justificar vuestros actos.

La actitud de las dos damas en aquel crítico instante era admirable, y tanto Walter como yo seguíamos su diálogo con indescriptible ansiedad, dándonos cuenta de que en él iba a decidirse para siempre el curso futuro de nuestras respectivas vidas.

La Niña de Plata, sin arredrarse por el furor de la de Ornano, y mirándola cara a cara, prosiguió con voz clara:

—Ninguna obligación tendría de satisfacer vuestra curiosidad, Señora prima, pues mientras viva

la Marquesa de Villarrubia sólo a ella debo sumisión y obediencia, no a otra persona. Pero ya que me desafiáis, en presencia de estos nobles extranjeros, a decir la verdad, y como ésta puede serles útil en adelante, oídla. No amo, ni he amado nunca, a Sir Archibald, y lamentaría profundamente que mis manifestaciones o la exaltación de mis palabras se lo hubieran hecho imaginar o presumir en algún momento. Pero le estimo sobre todos mis amigos, y jamás olvidaré su nombre ni su conducta, deseándole toda la felicidad de que es digno junto a la prometida que le aguarda en Inglaterra. ¿Estáis satisfecha, y está satisfecho Lord Ramsbockle?

Una espada que me atravesara el corazón de parte a parte no me habría causado más dolor que el que me ocasionaron las anteriores palabras.

—Por lo que toca a mentiras y engaños—continuó diciendo la Duquesa—, me asombra que os atreváis a reprochármelos, cuando si de alguna cosa he pecado en la vida ha sido de afrontar ésta con sinceridad y con independencia absolutas. Yo no he mentado jamás, ni he aceptado una posición equivoca, ni faltaré nunca a las promesas que he hecho. Vos, en cambio, no podéis decir lo mismo, y carecéis por tanto de derechos para insultarme.

—¿Os parece poco—replicó airada D.^a Leonisa—el haberos valido del afecto que vuestras artes supieron despertar en este caballero, para convertirle en dócil instrumento de vuestras intrigas, ocultándole la bochornosa razón que os movía en ellas?

—Si hubiera observado tal conducta—declaró arrogante la Duquesa—sólo habría demostrado lo provechoso de vuestras lecciones, puesto que no os he visto hacer otra cosa desde que os conozco, y la presencia ahora mismo de Lord Ramsbockle a

vuestro lado justifica de sobra mi acusación. Pero tranquilizaos; Sir Archibald, al prestarnos su poderosa ayuda a mí y a esa persona de quien más os valdría no hablar, sólo ha obedecido a sus hidalgos impulsos y a un sentimiento que siempre ignoraréis: el de la compasión.

—¿Y por qué he de callar, criatura imprudente? —protestó la ricahembra—. ¿Qué existe entre Jenaro de Pereda y yo que no pueda declararse a la luz del día? ¿Seríais capaz de asegurar lo mismo por vuestra parte?

La tremenda imputación estaba lanzada. La sospecha que desde el principio de esta historia me asaltara respecto de las relaciones que unían a Doña Serafina y a Jenaro, relaciones que tantas veces atormentaran mis días, presentábase al fin formulada de una manera categórica por la persona que evidentemente conocía mejor que nadie los misterios de la existencia de la Niña de Plata.

De la respuesta de ésta dependía, pues, la opinión que su nombre y su carácter pudieran merecerme en lo sucesivo.

La magnífica arrogancia que la joven Duquesa demostrara hasta entonces flaqueó, sin embargo, al llegar a este punto. Su rostro coloreóse visiblemente, y en lugar de la soberbia protesta que yo esperaba, balbuceó con voz en que temblaban los sollozos:

—¡Bien sabéis, cruel mujer, que el honor cose mis labios y me impide responderos cual merecéis! Pero si lo que pretendéis hacerme decir con vuestro reto es que el afecto mayor de mi alma, la persona por cuya dicha sacrificaría todo en la tierra, el hombre que os disputaré mientras aliente, se llama Jenaro de Pereda, heos satisfecha.

—¡Basta! —sentenció la Princesa de Ornano—.

Eso es precisamente lo que quería que Sir Archibald Darley escuchara de vuestra propia boca. Ahora retirémonos. Vuestra abuela y tutora os reclama para disponer de vuestra suerte. Del otro lado de esa puerta está Don Gil con unos cuantos servidores dispuestos a llevaros por la fuerza si os resistís a seguirme. Ved lo que hacéis.

Al escuchar esta última amenaza di un paso hacia adelante, y llevando la mano a mi espada, me dispuse, a pesar de cuanto había oído, a defender la libertad de la doncella.

Pero antes de que pudiera desenvainar el acero sentí que los poderosos brazos de Walter Ramsbuckle sujetaban los míos, mientras la Duquesa de Sahagún exclamaba:

—Gracias, Sir Archibald, por ese postrer gesto que tan digno os hace de ser amado. Adiós, amigo mío, no me olvidéis ni me juzguéis mal por lo que acabáis de ver, y recordad sobre todo cuanto hemos hablado antes. De ello depende la tranquilidad de mi conciencia.

Volviéndose después hacia la Princesa de Ornano, añadió con voz firme:

—Nada temo, porque nada tengo que reprocharme ante Dios ni ante los hombres. Conducidme donde queráis.

Y siguiendo los pasos de D.^a Leonisa, abandonó el lugar donde acababa de desarrollarse tan inesperada escena.

XL

13 de mayo.

La decepción, el desconsuelo y la vergüenza que después de ella me invadieron; mi indiferencia absoluta por los sucesos exteriores; mi cólera contra

Walter Ramsbockle y su ingerencia en mis asuntos; el ansia sobre todo de estar solo y meditar a mis anchas sobre el derrumbe de mis ilusiones, moviéronme a regresar desde el Convento de Santa Catalina a mi casa, después de una corta explicación con el hermano de Winifred, en que declaré terminadas nuestras relaciones para siempre, y a encerrarme en mi aposento, dando orden terminante de no recibir a nadie, fuera quien fuera, ni comunicarme ningún recado, salvo el de haberse iniciado el asalto general de los borbónicos, que aun esperábamos por fortuna.

Ni el campaneo general que al anochecer del mismo día 8 se dejó oír por toda la ciudad anunciando el desembarco triunfal del Conde de Peterborough al frente de sus nuevas fuerzas; ni las insistentes súplicas del atribulado Nardo, que pronunciaba de vez en cuando mi nombre a través de la puerta; ni siquiera la voz de Lord Ramsbockle, que dos o tres veces intentó llegar hasta mí, consiguieron doblegar mi resolución o distraer mi atención del espantoso desengaño que mi cuerpo y mi espíritu acababan de sufrir.

¡Razón tenía D.^a Leonisa en acosar a su prima para que confesara delante de mí las verdaderas razones que la ligaban a la suerte de Jenaro de Pereda, pues aquel medio era el único de alejarme de ella y acabar con mi amor rápida y seguramente!

¡Doña Leonisa de Ornano! ¡Admirable mujer! Su hosco heroísmo; su dura obstinación; la punzante ironía de sus palabras; el atractivo de sus brazos, que saben estrechar el orgullo como se estrecha un amante; la tensión de su valor jamás vencido, que concentrado en sí mismo logra encontrar también dentro de sí la solución a todos los conflictos: su

facultad de pasión y su imperio sobre esa pasión; cuanto la distingue y separa del resto de los mortales, parecen constituir de ella el genio de la indomable raza a que pertenece y la esencia del alma catalana, que tan a maravilla personifica.

La otra, en cambio..., ¿por qué empeñarse en fingir y en presentarse como no es? ¿Por qué jugar conmigo y con mi corazón como si fuera un muñeco?

El inglés como yo, naturalmente serio; meditativo y triste, no se inclina por lo general a considerar la vida como un pasatiempo o como un placer. Sus ojos y su atención dirígenle más hacia lo interno que hacia lo externo, más a los acontecimientos del espíritu que a las apariencias engañosas; gusta de examinarse a sí propio y penetrar incesantemente en su interior; coloca la justicia como soberana única de la vida, y concibe el proyecto de regular siempre sus acciones al tenor de un código inflexible.

¿Cómo no vió o no adivinó todo esto D.^a Serafina, y permitió que poco a poco fuera cediendo a la tentación de sus gracias, y renunciando insensiblemente a mi personalidad hasta renegar de todas mis creencias y de todos mis compromisos?

¿Qué recurso le quedaba a mi debilidad para salir airoso de aquella catástrofe moral, sino buscar la muerte en el campo de batalla, y el olvido total, que sólo es posible con la destrucción del ser?

Obsesionado con la idea de la muerte, pasé los días y las noches, esperando a cada momento, en cada ruido, la noticia de que comenzaba el ataque definitivo, la lucha decisiva en que había de afirmarse para siempre la Corona española en las sienes de Felipe V, o rodar deshecha a los pies de Carlos III.

Morir, sí; morir; aquello era lo necesario, lo lógico, lo justo; pero morir matando a mi vez, destruyendo, buscando, donde quiera que fuere, el rostro aborrecido de Jenaro de Pereda, de mi rival detestado, para desfigurarle eternamente, para exterminar en él ese atractivo odioso e irresistible que le distingue; para impedir que ninguna otra mujer volviera a quererle como lo hacían todas cuando se cruzaban en su camino, comenzando por la tierna Niña de Plata y terminando por la Princesa de Ornano.

El tiempo pasaba, no obstante, y sucedíase el 9, y el 10, y el 11 de mayo, y nadie llegaba hasta mí para participarme el comienzo de la ofensiva de los soldados borbónicos, que, a despecho de la partida del Conde de Toulouse, conservaban aún su superioridad numérica y debían realizar el último esfuerzo en defensa de su Rey.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué no tronaba ya el cañón como en el mes de abril? ¿Por qué no seguían cayendo bombas y no acertaba alguna a terminar de una vez con todos mis tormentos?

Allí, sin embargo, delante de mis ojos, tenía la prueba palpable de la falsía y de la doblez femenina. En el papel que D.^a Serafina me entregara durante mi visita al palacio de Cardona, mientras mis labios se imprimían por primera y única vez en su mano, conteníase indudablemente la explicación de todos sus actos. Apenas encerrado y zumbando aún en mis oídos las palabras y las súplicas de la Duquesa de Sahagún, habíame apresurado a buscar el reducido pliego que la Niña me confiara y que ninguna dirección contenía, ostentando únicamente en su exterior un sello negro que lo cerraba.

El procedimiento era sencillísimo; romper aquel sello, abrir la carta, y la verdad se mostraría a mi entendimiento límpida e irrefutable.

Pero cada vez que tomaba entre mis dedos el frágil papel, con la idea de violar su misterio, aparecíame el semblante acongojado y suplicante de Doña Serafina, recordándome angustiosa mi solemne promesa de entregar intacto aquel depósito a su destinatario, y cada vez volvía a dejarlo caer con desaliento sobre la mesa, prefiriendo sumergirme de nuevo en la angustia de mi dolorosa incertidumbre a faltar a mi caballerosidad y al honor de mi palabra.

Aquel persistente combate entre el deseo y la conciencia adquirió finalmente tal intensidad de martirio durante la noche del 11, que, presintiendo la derrota de mi voluntad, si mi aislamiento se prolongaba por más tiempo, y decidido a no consentir aquella nueva e irreparable flaqueza, abrí las puertas de mi habitación, ya entrado el día, y ordené a Bliss que buscara por todas partes a Nardo para confiarle una comisión urgentísima.

Efectivamente, llegado a poco el catalán, y ante su atónita contemplación, le manifesté con voz febril:

—Nardo, aquí tienes una carta que la Duquesa de Sahagún me entregó personalmente hace tiempo para que yo la diera a Jenaro de Pereda cuando éste transpusiera las murallas de Barcelona. Según parece, contiene algo muy importante que conviene conozca tu amo. Corre, pues, a llevarla y sal de la ciudad en cuanto puedas. Si encuentras inconvenientes, vuelve en seguida, para que yo cuide de salvarlos.

Mas en lugar de salir el muchacho corriendo, como era de presumir, permaneció inmóvil, con el papel en las manos, contemplándome con afectuoso interés.

—¿No has oído lo que te he dicho?—repetí impaciente.

—Sí, Milord, lo he oído. Y lo cumpliré con el gusto con que cumpla todo lo que Vuestra Señoría se digna ordenarme. Pero el Señor debe ignorar por lo visto que los ejércitos de Felipe V ya no se encuentran acampados delante de Barcelona, y que anoche abandonaron definitivamente sus posiciones, dejando el campo sembrado de cañones y pertrechos, que representan un botín incalculable, y confiando sus heridos más graves a la generosidad del Conde de Peterborough.

—¿Qué dices? ¿Que el Mariscal de Tessé se ha retirado sin combatir?—pregunté incrédulo, por juzgar completamente absurda la noticia.

—Sí, Señor—insistió Nardo—. En cuanto desapareció la escuadra del Conde de Tolosa comenzaron a notarse los primeros síntomas del movimiento, aunque todos creímos que se trataba de un repliegue de tropas para preparar mejor el ataque. Y hoy se ha confirmado, porque ya no se divisa a nadie en los campamentos. ¿No escucháis gritar por las calles? Es el pueblo enardecido y loco de júbilo, que corre a las murallas y al campo, para comprobar la verdad y apoderarse de algún recuerdo de los fugitivos.

—¿Y por dónde van las fuerzas?—continué preguntando.

—¡Por dónde quiere el Señor que vayan! ¡Por el único camino que les queda! Por la vía más corta para llegar a Francia y salvar los restos del ejército, buscando el amparo de la frontera.

—¡Tal es el fin de tantos alardes y tantas esperanzas!—murmuré impresionado—. ¡La ruina de tanto proyecto de victoria! Acuérdate de mis palabras, Nardo. ¡Si Felipe V penetra en su verdadera patria y vuelve a Versalles, ya no regresará nunca al Alcázar de Madrid!

—La cuestión—agregó sombrío Nardo—es que salga libre de ésta y no caiga herido o prisionero de los miqueletes que le persiguen sin tregua, fusilando a sus soldados desde las alturas y tratando de entorpecer por todos medios la marcha.

—¡Tragedia horrible!, ¡espantosa catástrofe!—repetí atónito—. Dime, Nardo, ¿y cómo te encuentras aún aquí, mientras tu amo corre el mayor de los peligros, y tus amigos emprenden esa jornada de destrucción y de hecatombe? ¿Cómo no has volado junto a ellos desde el primer instante, prefiriendo permanecer a mi lado, cuando nada puedo representar para ti y nada puedo influir ya en el destino de los tuyos?

—Pues precisamente por eso, Milord—repuso el sirviente, alzando la mirada hasta clavarla en la mía—. Porque a Jenaro de Pereda, si Dios le conserva la vida, sé bien que le encontraré y que me recibirá con los brazos abiertos dondequiera que le halle. Mientras que Vuestra Señoría, si hoy no hubiera acudido yo a su llamamiento, habría acabado de persuadirse de la ingratitud de todos nosotros, confirmándose en la idea que desde hace mucho tiempo le viene royendo las entrañas y envenenando los pensamientos. ¡La de haber sido burlado por nuestra mala fe! Yo no soy mas que un pobre muchacho del pueblo, ignorante y tosco, pero la vida ha sido ruda para mí y he aprendido en ella muchas cosas que Vuestra Señoría no encontrará nunca en todos sus libros ni en todos sus salones. Por eso adivino cuanto le sucede, Milord, y estoy resuelto a no abandonarle hasta convencerle de lo equivocado de sus juicios y devolverle la tranquilidad y la alegría por cuanto ha hecho a favor de mis Señores.

—¡Tus Señores!—grité exasperado—. ¿Por qué

me negaste siempre que se amaban?; ¿por qué me ocultaste que existía entre ellos algo que unía para siempre sus destinos y que impedía a la Duquesa preferir a ningún otro hombre?

—¡Porque eso no es cierto!—afirmó Nardo, con fuego—. ¡Porque ha mentido quien haya osado asegurar tal infamia delante de Vuestra Señoría!

—¿Y si hubiera sido la propia Doña Serafina quien lo hubiera confesado?, ¿qué dirías entonces? ¿Y si en esa carta que te he entregado se contuviera la prueba de su crimen?, ¿qué harías entonces?

—¿Que qué haría?—repuso sin vacilar Nardo—. ¡Pues abrirla para convencerme!

—¡Abrirla!; ¡respuesta digna de un villano! ¿No ves, desgraciado, que me lo impide mi propio respeto, ese respeto que tú por fortuna desconoces?—protesté desesperado.

—Tenéis razón, Señor—arguyó Nardo—. Y precisamente porque lo desconozco y porque soy un villano es por lo que al fin voy a servir a Vuestra Señoría de algo, sacándole ahora mismo de la duda que le mata.

Y antes de que pudiera yo impedirlo, rompió el sello que cerraba la carta y comenzó a enterarse de su contenido.

—¿Qué haces, miserable?—rugí—; ¿no ves que se trata de la honra de tus amos?

—Efectivamente—declaró Nardo, sin inmutarse—. Se trata de su honra, y por ello mismo es indispensable que leáis este papel, cuya letra conozco muy bien, pues es de la difunta Doña Aldonza Urraca, la madre de Jenaro de Pereda. Escuchad su confesión:

—¡No quiero oír!..., ¡no quiero!—protesté.

—Ya es tarde, oíd:

«Hijo de mi alma, ya que no de mi cuerpo. En presencia de la muerte, que se aproxima, y viendo los terribles peligros que tanto a D.^a Serafina como a ti os acechan por todas partes, creo necesario revelarte el secreto de tu nacimiento, para que, conociéndole, te portes siempre como debes. La Duquesa de Sahagún es tu hermana. Ella te referirá lo demás. Cuida de su honor como del tuyo propio. Y acuérdate siempre de quien te crió y te quiso como verdadera madre, y seguirá bendiciéndote y adorándote hasta el último momento de su existencia.

»ALDONZA URRACA.»

¡Hermanos! ¡Doña Serafina y Jenaro, hermanos! Aquella revelación que devolvía magnificada toda su aureola a la Niña de Plata, y explicaba suficientemente sus palabras y actos desde que la conocí, causó tan inefable impresión en mí, que, estrechando entre mis brazos a Nardo, comencé a darle gracias por su conducta, como si realmente se tratara de un igual y no de un servidor.

—Ahora—añadí—es indispensable que la Duquesa conozca mi arrepentimiento y disculpe mis desconfianzas pasadas.

—¡Ay, Señor! Eso ya no es posible—manifestó tristemente Nardo—. La Señora Duquesa se encuentra otra vez invisible y nadie puede forzar su encierro. Además, el conocimiento de que Vuestra Señoría está enterado de este terrible secreto la afligiría y avergonzaría, como es natural. Dejad a mi cargo el persuadirla de vuestra devoción y de vuestro afecto, cuando haya lugar.

—Entonces—proseguí, sintiendo la necesidad de hacer algo para vindicarme a mis propios ojos—, torramos al encuentro de Jenaro de Pereda para entregarle ese pliego y obtener su perdón y su amistad.

—¿Y cómo quiere el Señor que consigamos alcanzarle en las presentes circunstancias? Jenaro en estos momentos acompaña seguramente a su

Rey y a sus soldados, acosado por la persecución y la venganza de sus enemigos. ¿Cómo encontrarle, si no es en Francia, donde sólo pueden entrar los partidarios de los Borbones o los desertores de los ejércitos aliados? Renunciad a vuestra generosa idea y permitidme que sea yo quien lleve a cabo la misión y cargue con el pecado de entregar a mi amo la carta de Doña Aldonza, ya que a mi atrevimiento se debe exclusivamente el haberla abierto y penetrado su misterio. ¡Vuestro puesto está aquí, Señor, junto a los vuestros! ¡Bastante habéis hecho ya por nosotros!

Pero aquellas razones tan evidentes no convinieron convencerme ni decidirme a la inacción. Mi afecto, reanimado por un resto de esperanza, obstinábase en sujetar el último cabo de aquel ovillo, como el náufrago que se ase a la tabla perdida en el mar, para no verme obligado a separarme para siempre de las personas que habían llegado a confundirse en mi vida durante tanto tiempo.

Firme en mi propósito de no perder definitivamente a D.^a Serafina, y de volver a encontrarme con Jenaro de Pereda, salí a la calle en compañía de Nardo, decidido a conseguir a cualquier precio dos caballos para ponernos inmediatamente en seguimiento de los ejércitos borbónicos y alcanzar a éstos donde fuere, sin tener para nada en cuenta la falta de permiso de mis superiores ni el gravísimo delito contra la disciplina militar que me disponía a cometer.

La gente, salida en masa de sus casas para convivirse del triunfo de los catalanes y de la retirada de los borbónicos, llenaba las calles y atronaba el aire con sus aclamaciones y sus extremos de entusiasmo, dificultando el tránsito por la ciudad. Comenzaba el repiqueteo de campanas, pre-

cursor de la visita de Carlos III a la Seu para dar gracias a Dios por la victoria conseguida contra sus enemigos y formalizar solemnemente el voto de levantar un monumento a la Virgen, que conmemorara por los siglos de los siglos aquel hecho; Barcelona entera se vestía de fiesta, orgullosa del valor de sus hijos y confiada en la nueva era que ante sus destinos se abría. Sólo Nardo y yo, indiferentes a cuanto nos rodeaba y al espectáculo que veíamos, pensábamos en los medios de salir cuanto antes de la ciudad libre y vencedora.

Al llegar junto a la Catedral, la muchedumbre era tan numerosa que quisimos tomar otro camino y apartarnos de la ola que amenazaba arrastrarnos; pero todos nuestros esfuerzos resultaron inútiles, y aun a pesar nuestro nos vimos obligados a seguir la corriente del gentío, que acabó por separarnos y distanciarme un poco de Nardo.

Aprovechando entonces hábilmente aquella coyuntura, y llamándome desde donde se encontraba, pude oír al catalán, que con voz emocionada me gritaba desde lejos:

—¡Adiós, Milord! ¡Sed muy feliz y acordaos siempre de nosotros! ¡Perded además todo cuidado, porque yo cumpliré la misión en que no debéis acompañarme! ¡Adiós!... ¡gracias!... ¡adiós!...

Y el rostro franco, leal y atrevido del muchacho desapareció entre un remolino de gente, para no volver a distinguirse más entre aquel mar de cabezas humanas.

Quise protestar, lanzarme en su persecución, alcanzarle, pero en vano. En aquel momento la luz de la mañana principió a disminuir rápidamente. El pueblo comenzó a alborotarse. Las mujeres se pusieron a chillar asustadas, y en pocos segundos nos vimos todos envueltos en la oscuridad, hasta

el punto de no poder distinguir a tres pasos las fisonomías de nuestros vecinos.

El prodigio celeste que así eclipsaba el Sol en día tan señalado, protegiendo la retirada de Felipe V y facilitando la escapatoria de Nardo, parecía indicar además la voluntad de la Providencia, empeñada en dar por acabada mi novela y volverme a la realidad de mi existencia y de mis deberes. No en balde había escrito el gran Anselmo del Castillo en mi horóscopo: «Cuando el Sol no alumbre sus pasos en pleno día, será la señal de que ha terminado la misión que le trajo a España.»

Dos horas por lo menos debió de prolongarse el sorprendente fenómeno, que principió aterrando a los barceloneses y concluyó excitando su entusiasmo y haciéndoles prorrumpir en alaridos de júbilo, al juzgar que se trataba de un nuevo milagro con que Dios advertía al Principado que la fortuna de Luis XIV, el Sol que desde hacía tanto tiempo simbolizaba su gloria, acababa de eclipsarse, gracias a la valentía y a la constancia de los intrépidos catalanes.

.....
El mismo día por la tarde recibí la visita del Doctor Freind, que venía a buscarme de parte del Conde de Peterborough.

Conducido a presencia de éste, Su Excelencia tuvo a bien dirigirme el siguiente discurso:

—Parece, Sir Archibald, que en mi ausencia os habéis visto mezclado en intrigas, muy disculpables en un joven de vuestras condiciones, pero que han merecido las quejas de algunas altas personalidades colocadas cerca de Su Majestad Católica, hasta conseguir del triunfante Carlos III la orden de vuestro relevo y el deseo de no volver a encontraros por algún tiempo en su Corte. No os aflijáis por

ello, mi joven amigo, pues no trato de reprenderos —añadió el galante caudillo, al observar la expresión con que acogía sus palabras—. En realidad, creo que tanto vos como yo, como todos los ingleses, estamos aquí de sobra, y acabamos de hacer cuanto nos correspondía para establecer en España al aliado de nuestra Reina. Ahora le toca a sus admirables Ministros estropear la obra y malograrla a fuerza de torpezas. Mi opinión es pública, pero parece que no les satisface. El Rey debe partir inmediatamente de aquí a Valencia y, tras de jurar los fueros de aquel Reino, dirigirse con nosotros los ingleses, no con los catalanes, a Madrid, para donde ya están en camino a estas horas las fuerzas de Gallway y del Marqués de Las Minas. Una vez en la Capital de la Monarquía, y libres de la Saboyana y de la Camarera, que escaparían a Francia, trataríamos por todos los medios de impedir el regreso de Felipe V a España, y la paz sería un hecho antes de fin de año. Desgraciadamente, el Príncipe de Liechstentein ve las cosas de otro modo, y habla de un merecido descanso y una jornada a Zaragoza con objeto de dar tiempo a que los castellanos salgan de su error. Os repito que si hacen esto, e insisten en identificar más y más a su Soberano con los intereses del Principado, haciendo caso omiso del resto de España, tenemos guerra de sucesión para rato, y todos nuestros esfuerzos no habrán servido sino para marcar unas cuantas fechas en la gloriosa historia del ejército y de la marina británicos. Por lo que a vos toca, olvidad el pasado, y embarcaos para Gibraltar, donde podréis escribir a vuestra prometida, mi querida Winifred, y recabar su perdón. Yo por mi parte escribiré también a Lady Ramsbockle para contrarrestar las insensateces que haya podido comunicarle su primogénito, a quien, dicho sea de paso,

acaban de cerrársele las puertas del palacio de Cardona por culpa de su insolente proceder.

»Aquí tenéis vuestro nombramiento de Capitán, que ha traído Stanhope y que me complazco en entregaros, pues lo merecéis de sobra por vuestro valeroso comportamiento en el ataque de Montjuich y durante el sitio de Barcelona. Aceptadlo como un acto de justicia y como una prueba de la amistad que os profeso y os profesaré siempre.

»Lo demás, Archibald, no tiene importancia, y hasta creo que debéis felicitaros por este desenlace. Vuestra felicidad, como la de todos nuestros compatriotas, no está aquí, en esta tierra de leyendas y pasiones. Nos espera en Inglaterra, y, como dijo el inmortal Milton:

*«Nothing lovelier can be found
In woman, es tu study Household good,
And good works in her husband to promote.» (1)*

(1) Nada puede encontrarse más adorable en la mujer que el ocuparse en los bienes de su casa y fomentar las buenas obras en su marido.

FIN DEL MEMORIAL DE SIR ARCHIBALD DARLEY

Respuesta de la Honorable Miss Winifred
Warren al Capitán Sir Archibald Darley,
en Gibraltar.

Ramsbockle House, agosto de 1706.

Querido Archibald:

Vuestro manuscrito y vuestra carta llegaron a mis manos poco después de ciertas noticias exageradas y confusas que nos alarmaron mucho y sorprendieron a mi madre, repetidas por los perversos labios de Mrs. Blackwood en la última visita realizada a Blenheim Castle con objeto de felicitar a la Duquesa Sarah por la espléndida victoria de Ramilliers, ganada por su invencible esposo.

Habéis obrado, pues, bien, amigo mío, informándome tan minuciosamente de todo, sin esperar interrogatorios, y conozco de sobra vuestro fervor por la verdad para no dudar un instante de la exactitud de cuanto confesáis.

Ocultaros que vuestras confidencias me han impresionado dolorosamente primero, me han afligido después; y hasta me han hecho derramar lágrimas frecuentes, sería pueril.

Hubo sobre todo un momento, al recorrer los últimos capítulos, en que llegué a juzgarme la más desgraciada de las mujeres, y hasta pensé en la posibilidad de aborreceros. Pero el tiempo y la reflexión consiguieron dominar tan detestable senti-

miento. ¡No es posible odiar en un día lo que se ha querido desde la niñez! Y conste que esto no es disculparos, ¡ingrato!, sino disculparme a mí misma por mi debilidad.

Mi madre y mi fiel Mary Simpson, a quienes he confiado mis pesares, me han sido de mucho consuelo en esta terrible ocasión, aunque al principio influyeran aún en la primera los sentimientos de indignación provocados por los venenosos comentarios de su vieja conocida Dorothy Blackwood, a quien siempre disgustó no veros solicitar la mano de su infatuada sobrina. Simpson, que confiesa tener debilidad por su rubio Archibald, se puso, en cambio, resueltamente de vuestro lado desde luego, pretendiendo convencernos, con toda clase de ejemplos seleccionados en nuestras familias y relaciones, de que las aventuras ocurridas en el Continente no revisten ni deben revestir importancia seria para un espíritu verdaderamente inglés, pues corresponden a otro orden de causas y de efectos extraños a nosotros. Otra cosa muy distinta ocurre siempre, según la buena Mary, cuando el hecho ominoso tiene lugar en Inglaterra, pues entonces la traición reviste caracteres de notoriedad y escándalo, imposibles de borrar ni aun siquiera de atenuar por más esfuerzos que se hagan.

Aunque no esté de acuerdo, en absoluto, con esta teoría tan cómoda para los hombres, me apresuro a declararos, haciendo gala de mi habitual franqueza, que prefiero haya sucedido lo que ahora sé muy lejos de aquí y en tierras absolutamente distintas de la nuestra, a ser víctima de la misma ofensa en nuestro suelo y ante la contemplación de propios y extraños.

Vuestro afecto, Archibald, no me ha sido fiel, y habéis estado, en efecto, a punto de olvidarme y de

romper vuestra promesa, reemplazando mi amor con otro amor. Si la traición no se ha consumado, sólo es atribuible tal milagro a la Gracia de Dios, en primer término, que velaba por nosotros, y a la honestidad y cordura, después, de ese portento de bondad e inteligencia que en la Corte española se conoce con el nombre de «La Niña de Plata».

Vuestro retorno, vuestro arrepentimiento y hasta vuestra confesión se los debo principalmente a ella. Sin su ejemplo, no habríais reconocido vuestro error; sin su inocencia, no hubierais recordado tan pronto la mía. Debiera odiar su nombre, y lo admiro. Desearía encontrar criticable su conducta, y me es imposible hacerlo. Para igualarme a ella en vuestra estima sólo me cabe emularla en nobleza, y perdonaros, como de todo corazón lo hago desde aquí. Dios os bendiga y me bendiga, Archibald, a fin de que nunca echéis de menos junto a mí esa ventura que vislumbrasteis un día en las indiferentes pupilas de una española noble y calumniada.

Volved, volved sin tardanza y embarcaos cuanto antes. Mi cariño, que no ha visto otros cielos ni otras montañas, y no ha podido variar, por tanto, os aguarda con la misma fe, la misma ilusión y la misma lealtad de siempre.

Nuestra reunión será, sin embargo, breve. La gloria y el renombre que ambicionabais en España os esperan seguramente en el ejército de Flandes, donde vuestro padre, de acuerdo con mi madre, acaban de lograros un puesto muy distinguido, junto a Su Gracia el Duque de Marlborough, que se ha encargado de vuestra carrera y vuestros adelantos.

Esto será vuestra oportunidad y vuestro castigo. Del comportamiento que allí observéis dependerá nuestro futuro y mi olvido irrevocable del pasado.

Meditad bien en esto durante el viaje que vais a

emprender, y unid en vuestro pecho el anhelo de la victoria de nuestras armas con el del triunfo de nuestro amor, superior a todas las memorias y todas las debilidades.

Vuestra prometida, que os estima tiernamente,

WINIFRED.

Post scriptum.—De la lectura de vuestro manuscrito he conservado una impresión tan singular y vívida, que, renunciando a mi primer impulso de destruirlo, resuelvo guardarlo, con copia de nuestras respectivas cartas, para que algún día, cualquiera de nuestros descendientes, o un curioso afortunado, se entretenga repasando estas páginas de historia verdadera. Fuera de su interés novelesco, encierra datos y observaciones políticas muy curiosas, que con el tiempo se harán raros y que tal vez os sean útiles para otros trabajos más serios. Además revela indudables condiciones de narrador que no son de despreciar, y que espero, querido Archibald, puedan alcanzar su plenitud cuando vivamos tranquilos y dichosos en nuestro dulce hogar.

W.

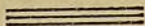
FIN DEL «PRIMER CARLOS III».

Buenos Aires, enero de 1925.

Ayuntamiento de Madrid

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Carta del Capitán Sir Archibald Darley a la Honorable Miss Winifred Warren, en Ramsbockle House, Suffolk (Gran Bretaña).....	5
Respuesta de la Honorable Miss Winifred Warren al Capitán Sir Archibald Darley, en Gibraltar....	343



32231257

Ayuntamiento de Madrid

LOS HUMORISTAS

OBRAS SELECTAS DEL HUMORISMO MUNDIAL

LÉALAS USTED

En las largas horas de tedio o de melancolía; en la fatigosa aridez de los viajes; cuando un esfuerzo o un dolor haya abrumado o acongojado su espíritu, busque usted la amistad, ingrátida y amable, del libro del humorista. La lectura ilumina el sentimiento con la sonrisa que, sin llegar apenas a los labios, da a la vida un sentido más claro y más dulce.

Pesetas.

Julio Camba: La rana viajera.....	4
Julio Camba: Aventuras de una peseta.....	5
Ramón Gómez de la Serna: Disparates.....	4
Ramón Gómez de la Serna: El incongruente.....	4
Ramón Gómez de la Serna: Ramonismo.....	4,50
Tirso Medina: La dama de los peces de colores.....	4
René Benjamín: Gaspar.....	4
René Benjamín: El comandante Pipe y su padre.....	3,50
Jorge Courteline: Los señores chupatintas.....	4
Jorge Courteline: Boubouroche.....	3
Pedro Véber: Los cursos.....	3
Arnold Bennet: Enterrado en vida.....	4
Arnold Bennet: El ematador de Cinco Villas.....	4
Arnold Bennet: La viuda del balcón y otros Cuentos de Cinco Villas.....	4
H. S. Harrison: Queed, el doctorcillo. Dos tomos. Cada uno.....	3,50
Antón Chejov: Historia de una anguila y otras historias.....	3,50
Antón Chejov: La cerilla sueca.....	3,50
A. Averchenko: Memorias de un simple y Los niños.....	3,50
Jan Neruda: Cuentos de la Malá Strana.....	4
Eugenio Heltai: Manuel VII y su época.....	3,50
Eugenio Heltai: Family Hotel y Mi segunda mujer.....	4
Eugenio Heltai: La modistilla (cuento de verano).....	3
Eugenio Heltai: Los siete años de hambre y Cuentos.....	3
Eugenio Heltai: La Verdad a perra chica.....	3
Esteban Szomaházy: El dramaturgo misterioso.....	3
Kálmán de Mikszáth: Gente de rumbo y El caftán del sultán.....	3
Andrés Révész: Antología de humoristas húngaros.....	3,50
Víctor Auburtin: Un vaso con peces de oro.....	4

La Enciclopedia Espasa

FIGURA POR DERECHO PROPIO ENTRE LOS
EXTRANJEROS DE UNIVERSAL RENOMBRE Y
ES INMENSAMENTE SUPERIOR POR TODOS
CONCEPTOS A CUANTOS SE HAN PUBLICADO
O SE PUBLICAN EN ESPAÑA Y EN LAS REPUBLICAS IBEROAMERICANAS

ES LA ÚNICA Y VERDADERA ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA
ILUSTRADA DEL PRESENTE SIGLO

Y si es evidente la necesidad de poseer hoy obras de tal naturaleza reclamadas de consuno por las exigencias de los tiempos modernos y por los avances recientes en distintos órdenes del saber humano, evidentes son también los motivos que con la soberana elocuencia de los hechos recomiendan la posesión de la presente ENCICLOPEDIA y que exponemos a continuación:

1.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es la más moderna y de mayor actualidad.

2.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es la más universal y completa de todas, incluyendo materias nuevas interesantísimas que sólo se encuentran en esta obra.

3.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es la única española verdaderamente bibliográfica.

4.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es la única española y americana por excelencia.

5.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es la más artística y profusamente ilustrada.

6.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es la más instructiva y atractiva de todas.

7.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es la clásica y más autorizada de las españolas.

8.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es la más honorificada y mejor juzgada por la crítica.

9.º La ENCICLOPEDIA ESPASA es proporcionalmente la más barata.

10. La ENCICLOPEDIA ESPASA constituye en su género el mayor y más positivo éxito editorial y de cultura.

OBRA DE ARTE == Suntuosa Ilustración

Profusión de planos y mapas de todo género. Millares de grabados, Infinidad de láminas en negro y en varios colores, retratos, tricromías, cromolitografías a 18 y 20 colores, exclusivos de esta obra, etc.

COLABORACIÓN DE PRIMER ORDEN

Pida condiciones de adquisición y folleto muestra en su librería o en

ESPASA-CALPE, S. A.

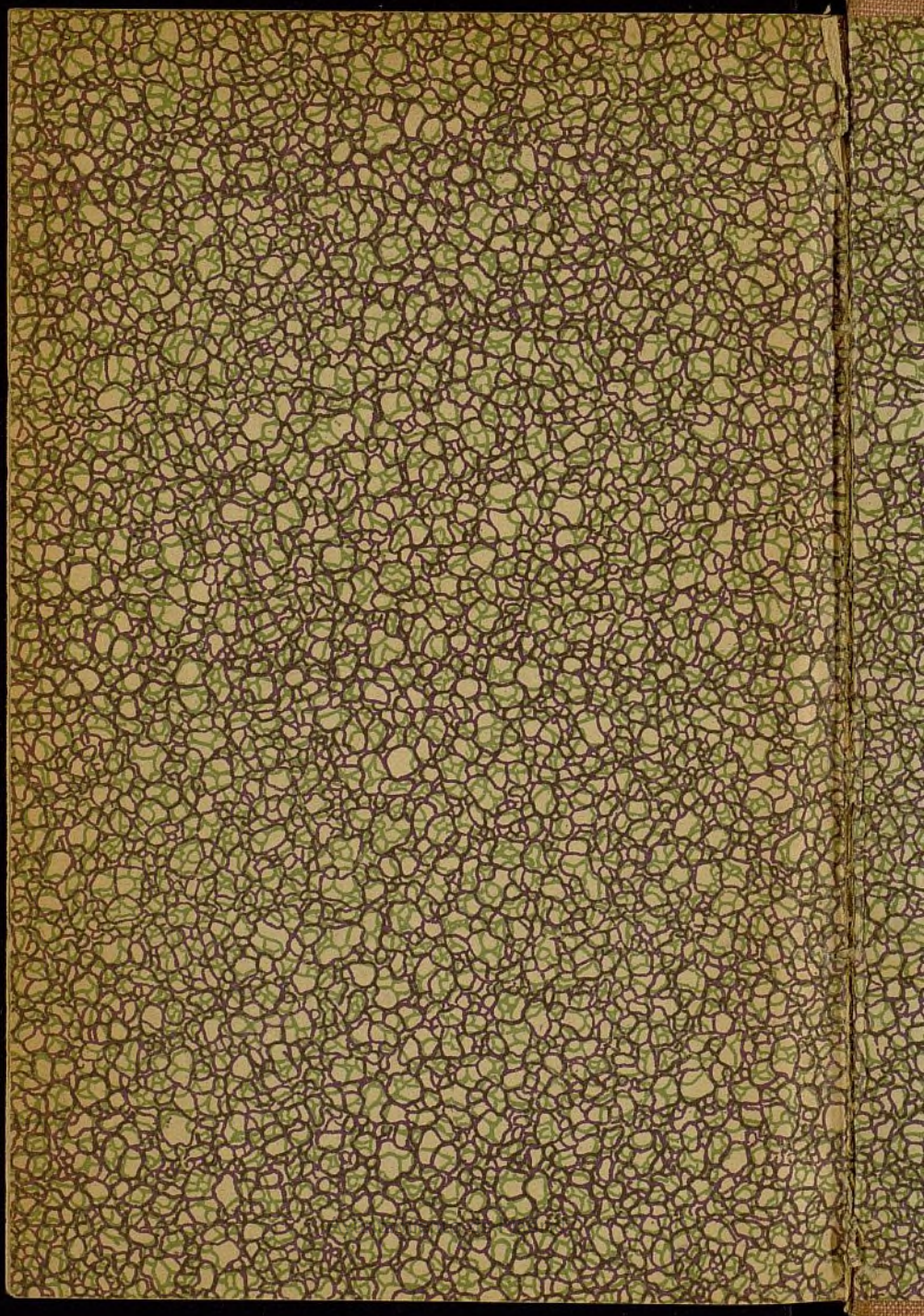
Colección Contemporánea

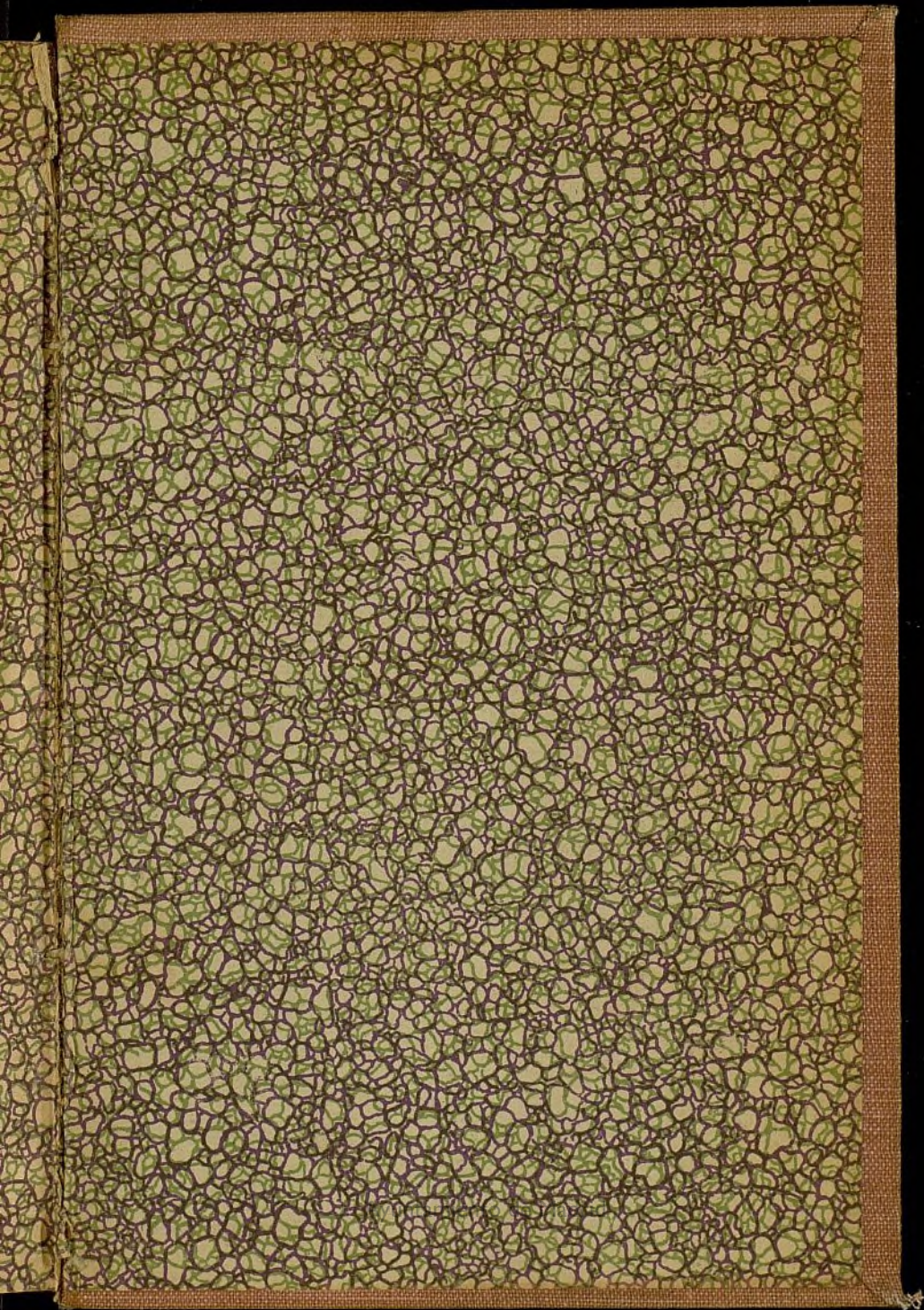
Literatura selecta moderna

	Pesetas.	
	Rúst.	Enc.
Marcelo Proust: Por el camino de Swann. Dos tomos. Cada uno.	5	6
Marcelo Proust: A la sombra de las muchachas en flor. Dos tomos. Cada uno.	5	6
Miguel de Unamuno: Tres novelas ejemplares y un prólogo. (Novelas breves)	3	4
Tomás Mann: La muerte en Venecia y Tristán.	5	6
Antón Chejov: El jardín de los cerezos (novela dialogada) y Cuentos.	5	6
Leonardo Coimbra: La Alegría, el Dolor y la Gracia.	5	6
Enrique Mann: Las diosas. Tomo I: Diana.	5	6
Ana Vivanti: Los devoradores. Dos tomos. Cada uno.	4,50	5,50
Juan Giraudoux: La escuela de los indiferentes.	4,50	5,50
Alejandro Arnoux: El «cabarete».	5	6
Escipión Sighele: Eva moderna.	4	5
Escipión Sighele: La mujer y el amor.	4	5
Tomás Hardy: La Bien Amada.	4	5
Francis Jammes: Rosario al sol.	4	5
Emilio Clermont: Laura.	4	5
Israel Zangwill: Los hijos del Ghetto. Dos tomos. Cada uno.	4	5
Valery Larbaud: Fermina Márquez.	3,50	4,50
Eugenio d'Ors: Oceanografía del tedio e Historias de las Esparragueras.	3	4
Arturo Schnitzler: Anatol y «A la caca de verdes».	3	4
Lafcadio Hearn: El romance de la Via Láctea.	3	4
Lafcadio Hearn: Kwaidan. Cuentos fantásticos del Japón.	3	4
Raul Brandao: La farsa.	3	4
Julian Benda: La ordenación (novela) y El ramo de Glicera (diálogos).	3	4
J. y J. Tharaud: Un reino de Dios.	3	4
Fialho de Almeida: El funámbulo de mármol y Cuentos.	4	5
Georges Duhamel: Confesión de media noche.	4	5
Salvatore di Giacomo: Tres dramas.	3,50	4,50
Alejandro Kuprin: Yama (De la mala vida en Rusia) Tres tomos. Cada uno.	3	4
Arturo Cancela: Tres relatos porteños.	4	
Eugenio Noel: España nervio a nervio.	5	
Félix Urabayen: Toledo la despojada.	4	
Félix Urabayen: El barrio maldito.	4,50	
Benito Lynch: El inglés de los güesos.	5	
Horacio Quiroga: La gallina degollada.	4	
Leonhard Frank: La partida de bandoleros.	4	

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid





Agencia de Madrid